LEOPLÁN

AGAZINE POPULAR ARGENTINO

18
UNIO
941

número:

ELA DE
SPAHI
obra de
E LOTI

MONIO
LA
RSION
toria
de
A R
POE

RAN
U E
de
N T O
O S

NTINA
OJOS
JEROS
a
L A S
ANKS,
L I N A
E N A,
A N
A I N,
QUICA,
GRAF,
C I O,
ZINCA
N Ó N



LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 78.920

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. de R. L.

ESMERALDA 116
U. T. 34-4067 - Buenos Aires

AÑO VIII ■ N.º 168 ■ 18 JUNIO 1941

Sumario

...ciones de Raúl Valencia, Arístides ...chain, Fairhurst, Bernabó y Domingo ...lafañe. Fotografías de Angel Castella-..., P. Coneso, F. Romero y J. Podestá.



En la página 47, EL DEMONIO DE LA PERVERSION, historia extraordinaria de Edgard Allan Poe.



Lea en la página 70 la espectacular nota titulada CUANDO ERROL FLYNN QUISO EMULAR A SHERLOCK HOLMES.

En el próximo número:

CARGAMENTO NEGRO, una emocionante novela de **EMILIO SALGARI**.

LA CANCION DEL PERAL, bellísimo cuento de **Paul Feval**.

DIME QUE LLEVAS EN LOS BOLSILLOS Y TE DIRE QUIEN ERES, original reportaje a OLINDA BOZAN, JAIME SARLANGA, ENRIQUE MUIÑO y el prestidigitador RIVAROLA;

y **MAJADABLANCA**, narración dramática de **Gabriel y Galán**.

LEOPLÁN *aparece el 2 de julio* - ***RESERVE SU EJEMPLAR***

La danza de la

MISS Edna Emmett es una eximia bailarina australiana que desde hace cierto tiempo viene dedicándose con éxito a las danzas clásicas a cielo abierto. Aquí la tenemos en una de sus más interesantes creaciones, interpretadas en una pradera de Sidney, Australia, teatro habitual de sus audaces concepciones. La danza de la Mariposa es la pantomima, brillante por excelencia, en la que miss Edna Emmett luce ampliamente sus aptitudes de bailarina clásica. Con sus alas de seda, de varios metros cuadrados, surge al sol; después vive su alocada y corta existencia, revoloteando en zigzag de flor en flor; y, al fin, rotas sus alas antes de que ella se canse de la vida (he ahí el drama), detiene el vuelo, baja a tierra y muere.



La mariposa despierta a la vida, despliega sus alas al viento, y, asombrada de la luz, saluda al sol.

Ahora la mariposa está segura del poder de sus alas, y, llamada por el sol, parte en vuelo agitado.

Mariposa



Y su alocada vida es un continuado frenesí entre colores, néctar, perfumes, aire, luz, tibiezas de primavera...

Hasta que sus frágiles y vaporosas alas se ajan, se rompen y la arrastran nuevamente a la tierra, punto final de su fugaz felicidad.

Tanta luz, agitación, locura y alegría han pasado. Todo termina. Entonces las alas se pliegan para siempre, y la mariposa muere.

Estampas de CAPRI

Lo primero que admira el viajero al acercarse a ... es el grupo de rocas Il faraglione. Es digno de ... plar, además, el colorido de los paisajes de ...

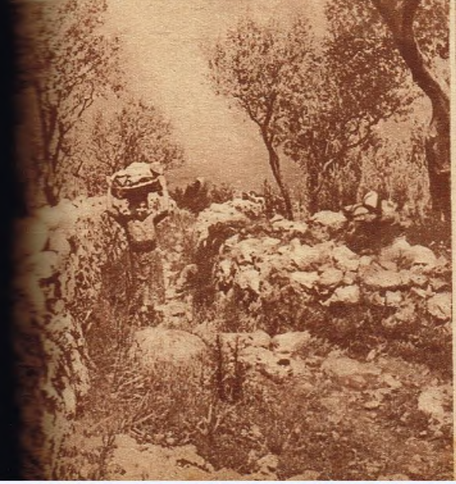
SOLO se llama Capri, y no tiene ... diez kilómetros cuadrados de ... sión; pero es como una piedra ... preciosa engarzada en la inmensi... mar Tirreno, sobre el que espej... reflejos de oro de sus cardales y la ... cha verdosa de sus olivos. Su his... desde Augusto hasta Tiberio y des... benedictinos hasta los Anjou, res... aire de romance y de tragedia que ... una nota más de atracción y de ... en esas rocas milenarias que la natu... za ha vestido con las galas más ... de su paleta de colores. Centin... Mediterráneo, apostada entre ... azul, Capri recibe anualmente ... 40.000 turistas, ávidos de escalar ... tes de cálidas laderas, de penetr... sus grutas frescas y sombrías o de ... tar el horizonte en busca de ... lejana, parados sobre la cima ... agrestes acantilados. En esta ... nota gráfica, la isla se presenta, a ... del objetivo, tal como ella es, ... y diminuta, pintoresca y altiva.



Entrada a la Gruta Azul, sumamente visita... turistas. El interior de esta gruta es azul ... luz que la ilumina pasa a través del agua ...



... tomado desde el camino a Anacapri. En primer término se ve el puerto de ... y al fondo elévase la histórica "roca de Tiberio", conocida por Il Timberio.



... antiguo que baja al mar entre pircas y olivos. Toda la isla de Capri está for... por rocas, caminos, castillos, grutas, plantas y costas de una belleza sin par.



Esta capilla antigua, con vistas sobre el Mediterráneo, se halla situada dentro de la propiedad del autor de "El libro de San Michele", el celebrado escritor Axel Munte.

Por la muestra el lector se hará cargo de cómo eran las "finlandesas" cuyos besos contribuyeron, indirectamente, a engrosar la colecta realizada a favor de Finlandia.



Todo gratis, menos los besos, que costaban cinco dólares ... uno. Estas tres chicas se encargaban de servir la ...

Se vende

Todos los años, en un salón recreativo de Nueva York, ... realiza la "Fiesta de los enamorados". La entrada, por ... general, es libre para todo el mundo. En el presente año ... organizadores diéronle, a esta reunión, un carácter ... trópico, recolectando fondos a favor de Finlandia, mediante ... resurrección de una vieja costumbre de ese lejano país, denomi... nada la "llamada del cartero". Con el lema: "un ...



Entre las jóvenes que dieron realce y animación a la ... fiesta de beneficencia existió una cordial y franca ...



... se trata aquí de un nuevo paso de baile, sino de uno ... los entusiastas invitados a la "Fiesta de los enamorados".

... un beso

... una finlandesa", la fiesta transcurrió en medio de la ... y animación de los concurrentes. Cada beso costaba ... dólares, y consiguióse así reunir una cantidad bastante ... Además, cada beso tenía derecho a una pieza de ... y todas las muchachas concurrentes estaban ataviadas ... finlandesas y ellas mismas servían y atendían a los invitados.



... la que es una prueba concluyente la presente foto, en la ... se ve cómo se auxilian entre sí las hermosas "finlandesitas".

Ni ella se avergüenza de vender sus besos ni él de comprarlos. He aquí, en esta foto, a otro de los invitados a la fiesta dispuesto a pagar primero para cobrarse luego.



Niños nudistas

1 Al aire y al sol, estas artistas del pincel ponen gran atención en lo que están haciendo. Hay que cuidar de que no se peleen mientras tengan en las manos sus pinceles y sus pinturas, armas de terribles efectos.

2 En este pensionado de niños, que funciona con gran éxito en Nueva York, tienen aplicación las teorías más modernas sobre la "libertad". Aquí están jugando. Sus cuidadores sólo intervienen cuando es muy necesario.

3 Los niños tienen su jardín, y ellos lo cuidan y lo riegan, aunque no siempre se acuerdan de ello, pero cada vez que lo hacen se ponen en franco contacto con la naturaleza: plantas, flores, agua y tierra.

4 Estos dos caballeros encontraron sus ropas en el cajón de una cómoda. "Vístase usted primero". "No, primero usted". "No faltaba más: usted"... Al fin llegó la gobernanta y los dos fueron a parar al patio de juegos.


2


3


4

Para jugar al GOLF

El aprendizaje del juego del golf ha sido hasta ahora lento y, sobre todo, excesivamente "largo". Cada golpe lanza la pelota muy lejos, y hay que ir hasta ella para darle un nuevo impulso. Pero esta dificultad acaba de ser salvada; hoy se aprende a jugar en poco tiempo y en un reducido espacio, gracias a cierto aparato inventado por Mr. L. G. Pimblett, de Sydney, Australia. Consiste dicho aparato en una red destinada a detener las pelotas de golf después del "drive", que así se llama el golpe, y en un tubo, donde se almacenan aquéllas, con un dispositivo que permite su salida de una en una, y su colocación sobre un felpudo para que se ejecute el golpe. Este aparato da la oportunidad de ejecutar veinte "drives" en dos minutos y de repetir la hazaña durante dos o tres horas, si se desea, en las mismas condiciones que presenta el verdadero campo de juego. Así que ahora ya podemos aprender a jugar al golf en cualquier rincón de nuestro jardín.

1 El inventor australiano L. G. Pimblett, de Sydney, aparece en esta fotografía sorprendido en momentos en que imparte instrucciones a una cultora del elegante juego del golf sobre el funcionamiento de las distintas partes del original aparato de su creación. Obsérvese el largo tubo vertical en el que se depositan las pelotas, y la palanca que las hace salir.



2 Acto seguido, la entusiasta deportista ensaya el dispos Primero inserta la cabeza del bastón de golf en el gancho palanca tiene, y empuja ésta hacia abajo. El movimiento hace primera pelota salga del tubo y se deslice por la canaleta que se

3 Aquí la jugadora levantó el bastón, dejando que la palanc viera a su posición primitiva. La pelota, pasando por el que se ve en la canaleta, quedó depositada en el felpudo. La dora ejecuta entonces el "drive" y la pelota es detenida por





4 Cuando se han jugado todas las pelotas contenidas en el aparato, éstas se recogen "picándolas" con el empleo del tubo que se ve en la foto, el cual se halla provisto de un asa en la parte superior, para manejarlo, y de un dispositivo, en su interior, que permite que aquéllas suban, pero que les impide caer.

5 Invirtiendo después el tubo, las pelotas se deslizan fácilmente en el depósito del aparato, el cual queda así listo para volver a iniciar el juego. Como se ve, un dispositivo ingenioso, sencillo y práctico, que permite aprovechar hasta el pequeño rincón del jardín para practicar ese difundido y popular deporte.



Sin compás ni ritmo

El grosor de un espejo

Para averiguar el grosor del cristal de un espejo, basta apoyar sobre la superficie del mismo el canto de una moneda. El grueso de la luna es equivalente al espacio que queda entre el borde de la moneda y el de su imagen.

Réplica

Dijo un tuerto a un jorobado
A quien vió al romper el alba:
"Temprano, amiguito mío,
Camina usted con la carga."
"Temprano debe de ser,"
Respondió el otro con calma,
"Cuando tiene usted abierta
Solamente una ventana."

G. Morán

EL ESTORNUDO Y EL RONQUIDO

El estornudo y el ronquido son dos manifestaciones del sistema respiratorio completamente opuestas en la forma de exteriorizarse. El primero, en efecto, no se produce nunca cuando se duerme, mientras que el segundo aparece únicamente durante el sueño.



EL VENTILADOR

Cualquiera diría que la cámara se adelantó demasiado y perdió el "plato fuerte", el beso cinematográfico que debe seguir a esta escena de piernas y manos y brazos y escalera y mujer y hombre. Pero no pasó nada: no hubo beso. El ventilador echó aire frío sobre los corazones, y se acabó todo. "A pequeñas causas, grandes efectos", es un refrán que encierra una gran verdad; no hay más que mirar bien esta foto para reconocerlo.

LOS MAORIES Y LA PESCA

Cuando los maoríes, primitivos habitantes de Nueva Zelandia, van de pesca, vuelven a echar al mar el primer pez que logran, pronunciando antes una fórmula cabalística, para que induzca a los demás peces a dejarse pescar. Aunque el primitivo no vuelva nunca más a caer en la tentación de morder un traidor anzuelo.



Epigrama

Doña Madama Roanza
tan alta y flaca sería
Que mandó su señoría
enterrarse en una lanza.
Y aun hubo dificultad;
Porque lo alto faltó,
Y de lo ancho sobró
La mitad de la mitad.

Lope de Vega

LOS "PELIGROS" DEL POLO

Se cree generalmente que la exploración de los polos es una empresa muy peligrosa. Sin embargo, se ha comprobado que de cada cien expedicionarios que van a aquellas regiones, noventa y siete vuelven con vida.

COSAS DEL CINE



—Ahora, usted grita: "¡María, ... ¡Hay un hombre en el cuarto!" ... Dios, pongo cara de asustado!



Camaradería

A juzgar por la expresión del rostro del hindú, el terrible elefante de la india lo ha "entrompado" suavemente, y ahora lo está balanceando por las alturas para hacerle tomar un poco de aire fresco, mientras el muchacho apoya su pie ya en un colmillo ya sobre el otro, a fin de que el elefante no se canse y no deje el juego. A juzgar por el nombre del autor, no se trata de nada de eso, sino de un momento de alta inspiración artística realizada por un buen lápiz. Y, si juzgamos por otros datos, diremos que es una interesante propaganda norteamericana de la película "El niño del elefante".

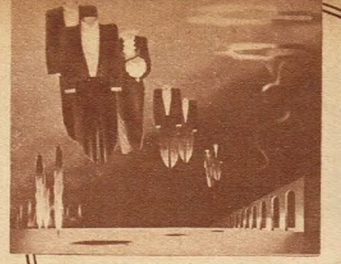


PODEROSO CABALLERO...

Sí, en efecto, es dinero lo que ... manos de este salvaje africano; pero ... no significa que le haya vendido ... llera a algún traficante de espon... lana. Sencillamente sucede que el negro ha trabajado en una mina de ... Africa, y ahora está calculando cuantos collares y géneros de colores podrá comprarse con la paga. Después, con un sombrero, que resulta difícil imaginar ... logrará ponérselo, unas polainas, una americana a cuadros y pulseras, pero ... rosamente descalzo, irá a la aldea de su tribu a exhibirse y provocar la ... presiva y la codicia de sus desnudos congéneres...

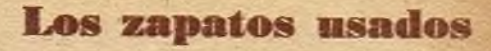
LOS GORILAS Y EL TRABAJO

Entre los nativos que viven en las regiones habitadas por los gorilas circula la leyenda de que estos monos pueden hablar como los seres humanos, pero que se abstienen de hacerlo por temor a que el hombre los haga trabajar. Poniendo en práctica la original creencia, muchos de esos nativos enmudecen también en cuanto un blanco les dirige la palabra...



SUB-REALISMO FOTOGRAFICO

Estos son unos señores y damas etéreos vestidos de etiqueta en una ceremonia realizada en el vacío de un mundo en el que todo se esfuma (véase el humo que sube de la casa vacía y sin techo) y en el que hay un cementerio de almas (véanse los cipreses de la izquierda). El todo es obra del arte sub-realista sueco, y significa: "unos están encerrados y otros sueltos".



Los zapatos usados

Carbón de leña, diversos metales, grasa y sulfato de amonio se obtienen de los zapatos en desuso, en una importante fábrica de Inglaterra. Del cuero viejo se extrae, además, goma y varios fertilizantes.



—Bueno, ya que no es usted casada no tendrá interés en esta póliza de seguro matrimonial. Y dígame, ¿tiene algún compromiso para esta noche?

DIMINUTO

El monito recién nacido se prende a la mano del hombre (presunta medida de las cosas) para contemplar desde lugar seguro el enorme tamaño de todo. El no sabe todavía que, no obstante ser el más chiquito de todos los primates, tiene el honor de ser primo hermano del más grande: el hombre.

RETRUECANO

Solamente un "dar" me agrada,
Que es el "dar" en no dar nada

FRANCISCO DE QUEVEDO

Perros en dote

En la Manchuria, la dote de las jóvenes casaderas no consiste en dinero ni en propiedades, sino en cierto número de perros gordos, de piel gruesa y pelo suave como la seda. Son comestibles y su piel es muy apreciada.

Una muchacha se considera pobre si no tiene más que seis perros; de clase acomodada, si son doce, y si ofrece dos docenas al futuro esposo, se trata de una novia rica.



Un "pez" como hay pocos...



LO QUE SE DICE..

"Las horas caminaban tan lentamente como un ciempiés paralítico."

WINSTÓN CHURCHILL.

CLUB DE LOS PELADOS

Obsérvese cabeza por cabeza. Inmediatamente el lector tendrá que pensar que cada cabeza de éstas pertenece a un hombre sin cabeza, sin seso. Que alguien se rape completamente por razones de higiene o de economía, resulta comprensible, como también es aceptable que un hombre se deje una soberbia melena leonina por razones poéticas. En cualquier seso caben las veleidades, las equivocaciones y las necesidades económicas, y la mejor cabeza del mundo está expuesta a "pagar el pato" cuando su dueño da un tropezón o hace versos o es maestro de provincia. Pero ponerse la cabeza a la miseria, como lo que aquí vemos, ¿en qué cabeza cabe? En ninguna. Excepto en la de estos jugadores de rugby, del Club de los Pelados, de Filadelfia, Estados Unidos..

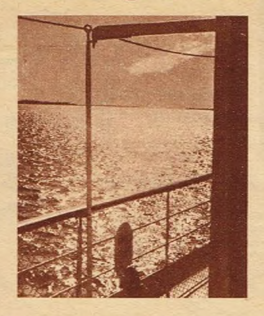


EL TAMAÑO DE LA CABEZA

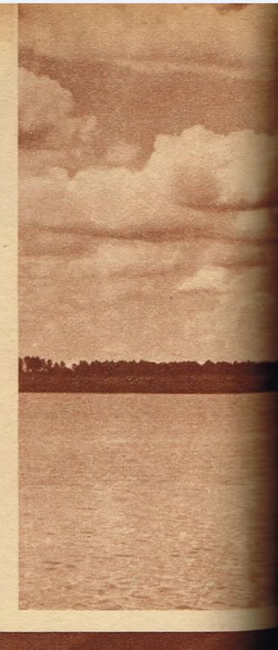
A despecho de la imaginación popular, que siempre pinta a los hombres del futuro con enormes cabezas, la experiencia dice que hoy en día los hombres tienen el cráneo más pequeño que hace quinientos años. El tamaño de los sombreros de una y otra épocas lo prueba de un modo incontestable. De donde se deduce que el hombre del futuro llegará a tener una cabeza muy semejante a la del alfiler.

☆

Ríos argentinos



ANCHOS y profundos, los ríos de nuestro suelo son como un reflejo del mar inmenso donde van a volcarse. Sus aguas, que llegan al océano tras largo viaje desde el lejano norte, semejan vías de plata por donde suben y bajan los barcos cargados con las riquezas argentinas. A veces, aguas arriba, la corriente encrespada arrastra un camalote, que es como un trozo de selva con ansias de horizontes. Sobre su lomo, en medio de cañas y arbustos, cabalgan arañas monstruosas, serpientes temibles y, en ocasiones, algún felino hambriento. Aguas abajo, donde el paisaje se ensancha, la corriente refleja mástiles y cabrias, o se corona de espuma frente a la proa que avanza. En la fotografía a modo de viñeta de esta nota gráfica, el sol poniente brilla sobre el Río Paraná, a la altura del puerto de Corrientes. Abajo, se ve una amplia vista del Río de la Plata, el más ancho del mundo, y a la derecha un vapor cruzando, frente al objetivo, por el Paraná Guazú. Hoy, ostentan, casi intacta, una belleza primitiva. Mañana se vestirán de puentes o aeropuertos, que son las galas del progreso... ◈



Historia de un idilio

LA presente nota gráfica constituye la más cabal demostración de dos cosas que acaso a los lectores les parezcan inusitadas. Que no hace falta ser autor de novelas radiales para escribir con los pies, y que no todas las cosas escritas con los pies han de ser novelas de radio. En este caso se trata de algo mucho más edificante y, desde luego, mucho menos aburrido. Es la historia de un idilio esbozada en forma tan elocuente, que resulta obvio todo comentario. Sólo cabe,



1 —¡Caramba, qué silueta! Esto no se ve todos los días. Le diré algo...





2 —Digo, señorita... Este... ¿Se ha dado usted cuenta de lo bonita que es? ¿No? Pues no deja de ser una lástima, porque es usted la única que no lo ve.

3 —¡Por favor, joven!... No lo autorizo a... (Por más que..., el muchac[illegible] simpático... y, después de todo..., lo que dice no es ninguna column[illegible]

5 —¿De veras que le parezco linda? ¡Bah! Ustedes, los hombres..., ¡son tan mentirosos! Pero..., retírese, por favor, mire que pueden vernos... En fin...

6 —...Sí, a mí también me parece usted muy simpático... Pero... ¡Oh! ¿No [illegible] usted que va muy ligero? ¿Qué pensará de mí? No vaya a creer... ¡Oh[illegible]





...scrita con los pies

...templando las fotografías que la componen, pen... en la conveniencia de incorporar a nuestro léxico ... frase más apropiada para anatematizar a los que ...iben mal, y desconfiar un poco de la poesía de ... idilios. Porque nadie negará, después de ver ... escenas, que hay quien escribe con los pies cosas ... sugestivas... y que hay cosas muy sugestivas ... terminan en algo tan vulgar como... el matri...nio... ◈



...decía? ¿Que si me di cuenta de lo...? ¡Oh! ¿A cuántos le habró ...? En fin, se lo perdono, porque es una frase de circunstancias...

...ya que se empeña, acompáñeme. Pero le advierto que si nos ve ... Bueno; ella, después de todo, es comprensiva y... si le cae en gracia...







Ocaso de los molinos

APENAS giran ya las aspas de los últim
molinos de viento. Parecen cansadas de hab
girado durante siglos. Fueron testigos del cre
cimiento de nuestra civilización; pero se que
daron atrás, y ahora ésta las está mata
con sus motores. Las sobrevivientes son ce
tenarias.

Estos molinos de viento quedarán, por siem
pre, adornando la Historia de Occidente. E
traron en la literatura con fuerza de prim
plano en las aventuras quijotescas, y surg
ros netamente en todos los cuadros de las ll
nuras de Holanda. Las fotografías, como la
de esta nota, mostrarán a las nuevas gen
ciones su elevada y pintoresca silueta de p
norama antiguo, que vino a borrarse en el
albor de nuestros días. ◈





Tony Dering, de la policía londinense, con un casco y unas botas como única defensa protectora, se lanza y derrumba una pirámide levantada con barricas.

El audaz motociclista pasa con su máquina a través de un gran vidrio... Y ileso, a pesar de estar casi desnudo. No hay duda de que esta prueba es...



Acrobacia en motocicleta

EL aspecto espectacular q... presentan estas fotos pue... hacer pensar en pruebas d... circo y en sus trucos. Na... de eso es, sin embargo. S... trata de miembros de la p... licía londinense que dem... tran poseer en alto grado... que todo el mundo debe... tener: nervios bien temp... dos. Como todas las facult... des, ésta de no dejarse im... presionar, también se ed... ca. Para realizar, sin mie... las pruebas que vemos en e... tas fotos se necesita haber h... cho mucho ejercicio, es deci... tener bien educado el sistema nervioso.

…iesgada prueba de la motocicleta que pasa bajo el arco viviente requiere sangre fría de los …cutantes y un salto a tiempo de uno de ellos. Pero, ¿quién salta "a tiempo" si siente miedo?

Ellas y... ell

Amigos de las mujeres no sólo son el hombre, los perros y
lo son también los osos y los monos. La foto de esta

mente la expresión de la felicidad osuna: vestido a la y ¡en tan buenas manos!, el pacífico plantígrado toma su bi- mientras que, en esta otra foto, un chimpancé retribuye las aten- de la hermosa rubia haciendo descender el cacho de bananas ponerlo al alcance de sus manos. Amor con amor se paga.

POR QUÉ NO PUDE LLEGAR A…

La foto muestra a los esposos Lance en la cumbre del cerro Cuerno, a 5.650 metros sobre el nivel del mar; esta ascensión no siempre se realiza con éxito.

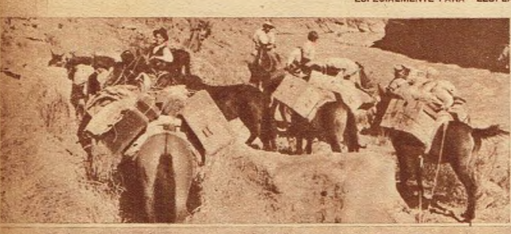
NIDIA DE LANCE, LA PRIMERA MUJER ARGENTINA QUE INTENTO LLEGAR A LOS DOMINIOS DEL "PADRE DE LA MONTAÑA", RELATA PARA LOS LECTORES DE "LEOPLÁN" COMO TUVO QUE ABANDONAR LA EMPRESA Y COMO PERMANECIO PERDIDA EN LAS NEVADAS Y PELIGROSAS REGIONES CORDILLERANAS

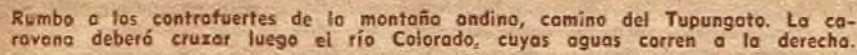
La entrevista **Baldomero Alvarez**

ESPECIALMENTE PARA "LEOPLÁN"

-BUENO—nos dice la señora Nidia La… nal de Lance—; les relataré mis excu… por la cordillera de los Andes y las im… nes que he sentido en las nevadas altu… dilleranas, ya que fuí la primera mujer … tina que se atrevió a probar su resiste… sica para admirar el espectáculo mar… de aquellos parajes.

La señora de Lance tiene la palabra … y sencilla. Dejemos de lado la expos… las circunstancias que la llevaron por … espíritu de aventura a acompañar a … so, entusiasta andinista chileno, Willy … y sigamos el relato desde la partida de … del Inca.





Rumbo a los contrafuertes de la montaña andina, camino del Tupungato. La caravana deberá cruzar luego el río Colorado, cuyas aguas corren a la derecha.



En estas frágiles carpas, reciamente batidas por los vientos de la cor… albergaron los entusiastas andinistas. Este campamento está situado a 5.…

He aquí un panorama tomado desde el Aconcagua. Los hombres y animales de la caravana semejan seres diminutos. Al centro, el cerro del Cuerno.

ACONCAGUA

LA PARTIDA

—[illegible] yo no tenía entrenamiento alguno [illegible] a relatarnos nuestra interlocutora—, [illegible]mos los días de descanso en Puente [illegible] para efectuar cortos paseos, ya a [illegible] en mula. Visitamos el cementerio local, [illegible] descansan los restos del capitán Mar[illegible] fué hallado por mi esposo, en 1927, [illegible] hielos de la quebrada de los Horcones. [illegible] capitán Marden había intentado ascender [illegible]cagua. Llevamos un homenaje floral a [illegible] Reissing, muerto también en su ten[illegible] de ascender al Aconcagua en el año [illegible] [illegible]pañado por mi esposo.



[illegible] término, la señora de Lance, en el valle del [illegible]. Al fondo se ve el volcán del Tupungatito.



Es preciso, como puede comprenderse por lo escarpado de la pendiente, tener gran entusiasmo para aventurarse a través de estos parajes desolados.

"Rodeado de piedras, triste, sin vegetación, con sus tumbas hechas en las mismas piedras, aquel cementerio de montaña produjo en mi espíritu una impresión desoladora. Contemplando la tristeza de aquellas tumbas en las que no había indicios de que fueran visitadas por algún amigo, aquel triste fin de estos hombres intrépidos que arriesgaron la vida por llevar a cabo la misma hazaña que a nosotros nos guiaba, contristó mi alma y un secreto temor hizo presa en mí. Pero bien poco duró mi depresión. Contagiada por el entusiasmo de mi esposo y sus acompañantes, me decidí más que nunca a seguirlos. Un íntimo orgullo me invadía, no sólo por la empresa en sí, sino por la fe que en mí tenían mis compañeros. Llegó por fin el día en que las mulas ya cargadas nos esperaban frente al hotel. Nuestro grupo estaba formado por el ingeniero F. Strasser, don Carlos Anselmi, el ingeniero Pedro Moyano, Willy Lance, mi esposo, y yo, más dos hombres del servicio del hotel que nos acompañarían. Estábamos prontos a partir; el señor De Piaggi, administrador del hotel, y una gran cantidad de veraneantes vinieron a despedirnos y a desearnos buena suerte. Con un vibrante hurra partimos hacia la montaña.

EN PLAZA DE MULAS

"Entre conversaciones interrumpidas por el grito áspero del arriero que guiaba las mulas, nos internamos en el valle de los Horcones. A la entrada de éste vimos al gran gigante, el Aconcagua, que nos esperaba impasible, como burlándose de nuestros proyectos. Fueron desfilando durante el trayecto los altos picachos que flanquean el valle. Al pasar ante ellos y como un saludo, ya mi esposo, ya Anselmi o ya Strasser, decían sus nombres. El Tolosa; en frente los Almacenes; continuando al primero, el Sin Nombre; después Los Dedos y, por último, el Catedral; cerrando el valle, al noroeste del Aconcagua, el Cuerno".

La señora de Lance hace una pausa. Después, agrega:

—¡Qué insignificante se veía nuestra caravana comparada con las fuerzas de la naturaleza! Qué diferente de cuando salimos del hotel, que nos sentíamos casi héroes. Allí, rodeados de altas cumbres, nos empequeñecimos de pronto, hasta parecer una hilera de hormigas que van subiendo trabajosamente una empinada cuesta.

"Llegamos a Plaza de Mulas, a 4.200 metros, campamento establecido ya por los primeros exploradores del Aconcagua, al pie mismo de éste.

"Era el atardecer. Había comenzado a nevar y bajó la temperatura. El "Padre de la Montaña", que tal significa Aconcagua, empezaba a hostilizarnos. Recordé lo que poco antes me dijera uno de los arrieros: "la montaña s'enoja cuando vienen a subirla". Y así parecía, efectivamente. Nos recibió hosco, frío, escondiendo su cabeza entre las nubes, como si quisiera ocultar a nuestros ojos su belleza. Cerrando el valle y como un hijo pequeño del Aconcagua, unido a él por el contrafuerte, se eleva puntiagudo, todo vestido de blanco, el Cuerno, de 5.500 metros, pico que escalé posteriormente".

FRENTE AL COLOSO

Nuestra interlocutora espera un poco, mientras anotamos. En seguida prosigue:

—En tanto cenábamos, circulaba la cantimplora, se discutía la ruta a seguir, se indicaban en una carta geográfica los campamentos a instalar y se fijaba día para la ascensión final.

"Antes de acostarnos vimos que se había despejado el cielo y, ¡oh, sorpresa!, mientras nosotros nos alumbrábamos con faroles a nafta, la cumbre del Aconcagua estaba teñida de rosa. Quedé muda de admiración. ¡Quién podía imaginarse que esas rocas áridas, esa región desolada podía tener tanta belleza! Me aparté un poco del grupo para poder contemplar mejor el cielo de un color azul oscuro intenso, tachonado de grandes y cercanas estrellas, que parecía que estirando la mano las alcanzaría. Era como un terciopelo azul salpicado de diamantes enormes. Los cerros como mudos centinelas, y ese silencio, esa soledad, me produjeron tan viva emoción que mis ojos se llenaron de lágrimas. Pensé en los seres que no verían jamás ese espectáculo de la naturaleza, y en los que viéndolo no lo comprenderían, que es peor todavía. Con el alma oprimida por esa grandeza, descendí de la roca donde me había trepado instintivamente para engrandecerme un poco. Imposible me fué conciliar el sueño. La emoción había sido demasiado intensa. Me sentí empequeñecida, como si en ese instante tuviera conciencia de la pequeñez de mi ser. Me sentí abandonada de toda ambición trivial. Me sentí una débil hoja...

LA ASCENSION

"Desde el campamento hicimos varias ex-cursiones con el fin de aclimatarnos: unas ve-ces internándonos por el ventisquero, otras faldeando el Aconcagua. En una de ellas levan-tamos otro campamento provisorio a 5.000 me-tros, llegándonos hacia el cerro Cuerno por una hoya natural cerca del Portezuelo. Dormi-mos allí por parecernos el lugar más abriga-do, pero durante la noche nuestro termómetro mar-có 27 grados bajo cero. Hasta el vino esta-ba escarchado en las botellas. Esa noche nevó co-piosamente; el tiempo, en general, era ma...

La audaz excursionista sonríe ahora al evo-car aquello.

—Llevábamos — agrega después — siete días esperando que se asentara, y una tarde nos pareció que al día siguiente sería bueno. De-cidimos emprender la ascensión. Después de se-leccionar los comestibles, todo nos parecía mu-cho, porque en las alturas no se sienten de-seos de comer, pero lo hacíamos a sabiendas de que era necesario conservar las energías... es un verdadero problema encontrar un ali-mento que sea lo suficientemente nutriti... de fácil digestión. Mucho depende, también, de los distintos temperamentos. Así como para al-gunos de nosotros el ajo y la cebolla eran tónicos, para otros resultaba un sacrificio comerlos. Partimos, pues, hacia el campamen-to superior, que instalamos a 6.200 metros. El cielo estaba limpio, lo que hacía prever un tiempo magnífico. Ya en este lugar, y luego de reponer energías, nos estiramos a descansar en espera de la medianoche, hora propicia para escalar el trecho final. Las razones que aconsejan salir a medianoche son: la presencia de la luna, la duración de la ascensión, ... más o menos de doce horas, y la circunstancia de que, generalmente, a la caída de la tarde se producen los temporales.

"Y la espera llegó a su término. La luna llena como un disco de plata, iluminaba los cerros, arrancando brillantes destellos de la nieve. La mochila al hombro es un peso que parece imposible de soportar en otras opor-tunidades, pero entonces parecía ayudarnos a caminar. Con paso lento y acompasado em-pezamos la gran jornada, abriéndonos camino en la nieve recientemente caída. Pastén, uno de los hombres que nos acompañaban, mar-chaba a la cabeza de la caravana haciendo las veces de guía, porque conocía la reg...



El campamento provisorio, instalado a 5.500 metros y próximo al cerro Cuerno, del que habla nuestra entrevistada en el relato de su aventura



[illegible] a los blancos glaciares del valle de los Horcones, las figuras humanas parecen apenas sombras. En [illegible] plano, alzan sus imponentes cumbres los cerros Sin Nombre, Los Dedos y Pan de Azúcar.

CON LOS PIES HELADOS

[illegible]pués de caminar unos cien metros co[illegible] a sentir un frío intenso en los pies y [illegible] manos. Era tolerable y no dije nada, [illegible] cuando llegamos más o menos a 6.500 [illegible] ya no sentía mis pies. Parecía que me [illegible] cortado las piernas a la altura de las [illegible] y, a pesar de los espesos guantes, [illegible] manos estaban muertas y la piqueta se [illegible]paba de ellas. Advertida por mi esposo [illegible] peligro que esto significaba, y siendo para [illegible] sufrimiento insoportable, les advertí de [illegible] me pasaba.

[illegible] aclarar que los zapatos que calzaba [illegible] los usados por los soldados, y no me [illegible] lo suficientemente gruesos para con[illegible] la acción del frío mis cuatro pares [illegible] completamente húmedas. Tal noti[illegible]ó a mis compañeros, los que después [illegible]ltarse decidieron que yo tendría que [illegible] al campamento. Esta resolución termi[illegible] yo debía acatar, dado el peligro de [illegible]vieran que amputarme los pies, me [illegible]ló. Era el fracaso de mis más íntimos [illegible] Nos despedimos con lágrimas en los [illegible] ellos para seguir hacia arriba y yo para [illegible]pamento. La idea de esta fatalidad aje[illegible] mis energías y voluntad agregaba más [illegible] y desconsuelo a mi despedida.

SOLA ENTRE LA NIEVE

[illegible] vez que llegué a la carpa y quedé [illegible]té de hacer reaccionar mis pies y ma[illegible] todos los procedimientos que había [illegible] empleaban en tales casos. Sólo cuan[illegible] friccioné con nieve sentí un dolor in[illegible] y entonces comprendí que era la san[illegible] empezaba a circular. Por fin quedé [illegible]ciones de dormir, pero el pensamiento [illegible] los otros habían seguido tal vez a correr [illegible]gro no me dejaba.

[illegible] el día siguiente nevó copiosamente. [illegible] menos a las dieciséis, sentí gritos de [illegible]pañeros, que se acercaban. Preparé té, [illegible]tos. Se repitieron los gritos, pero esta [illegible] lejos; salí a ver qué pasaba, pero [illegible] fué inútil. Por la nieve que caía no veía [illegible] diez metros. Empezó a atardecer y no [illegible] nada más de ellos. ¿Qué les habría [illegible]? Nunca espera alguna me pareció más [illegible] Así pasé 48 horas, con hambre, con [illegible] esperando que vinieran a buscarme si es [illegible] estaban con vida. Aquella noche me fué [illegible]ble dormir. La nafta del calentador, [illegible]da para un día, se había terminado. [illegible] siguiente, pensando ya lo peor, em[illegible] el descenso al campo base. Era tanta [illegible] que había caído, que hacía casi impo[illegible] caminar. Entonces opté por sentarme, [illegible]da por mis pantalones de goma, y me [illegible]esbalar hasta donde pude. Así ahorraba [illegible] y tiempo. No seguía senda alguna, [illegible] por donde podía, me deslizaba por los rodados, hasta que por fin avisté a lo lejos el campamento. Estaba agotada, mis piernas no me obedecían, y más que el sufrimiento físico era el moral. Trataba de preparar mi espíritu para recibir lo que suponía terrible impresión de no encontrarlos. Observé atentamente, nada se movía. Grité con toda la fuerza de mis pulmones. Nadie contestó. Tenía la seguridad de que todos mis temores eran ciertos. Quería seguir y no me animaba.

"Estaría a unos 300 metros del campamento cuando, ¡por fin!, vi moverse una persona. Grité y me contestaron. Olvidé que estaba cansada, que no podía más, y corrí por la pendiente; quería llegar pronto. Tropecé y caí. No pude levantarme. Estaba materialmente exhausta, mis piernas no parecían mías".

Otra vez nuestra interlocutora sonríe ante el recuerdo.

—Ahí me quedé hasta que vino mi esposo a buscarme, y en brazos de él llegué al campamento.

"Al otro día mis compañeros hicieron otra tentativa sin éxito y regresamos a Puente del Inca, donde creían que con el temporal que habíamos pasado nos habríamos perdido, y organizaban una partida para ir a buscarnos. Pocos días después Anselmi y Strasser escalaron el Aconcagua, pero mi esposo y yo habíamos partido.

"Y ésta fué — termina la señora Lance — mi primer gran aventura en la cordillera de los Andes." ◈



Tupac-Amaru,

UNA PAGINA DE LA EPOPEYA DE LOS CON- QUISTADORES DEL PERU QUE NARRA LA FORMIDABLE LUCHA SOSTENIDA ENTRE EL CAUDILLO INCA Y LOS *HUIRAKJACHA* QUE LE ARREBATARON SU IMPERIO

Escribe
Fernando E. Canut

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

A dos siglos estamos del natalicio una gran figura indígena, pero los ac- tuales acontecimientos lo silencian. ello no obstante, es el momento histó- rico de su recordación.

Se aducen argumentaciones de or- den económico, de violación de de- rechos y hambre de justicia social como razones de la lucha que convul- siona al mundo. Esos mismos motivos seculares obraron la aparición radian- te —aun en sus mismos errores y desbordes— de aquel "indio" que es símbolo de su raza: José Ga- briel Condorcanqui, cacique de Tun- gasuca y marqués de Oropesa, conocido bajo el nombre de Tupac *Amaru*.

Rico y poderoso fué el Imperio de los incas, donde floreció una civiliza- ción admirable, que Cieza de León atribuye a Huiracocha, un hombre blanco llegado de lejanos países.

La dinastía que fundara Manco Capac, hijo del Sol, le dió su poderío extendido hasta los valles del Tucu- mán y las dilatadas costas del Pací- fico.

Una sabia organización aseguraba amparo a la infancia y a la vejez, derecho al trabajo, distribuyendo en forma equitativa la tierra y las ha- ciendas.

La industria y el comercio se ve- caban generosos en una magnífica red vial que convergía en Cuzco, desde cuya plaza central partían las cuatro famosas Carreteras del Inca, atrave- sando el imperio y llegando a sus confines.

Y era allí, en el Cuzco, la antigua

arriero y mártir



...ta capital, donde se encontraba
...sorte de la unidad en la persona
...rosa del Inca, soberano absoluto
... vivía rodeado de fastuosa corte,
... nobleza, sacerdotes y guerreros,
...ando majestuoso palacio entre
... igualmente majestuosos, cons-
...os, respectivamente, por cada an-
... inca al asumir su mando. Era
... donde se elevaba imponente el
...plo del dios Sol, el más grandioso
... todos, formando con las viviendas
... los sacerdotes y de las vestales
...genes dedicadas al culto) un ba-
... aparte llamado "El Dorado" por
... fabulosas riquezas, donde estaban
... templos dedicados al Sol, la Luna
... las estrellas, gigantescas imágenes
... oro y plata macizos entre paredes
... mismo metal, y en las puertas
...aderas cuajadas de esmeraldas y
...dras preciosas. Y no muy a la zaga
... iba en opulencia el palacio del Inca.
... era la oriental magnificencia de
...*ntinsuyu*, nombre indígena de
... codiciado país, donde una gran-
... población de naturales vivía fe-
... dedicada al mismo culto, hablando
... mismo lenguaje y desarrollando ele-
... expresiones del espíritu en el
... arquitectura, orfebrería, alfare-
... música, pintura...; en la indus-
... textil y de teñido; en el cultivo del
..., que labraban con inteligencia,
...rando los resultados con canali-
...nes y otras obras reveladoras de
... civilización adelantada.

...o un día irrumpieron los *Hui-*
...*cha* (hombres "extraordinarios"
...os del lago o del mar), que llega-
... en palacios flotantes; de cabeza,
... y faldas de bronce, con armas
...bles que tronaban, sembrando la
...te.

... quitaron sus tierras y riquezas,
...do sus derechos y su legislación
...anitaria y sabia. Hasta fueron
...dos a cambiar de religión, con-
...ndoles de raza viril y digna en
... en su mismo suelo. Y por ejer-
... el sagrado derecho de la defensa
... llamados salvajes y crueles...
..., ¿es que, acaso, lo fueron menos
... que decían obrar en nombre de
... civilización superior?

... ha de haber sido la incontenible
...arga protesta que inflamó el es-
... de Condorcanqui, impulsándole
... la histórica rebelión de
...asuca.

...scendiente de los incas,
... idea de su origen influyó
...rosamente en su desti-
... La nostalgia de la pasada
...deza; la injusta opresión
... que era objeto su raza;
... propia adversa condición,
...gado a sentar plaza de
...ero para ganarse el sus-
..., hizo germinar en su



espíritu la obsesión de una misión trascendental: liberar a su pueblo y reconstruir el imperio.

En las continuas andanzas a que le obligaba su oficio, iba sembrando el germen de la rebelión entre los indígenas, ansiosos de sacudir el yugo del conquistador. Y su plan revolucionario alcanzó a Chile, Quito, Perú, Buenos Aires...

Se dió a conocer bajo el nombre nativo de *Tupac-Amaru*, que significa "luminosa culebra", y ejerció poderosa influencia sobre los naturales por su real linaje, además de su elevada estampa de varón bien plantado, valiente, decidido y fuerte, exponente cabal de las virtudes de su raza.

No es que *Tupac-Amaru* no haya intentado redimir a los suyos por medios pacíficos. Comprendiendo que su problema a nadie mejor podría ser expuesto que al clero, potencia divina y humana de gran influencia, solicitó su intercesión en favor de ese pueblo suyo, dueño legítimo ante Dios y la ley natural de ese tan querido suelo, en el que los vejaban y oprimían "corregidores" ambiciosos y crueles.

El clero, compenetrado de la justicia que involucraba el ruego, resolvió elevarlo al soberano Carlos III por mediación de Santelices, gobernador de Potosí.

La Corona de España, que en todo momento (es justicia histórica decirlo) condenó los proceder arbitrarios y violentos, acogió con interés la súplica y, para su mejor resolución, nombró al propio Santelices en el seno del Consejo de Indias.

Pero pronto el optimismo de *Tupac-Amaru* había de esfumarse. Santelices (como ocurrió a muchos de los que intercedieron por los indios) fallecía repentinamente en forma misteriosa, dejando la impresión de haber sido asesinado.

Es entonces cuando *Tupac-Amaru* decide la redención violenta.

El 4 de noviembre de 1780, pretextando festejar el natalicio del monarca, da en Tungasuca una gran fiesta, a la que es especialmente invitado el corregidor de la provincia de Tinta, Antonio Arriaga, detestado de los indios por sus crueldades. Una vez allí, *Tupac-Amaru* ordena su detención y, tras breve proceso, en el que actuó de juez un negro llamado Antonio Oblitas, se le condena a morir ahorcado en la plaza pública. Previamente se le hizo firmar una carta haciendo entrega de los fondos y armamentos de su jurisdicción. La rebelión estaba en marcha, asumiendo proporciones trágicas.

Tupac-Amaru se ciñe el *llantus*, policroma corona de los incas. Organiza su ejército y se multiplica en la acción. Su presencia es vitoreada como a Inca-rey libertador. Y tiene el buen tino de perseguir tan sólo a los europeos, haciendo gala de proteger a los americanos y respetar a los sacerdotes, conquistando así la simpatía de criollos y mestizos. Pero eso, al principio. Luego permitió excesos lamentables. Y comienza la irrupción formidable de degüellos, saqueos, incendios... ¡Desahogo brutal de un cúmulo de injusticias!

Sucede lo fatal. La violencia de la insurrección es reprimida por las armas. Tras luchas enconadas y de derrota en derrota, *Tupac-Amaru* se refugia en las montañas. Perseguido hasta allí por la valiente tenacidad del general Valle, escapa a la aldea de Lanqui con el propósito de reorganizar sus huestes. Pero delatado por un traidor, es apresado con casi todos sus parientes.

Allí empieza su fin. José Antonio de Areche, visitador real investido de poderes judiciales extraordinarios, le instruye proceso y condena a muerte. ¡Y a qué muerte!

Con refinamiento de rigor y crueldad increíble, que le ha merecido eterna condena, le destinó a "morir por descuartizamiento".

Aun en el suplicio evidencia *Tupac-Amaru* su singular constitución y su entereza. Atados sus miembros a cuatro cuerdas de las que tiran sendos caballos, el inca ha de haber escuchado en el crujir de sus huesos el martirio de su raza.

Los cuatro animales no le pudieron despedazar. Y el mismo Areche, en un arranque de compasión, puso fin a la escena ordenando su decapitación.

Tupac-Amaru, inmortalizado en el dolor, es el símbolo de su raza, sufrida, viril y digna. Raza extinguida casi por una civilización que, a pesar de decirse superior, no pudo vencerla...

❦ ❦ ❦

Estamos a dos siglos del nacimiento de esa gran figura indígena, pero los acontecimientos lo silencian... ◈

CREDITOS A SOLA FIRMA

Sastrería LOS ASES C. Pellegrini 68

ofertas extraordinarias

CASAS EN

MITRE 839
ELLANEDA

•

MINGUEZ 599
PIÑEYRO

•

C. PAZ 221
LANUS

•

PLATA 1616
LUGARES

•

DAVIA 282
ILMES



PIDA UNA SOLICITUD DE CREDITO Y MANDE EL CUPON OBSEQUIO

LOS ASES
serán sus sastres

CUPON-OBSEQUIO
VALE POR LA PRIMERA CUOTA
NOMBRE ....
LOCALIDAD ....
....

RIGINALES CREACIONES — NOBLES CASIMIRES — CAMPER —



Hay barrios porteños que sólo se animan de noche; por ejemplo, el cosmopolita "Bajo". En sus concurridos "dancings" y "cabarets", músicos y bailarinas cumplen su paciente labor de divertir a los noctámbulos.



A medianoche, cuando Buenos Aires duerme, el agente de facción patrulla las calles desiertas, velando por los que descansan. Helo aquí en la tarea de comprobar si todas las puertas están herméticamente cerradas.



Sorprendidos en plena noche por la visita del [illegible] vecinos acuden a la farmacia de barrio. Allí [illegible] céutico, que vela largas y monótonas horas, [illegible] poco de esperanza en forma de jarabe o de [illegible]

Los trabajadores de [illegible]



MIENTRAS LA CIUDAD DUERME POBLADA DE SOMBRAS Y SILENCIO, TODO UN EJERCITO DE TRABAJADORES SE ENTREGA A LAS MAS DIVERSAS ACTIVIDADES NOCTURNAS

Una nota de Roberto Torreiro

FOTOGRAFIAS DE PEDRO CONESA

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Hay incidentes comunes de la vida cotidiana que, por lo mismo que son comunes, no llaman la atención ni invitan a meditar. Sin embargo, tras esos hechos triviales se esconde un mundo conocido sólo de oídas, a cuyas inquietudes y afanes ha pretendido asomarse, alguna vez, la curiosidad ciudadana.

Recibir el pan fresco y aun caliente, muy de mañana; recoger de la puerta de calle el diario del día o llamar al verdulero que pasa tirando sudoroso de su carrito, cargado de frutas y de verduras, son algunos de esos hechos sin importancia. Pero ellos son posibles únicamente por la labor silenciosa y oculta de un grupo de obreros, que se afanan para ganarse el sustento mientras la ciudad descansa de su fatiga de cada día, y que, en medio de su trajín, tienen aún tiempo para sonreír y mostrar el orgullo de su destino, tan distinto del común de las gentes. Son los trabajadores de la noche.

Su mundo, pintoresco e inquieto, es el que vamos a descubrir al lector en estas crónicas breves y nerviosas, trazadas bajo el haz de la luz eléctrica, entre la última campanada de la tarde y la primera del amanecer.

Puede afirmarse que en Buenos Aires los automóviles siempre están limpios, aunque llueva. Es que cada noche una legión de lavadores se afana empeñosamente, entre mate y mate, para quitarles el barro empleando esponjas y mangueras.

EL AGENTE DE FACCION

LA noche no es de las más propicias para recorrer las calles de la ciudad: cuando abandonamos nuestra casa, un viento frío, acompañado de una tenue llovizna, nos azota el rostro. A poco de andar, ya nuestro propósito comienza a verse satisfecho; desde hace escasos minutos, el viejo agente de facción en la esquina del barrio se halla apostado en su parada. Tras el saludo de rigor, cambiamos al pasar un breve párrafo:

—Mal tiempo, agente, ¿eh?

—¡Cierto! ¡Se me hará larga esta noche!...

En una esquina de la ciudad que duerme, el fogonazo del magnesio sorprendió la mirada triste que esta pequeña vendedora de diarios deja rodar por la calle desierta. Quizá algún transeúnte retrasado le compre "la sexta"...

El mercado nocturno de diarios se instala cada noche en la avenida de Mayo. Los camiones de los revendedores parten de allí velozmente hacia los rincones más apartados de la ciudad, para iniciar la venta al público, de madrugada.



Se acerca la madrugada y las rotativas giran vertiginosamente imprimiendo diarios y revistas. Bajo los focos de luz eléctrica, los encargados de las maquinarias extreman entonces su celosa vigilancia.

¡Qué agradable es recibir el pan
mañana! Pero ello sólo es posible
nocturna de quienes lo hacen. El
sorprendido aquí al maestro de pala

—Parece que vamos a tener agua para rato...

—¡Eso sería lo de menos! ¡Ha llovido tanto sobre mis espaldas! Es que..., ¿saben?, cuando uno se hace viejo los huesos crujen, y ¡es tan lindo pensar en la cama!...

—¡Caramba!, ¿y por qué no se acoge al retiro?

—Porque ya estoy hecho a mi oficio, y esta vida tiene encantos que ustedes no comprenderían. El silencio de la noche..., el brillar de las luces en las calles desiertas... Además, ¡el deber es el deber!

Cuando tratamos de ensayar alguna frase de circunstancias, el hombre da paso al agente, y, olvidándose de sí mismo, el veterano policía se prepara a intervenir en un choque de automóviles que acaba de producirse casi sobre nosotros.

LA MULTIPLICACION DE LOS PANES

A medida que la hora avanza, una densa niebla va proyectando su sombra gris sobre la adormecida metrópoli. De tal suerte, apenas si podemos distinguir la importante panadería que hasta hace pocas horas surtió del más elemental alimento a buena parte del vecindario. Acertamos a penetrar por un estrecho portón, contiguo a la entrada principal del negocio. Luego de atravesar un oscuro corredor, un pequeño mundo se descubre ante nuestros ojos: una elevada cantidad de obreros, vistiendo ligero y cómodo ropaje, y dedicado de lleno cada uno a su respectiva habilidad, va colaborando en las tareas previas a la fabricación del pan. Al cabo de un rato, el maestro de pala debe redoblar su actividad para retirar del horno los frescos y apetitosos panes. Nuestro pensamiento vuela entonces y se detiene primero en el milagro bíblico que da cuenta de la multiplicación de los panes, después..., después nos asalta el deseo de saborearlos aún calientes y recién salidos del horno.

Mientras tanto, ese grupo de animosos obreros, haciendo caso omiso de lo avanzado de la hora, en medio de ocurrencias festejadas ruidosamente, revela la felicidad que
see al ser los encargados de dar forma
mero de los alimentos.

DOLOR Y BARRO

Luego de permanecer por espacio
minutos cerca del horno encendido,
aún más fría la noche cuando recon
la calle. Un diminuto letrero lumino
nuestra atención: muy cerca, detrás
reducido enrejado, el farmacéutico
atiende los pedidos de quienes han
prendidos por la inesperada visita
y viéndolo expender paquetes y bote
samos que debe de ser lindo entregar
dazo de esperanza en forma de co
o de jarabe.

Distraídamente consultamos el rel
¡Las 2 ya! ¡Cómo vuela el tiemp
ese ruido? ¿Quién andará regando
horas? Pocos metros más, y un
rrumpe nuestra marcha para intro
el "garage" cercano; nos decidimos
lo, porque precisamente de ahí pro
ruidos. Nuestra llegada no puede
oportuna: el cuerpo de lavadores
a iniciar su tarea y... ¡a fe que
esta noche! Los automóviles, distr
largas filas, se hallan materialmente
de barro. Entre mate y mate —
también se "matea" —, los lavadores
las incidencias de la jornada:





De noche llegan a la capital los alimentos que van a saciar el apetito de sus habitantes. Esta foto, tomada en el mercado de Abasto, muestra a un par de trabajadores descargando verduras.

...eno, otro de los que velan en la noche sin más ...ía que un brasero y el consabido mote. Cuando ...dad despierte, dispuesta a iniciar su habitual ... diario, él se irá a dormir huyéndole al sol.

—Hoy no salimos ni a las siete... — dice uno.
—Total, no ganaremos mucho con salir ...ano! Si aquí lavamos nosotros, afuera ...mpo se encarga de lavarnos — comenta ...

...bién nuestros trabajadores nocturnos ... su filosofía...

LITERATURA Y HORTALIZAS

Decididamente, nuestra recorrida no tiene ... de tocar a su fin. Redacciones e impren... ...n silenciando su labor luego de haberse ...ado, periodistas y obreros gráficos, por ...cer la insaciable curiosidad del lector ...ero. El resultado de toda esa ímproba ... se da cita a las tres de la madrugada ... el improvisado mercado de diarios y re... ... que, noche a noche, se levanta frente ... edificio de "La Prensa".

Y a propósito de mercados, los primeros ... comienzan a atravesar las calles de la ... rumbo al Abasto. Allí nos encontra... ... cuando una enorme cantidad de vende... ... minoristas se proveen para saciar la ...cidad de la metrópoli. En rigor de ver... ... mucho tendríamos que andar aún para ...plir nuestro cometido. Pensamos en el se... ... que vela en la calle, bajo las estrellas, ...ando junto a la lumbre de la hoguera; ...samos también en músicos y en bailarinas ... trabajan para divertir a los noctámbulos, ... las horas han ido pasando y nosotros tendremos que sumarnos, por una vez, a la falange de los que duermen de día.

Iniciamos el regreso caminando lentamente por las calles desiertas, cuyos reflejos de luz eléctrica comienzan a mezclarse, en la humedad del asfalto, con las nacientes luces del alba. Tropezamos con los primeros trabajadores nocturnos, que se retiran ya a sus hogares, huyendo de la claridad del día. Aquí y allá se abre una ventana y se golpea una puerta como bostezándole a la mañana. Dentro de un rato no más iniciará la ciudad sus tareas cotidianas, esparciendo por las calles de la urbe una multitud trajinante y ruidosa... Esa trajinante y ruidosa multitud por la que se afanan — mientras Buenos Aires duerme — los trabajadores de la noche. ◈

REPORTAJES EN EL ZOOLOGICO

El CIERVO, sultán sin harén, recuerda sus buenos tiempos



Escribe Darío Quiroga
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
DIBUJO DE VILLAFAÑE — FOTOGRAFIA DE CASTELLANO

ME tengo un poco de lástima al acercarme al ciervo llevando en la mano, inofensivamente, lápiz y papel. A este específico símbolo de la caza mayor, de un arte cinegético convertido en verdadera ciencia y que solamente testas coronadas e hidalgos nobles pudieron gustar, no cabe aproximársele sino rodeado de aullantes jaurías, cabalgando veloces corceles, acompañado de expertos monteros y avanzando al son de las trompas de caza, de silbatos y clarines, con aguda daga en la diestra, presta al remate final...

Mi subconsciente vanidoso me empuja, después de esta reminiscencia épica, a adoptar un gesto y una actitud que se me ocurren bravías. Estoy viviendo el momento preciso en que desmonto para ultimar la presa acorralada y vencida que vuelve hacia mí sus ojos angustiados para pedir clemencia...

Mientras dudo si concederla o no, mientras luchan en mi interior el cazador despiadado y el hombre humanitario, otra mirada, burlona y confiada, que nada recuerda a la desesperada expresión de mi ilusoria víctima, me arranca de la heroica postura de montero real en que me encontraba. Es la mirada de mi reporteado, poco impresionado, al parecer, por aquellos aprestos sanguinarios y por la fiereza de mi actitud. ¿Dónde está aquella mentada "cara de ciervo asustado"? El que tengo delante me parece más bien confiado y cazurro. ¡Si hasta muestra sus seis únicos dientes, todos en la mandíbula inferior, en una sonrisa "sobradora"!

Es éste mi primer encuentro con el *Cervus canadensis*, representante americano del ciervo común europeo. El pobre animalito está solo en un amplio recinto. No le acompañan las diez o más ciervas que formaban su corte cuando correteaba libremente por los bosques de la región septentrional de la América del Norte. De igual manera, en las viejas florestas de Europa, en las dilatadas espesuras de Asia, en la cálidas junglas de Africa, encabeza también un ciervo macho la manada de hembras. La poligamia cerval ha sido siempre objeto de acerbas críticas por parte de las dignas representantes femeninas de la fauna animal en el "habitat" de los cérvidos. Vale decir, desde la Laponia, país de los renos, hasta nuestra patria, donde mora el venado.

Digamos, de paso, sin alardear de sabios, que la de los cérvidos es una de las más numerosas familias del orden de los paridígitos rumiantes. Clase de los mamíferos.

Como al sexo débil le ha gustado siempre ocultar la edad, la naturaleza ha sido generosa con las ciervas, privándolas de una cornamenta que en su especie (cervus) delata, con bastante fidelidad, los años vividos.

Cuento cuatro pitones en las cuernas del ejemplar que tengo a mi vista. Tiene, pues, muy aproximadamente, cuatro años.

—Acertó usted de pura carambola, señor periodista —exclama—. Es una fórmula exacta hasta por ahí no más. Cada nuevo par de cuernos tiene, en efecto, una punta más; pero eso ocurre solamente hasta completar el número característico de la especie.

—¡Buen trabajo tienen ustedes con ellos!

—¡Ya lo creo! No sabe cuánto me alegro de que lo haya advertido. Imagínese..., todos los años se caen y en sólo dos o tres meses debemos rehacer una cornamenta mayor aun que la anterior. ¡Estoy realmente descontento con mi suerte! ¿Qué pecado habrán cometido nuestros antepasados para que llevemos esta cruz?

No puedo aclarar este punto oscuro de su genealogía ascendente, aunque me consta que sus antecesores, los *Procervulus aurelianensis*, se encuentran ya en el mioceno inferior.

—Deberían tenerlos recubiertos con una vaina córnea, como los antílopes y los bovinos.

—¡No saben ellos la suerte que tienen!

Me hago eco de las lamentaciones del ciervo. Los cuernos de estos animales constan de dos porciones: un pedúnculo persistente, cubierto de piel, y una porción terminal, generalmente ramificada, que nace revestida igualmente de una envoltura dérmica, llamada terciopelo. Al poco tiempo de formarse el cuerno se interrumpe la circulación sanguínea entre las dos porciones, este terciopelo se reseca, resquebraja y se despre... en tiras, quedando des... la parte terminal, que es ... que se denomina cuerna.

—¿En qué mes pierde... suyas? —le pregunto.

—Entre agosto y oct... No tenemos fecha fija.

—Es decir, cuando ya ... las necesitan para com... por el amor de una her... y juvenil cierva.

He mentado, imprudentemente, la cuerda en casa ... ahorcado. ¿Con quién ... quién va a luchar en ... sidencia actual? Bie... cierto que a pocos me... allí una parienta ru... mira con cierto inter... ro... dos rejas los se... y, por otra parte, el ... ruso, su cónyuge, la ... dia con firmeza.

—No me asusta ese ... liz —dice con despe... canadiense, que ha ... mis pensamientos—. ¿... va a comparar su talla y sus fue... las mías? Soy más poderoso que ... quier ciervo europeo.

Así es, en efecto. Los más ... ciervos del viejo continente, los ... gría y Transilvania, no suelen ... una talla de un metro cuarenta... tras que el americano alcanza ... metro setenta. El huésped del zoo ... ga a medir tanto. Es, sin emba... bello ejemplar. El pelaje es pard... muy claro en el lomo y en la pa... rior de las orejas y obscuro en ... y en la cabeza. Sus ojos son ... Alargados extraordinariamente ... abajo y con finísimas pestañas ... pado superior. No desmienten su ... tesco con las gacelas. Por cier... también lo tienen, en el mism... con nuestra vaca doméstica, y ... mismo se advierte en el aspecto ... de la cabeza y el hocico.

El cuerpo es prolongado, de ... hundidos y pecho ancho, con ... recto y plano. Tiene la cruz ... levantada y el cuello largo y ... do lateralmente. Las piernas ... vigorosas. El rabo cortísimo.

Advierte que lo observo ... ción, y, como palabras de ... suspira:

—¡Debiera verme correr ... bosques! Aquí no soy más que ... ser, se lo aseguro. Pero en ... ¡Ah!... ¡Entonces provoco ... ción de los hombres!...

Debe de ser, ciertamente, un ... pectáculo. Mientras me alejo, ... dome entre las sombras del ... ya avanzado, alcanzo toda... cuchar:

—¡Soy una ráfaga rasgando ... gigantescos saltos! ◈





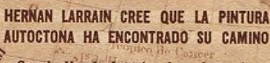
La Argentina vista

DOUGLAS FAIRBANKS, CATALINA BARCENA, HERNAN LARRAIN, SONIA GRAF, JOSE MOJICA, IGNACIO ARA Y ZINCA MILANOV OPINAN SOBRE EL CINE, EL TEATRO, LA PINTURA, EL AJEDREZ, EL FOLKLORE, EL BOXEO Y EL ARTE LIRICO DE NUESTRO PAIS

Los entrevista Tibor Sekelj

Especialmente para "LEOPLÁN"

FOTOGRAFIAS DE ROMERO, CONESA Y PODESTÁ



HERNAN LARRAIN CREE QUE LA PINTURA AUTOCTONA HA ENCONTRADO SU CAMINO

Cuando Hernán Larrain, el excelente pintor chileno que se halla actualmente en la Argentina en embajada artística, nos enseña su estudio, con gesto cordial, creemos que sale a nuestro encuentro el ambiente bohemio del barrio de artistas de Montmartre. Aquí y allá, desde el recuadro de las telas recostadas contra la pared o apoyadas en caballetes, paisajes y desnudos nos miran como a intrusos. En un rincón, varias paletas duermen su sueño de colores y, sobre ellas, los pinceles secos esperan. En el centro del estudio, en una gran tela, vemos el esbozo de un desnudo.

Conversamos con la esposa de nuestro entrevistado sobre unos cuadros de tipos indígenas y un paisaje, que nos llevan imaginariamente a la Indochina, y mientras Larrain nos cuenta sus andanzas por aquel país, aprovechamos una pausa para preguntarle lo que piensa de la pintura en la Argentina.

—Las artes plásticas en este país, no necesitan ya de la socorrida disculpa "Somos un pueblo joven". Tanto la pintura como la escultura argentinas han encontrado definitivamente su camino y adelantan por rumbos seguros y positivos.

—¿Y en cuanto al público?...

—El público es, justamente, un elemento de gran importancia para el desarrollo del arte. Creo que bajo ese aspecto el público argentino [illegible] en condiciones de apreciar el esfuerzo del artista y de darle [illegible] impulso. Presenciando algunas exposiciones en Buenos Aires he [illegible] que los concurrentes no son advenedizos, sino que acuden a ellas [illegible] por verdadero interés al arte.

—A su juicio, ¿qué rumbo debería tomar la pintura en [illegible] país? —le preguntamos con ánimo de dar asidero a su crítica.

—Seguir sencillamente adelante, tratando siempre de superarse, [illegible] es el ideal de todo artista —contesta nuestro entrevistado.

Después esboza un gesto con la mano y continúa:

—Creo también que podría hacerse algo más. Por ejemplo, [illegible] el interés por el arte en las personas que poseen los medios [illegible] asegurar el estudio, la vida y el progreso del artista. En los [illegible] Unidos...

Una nota discordante, que llega de la habitación vecina, [illegible] frase de Larrain. Es un niño que llora. Hay entre nosotros un [illegible] expectante y los esposos cambian entre sí una fugaz mirada.

—¡Estos chicos!... —exclama Larrain, levantándose [illegible]

Va después hasta un rincón, elige un grueso pincel y [illegible] con un gesto desaparece por una puerta hacia la habitación [illegible] por momentos arrecia el llanto.

Nuestra curiosidad nos hace aguzar el oído, y un instante [illegible] reina nuevamente la calma en la casa.

Ya en la calle, se nos ocurre pensar que habiendo ido a [illegible] arte con el destacado pintor chileno, nos vamos descubriendo [illegible] veces, el pincel puede ser un arma de doble filo.

Aunque no sabemos cómo ni por qué...

DOUGLAS FAIRBANKS ESTA APRENDIENDO CASTELLANO

Douglas Fairbanks, hijo, que hoy no es ya sólo un astro cinematográfico en tren de turista, sino un embajador cultural de los Estados Unidos, nos recibe en un salón de la embajada de su país.

No podemos, sin embargo, substraernos al pensamiento de que míster Fairbanks es uno de los actores más famosos del cine norteamericano, y decidimos interrogarlo... bajo sus dos aspectos: el que le confiere su embajada extraoficial y el de astro del cine. Y como recordamos que él viene del país donde "el tiempo es oro", comenzamos en seguida nuestro interrogatorio.

—¿Qué impresión le ha causado la Argentina, míster Fairbanks?

—Estoy muy satisfecho de mi visita. He visto la ciudad y el campo; he conversado con políticos y con artistas, con industriales y con simples trabajadores, y creo que llevaré a mi patria una impresión bastante exacta de este progresista país, que la mayoría de nosotros sólo conoce de oídas.

Vemos que Douglas Fairbanks representa muy bien su papel de embajador, y que nos responde muy políticamente, pero sin contestar a nuestra pregunta. Tratamos de obtener una respuesta más directa y le preguntamos:

—¿Qué le parece nuestra capital?

—Buenos Aires es una gran ciudad, pero es algo más todavía, pues tiene la belleza de París, la cultura de Londres y el tránsito de Nueva York. Sin embargo, es fácil comprender que el futuro de la Argentina se halla en el campo.



—Vemos que ha captado usted [illegible] tuación —le decimos—, y quizá [illegible] lantarnos ya algo de lo que podría [illegible] pro del acercamiento de ambas Américas.

—Si yo fuera un simple turista —[illegible] astro, después de un instante de [illegible] expondría mis deducciones personales; [illegible] olviden que no soy más que un [illegible]

—Así que...

—Por el momento, me limito a [illegible] de lo que veo y de lo que oigo. [illegible] a mi país estudiaré todo esto y [illegible] deducciones al señor Roosevelt.

—Entonces, míster Fairbanks, habrá [illegible] anotado algo en sus visitas a los [illegible] nematográficos —le insinuamos [illegible]

—Así es —costesta nuestro [illegible] una sonrisa comprensiva—, y no [illegible] conveniente en adelantarles mis [illegible] bre ese punto.

—¿Cree usted, pues, que el cine [illegible] está bien encaminado?

—Indudablemente, aunque, desde [illegible] ne todavía un largo camino por [illegible] recorrer. La técnica cinematográfica [illegible] muchos años de estudios y de ensayos, [illegible] más..., grandes capitales.

El astro embajador se ha puesto [illegible] Nuestra entrevista finaliza, pero como [illegible] da una duda, le hacemos esta última [illegible]

—¿De modo que no puede [illegible] sobre su gestión como embajador?

—Sólo una cosa —contesta Douglas— [illegible] buena vecindad no puede limitarse a [illegible] políticos y económicos. El lazo [illegible] vital importancia.

—Estamos de acuerdo con usted. [illegible] distintos idiomas...

—Pues, en pro de nuestra mutua [illegible] ustedes aprenderán inglés y nosotros [illegible] Yo ya lo estoy estudiando...

Y mientras nos tiende la mano y [illegible] cordialmente, Douglas nos da, al [illegible] una muestra de sus "progresos" [illegible]

—*Muchou gusthou and hastha [illegible]*

con ojos extranjeros

Plumas y boleadoras eran, hasta no hace mucho, síntesis y pauta de nuestra personalidad para quienes *nos conocían* en el exterior. Más tarde, las carnes congeladas y el trigo pusieron nuevas pinceladas en el panorama argentino que imaginaban los extranjeros. Pero desde que la aviación acortara distancias y el eco de actividades culturales argentinas fuera llevado más allá de las fronteras de nuestro suelo, por quienes nos visitaban, el cuadro ha cambiado. Sin embargo, como es un hecho indudable que nadie tiene de sí mismo un concepto exacto, APLÁN ha querido recoger la opinión de quienes, habiéndonos visitado y conocido, están en condiciones de adelantar un juicio sobre la Argentina. Sobre la Argentina vista con ojos extranjeros. Tal esta encuesta, por la que desfilan personalidades de las más caracterizadas que han venido a identificarse, por un momento, con el ambiente de nuestro país en el cual desarrollan ellas sus actividades. Son, pues, sus autorizadas opiniones las que se exponen en estas crónicas, en las cuales la crítica es siempre un beneficio, y el elogio un índice de nuestro progreso. Y, como siempre es interesante saber lo que piensan de uno los demás, dejamos ya que el lector se mire, como quien dice, al espejo...



LO QUE PIENSA SONIA GRAF DE LAS AJEDRECISTAS ARGENTINAS

—¡Qué sorpresa! ¡Un viejo amigo! — exclama la vicecampeona mundial de ajedrez, Sonia Graf, al vernos llegar.

—¿Cómo le va, Sonia? — le preguntamos, y en seguida recordamos nuestro primer encuentro a bordo de un transatlántico.

—¿No saben que dentro de pocos días voy a ser madre? — nos dice ella de pronto.

Sorprendidos, miramos su rostro de rasgos enérgicos y buscamos después la explicación en sus ojos claros y vivaces. Ella permanece seria un instante, pero, al cabo, asoma a estos últimos el brillo juguetón de una sonrisa.

—Sí — nos dice —, seré madre... espiritual de mi primer libro "Así juega una mujer", que aparecerá dentro de unos días, y que será también el primer libro de ajedrez que se edite, escrito por una mujer.

—Muy bien, Sonia, la felicitamos. Pero, ¿nada más que de ajedrez trata el libro?

—¡Oh!, no. Aparte del ajedrez, el libro contiene toda mi vida: un poco de aventuras, un poco de amor, y una pizca de psicología...

—¿Incluye también algo de la Argentina?

—Claro está. El libro lo he escrito aquí, y las impresiones recogidas en este país son las más recientes.

—A propósito, ¿qué le parece el ajedrez entre nosotros? — le preguntamos, encauzando la conversación hacia el tema de nuestra encuesta.

—Se halla en buen camino — nos contesta Sonia, sin vacilación —. Es cierto que de los juegos "científicos" todavía se aprecia más el fútbol, pero, poco a poco, está penetrando la idea de la superioridad del pensamiento sobre la fuerza bruta. El ajedrez tiene aquí, además, un profundo inconveniente: la raza latina siempre ha gustado de las luchas espectaculares y de movimiento, desde el circo Máximo, de los antiguos latinos, hasta el "catch-as-catch-can", de sus descendientes de hoy. El ajedrez también es lucha, pero lucha de inteligencia, que no se exterioriza en forma violenta. Sin embargo...

—¿Sin embargo? — urgimos, buscando la terminación de la frase.

—Acabo de enterarme — continúa la célebre jugadora — de que en este país existen mil quinientas sociedades donde se cultiva el juego-ciencia. Eso significa que aquí el ajedrez tiene un gran porvenir.

—¿Cree usted que entre nosotros hay buenos jugadores?

—Estoy convencida de ello. Entre los más destacados podría citar a Grau, Pleci, Maderna, Guimard, y varios otros.

Mientras conversamos, Sonia nos enseña algunos ingeniosos trucos del tablero, que parece cobrar vida a través de sus maravillosas combinaciones. Un instante antes de irnos, recordamos la parte más importante de nuestra entrevista.

—¿Cómo manejan los trebejos las argentinas, Sonia? — le preguntamos como al acaso. Ella guarda silencio un segundo, mirándonos con una sonrisa que asoma apenas a sus finos labios, y luego, encendiendo parsimoniosamente un cigarrillo, contesta en voz baja:

—¡Van llegando...! ¡Van llegando...!

LA TEMPORADA DEL COLON ES MUY BREVE, SE LAMENTA ZINCA MILANOV

Zinca Milanov, la célebre soprano yugoeslava del "Metropolitan Opera House", de Nueva York, se encuentra en nuestra capital y es huésped del teatro Colón. Los ensayos y los compromisos sociales ocupan casi todo su tiempo. Sin embargo, llegamos a su casa en uno de esos raros momentos que se dedica a sí misma y que nosotros le robamos sin el menor remordimiento.

Ella nos sonríe, y después de echar una mirada y un suspiro sobre los libros y las flores que la rodean, comienza a hablarnos de sus viajes y de la labor artística que piensa desarrollar en Buenos Aires.

—Cantaré pronto en "Tosca", "La Traviata" y "Otello". Luego, en el "Requiem", de Verdi, bajo la dirección de Arturo Toscanini...

—Usted que ha cantado en Europa y en los Estados Unidos, ¿qué impresión tiene de nuestro teatro lírico? — le preguntamos de repente, con ánimo de sorprenderla.

—¡Oh!, excelente — contesta Zinca sin vacilar y con evidente entusiasmo —. Sin contar que el Colón, por su acústica, su escenario y su equipo es uno de los primeros teatros del mundo, he quedado gratamente impresionada por el público argentino, que demuestra ser entendido. Exige mucho, pero cuando se le satisface sabe apreciar el esfuerzo del artista. En cuanto a los cantantes, puede decirse que tienen un nivel artístico muy elevado. Resulta sumamente simpático ver a los cantantes jóvenes frecuentar los ensayos de los artistas extranjeros. Son sumamente estudiosos y tienen mucha voluntad.



—Así que, según su parecer, ¿nada podría mejorarse en nuestro arte lírico? — preguntamos sintiéndonos un poco defraudados al oír tantos elogios.

Nuestra bella interlocutora se queda meditando un momento y luego dice:

—Me parece que el Colón no satisface plenamente las necesidades de esta ciudad y de su público culto y ansioso de ver, de oír y de conocer. La temporada es muy breve, y durante ella se dan pocas funciones. Según mi entender — continúa la soprano —, aquí la ópera es accesible sólo a gente de dinero. No hay teatro lírico por la tarde, ni funciones especiales a precios módicos para los estudiantes, los obreros y los empleados, como ocurre en Europa y en los Estados Unidos. Sería necesario hacer más variables las horas y el precio de las funciones. Parece como si aquí ignorasen todavía el gran valor educativo de la ópera y de la música en general.

La gran cantante, que deleitará al público porteño durante la presente temporada lírica, ha dicho las últimas palabras de pie. Al despedirnos de ella le decimos "adiós", y no hasta luego, porque, pensando en nuestro bolsillo, no estamos muy seguros de poder escucharla en el Colón.

¡Cuánta razón tiene Zinca!



IGNACIO ARA CREE QUE LOS BOXEADORES ARGENTINOS SON MUY "PELEADORES"



El boxeador español de peso mediano, Ignacio Ara – don Ignacio como le llaman sus colegas –, nos recibe en el Luna Park, pero vestido con ropas de calle y no con guantes, como esperábamos nosotros de un boxeador. Le preguntamos la causa y él nos contesta:

—Tendré que dejar el entrenamiento por unas semanas.

Y antes de que tengamos tiempo de formularla, responde también a nuestra tácita interrogación:

—Durante mi pelea con Raúl Rodríguez sufrí un accidente...

—¿Un accidente? – preguntamos adoptando el aire más inocente que podemos, porque tememos vernos obligados a confesar, en detrimento de nuestra misión, que no hemos presenciado ese *match*.

—Sí, un desgarre muscular en el costado izquierdo del cuerpo, que me paralizó, impidiéndome emplear todos mis medios combativos – nos aclara él sin hacernos la temida pregunta.

—¿Así que los boxeadores argentinos son peligrosos?

—¡Claro que sí! Pero...

—La calidad... – insinuamos viendo que está a punto de tragar el anzuelo.

—Generalmente son buenos, pero necesitarían perfeccionarse. El argentino no es boxeador, es más bien peleador. Quiero decir que existen aquí fuerzas muy buenas, y a menudo surgen figuras de excelentes condiciones naturales y de perspectivas promisorias. Todos ellos alcanzan un cierto nivel, hasta donde los eleva el impulso de su vigor y de su juventud. Luego quedan en ese punto, como clavados. No tienen la paciencia de trabajar para perfeccionarse y escalar así las posiciones que merecerían por su fuerza física y su temperamento

—Entonces, ¿qué les aconsejaría usted a nuestros boxeadores? – guntamos aprovechando el entusiasmo con que nos habla Ara.

—¿Aconsejarles? Pues un poco más de autodisciplina y la de que en nuestra profesión nunca se sabe lo suficiente.

Después el boxeador se aparta del tema para contarnos cosas, que no vamos a reproducir aquí *por falta de espacio* y porque así nos lo pidió Ignacio Ara:

—¡No vayan a decir nada malo en contra de mí, eh! – pronto. Y acompaña estas palabras con un gesto..., que..., con un gesto que para justificación nuestra sorprendió la tográfica.

Y que, naturalmente, nos hace complacer el *pedido* de don



DONDE CATALINA BARCENA "CRITICA A LOS PERIODISTAS"

—No, no, señores. No me pongan en una encuesta entre artistas extranjeros – Catalina Bárcena, la actriz española que ha triunfado en todos los escenarios de rica –. Nosotros, los españoles, nos sentimos aquí en la Argentina como en nuestra así también cuando los argentinos van a España los acogemos como a hermanos que después de una larga ausencia.

Festejamos los pensamientos de la celebrada actriz, que accede a nuestro pedido cuando le exponemos la nómina de los demás entrevistados, que no son todos "ex en el sentido estricto de la palabra.

—Estoy a la disposición de ustedes – nos dice entonces, sonriente.

—¿Querría decirnos, señora, su opinión sobre el teatro argentino? – preguntamos do en seguida en materia.

—¡Qué pregunta maliciosa! – exclama Catalina Bárcena. Y después agrega:

—Sin embargo, no es tan peligrosa como ustedes creen, porque puedo decirles, con ceridad, que el teatro argentino es el mejor de Sudamérica, y eso lo saben ustedes No lo digo por hacer alabanzas, sino porque la verdad es que los elencos teatrales general excelentes.

—Nos parece que a nadie mejor que a usted, que ha hecho tanto por nuestro dríamos preguntarle las causas y el origen de tal auge.

—De modo que pretenden ustedes alabarme, ¿eh? Pues sepan que no necesitan tales procedimientos, porque le tengo verdadero cariño al teatro argentino, y...

—¡Ah!, ya vemos que no quiere usted contestar a nuestra pregunta... – le modo de reto. Pero ella nos desarma con esa sonrisa que sigue jugando en sus labios, nos dice:

—Bien; creo que ello se debe a que por los teatros de Buenos Aires desfilan los artistas del mundo, y como consecuencia el público tiene la exigencia del entendido. así que el actor, si no es bueno, no puede triunfar aquí. Felizmente los autores argentinos son muy sagaces y con la técnica de sus obras ayudan al lucimiento del

—¿Y en cuanto a sus propias experiencias entre nosotros?

—Cuando vine por primera vez – contesta con gesto serio ahora Catalina Bárcena – le tenía un poco de temor al público argentino. Pero después de la acogida tan sincera y cordial que me brindaron los porteños, no puedo menos que volver cada vez que puedo hacerlo.

—Agradecemos mucho sus declaraciones, señora; pero vemos que no nos ha dicho usted más que alabanzas – le expresamos con el aire de quien se siente defraudado –. ¿No cree que se podría hacer también un poco de crítica?

—¡Ya lo creo! – contesta ella sonriendo con malicia –. Pueden decir, por ejemplo, que ustedes los periodistas son gente muy curiosa y que tienen cada pregunta..., bueno, cada pregunta de periodistas...







JOSE MOJICA NOS HABLA DEL TANGO

—¿El canto en la Argentina? —repite el popular tenor mexicano José Mojica, que se presta gentilmente a responder a la encuesta de LEOPLÁN —. Pues verán: La variedad de los componentes de un pueblo impone también a su folklore una nutrida gama de variaciones en la expresión. Así — y aunque esta verdad tiene más fuerza para mí que para la Argentina — de la mezcla del indio con el español, con el italiano, con el negro, etc., ha resultado un pueblo profundamente intuitivo y de expresiones muy suyas.

—¿Y en cuanto a la música?

—Creo que en el campo argentino existen una música y un canto inconfundibles, que son la expresión más adecuada del suelo donde nacieran.

—¿Debemos deducir de su juicio que la canción argentina autóctona tiene un valor internacional?

—Eso es lo que creo. Ustedes saben también — nos confiesa el famoso tenor y astro cinematográfico — que el tango ha sido creado con los elementos de la música argentina, o mejor dicho con el alma de este pueblo, y que salió de Buenos Aires para conquistar el mundo. Probablemente, no será esa la última conquista de la Argentina musical.

—Pero, ¿cree que habría que hacer algo aquí para el adelanto de la cultura musical?

—Hacer, no creo. Pero, eso sí, seguir haciendo y trabajando para tratar de superar lo que ya se ha hecho, y también para abrir nuevos horizontes. Hoy, en Buenos Aires, y en algunas otras ciudades argentinas, existen orquestas sinfónicas muy buenas y excelentes concertistas, como existen también orquestas típicas y conjuntos modernos que compiten con los músicos de los Estados Unidos.

Y el afamado tenor, después de contarnos que ha leído LEOPLÁN muchas veces en México, nos tiende sonriente la mano y agrega a modo de despedida:

—Digan que los argentinos, en materia de música y de canto, no tienen nada que envidiar a los demás países. Llegarán lejos, siguiendo el desarrollo artístico como hasta ahora lo han hecho. ◈

Las enfermeras del

235 MUCHACHAS APRENDEN EN LA ESCUELA DE ENFERMERAS DEL HOSPITAL MONTE SINAI, UNA DE LAS MIL TRESCIENTAS SETENTA Y CINCO QUE FUNCIONAN EN LOS ESTADOS UNIDOS, LA CIENCIA DE ALIVIAR EL DOLOR DE LOS QUE SUFREN



El "día de la cofia" es un gran acontecimiento en la vida de estas muchachas. Pasado el período de 24 semanas de prueba, la estudiante recibe la blanca cofia y el uniforme.

Aquí se benefician enfermas y estudiantes; las primeras reciben los diversos masajes que necesitan, y las segundas aprenden y practican todas las formas de la kinesiología.

Atentas, concentradas en la ... están observando, estas ... ras siguen cada detalle de la ... ración, y seguramente ... que no esté lejano el día ... puedan ayudar al cirujano ... misión de salvar vidas ...

ANTES cualquier persona se sentía capacitada para cuidar en... mos, y a una mujer le bastaba una dosis de buena voluntad, ... delantal blanco y una cofia para estar ya en condiciones de ... admitida en un hospital y manejar, con manos inexpertas, ... que muchas veces pendían de un hilo. Pero esos tiempos pas...

Sinaí

Por
Robert J. Wilkinson

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Esto no es un "ballet" ruso, sino un ejercicio con finalidad de educación física. La salud de la enfermera es tan importante como la del paciente.

En la segunda mitad del primer año las estudiantes reciben las lecciones de enfermería médica y quirúrgica, además de trabajar cinco horas diarias en el hospital de Monte Sinaí, de Nueva York.

ya al país de los recuerdos; por lo menos en Norteamé- rica, y en nuestro país ya están pasando, aunque no co- mo lo exige la buena comprensión de las cosas.

Funcionan actualmente, en los Estados Unidos, 13 escuelas de enfermeras. Y en las fotos que integran es- ta nota podemos ver algo de lo que sucede en el inte- rior de la del hospital Monte Sinaí, de Nueva York, la cual quizá sea una de las más importantes. Es, por lo pronto, la más antigua y más grande de la región.

Cuenta esta escuela de enfermeras con 235 estudian- tes, además de las 223 enfermeras graduadas del hospi- tal, contratadas por la Administración, las cuales hacen las veces de maestras y ayudan al cuerpo de alumnas a desempeñarse en las tareas difíciles y cuando los casos son de responsabilidad.

Pero lo que en verdad habla mucho en favor de la capacidad de las enfermeras tituladas en Monte Sinaí, y lo que significa una verdadera garantía para quien so- licita los servicios de una muchacha egresada de dicha escuela es la tabla de condiciones que se exige a las que aspiran a entrar en la escuela y los conocimientos que han de adquirir para poder graduarse.

Primeramente, la aspirante debe haber cursado los estudios secundarios (cuatro años de bachillerato) y ha- ber obtenido una clasificación superior al término me- dio; debe gozar de perfecta salud, pasar con éxito por una serie de pruebas psicométricas y tener una perso- nalidad apropiada y que la ayude al éxito en su profe- sión elegida. Después de esto se la considera en con- diciones de inscribirse como alumna "a prueba". Y este período dura 24 semanas, el cual es, indudablemente, muy necesario. Durante este tiempo, las alumnas "a prueba" son sometidas a espectáculos propios de los hos- pitales de sangre, y es entonces cuando se descubren las naturalezas inaptas para esta profesión. Así no pierden tiempo las que equivocaron la elección y también se aseguran las de vocación verdadera.

Pasado este período de prueba, las que se desempe- ñaron bien durante él reciben solemnemente el unifor- me y la cofia, lo que marca para ellas una fecha memo- rable y las consagra Estudiantes de Enfermeras, todo lo cual es algo así como el antiguo espaldarazo para ser armado caballero. En seguida deben aplicarse a un serio estudio que dura tres años, durante los cuales tienen que dedicar 6.000 horas a trabajos prácticos y 1.200 horas a trabajos teóricos. Estudian al lado de grandes médicos del hospital de Monte Sinaí, asisten a todas las difíciles operaciones y están encargadas de los enfermos en las secciones clínicas, donde, gradualmente, se las carga con mayores responsabilidades. Así llegan a adquirir téc- nica profesional y conciencia de la elevada misión a que están destinadas.

Se cree que las 1375 escuelas de enfermeras disemi- nadas en la Unión, la calidad de su enseñanza y la can- tidad de alumnas que a ellas concurren son los factores que han influído poderosamente para levantar el "stan- dard" de buena salud que hoy es un motivo de orgullo para los Estados Unidos.

Remitimos al lector a las fotografías que acompañan estas palabras; ellas dan una idea clara acerca de algu- nos procedimientos y disciplinas de la enseñanza que se imparte en la Escuela de Enfermeras de Monte Sinaí, Nueva York. ◈

En el estudio de las facultades y los impulsos —*prima mobilia* del alma humana— los frenólogos han pasado por alto una tendencia que, a pesar de que existe, evidentemente, como sentimiento radical, primitivo e irreducible, ha escapado también a la atención de todos los moralistas anteriores a aquéllos. En la arrogancia de nuestra razón no la hemos notado; hemos dejado que su existencia escapara a nuestros sentidos sólo por falta de creencia, de fe, ya fuese en la Revelación o en la Cábala. No se nos ha ocurrido nunca la idea, simplemente por ser una superrogación. No consideramos que fuera necesario notar impulsos por esta tendencia; no veíamos su necesidad. No podíamos comprender —es decir, no podríamos haber comprendido, en el caso de que se hubiera impuesto la noción de este *primum mobile*— de qué manera se lo podría haber utilizado para fomentar los fines de la humanidad, ya fuesen temporales o eternos.

No se puede negar que la frenología, y en gran parte la metafísica, ha sido ideada *a priori*. El hombre lógico o intelectual, más que el observador o el inteligente, fué el que se dispuso a imaginar designios, a dictar sus propósitos a las intenciones de Jehová; sobre ellas erigió innumerables sistemas mentales. En el campo de la frenología, por ejemplo, primero decidimos, naturalmente, que la circunstancia de que el hombre debía comer era designio de la Divinidad. Así fué como asignamos al hombre un aparato para la alimentación, y ese aparato es el flagelo con el cual el Ser Supremo obliga al hombre, de buen o mal grado, a comer. Después, habiendo decidido que era voluntad de Dios que el hombre debía perpetuar la especie, descubrieron en seguida el órgano de la amatividad. Y lo mismo sucedió con la combatividad, los ideales, la causalidad, el espíritu constructivo; en pocas palabras, con todas las fuerzas de la vida que representan, ya sea una propensión, un sentimiento moral o una facultad pura de la inteligencia. En esta distribución de los principios de la acción humana, los spurzheimistas (1), tuvieran o no razón en parte o en todo, no han hecho sino seguir, en esencia, los pasos de sus precursores al deducir todo del destino preconcebido del hombre, y fundar todo sobre las bases de los fines de su Creador.

(1) Partidarios de las teorías del doctor Spurzheim, uno de los creadores de la frenología.



UNA HISTORIA EXTRAORDINARIA de **EDGARD ALLAN POE**

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

El demonio de la perversión

Hubiese sido más sensato, más prudente, clasificar, si es que debemos hacerlo, sobre la base de lo que el hombre, general u ocasionalmente, hacía, más que sobre la base de lo que, según presumíamos, la Divinidad quería que hiciese. Si no podemos entender a Dios en Sus obras visibles, ¿cómo podríamos comprenderlo en Sus pensamientos inconcebibles, que dan el ser a Sus obras? Si no podemos comprenderlo en Sus criaturas objetivas, ¿cómo podríamos entenderlo en Su verdadero Ser, en las fases de Su creación?

La inducción *a posteriori* habría hecho que la frenología admitiese, como principio innato y primitivo de la acción humana, un algo paradójico, que podríamos llamar "perversión", a falta de un término más apropiado. En el sentido a que yo me refiero, es, en realidad, un móvil sin motivo, un motivo que no es *motivirt*. Por su impulso actuamos sin objeto comprensible o, si se considera a esto una contradicción verbal, podría modificar la proposición y decir que, a causa de su impulso, actuamos por la simple razón de que no debemos hacerlo. En teoría, no hay razón más irrazonable; pero, en la realidad, no hay ninguna más fuerte. Se hace absolutamente irresistible a ciertos temperamentos y bajo ciertas circunstancias. Estoy tan seguro como de que respiro de que lo impropio o lo erróneo de cualquiera de nuestras acciones es a menudo la fuerza invencible que nos empuja a continuarla. Esta tendencia irresistible a hacer el mal por el mal mismo tampoco admite el menor análisis ni la descomposición en sus elementos. Es un impulso radical, primitivo, elemental. Se dirá, bien lo sé, que cuando insistimos en actos en los que debemos persistir, y lo sabemos, nuestra conducta no es sino una modificación de la que tiene su origen en la combatividad a que hace referencia la frenología. Pero una simple observación bastará para demostrar el error de tal idea. La combatividad frenológica tiene por esencia la necesidad de la defensa propia; es nuestra salvaguardia contra el mal. Su principio concierne a nues-



tro bienestar, y así, el deseo de gozar de bienestar es excitado simultáneamente con el propio desarrollo de dicha combatividad. Se deduce de esto que a ese deseo se le debe excitar al mismo tiempo que cualquier princip que sea solamente una modificación de la combatividad. Pero en el caso de lo que yo denomino perversión, no sólo no existe tal deseo, sino que se nota la presencia de un fuerte sentimiento antagónico.

Un llamado al propio corazón es, después de todo, la mejor respuesta al sofisma que se acaba de expresar. Nadie que consulte e interrogue con confianza y sincera y profundamente a su alma podrá negar la naturaleza radical de la tendencia en cuestión. Es tan incomprensible como característica. No hay hombre que en algún momento de su vida no se haya sentido atormentado, por ejemplo, por un ardiente deseo de molestar a quien lo escucha mediante circunloquios; sabe que desagrada, aunque tiene toda la intención de agradar, pues, generalmente, es conciso, preciso y claro. El lenguaje más lacónico y lúcido lucha por exteriorizarse, y el orador logra sólo con dificultad abstenerse de emplearlo; teme la ira de su interlocutor y, sin embargo, le ataca el pensamiento de que, por medio de rodeos y paréntesis, podrá engendrarla. Este pensamiento basta; el impulso aumenta, se convierte en un deseo, el deseo en un ansia indominable, y esta ansia es satisfecha para gran remordimiento y mortificación del orador, en desafío a todas sus consecuencias.

Tenemos ante nosotros una tarea que debemos cumplir rápidamente. Sabemos que será muy perjudicial demorarla. La crisis más importante de nuestra vida reclama a gritos energía y acción inmediatas. Nos inflamamos, nos consume el ansia de comenzar la labor, la anticipación de sus gloriosos resultados incendian toda nuestra alma. Debemos iniciarla, la iniciaremos hoy; no obstante, la postergamos hasta mañana, y ¿por qué? No hay respuesta a esa pregunta, excepto que nos sentimos "perversos", palabra que utilizo sin comprender sus principios. Llega el mañana, y con él una ansiedad más impaciente por efectuar nuestro deber, pero con esta creciente ansiedad viene también un anhelo de postergación, imposible de describir, temible por lo insondable. Este anhelo reúne fuerzas a medida que pasan los instantes. Ya se acerca el último momento que nos queda para actuar. Temblamos a causa de la violencia del conflicto que se producirá en nuestro interior entre lo definido y lo indefinido, entre la substancia y las sombras. Pero si la lucha ha llegado a esta etapa, son las sombras las que vencen. Combatimos en vano; el reloj da la hora y es el toque de difunto por nuestro bienestar. Al mismo tiempo es el canto del gallo para el espectro que nos ha amenazado por tanto tiempo. Vuela, desaparece: somos libres. Retorna la antigua energía; *ahora* trabajaremos. ¡Ay! es demasiado tarde.

Estamos de pie al borde de un precipicio. Al mirar el abismo nos mareamos. Nuestro primer impulso es retirarnos del peligro, pero, sin saber por qué, permanecemos allí. Gradualmente, nuestro mareo y nuestro terror se mezclan en una nube de sentimientos indescriptibles. Por grados, aun más imperceptibles, esa nube toma forma, como el vapor de la botella de la cual surgió el genio de las Mil y Una Noches. Pero de la nube nuestra, al borde del precipicio, se hace palpable una forma más terrible aún que cualquier genio o demonio de leyenda y que, sin embargo, no es más que un pensamiento, aunque tan horrible que hiela la médula de nuestros huesos con la ferocidad que encierra la delicia de su horror: es, simplemente, el pensamiento de lo que serían nuestras sensaciones durante una caída desde semejante altura. Y dicha caída – esa aniquilación casi instantánea –, por lo mismo que significa la imagen más odiosa y terrible de la muerte, entre todas las imágenes más odiosas y terribles de muerte y sufrimiento que se han presentado a nuestra imaginación, por esa misma razón la deseamos con tanto más ardor. Y como el razonamiento nos aconseja violentamente que nos alejemos del borde, en consecuencia nos acercamos a él con tanto más imprudencia. En la naturaleza no hay pasión tan diabólicamente impaciente como la de aquel que, temblando a orillas de un precipicio, medita arrojarse al mismo. Si por un momento tratamos de pensar, estamos perdidos, pues la reflexión nos insta a reprimirnos y por esa misma razón no podemos contenernos. Si no hay un brazo amigo que nos detenga, o si fracasamos en un esfuerzo por retirarnos del abismo, caemos y sucumbimos.

Al examinar estas y otras acciones similares, descubriremos que son consecuencia solamente del espíritu de "perversión"; las llevamos a cabo porque sabemos que no debemos hacer. Más acá o más allá de ese espíritu, no hay ningún principio comprensible, y podríamos considerar

que esa "perversión" es una instigación directa del Demonio, si no fuera porque en ocasiones opera en pro del bien.

He dicho todo esto para poder contestar, en parte, vuestra pregunta, para poder explicaros por qué estoy aquí, para poder exponeros algo que tenga, al menos, leve apariencia de causa de que yo lleve estas cadenas, de que habite esta celda de los condenados. Si no hubiese sido tan prolijo, quizá me habríais entendido mal o considerado loco, como lo hizo la plebe. En cambio, ahora os percataréis de que soy una víctima más del Demonio de la Perversión.

Es imposible que delito alguno haya sido planeado con más deliberación. Durante semanas, durante meses, consideré los medios para cometer el crimen. Rechacé mil proyectos porque su realización implicaba una probabilidad de que se descubriera. Por último, al leer algunas memorias en francés, descubrí el relato de una enfermedad casi fatal que atacó a Mme. Pilau por intermedio de un candil accidentalmente envenenado. La idea se posesionó en seguida de mi imaginación. Conocía la costumbre de mi víctima de leer en la cama, y sabía que su departamento era estrecho y mal ventilado. Pero no es necesario que os abrume con detalles no pertinentes; tampoco necesito describir los simples ardides de que me valí para substituir, en el candelabro de su dormitorio, una vela que encontré allí por otra de mi propia fabricación. Al día siguiente, se le encontró muerta en su lecho, y el médico forense declaró que era "muerte por la visita de Dios".

Una vez que heredé sus propiedades, todo fué bien durante varios años. Nunca penetró en mi cerebro la idea de ser descubierto. Yo mismo había dispuesto cuidadosamente de los restos de la bujía fatal; no había dejado sombra de huella por la que se pudiera condenarme o acusarme, o siquiera que me hiciese sospechoso de haber cometido el crimen. Es inconcebible el sentimiento de satisfacción que nació en mi pecho al reflexionar sobre mi absoluta seguridad. Durante mucho tiempo tuve por costumbre deleitarme en este sentimiento, pues me ofrecía un placer más real que todas las ventajas mundanas resultantes de mi pecado. Pero llegó, por fin, una época en que ese sentimiento de placer se convirtió, por grados apenas perceptibles, en un pensamiento obsesionante y atormentador. No podía deshacerme de él ni por un instante. Es muy común sentirse fastidiado por el retintín que causa en nuestros oídos, o más bien en nuestros recuerdos, el estribillo de alguna canción común o de ciertos trozos insignificantes de una ópera; no estaremos menos atormentados si la canción es buena o el aire de la ópera tiene mérito. Así fué como llegué a verme meditando sobre mi seguridad y repitiendo, en voz baja, las palabras: "Estoy a salvo".

Un día, mientras caminaba por la calle, me descubrí en el acto de murmurar a media voz las acostumbradas sílabas: "Estoy a salvo, sí; estoy a salvo, si no soy lo bastante tonto como para confesar abiertamente".

No bien dije estas palabras, sentí un frío que me helaba el corazón. Ya tenía alguna experiencia con respecto a estos arranques de "perversión" — cuya naturaleza he explicado detalladamente —, y recordaba muy bien que en ningún caso había podido sobreponerme a ellos. Y ahora, mi propia sugestión casual, de que podía ser lo bastante tonto como para confesar el crimen del cual era culpable, se alzaba ante mí como el espíritu de aquél a quien había asesinado, y me llevaba a la muerte.

Al principio, no hice ningún esfuerzo por deshacerme de esta pesadilla del alma. Caminé con vigor, cada vez más rápido, hasta que por fin corrí. Sentía un deseo delirante de gritar. Cada ola de mi pensamiento me abrumaba con un nuevo terror, porque, ¡ay!, bien sabía, demasiado bien, que pensar en mi situación significaba mi perdición. Apuré más aun mi paso, corrí como un loco por las calles llenas de gente, hasta que, por fin, ésta se alarmó y comenzó a perseguirme. Entonces sentí que se consumaba mi destino. Si hubiese podido arrancarme la lengua, lo hubiera hecho; pero una bronca voz resonaba en mis oídos y sentí que me tomaban rudamente por el hombro. Me di vuelta, tomé aliento. Por un momento, experimenté toda la congoja de la sofocación, me volví ciego y sordo y me sentí mareado; entonces, un demonio invisible me golpeó con su ancha mano en la espalda. El secreto, por tanto tiempo guardado, prorrumpió de mi alma.

Dicen que hablé con palabras claras, pero con marcado énfasis y prisa apasionada, como si temiese una interrupción antes de terminar las breves pero significativas palabras que me enviarían al verdugo y al infierno.

Una vez que declaré todo lo necesario para la más completa condena judicial, caí sin sentido.

Pero ¿a qué continuar? Hoy llevo estas cadenas y estoy aquí. Mañana estaré libre de ellas, *pero ¿adónde?*



En Córdoba se dictan clases

Paladín de la titerería andante, poeta con corazón de niño y alma de marioneta, Javier Villafañe le puso ruedas una vez a su afán de caminos y se fué por los pueblos, señor de lo trashumante, a dejar en cada cabecita infantil que encontró en su itinerario, a través del ensueño, la llama de una ilusión.

Así surgió "La Andariega", desde la que Maese Trotamundos fué diciendo a los niños argentinos la poesía de los títeres. Y así también, al conjuro de su "raid" alrededor del paisaje y el asombro de nuestros pueblos, surgieron en la Argentina los niños titiriteros, de los que en esta nota, con sencillez de copla y acento de confidencia, nos habla Javier.

TROTITA
TEATRO GUIGNOL

"El Gallito Pinto" se llama este teatro de títeres, construído y animado exclusivamente por un grupo de niños cordobeses en el corto lapso de dos meses.

Cuatro pequeñas escolares de la Colonia de Vacaciones de Villa General Mitre [...] afanosamente a la tarea de pintar cabezas de títeres, en un teatro construído [...]



...ara niños titiriteros

POR LAS PLAZAS DE DICHA CIUDAD AMBULAN YA VARIOS TEATROS DE TITERES CONSTRUIDOS Y MANEJADOS POR LOS NIÑOS QUE EN UNA ESCUELA DEL CONSEJO DE EDUCACION APRENDEN EL ARTE SUTIL DE LAS MARIONETAS

Escribe **Javier Villafañe**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

En la Colonia de Vacaciones de Villa General Mitre (Córdoba); el verano pasado se reunieron, entre los dos contingentes, trescientos veinte niños de seis a doce años de edad, llegados de distintos puntos de la provincia.

Al marcharse, dejaron terminado un teatro de títeres. Labor exclusivamente de ellos.

Todas las tardes, con el grabador Mauricio Lasansky, les dábamos representaciones con nuestro teatro de títeres de "La Andariega". Así conocieron estos niños los primeros muñecos. Comenzaron a quererlos. Poco a poco se fueron familiarizando con los personajes. Los nombres de Maese Trotamundos, el vigilante Juancito, el Mago, y María, la de los lar... cabellos rosados, estaban constantemente presentes en los labios de todos ... niños de la Colonia.

...ban con los títeres. Dibujaban y pintaban las escenas que más les ha... impresionado. Les escribían largas cartas a los muñecos, contándoles



Obsérvese la expresión de auténtico regocijo con que estos pequeños cordobeses siguen las peripecias de Maese Trotamundos, el Diablo, la Bruja y demás infaltables personajes del teatro de títeres.

...mo pasaban los días en la Colonia, cómo vivían en sus pueblos; los invita... a ir en sus paseos, a bañarse con ellos en el río y, muchas veces, les ...ribían cartas para prevenirlos de alguna diablura del Diablo. Personaje ...altable en un teatro de títeres.

"Cuidado, María — escribía un niño de diez años —; ayer el Diablo le dijo ... Fantasma que esta noche fuera a robarte. Avisale a Juancito y cerrá la ...erta, y no salgas. Yo estoy bien, lo que más me gusta es el río; vení al ... con todos y te va a gustar".

Otro niño le escribe esta carta al vigilante Juancito:



Otro grupo de niñas modelando las cabezas de los pintorescos actores en miniatura que harán luego, desde el pequeño escenario, las delicias de sus compañeros.



"La Andariega", el trashumante teatro con que Javier Villafañe
pueblos argentinos enseñando a los niños del interior la poesía

"Sos valiente y sos bueno, por eso no quiero que te vayas. Me gusta cuando cantas con la guitarra. Al principio yo iba a ayudarte cuando te peleaste con el Diablo; fuí el primero que te avisó y te grité fuerte para que me oyeras. Pero te vales solo y le ganas a todos juntos.

"María es linda como una flor.

"Me quedo triste porque mi hermanito no te conoce, tampoco a María, ni al Trotamundos ni al Mago. El no puede venir a la Colonia porque alguno de los dos tiene que quedarse en la casa para el reparto. Si vas por Alta Córdoba anda a verlo, se llama Eduardo, pero le dicen Pocho. Adiós Juancito y María, sean felices los dos; a mí me gustaría irme con ustedes".

Los niños en las funciones de títeres —y esto ocurre siempre— eran al mismo tiempo espectadores y actores. Solían hablar con los muñecos.

Cuando los personajes que querían estaban a punto de correr peligro les avisaban a gritos. Les alcanzaban palos para que lucharan y vencieran a los diablos, los brujos y los fantasmas.

Cuando iban a bañarse al río buscaban ramas y cañas. Una tarde, al ver a un niño muy pequeño tratando de cortar una rama de un árbol, me acerqué a preguntarle:

—¿Para qué la quieres?

—Para dársela a Juancito, así hoy le pega a la Fantasma.

En una escena en que el Brujo se llevaba prisionera a María y el vigilante Juancito venía a socorrerla, a espaldas de éste aparece el diablo del aire y del agua —un diablo verde y azul, con los cuernos llenos de lentejuelas—. Va a atacarlo a traición y, en el preciso momento que levanta un grueso bastón para dejarlo caer sobre la cabeza del héroe, un niño que estaba en las primeras filas, lo golpea con una caña y le grita:

—¡Tomá, diablo traicionero!... ¡Peliale de frente a Juancito!

Estos niños, llegados de distintos puntos de la
de la ciudad, de pueblos pequeños perdidos entre
arroyos, de las llanuras del sur, de la alta pampa
dra, están frente al tinglado de colores con la
presión de asombro, unidos en una misma alegría,
mismo cariño: los títeres.

Día a día se va acentuando en ellos la curiosidad
ber cómo se mueven, cómo hablan las marionetas;
están hechos sus cuerpos, sus manos, sus cabezas.
tarde, después de una función, les descubrimos el
Les mostramos el interior del teatro, la construcción,
canismo, el manejo de los muñecos. Ven. Observan.
prenden que es demasiado sencillo, demasiado fácil
ellos mismos, cualquiera de ellos, desde el más
hasta el más grande, pueden hacer marionetas y

Les hablamos de un teatro de títeres que hici
alumnos de la escuela Carrasco, en la ciudad de R
de otro teatro, hecho también por niños, en la
Bahía Blanca.

Miran fotografías de los teatros y de los títeres,
libretos escritos por niños.

Ellos también quieren hacer un teatro, modelar muñecos y escribir obras.

Y al día siguiente, con un entusiasmo inaudito, comienzan a trabajar.

❦ ❦ ❦

En dos meses, enero y febrero, quedó terminado el primer teatro de títeres hecho



...niños cordobeses y bautizado con el nombre de "El Gallito Pinto".

Mientras unos se dedicaban a la construcción del pequeño tinglado, otros modelaban y pintaban cabezas de muñecos, y otros escribían las obras que iban a representarse, un grupo de niñas cortaba y cosía géneros de colores, para vestir reinas, vigilantes, caballeros, brujas y magos.

El teatro de "El Gallito Pinto" substituyó al de "La Andariega". Los muñecos modelados, pintados y vestidos por niños aparecieron una tarde, entre los flamantes telones rojos, para la función de estreno de una obra escrita por ellos: "La Princesa Robada".

❦ ❦ ❦

El teatro de "El Gallito Pinto" fué el taller de artes manuales "Amadeo ...ter", dependiente del Consejo General de Educación, en la ciudad de Córdoba.

Es el modelo de una larga serie de teatros de títeres, que serán destinados para las escuelas de la provincia.

Funciona desde el mes de marzo del año pasado en el citado taller de artes manuales, dirigido por el grabador Mauricio Lasansky, un curso para niños titiriteros.

Novecientos alumnos de las escuelas primarias van a aprender el arte de maese Pedro.

Allí se les enseña a construir un teatro, a modelar muñecos y a manejarlos.

Ya salieron algunos de estos teatros, construídos y manejados por niños, a hacer funciones por las plazas de la ciudad de Córdoba. Pronto saldrán otros veinte teatros. Cada uno de ellos llevará el nombre de un pájaro.

Más adelante se organizará entre los escolares un concurso de obras para títeres.

Se elegirán las mejores piezas, y varios equipos de niños titiriteros las representarán en las escuelas, en los hospitales, en las colonias y en las plazas de toda la provincia. ◈





Antes de comenzarse las obras del magnífico camino de los campos helados de Columbia, el transporte de animales llevaba varios días de viaje y había que realizar rodeos

EL CAMINO BLANCO

DESPUES DE DIEZ AÑOS DE LABORIOSOS TRABAJOS ACABA DE TERMINARSE EL "ALTO CAMÌNO DE LOS CAMPOS DE HIELO DE COLUMBIA", MAGNIFICA VIA QUE UNE A TRAVES DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS DEL CANADA A LAS CIUDADES DE BANFF Y JASPER

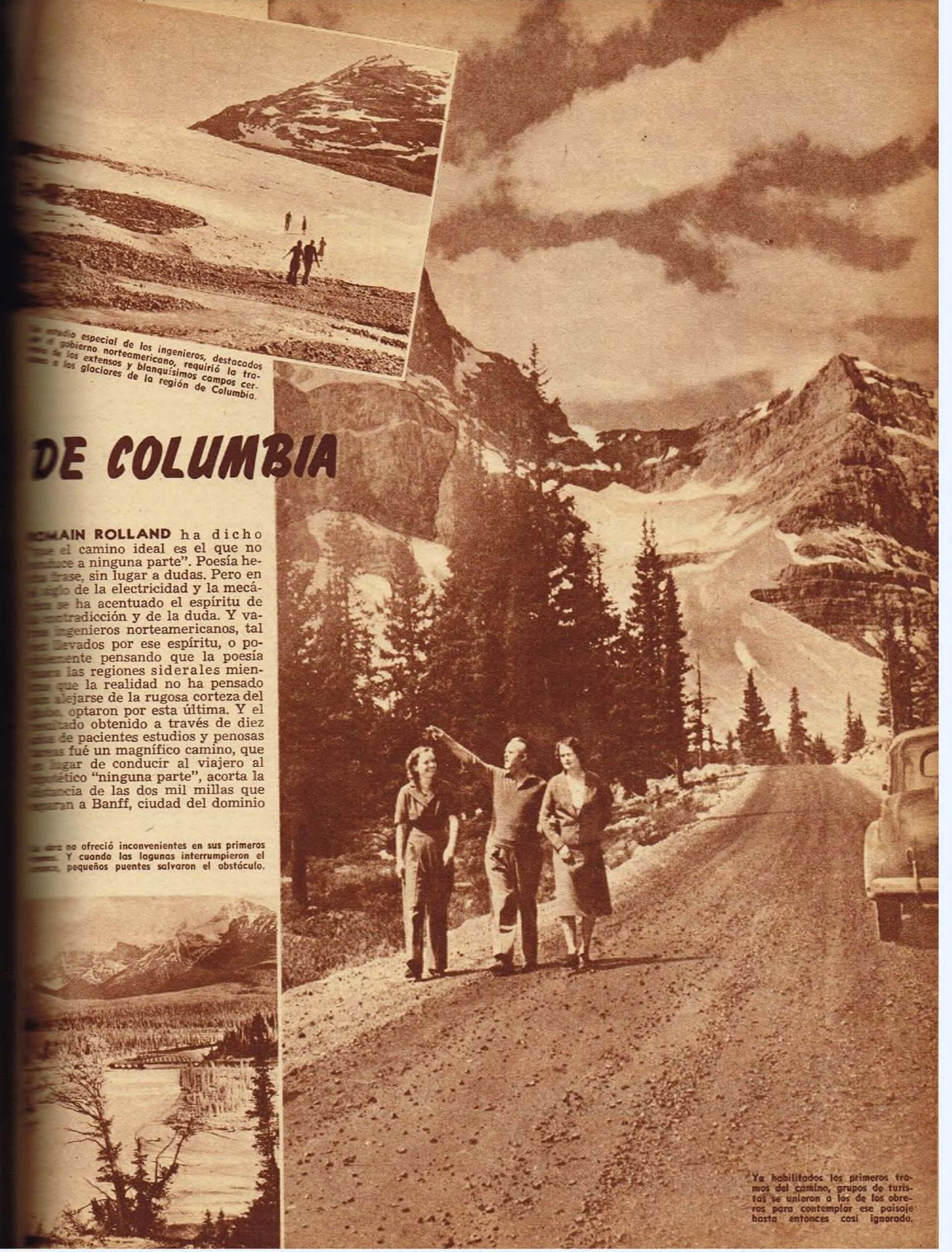
Una nota de

Agustín M. Valenzuela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La franja de doscientas millas de longitud que une a Banff con Jasper es bordeada, en la mayor parte de su trayecto por hermosísimos

Lo que en 1931 pareció un imposible es hoy la magnífica realidad de una cinta de arena. Y los imponentes glaciares de las Montañas Rocosas bordean majestuosas la senda del viajero.



…tudio especial de los ingenieros, destacados … gobierno norteamericano, requirió la tra-… de los extensos y blanquísimos campos cer-… a los glaciares de la región de Columbia.

DE COLUMBIA

…OMAIN ROLLAND ha dicho "…e el camino ideal es el que no …duce a ninguna parte". Poesía he-… frase, sin lugar a dudas. Pero en … siglo de la electricidad y la mecá-… se ha acentuado el espíritu de …tradicción y de la duda. Y va-… ingenieros norteamericanos, tal … llevados por ese espíritu, o po-…ente pensando que la poesía … las regiones siderales mien-… que la realidad no ha pensado … alejarse de la rugosa corteza del …bo, optaron por esta última. Y el …ltado obtenido a través de diez … de pacientes estudios y penosas … fué un magnífico camino, que … lugar de conducir al viajero al …tético "ninguna parte", acorta la …ancia de las dos mil millas que …aran a Banff, ciudad del dominio

… no ofreció inconvenientes en sus primeros … Y cuando las lagunas interrumpieron el …, pequeños puentes salvaron el obstáculo.

Ya habilitados los primeros tramos del camino, grupos de turistas se unieron a los de los obreros para contemplar ese paisaje hasta entonces casi ignorado.

inglés del Canadá, de Jasper, en el condado de los Esta
Unidos, atravesando las Montañas Rocosas del Canadá.

Obra paciente y magnífica, que descubre la inteligencia hu-
mana. Cuando a fines del año 1931 un grupo de empleados d
gobierno norteamericano, especialmente comisionados, reco
diversos Estados para precisar el lugar que, con el tiempo, o
paría una interminable cinta vial de seis metros de ancho,
magnitud del proyecto hizo cundir el desánimo en el espí
de muchos de ellos. Si bien comprendieron que sin esfue
no hay éxito. Pero de pensar en la conveniencia de aprox
entre sí seis mil ochocientas millas cuadradas de territo
pensar en su realización, va mucha distancia. Máxime si el
dio de aproximación está supeditado a la oposición pétrea
una cadena quebrada de montañas, a innumerables selvas
vírgenes y a vías fluviales de lecho arenoso y poca consiste
Pero el "Alto camino de los campos de hielo de Columbia" —
es su nombre — debía tener un principio que permitiera b
su fin. Y los comisionados, después de haber recorrido co
vista durante varios meses los más hermosos paisajes de N
América, comenzaron los trabajos. Primero, ingenieros esp
lizados hicieron los trazados, y, partiendo de Banff, pas
alternativamente por valles y pequeñas elevaciones, montes p
blados por numerosas familias de alces, osos pardos, c
salvajes y venados, que huyeron sorprendidos ante esa inv
inusitada de sus pacíficos dominios, hasta llegar a las ca
canadienses, que obligaron a buscar sus facturas geoló
falseando el recorrido. Más tarde, y en virtud de la enorme
tensión a través de la cual habría de desenrollarse la faja
arenilla menuda del camino, enormes tractores arrastrar
miones con provisiones para los numerosos obreros, mater
construcción, herramientas manuables y pesadas máquinas
cién entonces se comenzaron las tareas.

Diez años de lucha ininterrumpida en beneficio de una
obra, por magnífica que ésta sea, exigen una voluntad
brantable. De ella dieron pruebas en más de una ocasi
directores de los trabajos del camino. No ya cuando se e
taron las cuadrillas de obreros con las chatas praderas
se extienden invitando al avance, o con los jóvenes ve
que se inclinaron vencidos, cediendo posiciones ante el
nante morder de las sierras mecánicas. El primer tramo
obra, construído sobre un nivel relativamente bajo, no
mayores obstáculos; pudo seguirse sin inconvenientes el
do preestablecido, y cuando el paisaje se vió interrump
una línea de agua, que pareció detenerse, curiosa, ante e
greso del hombre, un pequeño, pero perfecto puente,
adiós, pasando sobre ella.

Pero a medida que el terreno se elevó, encaminándose
las cadenas montañosas, las obras se hicieron más lentas
sadas; las sierras y los brazos cedieron su lugar a las p
doras y, en ocasiones, a la dinamita, y el camino cont
marcha, alejándose del nivel del mar para alcanzar
Pass los seis mil ochocientos pies de altura. Una ma
obra de ingeniería, un puente colgante que mira desde
los espumosos y blancos glaciares, sorprendió al cami
varios años de trabajo. Después, la madre de los glaci
los campos nevados de Columbia, que da principio a un
descenso del terreno, descenso que se acentúa al cruzar
wapta Pass, a seis mil seiscientos setenta pies de alt
se había unido en ese entonces al grupo numeroso de
un mundo de turistas, que en interminables caravanas
rrían las maravillosas rutas en estado agreste. Y las
holladas en estado virgen por las ágiles patas de las
y los venados, y las torpes y pesadas de los osos pard
bieron su bautismo de civilización al ser surcadas por
rosos neumáticos.

Lejano todavía Jasper, y cuando aun se tropezaba
convenientes, varios ingenieros se adelantaron a las obras
estudiar la conveniencia de sortear los obstáculos geo
contando con sus conocimientos y con la reciente exp
adquirida. Pero no fué necesario desviar en absoluto
De nuevo a algunas elevaciones graníticas, fácilmente
bles, continuaron valles y praderas que permitieron
las larguísimas dos mil millas. Y la distancia de diez
trabajo que separaba hasta 1931 a Banff de Jasper se
mó en horas, a través de una carretera magnífica, que
del esfuerzo humano. Ahora, los ingenieros comisiona
cialmente, no satisfechos aun de sus trabajos, estudian
nera de completar el "Camino de los campos de hielo
lumbia" con una red canadiense desde Príncipe Jorge
Príncipe Ruperto, en la costa norte del Pacífico, que
ruta hacia las Tierras del Fuego, de Alaska. Tal vez más
lustro de tarea continua. Pero, sin lugar a dudas, el
dudable de un camino que, por no ser hipotético, lleva
adelantos y las inquietudes de la vida actual a los lug
distantes de los Estados Unidos. ◈

Del diario de un cocainómano



RELATO ARABE

por

Antonio Saab

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

NO hace muchos años vagaba ebrio por uno de los barrios más pobres de El Cairo un hombre vestido de túnica azul. Su pensamiento erraba por otros mundos. Se sabía, solamente, que había llegado con otro compañero aficionado a la cocaína. A pesar de su estado anormal, producido por el narcótico, su aspecto y su modo de vestir infundían respeto e indicaban su alta jerarquía. Sin embargo, poco tiempo después su barba crecía desmesuradamente, su rostro enflaquecía y sus trajes finos se convertían en una raída y mugrienta túnica azul. Jamás trabajaba. Pasaba los días recluído en su sucia pocilga y en las noches recorría las calles para pedir limosna y comprar la maldita droga blanca.

Corrieron luego algunos años sin que nadie supiera el origen de aquel desgraciado. El hombre que lo había llevado a aquel barrio ya había desaparecido, víctima de la fatal droga. No tenía amigos, no tenía conocidos. Los vecinos lo apodaron "el borracho". Un día, quienes acostumbraban a verlo, empezaron a extrañar su desaparición. La puerta de su covacha fué forzada, y la autoridad lo halló tendido rígido, muerto, sobre un jergón, único bien que poseía. Sólo un montón de manuscritos, unidos a modo de diario, encontrado en uno de los rincones de aquella humilde morada, dió a revelar su procedencia aristocrática, como que había pertenecido a una de las familias más respetables de aquel país lejano.

Sus manuscritos decían así:

"La noche envuelve la tierra. La ciudad duerme. Hay una inmensa calma en todas las cosas.

"¡El sueño! ¿Qué es el sueño? Me parece que hace un siglo que no duermo. ¿Dormir? ¡Qué hastío! ¿Es que acaso los hombres duermen? Sólo los niños y los hombres que rompen piedras y laboran la tierra tienen necesidad del sueño. Nosotros, los grandes hombres, que poseemos una imaginación ágil, nunca dormimos, apenas si lo logramos en algunas de las horas que suceden a la medianoche. Nos tendemos en nuestros lechos por costumbre nada más, y no para dormir, sino para imaginar, para soñar.

"Anoche vi un grupo de amigos, de mis compañeros, que salían del teatro. Todos charlaban y departían tranquilamente en la Gran Avenida. Estos amigos me demostraron siempre grandes afectos. Antes de caer en la desgracia, se me consideraba justamente superior a todos ellos.

"Tuve deseo de acercarme a ellos, de decirles que era Farid bey, hijo de Jalli Pacha Nassim. Resolví no hacerlo. ¿Quién creería en esta transformación? De buen seguro que si lo hubiese hecho, cualquiera habría levantado su bastón para golpearme y acaso increparme mi situación; me parecía ya escuchar:

"—Cállate, borracho, impostor. Farid bey murió hace mucho tiempo.

"Sí, es cierto; soy maníaco, degenerado, ¡pero impostor, no! Soy Farib bey, realmente, el mismo que ocupó altas posiciones en el gobierno, el mismo que escribió grandes obras literarias y artículos sobre diversos temas. Pero, ¿quién cree en estas cosas? ¿Por qué me invaden ahora estos amargos pensamientos? ¡Si no quiero recordar mi pasado! Fuera de la cocaína, nada me importa en el mundo. La cocaína es mi vida, mi paraíso, el cielo alcanzado.

"Después de haber observado a mis compañeros departir alegremente, me marché por una calle comercial. Me detuve frente a una vitrina de libros. Allí encontré una de mis producciones en exhibición. Su valor era de cincuenta céntimos. Quise tener esta pequeña suma para adquirir un ejemplar, leer su contenido y ver cómo pensaba en mi pasado. ¿Es que acaso yo pensaba? ¿Era yo un escritor, un intelectual? ¡No, no! ¡Mentiras! ¡Fantasías! No soy más que un enfermo, perdido, degenerado, arrojado ahora de la sociedad. Otro capítulo trágico de mi vida. ¿Farid "el borracho" era escritor? ¿Era intelectual, hombre de bien y respetado? ¿Hasta cuándo seguiré representando esta horrible farsa?

"Vuelvo a recobrar mi tranquilidad, a recuperar por un momento mi equilibrio mental. Vuelvo a pensar seriamente, después de mucho tiempo.

"Sí, en verdad fuí escritor, poeta, tribuno, hombre de alto prestigio y uno de los legítimos exponentes de la nobleza de mi país.

"Mi padre fué accionista de fuertes compañías nacionales y extranjeras y uno de los primeros latifundistas. Pero ahora soy un miserable, estoy arruinado física y pecuniariamente, y ando descalzo. Tengo únicamente esta túnica raída, que ni alcanza a cubrir mi cuerpo, que más parece un esqueleto. Mis ojos se hundieron, mis mejillas se pronunciaron, mi rostro se tornó fláccido, mis cabellos y mi barba se alargaron, abandonados; nunca los baño, siempre están sucios y en desorden.

"Paso los días acostado en mi cuarto desmantelado y húmedo. Muchas veces he pasado días sin comer. En las noches salgo a recorrer las calles de la ciudad, distraído, enervado, sin rumbo.

"Gastaba el dinero con generosidad, lo obsequiaba a los necesitados, lo daba a las obras de caridad. Hoy me veo arrastrado al crimen para obtener unos cuantos céntimos.

"Dadme cincuenta céntimos y haré lo que me pidáis. Robaré, asesinaré, cometeré todos los delitos necesarios para cerrar mi mano sobre la moneda, porque ella me dará para comprar el polvo blanco que convierte mi inmunda vivienda en una regia mansión, mi pobreza en abundancia, mi desgracia en dicha, mi túnica sucia en el traje más fino del mundo. ¡Polvo maravilloso que me transforma súbitamente en un príncipe alojado en un suntuoso palacio! Cuantas veces he ordenado a mis súbditos obediencia y me han obedecido. Los gobernadores, hincados, pedían mis mandatos.

"La trayectoria de mi drama empieza en el amor.

"Mi padre era poderoso. Heredó la riqueza del suyo, que ocupaba las mejores posiciones en el gobierno.

"Yo era su hijo único. Fué siempre muy pródigo para mi educación. Me envió a los grandes centros universitarios de Europa. A mi regreso al hogar fuí recibido en los mejores círculos sociales de mi patria.

"Tenía la buena y firme intención de prestar mi ayuda al progreso del país. Publiqué una serie de artículos en los grandes rotativos y logré un sólido prestigio.

"Tuve una gran afición por la poesía. Me agradaban los hombres de letras. Fuí autor de múltiples obras, que me depararon las consideraciones de mi pueblo.

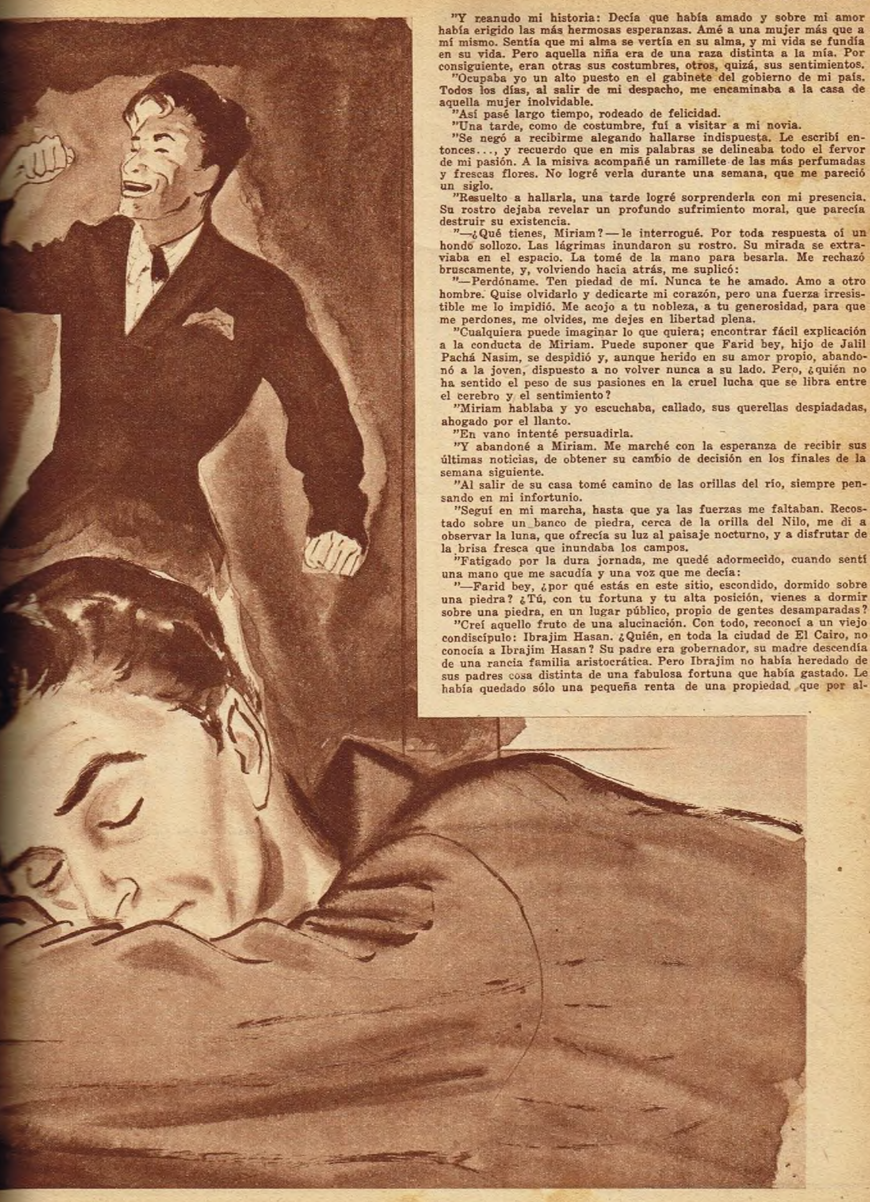
"Antes de haber caído en este hondo abismo que me separa de la sociedad y del mundo había escrito muchos poemas, que me valieron las más favorables críticas de enjundiosos intelectuales.

"No sé cómo he vuelto ahora a recobrar mi tranquilidad, a recuperar mi normalidad psíquica, para pensar en cosas que me desgarran el corazón, que ya había olvidado, y en las que ni siquiera había vuelto a pensar.

"Me atormentan con sorda crueldad estas recordaciones. Ignoro cuantos años hace que tengo el pensamiento adormecido. Nunca quise recordar lo que era, pero ahora los pensamientos me invaden como aguas incontenibles de un río que todo lo inunda y me obligan a meditar en cosas enterradas en el pasado. ¡Qué importa, si una inhalación del polvo hechicero me lleva en rápido vuelo hacia otros mundos, me traslada sobre las alas del placer, del amor hacia otros sitios, en donde no existen los recuerdos, ni la miseria, ni el dolor, ni los amigos, ni la familia!

"Un deseo morboso me empuja al polvo fascinador. Para él vivo; sin él fallezco. Si me ha traído la desgracia, me trae de nuevo la felicidad. No importa que al fin aumente mi infortunio.





"Y reanudo mi historia: Decía que había amado y sobre mi amor había erigido las más hermosas esperanzas. Amé a una mujer más que a mí mismo. Sentía que mi alma se vertía en su alma, y mi vida se fundía en su vida. Pero aquella niña era de una raza distinta a la mía. Por consiguiente, eran otras sus costumbres, otros, quizá, sus sentimientos.

"Ocupaba yo un alto puesto en el gabinete del gobierno de mi país. Todos los días, al salir de mi despacho, me encaminaba a la casa de aquella mujer inolvidable.

"Así pasé largo tiempo, rodeado de felicidad.

"Una tarde, como de costumbre, fuí a visitar a mi novia.

"Se negó a recibirme alegando hallarse indispuesta. Le escribí entonces..., y recuerdo que en mis palabras se delineaba todo el fervor de mi pasión. A la misiva acompañé un ramillete de las más perfumadas y frescas flores. No logré verla durante una semana, que me pareció un siglo.

"Resuelto a hallarla, una tarde logré sorprenderla con mi presencia. Su rostro dejaba revelar un profundo sufrimiento moral, que parecía destruir su existencia.

"—¿Qué tienes, Miriam? — le interrogué. Por toda respuesta oí un hondo sollozo. Las lágrimas inundaron su rostro. Su mirada se extraviaba en el espacio. La tomé de la mano para besarla. Me rechazó bruscamente, y, volviendo hacia atrás, me suplicó:

"—Perdóname. Ten piedad de mí. Nunca te he amado. Amo a otro hombre. Quise olvidarlo y dedicarte mi corazón, pero una fuerza irresistible me lo impidió. Me acojo a tu nobleza, a tu generosidad, para que me perdones, me olvides, me dejes en libertad plena.

"Cualquiera puede imaginar lo que quiera; encontrar fácil explicación a la conducta de Miriam. Puede suponer que Farid bey, hijo de Jalil Pachá Nasim, se despidió y, aunque herido en su amor propio, abandonó a la joven, dispuesto a no volver nunca a su lado. Pero, ¿quién no ha sentido el peso de sus pasiones en la cruel lucha que se libra entre el cerebro y el sentimiento?

"Miriam hablaba y yo escuchaba, callado, sus querellas despiadadas, ahogado por el llanto.

"En vano intenté persuadirla.

"Y abandoné a Miriam. Me marché con la esperanza de recibir sus últimas noticias, de obtener su cambio de decisión en los finales de la semana siguiente.

"Al salir de su casa tomé camino de las orillas del río, siempre pensando en mi infortunio.

"Seguí en mi marcha, hasta que ya las fuerzas me faltaban. Recostado sobre un banco de piedra, cerca de la orilla del Nilo, me di a observar la luna, que ofrecía su luz al paisaje nocturno, y a disfrutar de la brisa fresca que inundaba los campos.

"Fatigado por la dura jornada, me quedé adormecido, cuando sentí una mano que me sacudía y una voz que me decía:

"—Farid bey, ¿por qué estás en este sitio, escondido, dormido sobre una piedra? ¿Tú, con tu fortuna y tu alta posición, vienes a dormir sobre una piedra, en un lugar público, propio de gentes desamparadas?

"Creí aquello fruto de una alucinación. Con todo, reconocí a un viejo condiscípulo: Ibrajim Hasan. ¿Quién, en toda la ciudad de El Cairo, no conocía a Ibrajim Hasan? Su padre era gobernador, su madre descendía de una rancia familia aristocrática. Pero Ibrajim no había heredado de sus padres cosa distinta de una fabulosa fortuna que había gastado. Le había quedado sólo una pequeña renta de una propiedad, que por al-

gunos motivos no le era posible vender. Yo siempre había tenido compasión y lástima por aquel muchacho.

"Ibrajim se quedó estupefacto al no oírme hablar. Se sentó a mi lado y me dijo al oído en tono muy grave:

"—¿Qué te ha sucedido, buen amigo? ¿Has perdido dinero en la bolsa? ¿Estás enfermo? ¿Sufres?

"—Soy un desgraciado —le contesté—, un infeliz... Se han esfumado mis esperanzas, mis ilusiones.

"De pronto mi interlocutor se puso en pie, lanzó un grito de alegría como si recordase algo muy importante.

"—Tengo remedio para todos los males —dijo—. Remedio para los tahures que pierden su dinero. Remedio para los enfermos que padecen. Remedio para los escritores y poetas que carecen de recursos. Remedio para los que aman y han sufrido desengaños. Tengo para cada dolencia su remedio.

"Concluyó de hablar y extrajo de su bolsillo un pequeño estuche, cuyo contenido llevó una porción a la nariz y la aspiró con deleite.

"—¿Qué haces? — le interrogué.

"—Esto es la vida — replicó —. Es el néctar de la juventud, la filosofía, la música, la riqueza, la civilización, la nueva civilización. Esto es la sangre que corre por las venas, lo que vivifica el cerebro. Y acercándose con su estuche, me sugirió que aspirase un poco de aquella sustancia, agregando:

"—Aspira este maravilloso lenitivo, amigo mío. Deja, por algunos momentos, las preocupaciones de la riqueza, de las rentas, de la posición, de la grandeza vacía. Toma, aspira este remedio, unas veces, que él te hará olvidar tu intranquilidad, tu desesperación, tus desengaños. Una pequeña dosis de este polvo te hará trasladar de este mundo de farsa al mundo de la imaginación, de los dulces sueños y de los placeres nunca sentidos.

"Le obedecí maquinalmente y aspiré parte de lo que me ofrecía. Después nos pusimos a charlar. Aspiramos juntos aquel polvo por sucesivas veces hasta terminar con el contenido de la pequeña caja.

"Al verse Ibrajim desprovisto de la droga, me increpó:

"—Has gastado todo lo que poseía de este polvo milagroso. Perdone, pero yo...

"—¿Acaso no lo puedes obtener con dinero?

"—Pero, ¿el dinero?

"Saqué de mi bolsillo un billete de banco y lo puse en su mano.

"Lanzó un grito de alegría y se despidió precipitadamente, anunciando que con el precio de mi donativo adquiriría buena cantidad de la droga. Al cabo de pocos minutos regresó, doliéndose de que el billete apenas había alcanzado para cubrir el valor de un contenido igual al del pequeño estuche que llevaba consigo.

"Nuevamente nos pusimos a aspirar la sustancia fatal, hasta horas avanzadas de la noche. Después llamé a un cochero y le di órdenes para que me llevase a mi casa.

"Desde aquella noche no he vuelto a dormir.

"Entré en mi aposento. Hice esfuerzos por reconciliar el sueño. Todo fué inútil. Mi cabeza se llenaba de visiones. Despierto, soñaba. Miriam que se sentaba a mi lado, me oprimía entre sus brazos y me llenaba de caricias. Luego la vi enfadarse sin razón. Me miró [...] Me dijo que no me amaba, que era un obstáculo para ella. Me levanté del lecho, sobresaltado, al igual que un loco. La ceñí entre mis brazos, [...] qué mis manos alrededor de su cuello, y apreté tan fuertemente, [...] su cuerpo sin vida. La recogí, la estreché violentamente y le [...] volviese a la vida. Obedeció. Yo reía, reía sin cesar, y le decía:

"—Es mejor que mueras antes de que seas de otro.

"De repente me hallé en un ministerio. Era el primer ministro [...] y defendía proyectos en acalorados debates con mis colegas de [...] hasta que mi padre entró en el aposento a despertarme, extrañado [...] haberme visto salir.

"Con mucha ternura me inquirió:

"—¿Estás enfermo, hijo mío?

"Le ordené que se marchase inmediatamente.

"En vano quiso hablar conmigo y cerciorarse de la causa de mi disgusto.

"Me dejó a solas.

"Antes del mediodía me levanté y, en vez de irme para mi despacho del ministerio, salí en busca de Ibrajim, para que me comprase buena cantidad de aquel polvo prodigioso que me había mostrado una vida distinta. Le encontré antes del anochecer. Fuimos a un lugar apartado, y allí ingerimos una buena dosis. Mi padre me buscó inútilmente porque le huía.

"Pasó el término que debía concluir con la resolución pedida por la que llamaba mi prometida. Durante ese tiempo mi organismo empezó a adquirir el hábito de la droga funesta, guiado por la experiencia de Ibrajim.

"Cierta tarde, en la campiña que rodeaba la casa de Miriam, dije a Ibrajim, sentados los dos sobre la grama verde:

"—¿Ves esa casa grande? Lleva este escrito a Miriam, pide una entrevista con ella, entrégaselo en persona y luego espera la respuesta.

"Aquel escrito rezaba así:

"Miriam: quiero verte para despedirme. Quiero decirte mi última palabra. Puedes venir con el emisario de esta misiva. Te espero con paciencia.

"Al cabo de algunos minutos regresó Ibrajim acompañado de Miriam. Vestía ella traje de tul blanco, estaba intensamente pálida, más que nunca. No podía reconocerme. ¡Había cambiado tanto! [...] escuchar mi voz pudo distinguirme y no supo contener un grito [...]

—Tú estarás apreciando las consecuencias de tus desdenes, que me arrastran a la ruina, a la desgracia, a la muerte.

Ella me oyó y lloró. Quise tener compasión y decirle que regresara a su casa. Pero enajenado por los efectos de la droga, en aquel instante creí sentir una voz que desde mi interior me ordenaba enérgicamente: ¡Mátala!

La tomé entre mis brazos, la llevé lejos hasta la orilla del río, al lugar secreto donde había solido ocultarme con Ibrajim.

—¿Adónde me conduces? —me preguntó.

Quise una vez más apiadarme de ella. Quise llorar, pero las lágrimas habían desaparecido. Quise devolverla a su hogar, perdonarla, olvidarla, no volver a pensar en ella. Pero la influencia inexorable de la droga continuaba ordenándome: ¡Mata! ¡Mata!

Me arrodillé y ordené entonces a Miriam que se arrodillase también. Obedeció sin resistencia. Le supliqué que me dijese si aun insistía en sus propósitos de rechazar mi cariño.

—Sí —respondió fríamente.

—Pues entonces... Muere.

Me arrojé como un felino sobre ella, la así de la garganta, tal como lo había hecho en mis sueños. Quiso desasirse de mí, mas fué en vano. Sus fuerzas no la defendían. Seguí cada vez con más furia apretando mis dedos. Me lanzó una mirada de espanto, como si me demandase piedad, como si me rogase una vez más que no le hiciera daño. Aquella mirada no me enternecía. Se había apoderado de mí un desdoblamiento de la personalidad.

Miriam, joven, bella, llena de ilusiones, seguramente, temía la muerte, quería vivir. Intentó un supremo esfuerzo para salvarse de mis manos; pero era imposible salvarse de un loco.

La miré por última vez. La encontré hermosa, fascinante. De nuevo quise ser indulgente.... No pude serlo. La misma voz de antes seguía sonando tenazmente en mis oídos: ¡Mátala!

Pocos minutos después Miriam fallecía. Levanté los brazos y la joven cayó sin vida. No me di cuenta de lo que había hecho. No sabía que la hubiese dado muerte. Me incliné para hablarle, la sacudí con violencia y le ordené a gritos que se despertase, también como lo había hecho en sueños. Era tarde. Me puse a llorar, a protestar de mi propia acción tan cruel, tan injusta, tan inhumana:

—¡No estás muerta! ¡No! ¡No te he matado! Te adoro, Miriam.

Únicamente me respondía el eco aterrado, como un reproche por el crimen cometido.

Entretanto, Ibrajim había esperado impaciente por largo rato. Como no me hubiera visto regresar, había seguido mis huellas hasta hallarme, desvanecido, junto al cadáver de mi víctima.

—¿Qué hiciste, Farid?

—No me doy cuenta. ¿No sé por qué ha muerto? —contesté—. Puse mis dedos en derredor de su cuello y apreté con mis fuerzas, y... la joven cayó en tierra.

—Eres un asesino. La has matado y esta misma noche los guardias te conducirán a la cárcel. Más tarde te juzgarán y te llevarán a la horca.

Me levanté aterrorizado, y luego, disimulando mi zozobra, dije a Ibrajim, con aparente calma:

—Te juro que yo prefiero la muerte. Mi vida ha llegado a valer tan poca cosa que no merece la pena de defenderla. Te juro que le di muerte sin quererlo. Más aun: sin saberlo. Tú eres el culpable verdadero. Tu néctar maldito acabó con ella...

—Dios mío —exclamé—; ¿quién me ha determinado a proceder como procedí? Ayúdame tú, Ibrajim, a ocultar su cadáver. Arrojémosla al río.

En seguida Ibrajim sacó el estuche de su bolsillo, y me dió a tomar una nueva porción, diciéndome:

—Toma otro tanto para que reacciones.

El cuerpo de Miriam fué lanzado a las aguas, y prontamente lo vi perderse en la corriente. No pude contener un alarido de espanto. El ser amado, que había sido el punto final de mis anhelos, de mis esperanzas, había desaparecido para siempre.

—¡Miriam! Fuiste la causa de mi locura, de mi desdicha —grité con todas mis fuerzas.

Momentos después sentía las manos de Ibrajim que me asían para levantarme.

—¡Imbécil! ¿Le das muerte y te pones a llorar? Huyamos sin perder de tiempo adonde nadie pueda encontrarnos.

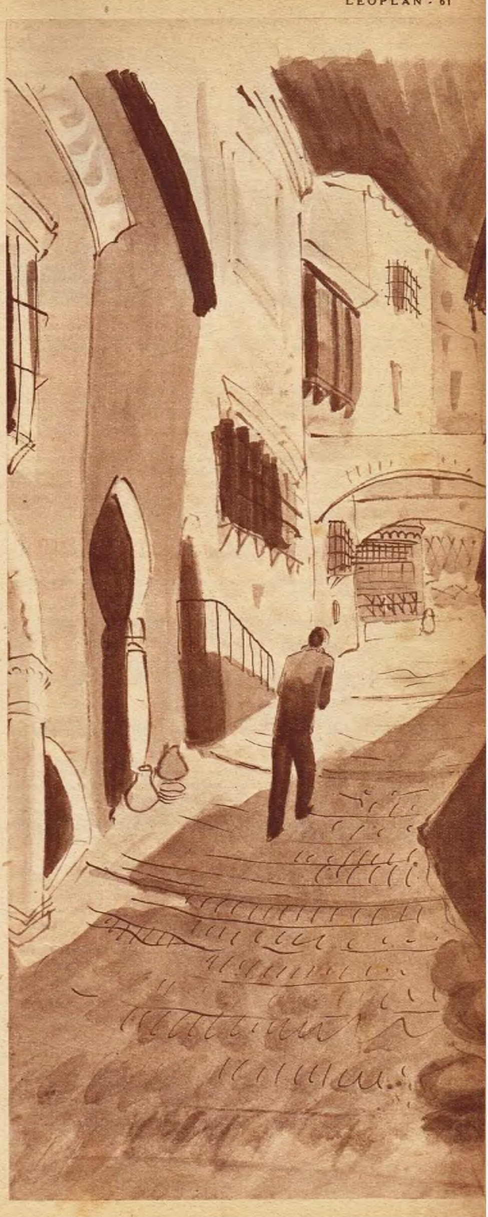
Anduvimos toda la noche. Cercana ya el alba, llegamos a una pequeña habitación húmeda, estrecha. Nos recogimos allí. Dos años más tarde no me había atrevido a salir de ella, temeroso de ser descubierto. Por causa de la transformación que en mí se había efectuado a causa de la intoxicación y del abandono completo a que había sometido mi cuerpo, tenía perdida toda noción de higiene y de estética. Un frugal alimento y la droga —que no faltaba— era cuanto había recibido, traídos por Ibrajim a aquel sitio de confinamiento.

Dos años después moría Ibrajim, víctima de su vicio. Murió dejándome solo. Y me vi forzado a recorrer las calles de la ciudad durante las noches, en demanda de la caridad de los transeúntes bondadosos. Las gentes se habían ya olvidado de la desaparición de Miriam, y habían olvidado también a Farid, el hijo del potentado Jalil Pacha. Lo daban por desaparecido definitivamente.

Sin embargo, Farid no ha muerto.

Farid ha muerto para la virtud, para su familia, para la sociedad, pero continúa viviendo para el vicio como seguirá viviendo su historia en las mentes de quienes la conocerán, a manera de enseñanza para las generaciones futuras y como reproche para el Estado, que no ha sabido reprimir suficientemente —combatiéndolos en sus causas y no en sus efectos— los terribles estragos de las drogas heroicas.

Y entretanto, sigo vagando como un fantasma de mi pasado por las noches blancas de El Cairo... ◈



Una nación

TAL ES EL TITULO DE LA AUDICION RADIAL QUE SE PROPALA BAJO LOS AUSPICIOS DEL MINISTERIO DE GUERRA, PARA FOMENTAR Y PERFILAR EL SENTIMIENTO ARGENTINO DE NUESTRA JUVENTUD

Un reportaje de Silverio Manco

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



El general José M. Sarobe, a la izquierda, y su eficaz colaborador, el coronel Horacio Mendiburu, que dirigen y orientan la audición radiotelefónica oficial del Ministerio de Guerra: "Una nación en marcha", realizando una meritoria obra de argentinidad.

CIMENTAR en el pueblo argentino los sentimientos de nacionalidad y de patria bien entendidos, es decir, encauzados hacia el progreso y la cultura de la nación, es una de las obras más meritorias que puedan realizarse en los presentes momentos, en que hondas crisis espirituales conmueven al mundo.

Pero si a ello se agrega, además, el culto inteligente de nuestro pasado histórico, asignándosele a las personalidades más destacadas del país la misión de proyectarlo en forma práctica hacia la juventud, o, lo que es lo mismo, hacia el porvenir, entonces la obra se agiganta, cobrando caracteres netos de argentinidad. Tal es la obra que han emprendido, a través de la audición radiotelefónica "Una nación en marcha", y desde el comando de la 1ª Región Militar, el general José M. Sarobe y el coronel Horacio Mendiburu, su más inmediato y eficaz colaborador.

Son, pues, los conceptos básicos que sobre tal obra han emitido sus inteligentes gestores y propulsores, así como las líneas generales de la labor desarrollada y los planes futuros, lo que LEOPLÁN destaca a través del presente reportaje hecho a los dos distinguidos militares.

❦❦❦

—La juventud es siempre acción, luz y esperanza de la patria — nos dice el general Sarobe, glosando a Estrada, cuando le preguntamos sobre los móviles de su iniciativa.

Y el coronel Horacio Mendiburu remata la frase con la concisión de un soldado y la claridad de un estadista:

—La escuela y el ejército deben marchar siempre unidos para formar la gran columna de la patria.

Tiéndese así un lazo de unión entre el militar y el estudioso, que compendia la razón de ser y el alcance de la meritoria obra emprendida.

Acto seguido, el general Sarobe nos explica que la audición "Una nación en marcha" se realiza diariamente por la onda de L S I, Radio Municipal. Irradiada desde el mes de noviembre de 1940, ha ido cobrando cada vez más vuelo y categoría, hasta que el 24 de mayo próximo pasado — significativa fecha que la asocia a la celebración de nuestra independencia — recibió el apoyo oficial del Ministerio de Guerra, en un lucido acto en el que, además, se inició un largo ciclo de conferencias, que se dictarán los martes y los sábados, a cargo de las más distinguidas personalidades del país, que han tomado bajo su cargo la tarea de hacer patria, procurando que llegue a los puntos más lejanos de la República su autorizada palabra, cimentada por la labor realizada en los temas de sus respectivas esferas.

También se ejecutó ese día, por primera vez, la marcha oficial de la audición, titulada "Siempre unidos". Refiriéndose a ella, nos dice el coronel Mendiburu:

—Al concurso realizado a fin de dotar a la audición de una marcha, se presentaron diecinueve maestros. El jurado, que integraban los señores López Buchardo y Athos Palma, aceptó el trabajo presentado por el compositor Sebastián Lombardo.

—¿Se había instituído algún premio para el triunfador? — le preguntamos.

—El premio consistía en que el autor del trabajo aceptado dirigiría la marcha el 24 de mayo, día en que se ejecutó por primera vez.

—La marcha tiene una letra muy meritoria — insinuamos.

—En efecto; y los versos son del señor Rubén F. de Olivera, director artístico de la audición. Hemos obsequiado mil ejemplares impresos, de la marcha "Siempre unidos", al Consejo Nacional de Educación [illegible] que sean distribuídos en todas las escuelas de la República.

COMO SURGIO LA AUDICION

Preguntamos al general cómo surgió la idea de esta audición [illegible] fueron sus orígenes.

—La audición oficial del Ministerio de Guerra, "Una [illegible] marcha", que se realiza diariamente de 19,30 a 20 horas por [illegible] *casting* municipal L S 1, bajo la dirección del comando [illegible] Región Militar — nos responde —, nació del deseo de reavivar [illegible] miento argentino, especialmente en la juventud. Por medio [illegible] emisora indicada, se trata, pues, de llegar a todos los ámbitos [illegible] torio del país, a objeto de sacudir las fibras del sentimiento [illegible] brindando media hora diaria de emoción patriótica.

—Sus palabras, general, encierran un vasto y meritorio [illegible] acción, y dejan vislumbrar una obra de honda trascendencia [illegible] cultural.

—Efectivamente; tal es el propósito que anima nuestros [illegible] En el momento actual del mundo, hora de dura prueba para [illegible] res morales y materiales de los pueblos; en medio de la [illegible] va aventando el patrimonio más sagrado de las naciones, cree[illegible] sario que nuestra patria se concentre sobre sí misma para [illegible]



Un sector del numeroso público que concurrió a presenciar la significativa reunión radial realizada por "Una nación en marcha", en la "broadcasting" municipal L S 1, con motivo de iniciarse la primera transmisión oficial de la mencionada audición.

en marcha

...pia exaltación de sus grandes valores morales. Para ello, nada ... que su pasado histórico, lección grandiosa de su valentía, su ...ismo, su sacrificio y su grandeza de espíritu fraterno.

... ese pasado de gloria habrá de encontrar la nación el acicate y el ... para las grandes empresas, porque la historia es el abono es...al de los pueblos y la fuerza propulsora de su progreso. Para que ... audición tenga el rango y la categoría que exigen sus nobles pro...s, el comando de la 1ª Región Militar ha nombrado representan... en casi todas las ciudades importantes del país, los que han hecho y ... una intensa propaganda para que ella sea escuchada, habiendo ...rado un eco auspicioso en todas partes. La prensa del interior ... contribuído y contribuye en forma realmente halagadora a estos ... motivo por el cual aprovecho esta oportunidad para agrade... muy sinceramente su colaboración."

COLABORADORES PRESTIGIOSOS

—Creemos, general, que una obra que abarca un campo tan vasto y ...plejo ha de contar, necesariamente, con colaboradores de hondos ...os, cimentados por los hechos.

—Contamos con un cuerpo de colaboradores de carácter permanente ... llena su misión en forma digna de nuestro reconocimiento, y con un ... de eminentes compatriotas en todas las manifestaciones de la ... nacional, los que harán llegar periódicamente la palabra de su ...miento patriótico, hecho obra en la acción, conocidos y apreciados ... todos. No serán, pues, nuestros colaboradores, predicadores de ... solamente, sino entrañadores en las conciencias argentinas —por... para ello tienen la solvencia de su obra— del credo magnífico de ...argentinidad.

... ese instante se nos ocurre relacionar las palabras del general con ... sugerente título de la audición, y espontáneamente le preguntamos ... por qué de tal denominación.

—Porque con este título se da una idea cabal de nuestra patria y del ... que nos impulsa a quienes hemos emprendido la tarea de su ...ación —responde él y agrega—: Una nación en marcha es la ...stra; estamos orgullosos de su presente y estamos seguros de su ... luminoso. Nación joven y vigorosa, acrecienta cada vez más ... patrimonio espiritual y material; pero queremos que las voces más



autorizadas del país, con el auspicio del gobierno de la nación, le marquen el rumbo y le indiquen el derrotero en medio de la tormenta universal de esta hora, en forma de que embique de firme sus esfuerzos hacia el porvenir anhelado por los argentinos. Esa es la nación nuestra; así la queremos, en marcha, y a ese fin va e irá nuestra prédica.

—Hemos notado, también — le decimos en seguida —, que en las audiciones se incluye un número sobre ataques aéreos y defensa antiaérea. La guerra europea le confiere un interesantísimo carácter de actualidad, al dar a conocer los pormenores de esa novísima arma. Sin embargo...

Pero la despierta mente del general descubre de inmediato nuestras intenciones y nos ataja con una sonrisa y un gesto.

—Entre los colaboradores permanentes de la audición contamos, en efecto, con un joven e inteligente oficial de nuestro ejército, el teniente Beltrán, quien tiene la misión de desarrollar un plan de carácter exclusivamente técnico-militar, tratando en forma de breves conversaciones aquellos asuntos de interés para los ciudadanos, en cuanto se refiere a sus deberes militares: enrolamiento, excepciones al servicio militar, aspirantes a oficiales de la reserva, tiro ciudadano, etc. Además, desarrolla temas referentes a la defensa contra ataques aéreos; pero no con propósitos alarmistas, tal como él mismo lo dijera el día de su incorporación al núcleo de nuestros colaboradores, sino para que los compatriotas conozcan estos peligros de la guerra moderna.

—Usted, como militar y como dirigente, se halla en situación de definir la posición actual de la Argentina... — le decimos.

—Pueblo de paz y feliz el nuestro, vive su vida en franca y fraterna armonía con todas las naciones del mundo; no piensa ni remotamente que sobre él puedan realizarse las grandes empresas devastadoras de la aviación moderna, pero no es ni siquiera humano que nuestros compatriotas ignoren los grandes y salvadores recursos de la defensa, máxime cuando no es posible inculcarlos bajo el apremio de una realidad que — repetimos — ni hemos soñado. Pero el viejo aforismo de "el saber no ocupa lugar" adquiere una importancia vital en este asunto, y en esta época, en que vamos viendo cómo se destruyen ciudades que han sido cuna de la civilización actual y hasta ayer morada de pueblos felices que ni pensaron en su destrucción.

—Aparte de eso, es un tema que apasiona a la opinión pública, general. Sería de desear que el teniente Beltrán tocara el asunto con amplitud.

—Puestos en la tarea de ilustrar a nuestro pueblo sobre tan importante tema, se le irán haciendo conocer gradualmente las f... los ataques aéreos, la eficacia de los mismos según sus cara... las formas más prácticas y eficientes de la defensa, sea ésta act... siva; el efecto de los proyectiles que se arrojan desde el ... características principales de los mismos, el valor de los ref... concepto de su empleo, etc.

—¿Cree usted, general, que el pueblo no las interpretará c... señal de alarma?

—Creo que no lo tomará como señal de alarma: primer... como ya lo he dicho, se le ha advertido del verdadero obje... instrucción, y segundo, porque, además de ser un pueblo c... conoce a fondo la serena y clara situación política intern... país, ya que todos sus problemas se debaten con la más amp... por medio de la prensa. En síntesis, debo significar que est... se realiza a manera de una siembra de ideales argentinos, p... ella un gran fervor de patria por aquilatar los sentimientos ... tinidad. Tenemos fe en el logro de nuestros propósitos y ... el pueblo argentino. Y los pueblos, como los hombres de ... únicos que triunfan en las grandes empresas de la vida.

NOMINA DE LAS DESTACADAS PERSONALIDADES QUE COLABORAN EN LA AUDICION "UNA NACION EN MARCHA"

General Adolfo Arana, general Nicolás Accame, Dr. Nicolás Avellaneda, Dr. Angel Acuña, profesor Próspero G. Alemandri, doctor Juan C. Agulla, Dr. Juan Alvarez, Sr. Ismael Bucich Escobar, doctor Rafael A. Bullrich, Dr. Mario Belgrano, Ing. Alejandro E. Bunge, profesor Narciso Binayán, Sr. Eduardo Bradley, profesor Ricardo Caillet Bois, profesor César Carrizo, monseñor Dr. Andrés Calcagno, Dr. Abel Chanetón, Dr. Manuel Carlés, Dr. Ramón J. Cárcano, capitán de fragata Teodoro Caillet Bois, profesor Rómulo Carbia, profesor Atilio Chiaffari, monseñor Dr. Miguel de Andrea, doctor Cupertino del Campo, Dr. Bernaldo De Quiroz, Dr. Juan P. Echagüe, coronel Ernesto Florit, Dr. Baldomero Fernández Moreno, Dr. Enrique de Gandía, Dr. Aquiles González Oliver, Sr. Martín Gil, doctor Adolfo Garretón, general Jorge Giovanelli, Sr. Eugenio A. Gall..., Dr. Juan González Calderón, Sr. González Garaño, Dr. Ataliva Herrera, Dr. Carlos Ibarguren, Dr. Ricardo Levene, Dr. Pedro M. Ledesma, Dr. Carlos A. Leumann, Dr. Ricardo D. Labougle, Sr. Carlos E. López Buchardo, Dr. Artemio Moreno, Dr. Ernesto Morales, general Francisco Medina, Dr. Lucio M. Quintana Moreno, Dr. Fernández Moreno, Dr. Rodolfo Medina, Dr. Julio Noé, Sr. Ernesto Nelson, Dr. Manuel Orús, coronel Juan J. Palacios, general Juan Pistarini, Dr. Carlos E. Pueyrredón, Dr. Cesáreo de Quirós, Dr. José A. Quirno Costa, Sr. Benito Quinquela Martín, capitán de fragata Héctor R. Ratto, Sr. Rega Molina, Sr. Sigfrido Radaeli, profesor José Rezzano, profesora Clotilde G. de Rezzano, Dr. Ricardo Rojas, Dr. Horacio Rivarola, Ing. Ricardo Silveyra, Dr. Antonio Sagarna, Dr. Juan S. Spangenberg, Dr. Carlos Saavedra Lamas, Dr. Emilio Solanet, contraalmirante León L. Scasso, general Adolfo Espíndola, Dr. Diógenes Urquiza Anchorena, Dr. César Urien, general Juan Tonazzi, Dr. Gastón Federico Tobal, general Juan E. Vacarezza, Dr. César Viale, general Armando Verdaguer, capitán de fragata Jacinto Yaben, contraalmirante Marcos A. Zar, Dr. Manuel Zuloaga, Dr. Clodomiro Zavalía, general Angel M. Zuloaga, Dr. Ricardo Zorraquín Becú.

OBRA DE ARGENTINIDAD

Al irnos, pensamos todavía en las últimas palabras del gen... la frase con que el coronel Mendiburu nos despidiera:

—Sin unidad no hay grandeza; es necesario hacer patria ... obra.

Palabras que encierran una amplia acción futura, como, p... la de construir bajo Buenos Aires dos grandes diagonales, q... de dotar a la ciudad de subterráneos que descongestionarían ... contribuyendo así a la solución de los problemas con él r... servirían, en caso necesario, como eficaces y seguros refugios ... Palabras que señalan, también, la meta de la marcha de ... la Nación Argentina. ◈



El teniente Beltrán durante una de sus interesantes disertaciones sobre ... rente a ataques aéreos y defensa antiaérea, que pronuncia durante ... de "Una nación en marcha". Lo acompañan en la presente fotografía ... María Argentina y el director artístico de la referida audición, ...

OFERTAS EXCEPCIONALES

CON MOTIVO DEL 50. ANIVERSARIO
CON OBSEQUIOS A LOS COMPRADORES

FRUTALES SELECTOS

Arboles frutales seleccionados entre las mejores variedades (a nuestra elección), maduración escalonada, plantas injerto de 2 años. Mercaderías libre de embalaje y acarreo, puesta en Estación de Ferrocarril.



...DELICIOUS



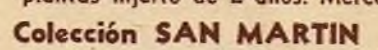
...DAVID



BON CHRETIEN WILLIAMS



WILLIAMS DE INVIERNO



Colección SAN MARTIN

15 plantas por $ **8.—**

- 1 CEREZO
- 2 CIRUELOS
- 1 DAMASCO
- 3 DURAZNEROS
- 2 PERALES
- 2 MANZANOS
- 1 VID DE MESA

12 plantas en total, más 3 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de 3 años.................... $ 10.—
En extra fuerte............ „ 14.—

Colección BELGRANO

30 plantas por $ **16.—**

- 2 CEREZOS
- 3 CIRUELOS
- 2 DAMASCOS
- 3 DURAZNEROS
- 4 MANZANOS
- 4 PERALES
- 2 HIGUERAS
- 2 VIDES DE MESA

25 plantas en total, más 5 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de 3 años.................. $ 21.—
En extra fuerte............ „ 27.—

Colección PATRIA

60 plantas por $ **30.—**

- 2 ALMENDROS
- 2 CEREZOS
- 4 CIRUELOS
- 5 DAMASCOS
- 10 DURAZNEROS
- 8 PERALES
- 6 MANZANOS
- 2 HIGUERAS
- 6 VIDES DE MESA
- 2 KAKIS
- 1 NISPERO

48 plantas en total, más 12 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de 3 años.............. $ 39.—
En extra fuerte............ „ 51.—

Colección ARGENTINA

130 plantas por $ **60.—**

- 5 ALMENDROS
- 6 CEREZOS
- 6 CIRUELOS
- 10 DAMASCOS
- 25 DURAZNEROS
- 20 PERALES
- 10 MANZANOS
- 4 HIGUERAS
- 10 VIDES DE MESA
- 2 KAKIS
- 2 NISPEROS
- 5 FRAMBUESOS
- 5 GROSELLEROS

110 plantas en total, más 20 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de 3 años...... $ 70.—
En extra fuerte.................................. „ 100.—

Colección SARMIENTO

235 plantas por $ **100.—**

- 10 ALMENDROS
- 10 CEREZOS
- 15 DAMASCOS
- 50 DURAZNEROS
- 25 PERALES
- 20 MANZANOS
- 10 HIGUERAS
- 20 VIDES DE MESA
- 5 KAKIS
- 10 FRAMBUESOS
- 10 GROSELLEROS
- 10 CIRUELOS
- 5 NISPEROS

200 plantas en total, más 35 plantas frutales de obsequio.
La misma colección, en plantas de 3 años... $ **130.—**
En extra fuerte.................................. „ **170.—**



BEURRE D'AREMBERG

ROSALES SELECTOS

COLECCION SELECTA A PRECIO DE PROPAGANDA, INJERTADAS, DE PIE BAJO



SOUVENIR DE CLAUDIUS PERNET

JONKHEER J. L. MOCK



TALISMAN

1 Talismán, rojo escarlata anaranjado. (Nov.) $ 1.50
2 Diana, rosado con amarillo limón....... $ 1.—
3 Etoile de France, colorado oscuro aterciop. $ 1.—
4 Frau Karl Druschky, blanco puro......... $ 1.—
5 George Dickson, rojo oscuro aterciopelado. $ 1.—
6 Radiance, rosado suave, interior de pétalos rosado fuerte.......... $ 1.—
7 Ideal, colorado oscuro, pesos.............. 1.—
8 Etoile de Hollande, rojo brillante. (Nov.) $ 1.—
9 Red Radiance, rojo cereza............... $ 1.—
10 Souvenir de C. Denoyel, colorado bermellón. $ 1.—
10 PLANTAS INJERTO por $ **8.—**, más 2 plantas de obsequio.
11 Presidente Hoover, anaranjado con rosa vivo, gran efecto. (Novedad). $ 1.50
12 Fragance, rojo carmesí oscuro........... $ 1.—
13 Fleberg's Rosa Druschky, rosado brillante. (Novedad)........... $ 1.—
14 Miss. Edith Cavel, rojo sangre. (Novedad).. $ 1.50
15 Laurent Carlé, rojo carmín............ $ 1.—
16 Jonkheer J. L. Mock, rosado............ $ 1.—
17 J. B. Clark, escarlata, pesos........... $ 1.—
18 Mme. Maurice de Luze, rosado, centro roasdo vivo............... $ 1.—
19 Gloria Mundi, anaranjado ladrillo extra. (Novedad)............ $ 1.50
20 Soeur Therese, damasco anaranjado....... $ 2.—
21 Souvenir de Claudius Pernet, amarillo anaranjado, pesos.............. 1.50
22 Ulrich Bruner Fils, colorado cereza....... $ 1.—
23 Ophelia, rosado salmón perfecto.......... $ 1.—
24 Druschky colorado, rojo brillante......... $ 1.—
25 Barcelona común, aterciopelado brillante, muy grande. (Novedad)... $ 4.50
25 PLANTAS INJERTO por $ 18.—, más 5 plantas de obsequio. LA MISMA COLECCION.

Plantas Forma Arbolito, injertadas a pie alto, fusto 70 centímetros de alto.

10 Plantas por.. $ **14.—**
25 Plantas por.. $ **30.—**

26 George Arends... $ 1.—
27 Suntia Ford..... $ 1.50
28 Padré............ $ 1.50
29 Amalia Jung..... $ 1.50
30 Priscilla......... $ 1.—
31 Fontanella....... $ 1.50
32 Gotha........... $ 2.—
33 Margaret Mc. Gredy $ 1.—
34 Una Wallace .... $ 1.—
35 Ville de París... $ 1.50
36 Gheimrat Duisburg $ 2.50
37 Souvenir de George Pernet .... $ 1.—
38 Sterling......... $ 2.50
39 E. G. Hill...... $ 1.50
40 Joamiszamberg... $ 1.—
41 Everard Keten... $ 1.—
42 Gral. Superieur Arnold Janssen......... $ 1.—
43 Williams F. Dreer $ 1.—
44 Malar Ross ..... $ 1.—
45 Mme. Eduard Herriot $ 1.—
46 Josep Hill...... $ 1.50
47 Elsie........... $ 1.—
48 W. E. Chaplin... $ 1.50
49 Kisten Poulsen... $ 1.—
50 Orange Perfección $ 1.—
50 Varied. pie bajo $ 33.—
50 Varied. pie alto $ 54.—
100 Varied. pie bajo $ 62.—
100 Varied. pie alto $ 100.—



FRAU KARL DRUSCHKY



RED RADIANCE



VILLE DE PARIS

OBSEQUIOS Las colecciones de 10 plantas de Rosales recibirán 2 Rosales; las de 25 plantas, 5 Rosales; las de 50 plantas, 10 Rosales, y las de 100 plantas, 20 Rosales de Obsequio, que se elegirán entre las soberbias variedades nuevas y de gran mérito, entre las cuales figuran Briarcliff, Better Times, Joseph Hill, H. J. Hill, Sterling, Dame Edith Helen, Ville de París, Padré, etc.

OBSEQUIOS UNA CANTIDAD DE FRUTALES A NUESTRA ELECCION, QUE SE INDICA EN CADA COLECCION.

Surtidos especiales a precios económicos de frutales cítricos, vides, árboles forestales, coníferos y arbustos.

CONSULTENOS

Casa LUIS COSTANTINI

CALLAO 21 Bs. As. U. T. 38-0096

SEMILLAS - PLANTAS - IMPLEMENTOS AGRICOLAS - FRUTAS - FLORES NATURALES
PARQUES Y JARDINES
VIVEROS
Luján-Muñiz-Rodríguez (Bs. Aires)-Ascochinga (Córdoba)-Chacras de Coria (Mendoza)
PLANTACIONES FRUTALES:
La Consulta (Mendoza) Calingasta (San Juan)

Nuestro Catálogo General Ilustrado, con el tratado de Notas sobre Fruticultura, que contiene instrucciones sobre plantaciones, podas, abonos, tratamientos sanitarios, polinizadoras, calendario para sementeras y todo lo útil para el agricultor, se enviará gratis a todo comprador o bien enviando $ 2.—, importe que se descontará de su primer compra.

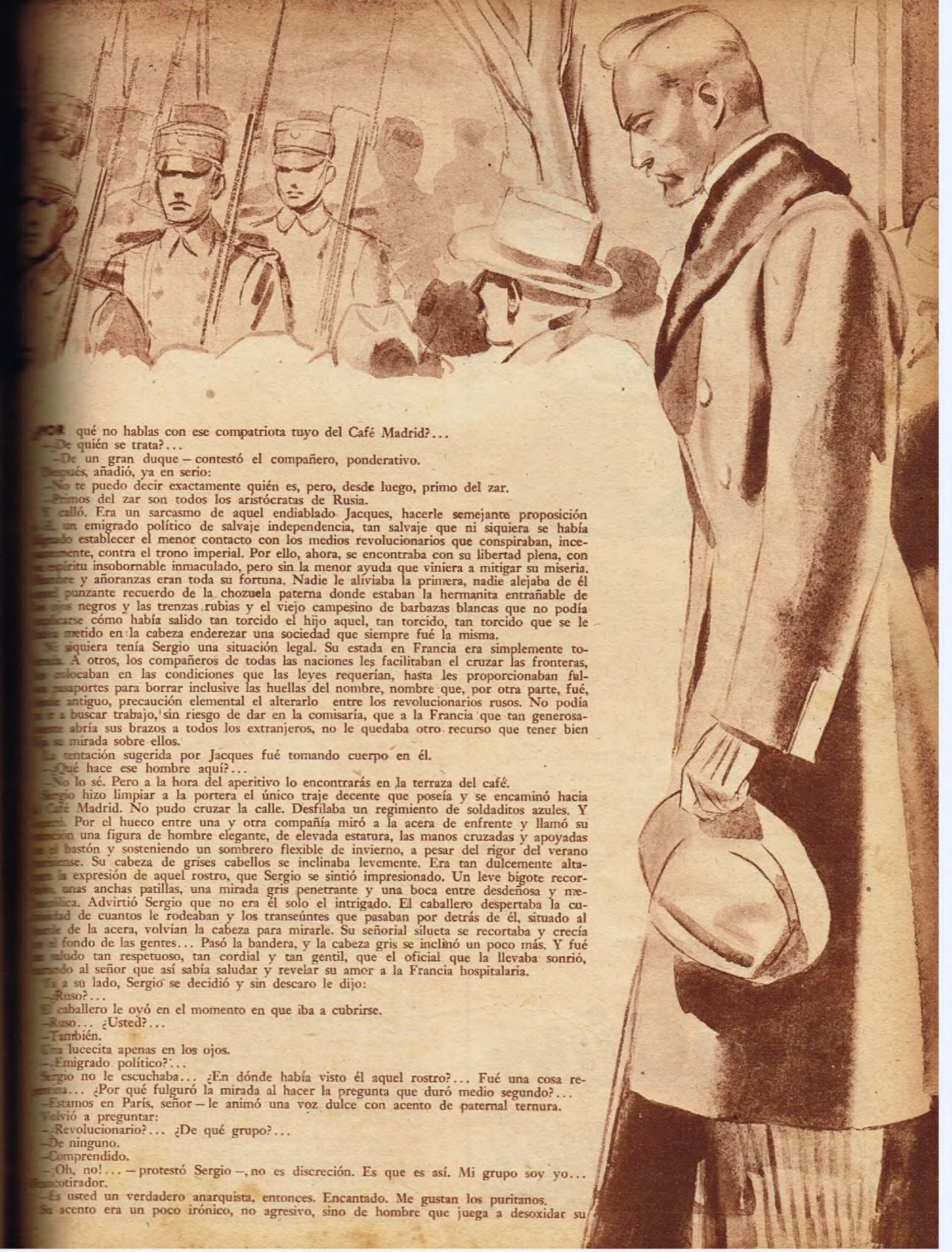


El gran Duque

Por ***Jacinto Ramos***

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



—¿POR qué no hablas con ese compatriota tuyo del Café Madrid?...
—¿De quién se trata?...
—De un gran duque —contestó el compañero, ponderativo.
Después, añadió, ya en serio:
—No te puedo decir exactamente quién es, pero, desde luego, primo del zar.
—Primos del zar son todos los aristócratas de Rusia.

Y calló. Era un sarcasmo de aquel endiablado Jacques, hacerle semejante proposición a él, un emigrado político de salvaje independencia, tan salvaje que ni siquiera se había dignado establecer el menor contacto con los medios revolucionarios que conspiraban, incesantemente, contra el trono imperial. Por ello, ahora, se encontraba con su libertad plena, con su espíritu insobornable inmaculado, pero sin la menor ayuda que viniera a mitigar su miseria. Hambre y añoranzas eran toda su fortuna. Nadie le aliviaba la primera, nadie alejaba de él aquel punzante recuerdo de la chozuela paterna donde estaban la hermanita entrañable de los ojos negros y las trenzas rubias y el viejo campesino de barbazas blancas que no podía explicarse cómo había salido tan torcido el hijo aquel, tan torcido, tan torcido que se le había metido en la cabeza enderezar una sociedad que siempre fué la misma.

Ni siquiera tenía Sergio una situación legal. Su estada en Francia era simplemente tolerada. A otros, los compañeros de todas las naciones les facilitaban el cruzar las fronteras, les colocaban en las condiciones que las leyes requerían, hasta les proporcionaban falsos pasaportes para borrar inclusive las huellas del nombre, nombre que, por otra parte, fué, desde antiguo, precaución elemental el alterarlo entre los revolucionarios rusos. No podía ir a buscar trabajo, sin riesgo de dar en la comisaría, que a la Francia que tan generosamente abría sus brazos a todos los extranjeros, no le quedaba otro recurso que tener bien fija su mirada sobre ellos.

La tentación sugerida por Jacques fué tomando cuerpo en él.
—¿Qué hace ese hombre aquí?...
—No lo sé. Pero a la hora del aperitivo lo encontrarás en la terraza del café.

Sergio hizo limpiar a la portera el único traje decente que poseía y se encaminó hacia el Café Madrid. No pudo cruzar la calle. Desfilaba un regimiento de soldaditos azules. Y esperó. Por el hueco entre una y otra compañía miró a la acera de enfrente y llamó su atención una figura de hombre elegante, de elevada estatura, las manos cruzadas y apoyadas en el bastón y sosteniendo un sombrero flexible de invierno, a pesar del rigor del verano parisiense. Su cabeza de grises cabellos se inclinaba levemente. Era tan dulcemente altanera la expresión de aquel rostro, que Sergio se sintió impresionado. Un leve bigote recortado, unas anchas patillas, una mirada gris penetrante y una boca entre desdeñosa y melancólica. Advirtió Sergio que no era él solo el intrigado. El caballero despertaba la curiosidad de cuantos le rodeaban y los transeúntes que pasaban por detrás de él, situado al borde de la acera, volvían la cabeza para mirarle. Su señorial silueta se recortaba y crecía en el fondo de las gentes... Pasó la bandera, y la cabeza gris se inclinó un poco más. Y fué un saludo tan respetuoso, tan cordial y tan gentil, que el oficial que la llevaba sonrió, mirando al señor que así sabía saludar y revelar su amor a la Francia hospitalaria.

Ya a su lado, Sergio se decidió y sin descaro le dijo:
—¿Ruso?...
El caballero le oyó en el momento en que iba a cubrirse.
—Ruso... ¿Usted?...
—También.
Una lucecita apenas en los ojos.
—¿Emigrado político?...
Sergio no le escuchaba... ¿En dónde había visto él aquel rostro?... Fué una cosa remota... ¿Por qué fulguró la mirada al hacer la pregunta que duró medio segundo?...
—Estamos en París, señor —le animó una voz dulce con acento de paternal ternura.
Volvió a preguntar:
—¿Revolucionario?... ¿De qué grupo?...
—De ninguno.
—Comprendido.
—¡Oh, no!... —protestó Sergio—, no es discreción. Es que es así. Mi grupo soy yo... francotirador.
—Es usted un verdadero anarquista, entonces. Encantado. Me gustan los puritanos.
Su acento era un poco irónico, no agresivo, sino de hombre que juega a desoxidar su

inteligencia. Señalaba una mesa cercana, con tácita invitac...
—¿Tiene usted algo que hacer ahora?...
—No, señor. Precisamente me he acercado a usted por si pu... proporcionarme ocupación.
A tiempo que se sentaban, el señor comentó:
—Expeditivo también... Y con todo ello... ¡un delicioso ni...
Sergio se sintió ruborizado.
Tornóse serio su interlocutor:
—Su alma es el alma de nuestra amada Rusia. Ni en este Par... donde todos encuentran un reflejo de sus patrias, se le ... olvidar... ¿Verdad, hijo mío?...
—Sin embargo, usted debe de estar aquí por su gusto —a... Sergio.
—Estoy en París porque no puedo estar allí.
Otra vez el centelleo en los ojos. Pero ahora fué elo... para Sergio... Había reconocido a aquel hombre que dec... grave imperio:
—¿Qué toma usted?...
Fué a levantarse.
—¡Usted!... ¡Usted es!...
El caballero le contuvo.
—Yo no soy nadie...
Puso sus manos sobre las del joven que se habían abati... tra la mesa de mármol.
—Dos desterrados... por la misma voluntad.

* * *

Charlaron al día siguiente en el despachito del gran ... Alejandro, ex jefe de la guardia del zar, que a Sergio le ... *garçonniere*. Y se lo dijo risueño.
—Pues se equivoca usted. Desde que yo lo habito, no h... en él una mujer.
Llegaron pronto a un acuerdo.
—Yo no haré sino presentarme. Usted será el encargado ... blar y de llevar la correspondencia y las cuentas del ne...
El corazón de Sergio brincó de alegría.
Una importante casa austríaca concedió su representa... obras metálicas y maquinaria para industria pesada al ... que —decíase en los medios comerciales que por indic... una reina de madura edad del sur europeo—, ya que éste ... formado el firme propósito de no cobrar sus cuantios... hasta que se levantara el destierro impuesto... por qu... imponérsele o cuando menos manifestarle su imperial ... que viajase durante una larga temporada por donde le ... a excepción de España.
—Comprenda usted, amigo mío, que la menor venta ... mos, y tengo muchas posibilidades de acercamiento ... empresas y grupos financieros, representa muchos miles ... cos. Alguien ha de acompañarme y es natural que pref... compatriota... He dejado dormir el asunto mucho tiem... guramente seguiría durmiendo, mientras me quedara ... por vender. Pero deseo serle útil en algo y beneficiarme ... a fin de que no tenga motivo alguno de agradecimie... mí... De esta forma, si volvemos a San Petersburgo ... podrá usted colocar una bomba en mi coche sin el men... dimiento de conciencia.
En pie, le tendía la mano.
—Como supongo que le corre prisa, le avisaré en bre... menzar a trabajar.
Cumplió su palabra. Cuarenta y ocho horas despu... Sergio su aviso.
Y durante varios meses el gran duque Alejandro ... dista y autor de encendidos manifiestos políticos pasa... yor parte del día juntos. Sergio le esperaba para alm... Café Madrid, visitaban a prestigiosas firmas comerciale... paraban, invariablemente, en la plaza de la Madeleine... famoso templo parisiense. Antes, el gran duque Alejand... en la perfumería situada en un chaflán de la plaza y el ... del mismo nombre, acompañado por Sergio. Y en el ... miento se ofrecía, todas las tardes, el mismo espectác... cómico y doloroso. La más bella de las dependientas... cuotidiano cliente cruzaba el umbral, corría a coloca... lugar más próximo del mostrador para atenderle. Sergio ... decer aquel rostro que hubiese inmortalizado al pintor ... ladara a un lienzo, veía temblar, de los pies a la cab... cuerpo armonioso que no se sabía por qué, evocaba l... playas mediterráneas que se abren entre Cannes y la f... liana. Y la mirada de la muchacha, como imantada, no ... del gran duque, espiando su menor gesto, hasta que ... su pedido. Una tarde en que hubo de alejarse para ... un perfume raro en otra sección, retrocedió sin volver ... turbada, las manos en la negra falda de uniforme, cual ... alzarla levemente en una cortesana reverencia. Y Ser... que al encumbrado compatriota este ademán le record... de torrentes de luz, deslumbramientos de uniformes, des...



…ados, compases de minué, regalos de vida muelle en los salones, mientras los trineos se deslizaban sobre la nieve de los caminos y en Siberia se iban encorvando las espaldas de los rebeldes. Luego, era un nuevo temblor de las manos femeninas al entregar el paquetito de lociones, jabón, pomadas, y un suspiro la voz que apenas podía pronunciar el:

–Bon jour, mesieurs…

El gran duque, sombrero en mano, le dirigía la palabra. En una ocasión en que atendía a otra cliente, rechazó con exquisita corrección los servicios de una de sus compañeras y esperó. Y Sergio creyó que iba a caer desmayada cuando el ídolo se acercó al mostrador, libre ya.

A la salida, detuviéronse frente a una agencia de turismo en cuya vidriera se veía un gran mapa de España.

Sergio dijo:

–Esa empleada es la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

–Hermosísima… – respondió el gran duque Alejandro.

–¿No se ha dado cuenta de que está locamente enamorada de usted?…

El señor sonrió ligeramente y contestó:

–¡Ah, sí!… ¡La pobre!…

Sergio sintió un golpetazo en el pecho midiendo la distancia que le separaba de aquel hombre… ¿Era posible llegar hasta ese extremo?… ¿Podía un sentimiento de superioridad, fuese el que fuere, acallar la voz de más poderosa atracción que resonara nunca en los ámbitos de la naturaleza?…

Pero su acompañante no le dió tiempo para estas meditaciones.

–Madrid… – murmuró.

En Madrid estaba ella. En las habitaciones que en el palacio real llamaban *del duque de Génova*, la habían hospedado los reyes. El zar decidió cortar el escándalo de sus amores. Su alteza tenía licencia para viajar por toda España. El gran duque Alejandro no podía poner el pie en su suelo.

Giró el caballero sobre sus talones con rigidez militar y se descubrió.

–¿A quién saluda usted?… – preguntó Sergio.

Señaló el gran duque, con la cabeza, a unos novios que cruzaban entre la multitud, besándose frecuentemente con esos besos cortos, rápidos, que son un poco más que caricia y no llegan a ser beso.

* * *

Llegó agosto de 1914 y con él la guerra… Cayeron los hombres… El gran duque Alejandro partió para San Petersburgo inmediatamente… Vino octubre de 1917… En Rusia se encendió la revolución… Se levantó un gobierno republicano y fué derribado… El ejército blanco invadía el territorio de Pedro el Grande.

Sergio estaba en el frente entre las filas bolcheviques. Su gorra era un cielo negro con una estrella roja. Apenas si se le hubiera reconocido: avejentado, hundido el pecho, contraídas las mandíbulas y apagado el brillo de sus ojos que serían ya, para siempre, cementerios en que yacían muchas ilusiones.

–¿Qué es eso, Iván?…

–Un fusilamiento, mi comandante.

Sergio vió pasar el pelotón. En seguida, en un automóvil, un militar de las tropas contrarrevolucionarias y unos oficiales del ejército rojo. Su rostro se contrajo más aun. Bruscamente se llevó la mano al cinturón… ¡Y gritó, gritó hasta asombrar a todos!…

–¡El coche!… ¡Pronto!… ¡El coche!…

Era tarde.

–¡Alto!… ¡Alto!… ¡Esperad!…

Ya se alzaba un sable por puro formulismo, puesto que el gran duque Alejandro, a unos metros de distancia, tenía los ojos sin vendar y bien abiertos y los brazos sueltos… Hubo tan sólo unos segundos para que se cruzaran sus miradas, pero los suficientes para que el vencido reconociera al que llegaba jadeante y gritando y le sonriese sin poder terminar de levantar el brazo para saludarle y para que Sergio advirtiera en el rostro del antiguo compañero la misma expresión de antaño frente a la agencia de turismo de París.

El gran duque Alejandro despreciaba a la muerte que le acechaba en el piquete de ejecución con el mismo gesto entre soberbio y compasivo con que desechó a la vida que se le brindaba sumisa desde el mostrador de una perfumería en el *boulevard* de la Madeleine.

"–¡Ah, sí!… ¡La pobre!…" ◈

Cuando Errol Flynn



¡Hola! ¿Que se ha cometido un crimen? Bien, deje el asunto en mis manos, que no tardaré en descubrir al autor. ¿Cómo dice? ¿Que es usted el criminal? Un momento, ¿dónde estará mi pipa?... ¡Hola! ¡Hola!... ¿Es usted el muerto? Espere; tengo que consultar el manual.

Dentro de poco seré famosa... ¡Un crimen! Veamos; ante todo, mi lupa. Bueno, esto está resultando bastante más difícil de lo que yo creía. ¿Por dónde empezaré? El "Tratado del buen detective" dice que hay que examinar las pruebas y buscar el móvil del criminal...

¡Ajá! El arma empleada... Sí, se trata de un revólver. No se alarmen ustedes, ... veré el caso en menos tiempo del que se tarda en pensarlo. Yo, Errol Flynn, ... personalmente del asunto. Y, a propósito, ¿verdad que tengo condiciones ...

...quiso emular a Sherlock Holmes



El oficio de detective es hoy un oficio complicado. Los tiempos ya no son los mismos, y los métodos han cambiado. Desde Sherlock Holmes, que fumaba en pipa y usaba gorra de visera y americana a cuadros, hasta Philo Vance, elegante, científico y mundano, cada cual persigue al criminal según su estilo. Tal es el caso, también, de Errol Flynn, el astro cinematográfico norteamericano, cuyos primeros pasos en la materia se reflejan en las cuatro fotos de la presente nota gráfica. Fotos que, por arte y magia de sus profundos conocimientos en la materia, se han convertido en un curso gráfico y abreviado, de cuya eficacia no es posible dudar, ya que dan por resultado la captura del "sujeto". Después de leerse de un tirón una novela policial, y considerando que quizá había descubierto su verdadera vocación, Errol Flynn quiso poner en práctica los conocimientos adquiridos para una próxima película, y abrió una agencia de detectives, disponiéndose a cumplir a conciencia con sus nuevas funciones de sabueso policial. Pero, a juzgar por lo que puede verse aquí, la práctica no resultó, esta vez, igual a la teoría... ◈

Pronto haré importantes detenciones. Así... Y ahora disculpen, pero tengo que irme a almorzar. ¡Caramba! ¿Cómo se sacará este endiablado chisme? Porque yo no soy el criminal, ¡eh!!! ¿No hay quién me ayude? Que llamen en seguida a un ladrón..., digo, a un detective. Por que yo... renuncio.



POZO VERDE

Un cuento de ***Manuel Cerbán Rivas***

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

POZO VERDE era uno de los pueblos más bellos y pintorescos de aquella serranía. Situado en medio de un fértil valle, cuando se lo contemplaba desde las cimas de su cerco de montañas, se experimentaba la sensación de estar asomado al brocal de un inmenso pozo en cuyo fondo hubiese una aldea en miniatura. En su plaza se destacaba la iglesia, con su torrecita, en la que relucía una campana herida por los rayos del sol. El agua de una cascada que se precipitaba en el valle parecía un espejo prendido de un tapiz y, recortado al pie de una colina se divisaba un cuadrito: el cementerio, orlado de mirtos, con sus obscuros cipreses y sus blancas tumbas, cuyas cruces parecían hechas para ser colgadas al cuello de un niño. Pozo Verde parecía un tabladillo, cubierto con una maravillosa decoración, en el que se estuviesen representando escenas campestres, o un país hecho por las hadas para ser habitado por pequeños faunos.

El suave ruido que producían los árboles al ser mecidos por el viento; el murmullo del agua; el canto de las aves y los balidos de las ovejas concertábanse con la cansada voz del boyero, las [illegible]
los campesinos y los arrullos de las madres que dormían [illegible]

Pero si un contemplativo ingenuo, en lugar de seguir su [illegible]
el espíritu embargado por el bello espectáculo, descend[illegible]
valle y se internaba en Pozo Verde, sufría un amargo [illegible]
Dicho pueblo tenía, como todos, un intendente llamado [illegible]
(como el Buen Ladrón), un juez, conocido por don Gest[illegible]
Mal Ladrón), tan generoso que siempre epilogaba las causa[illegible]
rreligionarios y amigos con la frase hecha: "No afecta su [illegible]
bre y honor", aunque hubiesen cometido parricidio o robo [illegible]
tura, y un comisario grande y barrigón, color mate, apoda[illegible]
por sobrados motivos. También tenía Pozo Verde su médic[illegible]
producto de una de las últimas cosechas universitarias, gra[illegible]
poco práctico, amable y altruísta (aunque algo pedante), [illegible]
perdonaba todo, menos que su apellido, Santolio, no fue[illegible]
por el calificativo "doctor". Y su cura, un santo viejecito [illegible]

...do, el que daba a los necesitados todo cuanto caía en sus manos, ...que, como reverso de la medalla, acompañaba un sacristán hipó... *...violacepos* y *rapavelas*, explotador de fanáticos, amarillo y largo ...su nombre: Ciriaco, despectivo de cirio.

...faltaba, naturalmente, en Pozo Verde, un maestro de escuela, don ...cio, que vivía de esperanzas; un farmacéutico aguatero, cómplice ...peluquero desollador, sacamuelas y curandero clandestino; y, ...del coro formado por paisanos, chacareros, mozas, usureros y ...ciantes, un cuerpo de baile integrado por los politiquillos que ...an alrededor del caudillejo. Las mujeres (y también los hom... ...se vituperaban mutuamente o se elogiaban, amábanse o se abo... ...llegando hasta el sacrificio o descendiendo hasta la infamia, ...el caso.

...en un pueblo que era como todos, no podía faltar un zonzo, y ...Verde tenía el suyo, al que habían apodado "Gilillo", sirviendo, ...para diversión de los vecinos, sino también para su descanso, ...les ayudaba a limpiar sus casas, lo que era pagado con sobras ...mida, cigarrillos, ponchos y zapatos viejos, y con alguna ropa ...sada que por los agujeros de ella "Gilillo" mostraba la mitad de ...negrecidas carnes.

...vez que el doctor Santolio se encontraba con aquel desgra... ...lamentábase de que no hubiese sido eliminado al nacer, pues ...", además de carecer de inteligencia, era contrahecho: su espal... ...ba deformada, y su cabeza grande y su ancho pecho resultaban ...porcionados para sus cortas piernas; además, sus largos brazos, ...z aplastada, boca enorme y ojillos redondos, le daban el aspecto ...simio. Las pocas palabras que conocía las pronunciaba con difi... ...resultando casi incomprensible su conversación.

...mayoría de los vecinos de Pozo Verde no le daban mayor tras... ...cia al caso de "Gilillo", pero los que se creían personas ilus... ...mirábanlo con desprecio, llegando hasta expresárselo de viva ...lo que no resultaba del todo inhumano, porque el inocente se ...que aquellos "espíritus selectos" le dirigían amables frases.

♣ ♣ ♣

...la casa del intendente se reunían todas las noches a jugar al tute, ...ra, el juez, el médico y el maestro de escuela. Este último, la ...ría de las veces se conformaba con verlos jugar, por encon... ...falto de recursos, aconsejándole algunas jugaditas al cura cuando ...que don Dimas o don Gesta le miraban las cartas para hacerle ...más burdas trampas.

...nas noches, entre mano y mano, discutían de asuntos ajenos al ...sin hacer caso de los siseos de la intendenta para que hablasen ...bajo, porque con los gritos que daban no podían dormirse sus ... El doctor Santolio procuraba siempre llevar la conversación al ...tema: el eugenismo, que era el asunto que lo obsesionaba, y ...mplo que ponía a menudo era el caso de "Gilillo", por ser el ...conocido de los concurrentes.

—...es sí, señores —decía el médico con mucho énfasis—, la euge... ...es una de las ramas de la ciencia más importante. Si a ese dege... ..."Gilillo" le hubiesen aplicado la eutanasia, la humanidad ...ganado mucho.

—...so es una infamia! Un disparate que no hay ley divina ni humana ...autorice —interrumpía el cura—. La misma culpa tiene ese ...ado de ser idiota como la tiene usted de ser doctor.

—...rdone, don Cándido, pero no es lo mismo —exclamaba el médico, ...lizado—. Estamos hablando sobre la selección de la especie.

—¡...é selección ni qué ocho cuartos! —vociferaba don Cándido—. ...selección ya la hace Dios por medio de la naturaleza! ¿Puede ...saber la misión que a cada ser le ha sido asignada? Hasta los ...s han cumplido grandes acciones: muchos perros han salvado a ...os y unos gansos salvaron un imperio.

—Señores —decía el juez—, yo creo que deberían de ser aplicadas al... ...reglas de la eugenesia, pero la eutanasia me parece inaceptable. ¿...é opinión tiene usted sobre esto, señor maestro?

—Usted sabe, don Gesta, que mis opiniones nunca han valido nada, ...sí, digo, que se me está aplicando desde hace tiempo algo peor ...la eutanasia: que es la buena muerte, o sea la muerte lenta por ...ción, sin que nadie se preocupe de ello.

...s ocurrencias del maestro provocaban sonrisas y todos miraban al ...dente, pero éste no se daba por aludido, por estar tramando, en ...os momentos, arreglos políticos con el comisario "Caifás", o ...ando impresiones sobre el mástil para la bandera, que en breve ...inaugurado.

—Bueno, amigos, íbamos diciendo... —proseguía el doctor

—Lo que íbamos diciendo —exclamaba airada la señora ... ...desde la puerta del dormitorio— era que hablasen ... bajo, ...e despiertan a mis chicos. ¿O es que se han vuelto sordos?

Después de esto, cada cual se iba a su casa.

♣ ♣ ♣

"Gilillo" vivía en un rancho de adobe situado al pie de un antiguo ..., construído detrás de las montañas que circundaban a Pozo ...de. Desde allí se llegaba al pueblo en pocos minutos, no así las ..., que tenían que rodear las sierras hasta desembocar en la cascada ...caer en el valle.

Una noche en que el doctor Santolio volvía de la casa del intendente, con un voluminoso libro que había llevado a la reunión para confundir con sus teorías a don Cándido, tropezó en la plaza con "Gilillo", que venía corriendo, el que le dijo con su deficiente lenguaje:

—Agua, che, médico, mucha agua, allá, allá, mucha agua. La casa grande rota, y sale agua así, así —y, al expresar esto, hacía con sus manos movimientos descendentes apresurados.

El doctor no dudó ni un momento de las palabras de "Gilillo", sabiendo, además, que el dique era ya muy viejo y el día anterior había llovido mucho.

"Entonces —pensó el médico—, el pueblo está perdido, pero aun queda tiempo para que nos salvemos todos; las aguas tienen varios kilómetros que recorrer". Mientras pensaba esto ya iba corriendo hacia la iglesia, seguido por "Gilillo", llamando a grandes voces al sacristán y al cura, que por suerte estaban todavía levantados. Ordenó a Ciriaco que tocara inmediatamente a rebato, puso a don Cándido al corriente de lo que ocurría, y sin perder un momento fuése en busca del intendente y del comisario, en tanto que el cura avisaba a los vecinos más cercanos.

"Gilillo", olvidado ya de lo que había visto y sin darse cuenta del peligro que corría, se quedó mirando al sacristán, el cual acostumbraba a darle un cigarrillo cuando en las grandes fiestas le ayudaba a tocar la campana. Ciriaco, aprovechándose de aquella circunstancia, le dijo al inocente que siguiera tirando de la cuerda, hasta que él volviese para darle el pago acostumbrado, y escapó como hoja que lleva el viento, mientras "Gilillo" siguió tocando a rebato, deleitándose con aquel sonido monótono, como la mayoría de los idiotas, y contento como un niño al que le entregan el juguete deseado.

El intendente, el juez, el médico y el comisario seguían al cura, quien, apoyado en un recio bastón, golpeaba en todas las puertas, gritando: "¡El dique se ha roto, rápido, a las montañas! ¡Corran hacia el cerro más próximo!"

En pocos momentos todos los vecinos de Pozo Verde estuvieron enterados de la catástrofe que se aproximaba. Los pobladores del valle llegaban jadeantes al pueblo, alarmados por el toque de rebato, al que se habían unido los ladridos de los perros y el canto de los gallos. Hombres y mujeres seguidos por niños, y otros llevándolos en los brazos o de la mano, corrían para ganar las alturas. Muchos iban a medio vestir; la mayoría, envuelta en mantones, en colchas o en sábanas, huía descalza. Una niña llevaba un gato al que cuidaba como a un hijo; otras no abandonaron a sus muñecas, y un niño abrazaba una jaula con un pájaro alborotado adentro. Algunas ancianas conducían canastos con pollitos, y una moza luchaba con un lechón que quería escapársele de entre los brazos, dando agudos gritos. Las personas más cobardes iban delante, pero otras ayudaban a los padres a llevar a sus hijos; conducían enfermos, algunos hasta sobre sus hombros; o eran el sostén de las ancianas. Don Cándido daba el ejemplo socorriendo a todos inculcándoles su fe, sin que se notara en él cansancio ni desaliento, a pesar de su avanzada edad. El usurero iba agobiado por una arquilla llena con el tesoro que había cambiado por su alma, y el juez, en aquellos momentos de agonía, sentía también el peso de su conciencia e iban ambos caminando a la par, como una yunta uncida al mismo yugo. El intendente y el comisario se multiplicaban para poder atender, no sólo a sus familias, sino a los demás, porque cuando no mediaba la política eran capaces hasta de ser buenos, y el médico, haciendo honor a su profesión, atendía a todo el que lo necesitaba, sin preocu-



parse del peligro. Uno de los que tuvo
ser atendido fué el maestro de escuela
frir un desmayo en medio de algunos
alumnos, cuando les iba enseñando
mente lo que valían en los momentos
ligro la entereza de ánimo y la
física.

Los pasivos eran los más molestos,
mezclados entre los altruístas entorpec
acción. Los hipócritas fueron descubie
aquella patética jornada, porque no
ron ni a sus propios hijos, a pesar
compadecíanse de todos con palabras
das y melosas.

Ya se percibía el olor a lodo y
cano el ruido del torrente, cuando
tud, deprimida por el cansancio y el
empezó a trepar por la falda de la co
gallos, siempre alertas, seguían avisando
ligro, y, a lo lejos, como un contin
mento, se oían los desesperados bra
los animales, que no habiendo podido
bertados por sus dueños sentían
muerte, una muerte cierta, y el tañido
campana tocada por "Gilillo".

La mayoría de los habitantes de P
de estaban ya sobre la meseta, cuando
horrorizados, que el aluvión se
por la cascada en el valle. El espec
aunque dramático, resultaba bello,
plado a la luz de la luna, que aquella
noche, como un sarcasmo, parecía
que nunca.

En pocos minutos todo fué des

bajo las aguas de aquella espantosa tromba, acompañando, al ruido que producía, el llanto de las mujeres y los niños, y los angustiosos gritos de los hombres, al ver que se iba perdiendo todo lo que habían acumulado en largos años de sacrificio y los lugares que tanto amaban: las tierras de labranza, con sus ranchos, sus parvas y sus ganados; las chacras, con sus frutales y sus corrales llenos de aves; las casitas blancas, con jardines como alfombras de terciopelo bordadas de flores, y la iglesia, entonces muda su campana, tras un desordenado repiqueteo, no sobresaliendo de las aguas más que la cruz de la torre.

Todo el valle de Pozo Verde había quedado convertido en un caudaloso río, en el cual los sapos con su croar y los patos con sus graznidos celebraban alegremente su noche más feliz. Y, sobre aquel desastre, las aves nocturnas con sus lúgubres gritos acentuaban la tristeza que había anidado en todos los ánimos.

El médico y el cura, que eran los únicos que habían echado de menos a "Gilillo", iban de un lado a otro preguntando por él, hasta que tropezaron con el sacristán. Este, al ser interrogado, les contestó "que, a ruegos de "Gilillo", lo había dejado en la sacristía tocando a rebato, porque siendo él un sacristán, un servidor de la iglesia, tenía el deber de acudir en socorro de sus semejantes".

El doctor midió a Ciriaco de pies a cabeza con una mirada despreciativa, al mismo tiempo que exclamaba don Cándido, con voz iracunda:

—¡Dios mío, y yo que creía al oír la campana que este infame había muerto cumpliendo con su deber!

Y poseído de noble indignación, intentó medir también al hipócrita sacristán de un bastonazo, lo que fué evitado por la rápida intervención del médico.

—Entonces — exclamó éste apesadumbrado —, el único que se ha ahogado ha sido el infeliz "Gilillo".

—Oiga, doctor Santolio — le contestó don Cándido recordando las ideas del médico y conteniendo la ira que le había producido la innoble acción del sacristán —: ese monstruo, como algunos le llamaban, tenía una misión que cumplir, como todos los seres, y ahora ha quedado demostrado cuán grande era la suya. Esto ya se lo dije a usted en otra ocasión. No se olvide más de ello, señor doctor...

—Y continuó, mirando emocionado a los que le rodeaban —: Tengan fe, hijos míos; cuando llegue el día nos dirigiremos a la aldea más próxima para pedir hospitalidad; mientras tanto vamos a rezar por el alma de "Gilillo", que ha sido nuestro salvador.

Y don Cándido se alejó seguido por los vecinos.

El joven médico no contestó nada al sacerdote, pero impresionado por sus palabras, por los acontecimientos que había presenciado aquella terrible noche y por la trágica muerte de "Gilillo", sacó el libro que conservaba bajo el brazo, lo miró pensativo, pareciendo que dudaba un momento; pero al fin, haciendo una mueca despectiva al mismo tiempo que se encogía de hombros, con rápido ademán lo arrojó a las aguas del torrente.

Empezaba a clarear el día. En las tierras altas oíanse los primeros gorjeos de los pájaros, el silbido de las perdices y los chirridos que producían los grillos con sus alas y, deslizándose en la armonía de la naturaleza, los hondos suspiros de los hombres y los sollozos de las mujeres, que ya estaban cansadas de llorar. Los niños, por fin, se habían dormido.

La luna, eterna espectadora, contemplaba aquella escena alumbrándola con su luz esfumada por la aurora, mientras el cuerpo del desventurado "Gilillo" era llevado por las aguas del torrente rumbo a las profundidades del océano. ◈

La profilaxis correcta del "Método Credé" debe aplicarse inmediatamente después del nacimiento. — PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.

El Tío Sam se



Los oficiales de Kentucky extienden con gran rapidez largas líneas de comunicaciones telefónicas usando los pinos como postes, donde los hay.

PAIS EXTRAORDINARIAMENTE CAPACITADO PARA LA PRODUCCION BELICA, EL DEL NORTE ENSEÑA AHORA A SUS HIJOS EL MANEJO DE LOS NUMEROSOS ELEMENTOS DE GUERRA QUE FABRICA

Escribe

Jorge Cros

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Ultima etapa de un ataque con fusiles y gases contra un cañón 75, durante un simulacro de combate entre los oficiales de la Guardia Nacional Estadounidense.



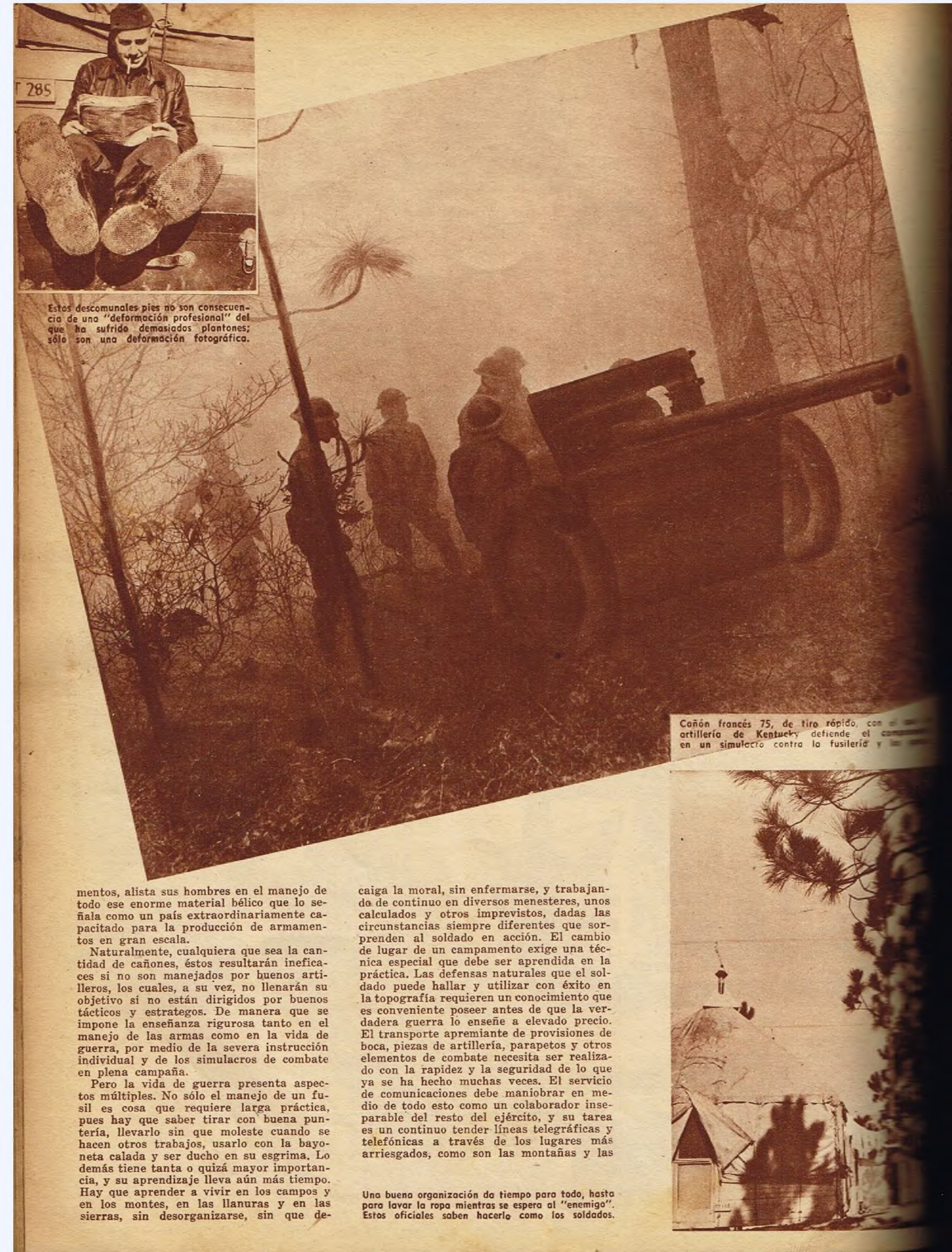
prepara

...s posible que estemos viviendo el gran ...odo de las civilizaciones guerreras por ...encia, y de ahí que no pueda pasar ... tiempo sin que el hombre tenga que ...rarse en matar para asegurar su vi... que ya nos viene de siglos, y va ha... adelante sin miras de terminar. La vie... Europa, técnica en las cuestiones vita... por lo tanto, en las mortíferas, tiene ...guera encendida y sus chispas amena... extenderse al mundo entero. En vista ...llo, las naciones vuelven a recordar ... veces hay que matar para vivir, y ... guerra es un tiempo de vivir matando, ...al requiere aprendizaje.

...ados Unidos, que por el Atlántico es... cerca del fuego del aguerrido Occidente, ... el Pacífico se encuentra ante el fren... Oriental, constituye, puede decirse, la ...guardia del gran continente americano ... es lógico hacerlo en los actuales mo-

... nocturna de uno de los campamentos que ... con toda rapidez los oficiales de la ...rdia Nacional en las maniobras de Kentucky.

"¡¡Alto!!" ¿Y quién avanza ante la amenazadora actitud de este guardia nacional estadounidense que masculla con energía la terminante orden?



Estos descomunales pies no son consecuencia de una "deformación profesional" del que ha sufrido demasiados plantones; sólo son una deformación fotográfica.

Cañón francés 75, de tiro rápido, con artillería de Kentucky defiende el en un simulacro contra la fusilería y

mentos, alista sus hombres en el manejo de todo ese enorme material bélico que lo señala como un país extraordinariamente capacitado para la producción de armamentos en gran escala.

Naturalmente, cualquiera que sea la cantidad de cañones, éstos resultarán ineficaces si no son manejados por buenos artilleros, los cuales, a su vez, no llenarán su objetivo si no están dirigidos por buenos tácticos y estrategos. De manera que se impone la enseñanza rigurosa tanto en el manejo de las armas como en la vida de guerra, por medio de la severa instrucción individual y de los simulacros de combate en plena campaña.

Pero la vida de guerra presenta aspectos múltiples. No sólo el manejo de un fusil es cosa que requiere larga práctica, pues hay que saber tirar con buena puntería, llevarlo sin que moleste cuando se hacen otros trabajos, usarlo con la bayoneta calada y ser ducho en su esgrima. Lo demás tiene tanta o quizá mayor importancia, y su aprendizaje lleva aún más tiempo. Hay que aprender a vivir en los campos y en los montes, en las llanuras y en las sierras, sin desorganizarse, sin que decaiga la moral, sin enfermarse, y trabajando de continuo en diversos menesteres, unos calculados y otros imprevistos, dadas las circunstancias siempre diferentes que sorprenden al soldado en acción. El cambio de lugar de un campamento exige una técnica especial que debe ser aprendida en la práctica. Las defensas naturales que el soldado puede hallar y utilizar con éxito en la topografía requieren un conocimiento que es conveniente poseer antes de que la verdadera guerra lo enseñe a elevado precio. El transporte apremiante de provisiones de boca, piezas de artillería, parapetos y otros elementos de combate necesita ser realizado con la rapidez y la seguridad de lo que ya se ha hecho muchas veces. El servicio de comunicaciones debe maniobrar en medio de todo esto como un colaborador inseparable del resto del ejército, y su tarea es un continuo tender líneas telegráficas y telefónicas a través de los lugares más arriesgados, como son las montañas y las

Una buena organización da tiempo para todo, hasta para lavar la ropa mientras se espera al "enemigo". Estos oficiales saben hacerlo como los soldados.



Peleando contra un "enemigo" muy útil para aprender. El manejo de la bayoneta exige destreza y decisión, dos cosas que no se adquieren sin una gran práctica.

[illegible]siones demasiado descubiertas al fuego del enemigo. Y así, todas las demás actividades de un ejército exigen una técnica que la sola teoría no podría satisfacer.

Es interesante la preparación militar que recibe la oficialidad de la Guardia Nacional Estadounidense, en el Estado de Kentucky. Sus campamentos, situados en plena campaña, están en pie de guerra y en continua "batalla". Aquello es un perpetuo simulacro de guerra. Un campamento ataca al otro con todos los medios de que dispone, y lo toma, o no lo toma, y a su vez cae en poder del enemigo, según el éxito de la estrategia de su comandante. Claro que para dirimir estas cuestiones están los técnicos observadores, los cuales fallan sobre los resultados parciales a medida que se va desarrollando la acción, hasta llegar así al resultado final, pues de lo contrario sería cosa de matarse, porque ninguno de los bandos aceptaría declararse vencido teniendo a todos sus hombres en pie y dispuestos a seguir peleando.

Es fama que los ingleses no descuidan su "confort" ni en plena guerra, y los norteamericanos, dignos descendientes de anglosajones, levantan campamentos que reúnen las mayores comodidades posibles en tales circunstancias. Sus carpas, bien alineadas y limpias, pueden cerrarse casi herméticamente, y junto a sus puertas suelen verse sillas plegadizas... Sin embargo, cualquiera de sus habitantes es capaz de dormir perfectamente bien a la intemperie, porque así es la vida militar.

En la instrucción individual tiene destacado lugar la esgrima de la bayoneta calada, esgrima muy especial y muy diferente a todas las que el común de las gentes conoce, pues el peso del fusil obliga a usar de una técnica que requiere mucha práctica. Cada oficial debe conocer a fondo un cañón y debe saber desempeñarse en cualquiera de sus puestos. En Kentucky tiene preferencia el cañón tipo francés 75, de tiro rápido, y el ejercicio que se realiza con esta arma es permanente y de sumo interés para el regimiento.

Y, un hombre en la guerra, hasta debe saber lavar su ropa, porque el aseo es uno de los factores que ayudan a mantener la moral elevada, o a no dejarla caer del todo en los momentos adversos. En Kentucky se hace todo cuanto la guerra obliga a aprender a hacer bien. Y de este modo los oficiales de la Guardia Nacional no podrán ser sorprendidos por ninguna eventualidad. En estos tiempos, en los que para vivir tranquilos y asegurar el porvenir de nuestros hijos hay que aprender a matar, América se prepara para su defensa con la actividad máxima que es capaz de desarrollar. Todos sueñan con la paz, pero para disfrutarla hay que tener fuerza suficiente para mantenerla. De ahí los fusiles, los cañones, la guerra.. O la posible "paz armada" que está preparando Norte América. ◈





La famosa obra de **PIERRE LOTI**

ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

INTRODUCCION

I

¡Bled-el-Ateuch!, y los moros tiemblan pensando en el país de la sed, en el "mar sin agua". Es el desierto del Sahara que se orilla días y días al descender el Africa al sur de Marruecos.

Estas solitarias playas tienen 500 leguas de largo, sin abrigo para el navío que pasa, sin un vestigio de vida, sin una planta.

Desfilan, con monotonía triste, las soledades, las dunas movibles, los horizontes indefinidos; y el calor aumenta día a día de intensidad.

Raúl Valencia



La prueba



—*Le escribí pidiéndole su fotografía, creyendo que ya me habría perdonado, pero veo que no es así.*

Y, luego, aparece al fin por encima de las arenas una ciudad blanca, plantada de palmeras amarillas: es la capital de Senegambia, San Luis del Senegal.

Una iglesia, una mezquita, una torre, casas de estilo morisco. Todo parece dormir bajo el candente sol, como las ciudades portuguesas que florecían años ha en la costa del Congo: San Pablo y San Felipe de Benguela.

Nos aproximamos y, sorprendidos, vemos que esta ciudad no está construída sobre la playa, que no tiene puerto, ni comunicaciones con el exterior. La costa, siempre recta y baja, es inhospitalaria como la del Sahara, y una línea eterna de rompientes impide el arribo de los barcos.

Se observa lo que no había sido visto desde lejos: gigantescos hormigueros humanos en las orillas, miles y miles de chozas de brezo, cabañas liliputienses de techumbres agudas en las que se agita una rara población negra. Son dos grandes ciudades yolofas: Guet-n'dar y N'dar-tout, que están entre San Luis y el mar.

Deteniéndose ante este país, se ven llegar largas piraguas de espolón, de contornos de tiburón, de hocico de pez, tripuladas por hombres negros que reman parados. Estos bateleros son hércules enjutos, de formas y de músculos admirables, con cara de gorila. Mientras pasan las rompientes, vuelcan diez veces, por lo menos. Con una constancia negresca, agilidad y fuerza de *clowns*, diez veces enderezan su piragua y prosiguen la marcha. El sudor y el agua corren por su piel desnuda, semejante al ébano reluciente.

Llegan, sin embargo, y sonríen con aire de triunfo, descubriendo sus magníficas dentaduras blancas. Su vestido es tan sólo un amuleto y un collar de vidrio; su impedimenta, una caja de plomo, fuertemente cerrada: la caja de las cartas.

Se encuentran allí las órdenes del gobernador para el barco que arriba; en ella se guardan los papeles dirigidos a las gentes de la colonia.

Cuando hay prisa, puede uno confiarse sin temor a estos hombres, seguro de ser pescado y vuelto a pescar con todo cuidado, y depositado luego sobre la arena.

Pero es más cómodo proseguir su camino hasta la desembocadura del Senegal, en la que lanchas planas llegan a tomarnos y nos llevan tranquilamente a San Luis, por el río.

Este aislamiento del mar es para el país causa de gran estancamiento y tristeza. San Luis no puede servir de punto de escala a los trasatlánticos ni a los barcos que se dirigen al hemisferio opuesto. Se va allá cuando no hay ya adónde ir; pero nadie *pasa* jamás por allí, y es como sentirse prisionero y separado del resto del mundo.

II

Cerca de la mezquita, en el barrio norte de San Luis, había una vieja casita aislada perteneciente a un tal Sambá-Hamet, comerciante del alto río. Estaba toda enjalbegada de cal; sus paredes, de ladrillos resquebrajados; las tablas, carcomidas por la sequedad, servían de asilo a miles de termitas, de hormigas blancas y de lagartos azules. Dos marabúes parábanse en su techumbre, al sol, alargando gravemente su cuello pelado hacia la calle recta y desierta, si alguien pasaba por ella, por mera casualidad. ¡Qué tristeza la de esta tierra de Africa! Una fina palmera espinosa paseaba diariamente su débil sombra a lo largo de la ardiente pared. Este árbol era el único del barrio, en el que la vista no hallaba punto alguno en que detenerse. Sobre sus palmas amarillas iban a asentarse con frecuencia bandadas de esos pajaritos diminutos que en Francia llaman bengalíes. Todo era arena alrededor; siempre arena. Ni un musgo, ni una brizna de hierba en este suelo reseco por los ardientes soplos del Sahara.

III

Una vieja negra horrible, llamada Curán'diaye, antigua favorita de un poderoso rey negro, vivía abajo, entre los restos de su fortuna, y allí había instalado sus curiosos andrajos, sus esclavitas cubiertas de azules gargantillas, sus cabras, sus carneros cornudos y sus delgados perros barcinos.

Había arriba una gran pieza cuadrada, de techo alto, a la que se subía por una escalera exterior, de madera carcomida por el tiempo.

IV

Cada día un hombre con chaquetilla roja, con un fez musulmán, un spahi, subía a casa de Sambá-Hamet a la hora del crepúsculo. Los dos marabúes de Curá-n'diaye lo observaban venir desde lejos. En el extremo opuesto de la ciudad muerta, reconocían los colores vistosos de su traje, su tipo, su paso, y lo dejaban entrar sin aparentar inquietud, como persona de mucho tiempo conocida.

Era de alta estatura, de cabeza altiva y arrogante. De pura raza blanca, aunque el sol de Africa le hubiese atezado recientemente el rostro y el pecho. El citado spahi era sumamente hermoso, de belleza masculina y grave, con ojos claros, grandes, alargados, como ojos de árabe. Su fez, caído hacia atrás, dejaba ver un rizo de cabellos obscuros que caían al desgaire sobre su frente pura y despejada.

La chaquetilla roja se amoldaba admirablemente a su talle esbelto, y en su apostura había una rara mezcla de fuerza y agilidad.

Comúnmente serio y pensativo, su sonrisa tenía una gracia felina y dejaba al descubierto unos dientes de rara candidez.

V

Una tarde, el hombre de la roja chaquetilla tenía, más que nunca, aspecto reconcentrado y soñador, al ascender la escalera de madera de Sambá-Hamet.

Penetró al departamento alto, que era el suyo, y quedó sorprendido al verlo vacío.

Era un raro alojamiento el del spahi. Banquetas cubiertas de esteras decoraban la cámara desnuda; pergaminos redactados por los sacerdotes del Moghreb y diversos talismanes colgaban del techo.

Se acercó a un gran baúl, adornado con placas de cobre y pintado de colores chillones como lo que emplean los yolofes para guardar sus tesoros. Quiso abrirlo y lo encontró cerrado.

Se tendió sobre un *tará*, sofá de tablas liger[illegible] que construyen los negros de las orillas [illegible] Gambia, y extrajo después de su ropa una [illegible] que leyó luego de haber besado la fir[illegible]

VI

No cabía duda que era una carta de [illegible] escrita por alguna belleza — acaso alguna [illegible] parisiense, o, mejor, de alguna romántica [illegible]ñora — al hermoso saphi de Africa, que [illegible]cía creado para desempeñar los grandes [illegible]peles de héroe melodramático.

Este escrito, probablemente, nos dará el [illegible] de alguna muy dramática aventura, por [illegible] que comenzará esta historia...

VII

La carta que había rozado con sus [illegible] spahi llevaba el sello de una perdida [illegible] las Cévennes. Estaba hecha por una [illegible] mano temblorosa y poco práctica. Abun[illegible] las faltas y las líneas cabalgaban unas sobre [illegible]

"Querido hijo:

"Esta tiene por objeto darte notici[illegible] nuestra salud, que es bastante buena, gra[illegible] Dios. Pero tu padre se siente envejecer, y [illegible]do que su vista disminuye, es tu vieja [illegible] quien toma la pluma para hablarte de no[illegible] Perdonarás, pues sabes que no sé cómo [illegible] mejor.

"Debo decirte, querido hijo, que desde [illegible] algún tiempo estamos en desgracia. Tres [illegible] que tú te fuiste y nada nos sale bien. La [illegible] la prosperidad, han huído contigo. La [illegible] dura, debido al granizo que ha caído [illegible] campos y que casi lo arrasa todo, salvo [illegible] parte del camino. Nuestra vaca ha ca[illegible] ferma y hemos gastado mucho en su [illegible] el jornal de tu padre falta alguna vez [illegible] que llegaron al país hombres amarillos [illegible]bajan más rápido que él. Ha habido nec[illegible] de reparar una parte del techo de casa, [illegible] caía a causa de las lluvias. Ya sé que [illegible] haces rico en el servicio; pero dice tu [illegible] que si quieres enviarnos lo que nos has [illegible]tido, nos será muy útil.

"Los Méry podrían muy bien dárno[illegible] tienen mucho, pero no quisiéramos pe[illegible] por no aparecer pobres a su lado. Vemos [illegible]nudo a tu prima Juana Méry; está [illegible] más bonita. Su mayor felicidad es [illegible] para hablar de ti; dice que no quisiera [illegible] ser tu mujer, pero su padre no quiere [illegible] en matrimonio, porque dice que somos [illegible] y que tú has sido un poco mala [illegible] tus tiempos. Sin embargo creo yo que [illegible] sargento de caballería y regresaras [illegible] con tu uniforme militar, acabaría, [illegible] asentir, a pesar de todo. Yo podría [illegible]quila si os viese casados. Levantaríais [illegible] junto a la nuestra, que nunca sería [illegible]mente linda para vosotros. De noche, [illegible] forjamos muchos proyectos.

"Sin falta, hijo querido, envíanos [illegible]nero, te aseguro que estamos muy [illegible] No hemos podido reunir nada este año, [illegible]sa del granizo y de la vaca. Tu padre [illegible]goja mucho, y hasta de noche noto [illegible] en ello y que da vueltas en vez de [illegible] no puedes hacerlo todo junto, mándan[illegible] puedas.

"Adiós, hijo mío; las gentes del [illegible]guntan por ti y cuándo vendrás, y los [illegible] te envían sus recuerdos. En cuanto a [illegible]bes que no hay más dicha desde que [illegible]

"Termino besándote, y Peyral, [illegible]

"Tu madre que te adora y espera.

"FRANCISCA P[illegible]

VIII

...Juan apoyó los codos en la [illegible] comenzó a soñar, observando vagame[illegible] panorama africano que se alargaba [illegible]

Las siluetas puntiagudas de las casas yolofas, ...das a centenares a sus pies — a lo lejos el ... agitado y la eterna línea de las rompien... de Africa —; un sol amarillo pronto a des...cer iluminaba aún con suave resplandor el ...to, la arena sin fin. A lo lejos, una le... caravana de moros, nubes de aves de rapiña ...ndo el aire, y, allá, un punto en el que se ... sus ojos: el cementerio de Sorr, al que ... llevado a algunos camaradas, montañeses ... él, terminados por las fiebres, en aquel ... terrible.

—Oh! ¡Volver allá, junto a sus padres viejos; ...r con Juana Méry una casita, próxima al ...sto lecho paterno!... ¿Por qué motivos ... había desterrado a tierra de Africa?... ¿Qué lazos había entre él y aquel país? Y aquel ...abe que le habían colgado, y aquella cha...lla roja, y que, sin embargo, le daba tanto ... ¡qué disfraz para él, mísero campesino de ... Cévennes!...

...cho tiempo permaneció allí, soñando y ...do con su pueblo, el triste guerrero del ...gal... Se ocultó el sol, cayó la noche y sus ... se entristecieron más aún. Del lado de ...-tour, los rápidos golpes de tam-tam lla... a los negros a la zambra y titilaban lu... en las casas yolofas. Era una noche de ...mbre; se levantó un viento feo de invierno, ...do algunos torbellinos de arena, e hizo ... un estremecimiento, una impresión inu... de terror y de frío por aquel país abra......

....

La puerta se abrió y un perro leonado, con ... de chacal, un perro indígena de raza *laobé*, ... ruidosamente, y fué a sentarse junto a su ...

Al mismo tiempo surgió en la puerta del ...nto una muchacha negra, dibujó un salu... de resorte, alegre y risueña, reverencia ..., ruda y cómica, y dijo: *Keú!* (Buenos días).

IX

El spahi le dirigió una mirada distraída.

—Fatu-gaye — dijo en una cruza de fran... criollo y del yolof —; abre el baúl, debo ...r mi dinero.

—¡Tus *khâliss!*... (monedas de plata) — res...dió Fatu-gaye, abriendo inmensos ojos blan... los párpados negros. — Tus *khâliss!* — re... con esa amalgama de terror y audacia ... los niños tomados en falta que temen ser ...gados.

Y, después, mostróle sus orejas, de las que ...dían tres pares de aros de oro, maravillosa...te labrados.

Eran alhajas de una delicadeza maravillosa, de ... puro de Galam, que los artífices negros ...n el secreto de fabricar en sus bajas tien...citas, en las cuales trabajan silenciosamente, ...dillados en la arena del desierto.

Fatu-gaye acababa de adquirir aquellos obje... largo tiempo deseados, y en ellos se habían ...sformado las *khâliss* del spahi: el fruto de ... pobres economías de soldado, un centenar ... francos reunidos poco a poco, que destinaba ... sus padres viejos y lejanos.

Los ojos del spahi lanzaron chispas — y buscó ... fusta para pegar —, pero su brazo cayó iner... Juan Peyral se calmaba pronto; era suave, ...re todo, con los débiles.

No hizo reproche alguno; sabía que eran ...nos. — ¿Por qué no había ocultado mejor ...el dinero, que ahora le era indispensable ...scar en otro lado?

Fatu-gaye sabía qué mimos de gata debía ha... a su amante; sabía cómo abrazarlo con sus ...zos negros con ajorcas de plata, hermosos ...mo brazos de diosa; cómo reclinar su desnu... garganta sobre la tela de chaquetilla roja, ... despertar los febriles deseos que traerían ... perdón para su falta...

Y el spahi se dejó caer sobre el *tará*, junto a ella, dejando para el día siguiente la búsqueda del dinero que era esperado allá, en la choza de sus mayores.

....

PRIMERA PARTE

I

Un hombre joven, equilibrado y sensato, bajó a tierra africana hacía ya tres años, y el clima y la naturaleza lo hicieron su presa sometiéndolo a sus influencias enervantes. Así, sin darse cuenta, rodó y hallóse de pronto convertido en amante de Fatu-gaye, joven negra khassonkesa que lo seducía con sensual encanto de amuleto.

El pasado de Juan no era muy largo.

A los veinte años, la *suerte* lo había alejado de su vieja madre que lloraba. Partió como otros jóvenes de su pueblo, cantando muy recio para no dejar ver las lágrimas.

Su alta estatura fué causa de que lo eligieran para la caballería. El encanto misterioso de lo desconocido le había hecho elegir el cuerpo de spahis.

Su niñez había transcurrido en las Cévennes, en una aldea perdida en medio de los bosques.

Había crecido bajo el aire libre de las montañas, como un joven roble.

Las primeras imágenes grabadas en su mente de niño habían sido claras y sencillas: su padre y su madre; dos rostros amados. Y luego, una casita al estilo de los antiguos tiempos, bajo los castaños, el hogar.

En su recuerdo, todo esto estaba marcado indeleble, en un lugar profundo y sagrado. Y, después, venían los grandes bosques, las correrías a la ventura por caminos llenos de céspedes: la libertad.

Durante su infancia, fuera de aquella aldea perdida en las montañas, no conocía nada del

Demostración



—Estaba demostrándole lo confortable que es nuestro calzado para el baile, señor.

resto del mundo; para él no había alrededor más que el campo salvaje, habitado por las brujas de la montaña y los pastores.

En aquellos bosques donde él iba a ambular días enteros, tenía ensueños de solitario, misticismo de pastorcito, y luego, de pronto, deseos locos de trepar, de correr, de cazar pájaros, de romper ramas de árboles.

Un mal recuerdo era la escuela de la villa: un lugar oscuro en el que era necesario estarse quieto entre paredes. Se desistió de enviarlo allá, porque huía siempre.

El domingo se ponía su lindo traje de montañés y se iba a la iglesia con su madre, de la mano de Juanita, a quien buscaban al pasar por la casa del tío Méry. Luego se iba a jugar a los bolos en un gran prado de la comuna, bajo las encinas.

Sabía que era más fuerte que los otros niños, y más guapo. En los juegos era a él a quien se obedecía, y estaba acostumbrado a hallar en todas partes esta sumisión.

Cuando se hizo adulto, su independencia y la necesidad continua de movimiento que tenía se acentuaron. No hacía más que lo que se le antojaba, y siempre maldades: cazar en todo tiempo con un viejo fusil que no disparaba, desatar los caballos para ir a galopar lejos, y tener frecuentes reyertas con el guarda campestre, con gran dolor de su tío Méry, que soñaba para él verlo aprender un oficio, volviéndolo un hombre sensato.

Nada más cierto: él "había sido en sus tiempos un poco mala persona", y esto se recordaba aún en el país.

Sin embargo lo querían, aun los que más habían sufrido por él, porque tenía el corazón franco y leal. No se le podía querer mal, cuando se veía su sonrisa abierta; y, además, tratándolo con suavidad, cuando se sabía comprenderlo, se le gobernaba como a un niño dócil. El tío Méry, con sus consejos y amenazas, no tenía sobre él ningún poder. Pero cuando su madre le reñía y él se sentía seguro de haberle ocasionado un disgusto, cerrábasele el corazón, y veíase al mozo, que ya tenía aires de hombre, ocultar la cabeza con deseos de llorar.

Era intrépido; pero no libertino. Su aspecto de joven, ancho y fuerte, era bravo y un poco salvaje. En su pueblo se estaba lejos de los contagios malsanos, de las depravaciones tempranas de los enervados de la ciudad. Tanto que, cuando llegaron sus veinte años y fué necesario ir al servicio, Juan era tan puro y tan ignorante de las cosas de la vida como un niño pequeño.

II

Pero pronto comenzaron para él los asombros de toda clase.

Acompañado de sus amigos había visitado lugares de desorden en los que conoció el amor en medio de todo cuanto la prostitución de las ciudades grandes puede mostrar de más abyecto y de más repulsivo. El disgusto, la sorpresa, y también el atractivo devorante de esta novedad que le había sido revelada, habían trastornado mucho su joven cerebro.

Y luego, pasados los días de vida revuelta, un barco se lo había llevado lejos, muy lejos, por el mar tranquilo y azul, para dejarlo, aturdido y admirado, en la costa del Senegal.

III

Un día de noviembre – en el período en que los gigantescos baobabs dejan caer sobre la arena sus últimas hojas –, Juan Peyral se dirigió a lanzar su primera mirada de extrañeza sobre aquel rincón del mundo en el que el azar de su destino lo condenaba a vivir cinco años de su existencia.

El exotismo de aquel país había hecho mella desde el primer momento en su imaginación. Luego sintió muy intensamente la felicidad de poseer un caballo, de llevar un gorro de árabe, una chaquetilla roja y un gran sable, de retorcerse el bigote, que le crecía rápidamente.

Se encontró hermoso, y esto le agradó.

IV

Noviembre. – La *hermosa estación* correspondiente a nuestro invierno de Francia; la temperatura era más suave, y el viento seco del desierto había seguido a las grandes tempestades de verano.

Cuando el buen tiempo empieza en el Senegal, se puede acampar con toda seguridad al aire libre, sin la protección de la tienda. Durante un semestre no caerá una gota de agua en este país; cada día, sin piedad, sin tregua, será abrasado por un sol ardiente.

Es la estación preferida de los lagartos – pero el agua falta en las cisternas; se desecan los pantanos, la hierba muere –, y ni los cactos ni los nopales espinosos dejan ver sus tristes flores amarillas.

No obstante, las noches son frías; al ocultarse el sol se levanta una gran brisa de mar que hace gemir las eternas rompientes de las playas de Africa y agita sin piedad las últimas hojas de otoño.

Otoño triste que no lleva consigo ni las tibias veladas de Francia, ni la alegría de las primeras heladas, ni las frutas doradas, ni las cosechas. No hay fruta alguna en este rincon desheredado de Dios. Los mismos dátiles del desierto le son negados. Nada madura aquí, salvo los cacahuetes y los alfóncigos amargos.

La sensación de invierno que aquí se siente, con un calor aun fuerte, causa a la imaginación una impresión anonadante.

Grandes llanuras tristes, desoladas, cálidas, cubiertas de hierbas secas en las que de vez en cuando se alzan junto a endebles palmeras los colosales baobabs, que son como los gigantes del reino vegetal y cuyas desnudas ramas están pobladas de lagartos, de buitres y de murciélagos.

V

Pronto llegó el hastío para el pobre Juan. Era una melancolía que jamás había experimentado, confusa, indefinible, la nostalgia de sus montañas, la nostalgia de su aldea y de la cabaña de sus viejos padres tan queridos.

Los spahis, sus actuales compañeros, habían arrastrado ya su gran sable en distintas guarniciones de la India y de Argelia. En los b
de la ciudades marítimas por las que expo
su juventud habían tomado ya ese tono
llanguero y libertino que se adquiere vi
mundo; poseían cínicas lisonjas hechas en ar
en sahir, en árabe, que lanzaban en presenci
todo. Buenos mozos en el fondo, y alegres c
pañeros, tenían ya hábitos que Juan no en
día aún y placeres que no deseaba comp

Juan era romántico, por su naturalez
montañés. El ensueño es desconocido p
populacho embrutecido y maloliente d
grandes ciudades. Pero, entre los hombres
cidos en los campos, entre los hijos de los
cadores que han crecido en la barca p
entre los peligros del mar, entre los m
se hallan hombres que *sueñan*, verdaderos
tas mudos, que pueden apreciarlo todo. Só
no saben expresar sus impresiones y q
incapaces de traducirlas.

Juan tenía grandes ocios y los ocup
soñar, en observar.

Recorría la playa inmensa, las arenas
llenas de puntos de sol inimaginables,
tarde.

Bañábase en las rompientes inmensas
costa de Africa, divirtiéndose, como un
tura que era, en dejarse rodar por las ol
mes que lo cubrían de arena y espuma.

O, si no, andaba largo tiempo, por el
placer de moverse, de aspirar a pulmó
el aire salado que soplaba del mar. Y
esta misma molicie lo molestaba; op
imaginación acostumbrada a contemplar
tañas; sentía como una necesidad de
siempre, para ampliar su horizonte, p
más allá.

Había allí figuras extrañas que llega
interior, curiosas caravanas que llega
peubles, que se entendían en la *lengu*
bería; cuadros llenos a cada paso, al rojo
por una luz potente.

Horas después, las cretas de las dunas
se hacían rojizas; los últimos resplando
rizontales resbalaban sobre las arenas;
ponía entre vapores sangrientos y,
el pueblo negro se arrodillaba la faz
para la oración vespertina.

Era la santa hora del Islam. Desde
hasta la costa saharense, repetido de
boca, el nombre de Mahora pasaba
soplo misterioso sobre Africa; apag
poco hacia el Sudán, e iba a morir en
del gran mar tumultuoso.

Los viejos sacerdotes yolofes, de
flotante, recitaban sus oraciones de ca
sombrío, con la frente en la arena, y
playas se llenaban de hombres pros
Reinaba entonces el silencio y bajaba
con una rapidez característica de los
sol.

Juan volvía al cuartel de los spahis,
de San Luis, al atardecer.

En la sala blanca y grande, abierta
de la noche, todo estaba callado y
Las camas numeradas de los spahis a
lo largo de las paredes blanqueadas.
tibia del mar agitaba sus mosquiteros
lina. Los spahis estaban fuera. Juan
la hora en que los demás se dispersab
calles desiertas, en busca de placeres
Era entonces cuando le parecía tris
lado cuartel y cuando más soñaba
madre.

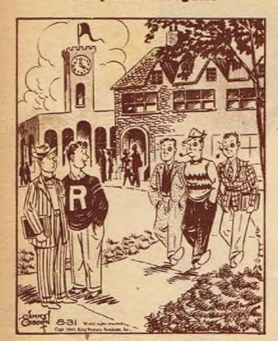
VI

En el sur de San Luis había viejas
ladrillos de aspecto morisco que se
ban por la noche lanzando sobre
rayos de luz rojiza a las horas en
descansaba en la ciudad muerta. De
extraños olores a negro y a alcohol,
todo y elevado por el tórrido calor.
surgían de allí durante la noche gri
fierno. Allí eran dueños y señores



El
perfume destaca
la personalidad
Camauër y Cía
LOCION
ORIGAN
de
PREAL
y crea en torno de la silueta femenina una atmósfera viviente, una perdurable primavera.
El perfume es uno de los principales elementos de seducción de la mujer; se revela con él la femineidad, se demuestra la distinción y la elegancia.
LOCION ORIGAN, modernizada por de Preal, sigue siendo el perfume femenino por excelencia.
LOCION ORIGAN de Preal pone en torno de quien la usa una aureola invisible de encanto y particular atracción.
Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías, en varios tamaños, desde $ 0.70.
Camauër & Cía.
Inclán 2839/47

No podían negarlo



—¡Parece que el equipo polemista perdió otra vez!

allí los pobres guerreros de uniforme rojo iban a armar estrépito y a aturdirse; a tomar por jactancia o por necesidad enormes cantidades de alcohol; a derrochar a su gusto la potente savia de su vida.

La inmunda prostitución mulata los aguardaba en aquellos antros y en ellos se desarrollaban increíbles bacanales, enfebrecidas por el ajenjo y por el clima africano.

Pero Juan esquivaba tales lugares con horror; era muy discreto y separaba sus pequeños ahorros de soldado, guardándolo ya para el instante feliz de su regreso.

Era muy formal, y, sin embargo, sus camaradas no se burlaban de él.

El guapo Muller, un joven alsaciano que formaba escuela entre los spahis por su pasado de duelos y de aventuras, le profesaba estimación, y todo el mundo era de igual opinión que Fritz Muller. Pero el único amigo de Juan era Nyaor-fall, el spahi negro, un gigante africano de la soberbia raza Futa-Dialonké; raro rostro impasible con un delicado perfil árabe y una sonrisa mística entre sus delgados labios; una bella estatua de mármol negro.

Así era el amigo de Juan, y se lo llevaba consigo a su casa indígena de Guet-n'dar; lo sentada entre sus mujeres, encima de una estera blanca, y lo agasajaba con la hospitalidad negra: el alcuzcuz y los *gurús*.

VII

Todas las tardes, en San Luis, se desarrollaba la vida siempre igual de las pequeñas ciudades coloniales. El *buen tiempo* daba un poco de animación a las calles de necrópolis. Después de ocultarse el sol, algunas mujeres, a quienes la fiebre había respetado, lucían sus *toilettes* europeas por la plaza del Gobierno o por la calle de palmeras amarillas de Guet-n'dar. Esto prestaba una impresión de Europa a este país de destierro.

En la plaza del Gobierno, rodeada de simétricas construcciones blancas, hubiera podido uno sentirse como en cualquier ciudad europea del Mediodía, aparte del amplio horizonte de arena, de la planicie infinita, que marcaba a lo largo su línea implacable.

Los pocos paseantes se conocían y saludaban entre sí. Juan miraba a aquella gente, y la gente lo observaba a él. Aquel hermoso spahi que se paseaba solo, con un continente tan grave y tan severo, intrigaba a los habitantes de San Luis, que suponían en su vida alguna aventura de héroe legendario.

Sobre todo, una mujer miraba a Juan; una mujer que era más elegante y más bella que las otras.

Era mulata, según se decía, pero tan blanca, tan blanca, que hubiérasele supuesto parisiense.

Blanca y pálida, de una palidez mate española, con cabellera de un tinte rojizo — el rubio de los mulatos —, y de grandes ojos sombreados de azul, que se entrecerraban a medias, que se movían lentamente, con languidez criolla.

Era la mujer de un rico comerciante del río. Pero, en San Luis, se le indicaba por su nombre, como a una muchacha de color. Llamábasela despectivamente Cora.

Venía de París; las otras mujeres podían verlo en su *toilettes*. Juan no era capaz aun de distinguir esto; pero se daba clara cuenta de que sus vestidos de larga cola, hasta los más simples, tenían algo de particular, una gracia innata que no tenían los otros.

Apreciaba, sobre todo, que era muy hermosa, y como ella le dirigía siempre su mirada, experimentaba una suerte de escalofrío cuando se cruzaba con ella.

—Te ama, Peyral — le había dicho el hermoso Muller, con su aire de hombre esperto en amorosas citas y de corredor de aventuras.

VIII

Ella lo amaba, en realidad, a su modo de mulata; y un día lo llamó a su casa para manifestárselo.

....

Pobre Juan. Los dos meses que sucedieron a esto transcurrieron para él en medio de sueños de encanto. Aquella mujer elegante, perfumada, aquel lujo desconocido, todo aquello turbaba extrañamente su activo cerebro y su cuerpo virgen. El amor, que hasta ese momento no se le había mostrado más que en una cínica parodia, actualmente lo embriagaba.

Y todo ello le había sido revelado sin reservas, de una vez, como las fabulosas fortunas de los cuentos de hadas. No obstante, inquietábalo un pensamiento: la declaración de aquella mujer; se alteraba un poco cuando pensaba en aquel impudor..

Pero esto ocurría raramente y, al lado de ella, estaba completamente ebrio de amor.

También él se acicalaba, también él se perfumaba y cuidaba su bigote y sus cabellos negros. Parecíale, como a todos los amantes jóvenes, que la vida acababa de comenzar para él el día en que había encontrado a esa mujer, y que toda existencia pasada no era nada.

IX

Cora lo quería también; pero en aquel amor jugaba el corazón muy pequeña parte.

Mulata de Borbón, había sido criada en la ociosidad sensual y en el lujo de las criollas de dinero; pero hecha a un lado por las mujeres blancas, con despiadado desdén, rechazada siempre como *muchacha de color*. El mismo prejuicio de raza la había seguido en San Luis, por más que fuese esposa de uno de los más ricos traficantes del río. Hacíanla aparte, como a una criatura de desecho.

En París había contado con numerosos amantes muy refinados. Su riqueza le había permitido hacer en Francia un papel aceptable y gustar el vicio elegante y distinguido.

Ahora estaba ya cansada de finas manos enguantadas, de suaves aires de petrimetres, de rostros novelescos y cansados. Había tomado a Juan, porque era joven y fuerte; a su modo, ella amaba aquella linda planta inculta; le agradaban sus rudos e ingenuos modales y hasta la rústica tela de su camisa de soldado.

X

La casa de Cora era inmensa, de ladrillos, [illegible] ese tipo un poco egipcio de los viejos barr[illegible] de San Luis y blanca como un parador árabe.

Abajo, grandes patios adonde llegaban a [illegible]clillarse en la arena los camellos de los habi[illegible]tes del desierto, donde reinaba una mezcla [illegible]traña de ganado, de avestruces, de perros y [illegible] esclavos negros.

Arriba, largas galerías sostenidas por ma[illegible] columnas cuadradas, como las construcci[illegible] de Babilonia.

Se llegaba a los departamentos por esca[illegible] exteriores de piedra blanca, de un aire mo[illegible]mental. Todo ello estaba arruinado, triste, [illegible] todo lo de San Luis, ciudad que posee [illegible] pasado, colonia de tiempos mejores, que [illegible]

El salón presentaba cierto aspecto de gra[illegible]sidad, con sus dimensiones amplias y sus [illegible]bles del siglo anterior. Lo invadían los [illegible] azules; los perros, los gatos, los loros, las [illegible] las domésticas, se perseguían sobre las [illegible] esteras de Guinea; las criadas negras [illegible] cruzaban lentamente, arrastrando sus san[illegible] dejaban en él hedores acres de sumaré [illegible] amuletos con almizcle. Todo ello respi[illegible] sé qué melancolía de nostalgia y de soled[illegible]do era triste, especialmente de noche, [illegible] los ruidos de la calle se apagaban para [illegible] al eterno lamento de las rompientes de [illegible]

En la pieza de Cora todo era más [illegible] y más moderno. Los muebles y los co[illegible] recientemente llegados de París desplega[illegible] una elegancia clara y confortable; asp[illegible] aromas de esencias de moda compradas [illegible] perfumerías del bulevar.

Allí era donde tenía Juan sus horas [illegible]briaguez. Aquel cuarto le hacía el efecto [illegible] palacio mágico, sobrepasando todo cu[illegible] imaginación había podido crear de más [illegible]tador y lujoso.

Esa mujer había llegado a ser su vida [illegible] toda su felicidad. Por un refinamiento [illegible] estragado en el placer, había ansiado po[illegible] alma de Juan al igual que su cuerpo; [illegible] mimo de criolla, había representado para [illegible] amante más joven que ella una fina [illegible] de ingenuidad y de amor. Y había ga[illegible] era suyo por completo.

XI

Una negrita muy graciosa, en la que [illegible] no se había fijado, dormía en casa de C[illegible] calidad de *cautiva*. Esta chiquilina era [illegible]gaye.

Había sido llevada hacía poco a San [illegible] y vendida como esclava por moros de [illegible] que la habían tomado en una de sus inc[illegible] en el país de los khassonkés.

Su independencia feroz, su gran [illegible] habían marcado un empleo muy bo[illegible] el servicio de la casa. Se la creía un [illegible] boca inútil y lamentable adquisición.

No tenía aún la edad núbil, en la que [illegible]gras de San Luis creen conveniente [illegible] andaba, casi siempre, desnuda, con [illegible]cito de amuletos al cuello y unas cuan[illegible]tas de vidrios alrededor de la cintura. [illegible]za estaba afeitada con todo cuidado, [illegible] cinco mechoncitos, torcidos y pegados, [illegible] colitas tiesas, alzadas a intervalos regu[illegible] de la frente hasta el pestorejo. Cada [illegible] estas mechas terminaba en una perla [illegible] excepto la de en medio, que ostentaba [illegible]to valioso: un cequí de oro antiguo, [illegible] de haber llegado años ha de Argelia [illegible]vana, cuyas peregrinaciones por el S[illegible]brían sido, a no dudar, muy largas [illegible]cadas.

Sin este tocado extraño, cualquiera [illegible] quedado admirado de la regularidad [illegible]gos de Fatu-gaye.

El tipo khassonké en su honda [illegible] fina carita griega de piel lisa y oscura [illegible]

mente pulimentado; dientes de una blancura brillante, suma movilidad en los ojos, grandes niñas negras, en movimiento, sin cesar, corriendo de derecha a izquierda sobre un fondo blanco entre dos párpados negros.

Juan encontrábase frecuentemente con esta morenita cuando salía de casa de su amante. En cuanto ella lo veía se envolvía en una tela azul – todo su lujo –, y avanzaba riendo. Con su vocecita aguda y aflautada de negra, empleando entonaciones suaves y mimosas, inclinando la cabeza y haciendo monerías de tití mimoso, le susurraba.

–*May man coper, sumá tubab* (Dame plata, blanco mío), que, traducido, es: "Dame una moneda; dame plata, blanco mío".

Este era el estribillo de todas las criaturas de San Luis. Cuando él estaba de buen humor, y tenía una pieza en la cartera, se la daba a Fatu-gaye.

No radicaba en esto lo singular de la aventura; lo que se salía de lo común era que Fatu-gaye, en vez de comprarse un trozo de azúcar, como hubieran hecho las otras, iba a esconderse en un rincón y se ponía a coser muy cuidadosamente en las bolsitas de sus amuletos las monedas que le daba el spahi.

XII

Una noche de febrero, a Juan le surgió una …pecha.

Cora le había pedido que se fuese a media noche, y, en el momento de partir, le pareció sentir pasos en una habitación inmediata, como si por allí alguien anduviese esperando.

Y a media noche se fué; y, luego, volvió cautelosamente, caminando sin ruido por la arena. Subió un muro, un balcón, y miró al cuarto de Cora, por la puerta de la terraza.

....

Alguien había ocupado su puesto; un hombre muy joven, con uniforme de oficial de marina. Estaba allí confiado como en su casa, medio acostado en un sillón, con aspecto de bienestar y de desdén.

Ella estaba en pie y charlaban...

De pronto parecióle a Juan que hablaban en lengua extraña... No obstante, eran palabras francesas; pero él no las comprendía... Las frases cortas que cambiaban a flor de labio le producían el efecto de enigmas burlones, carentes de sentido a su vez. Tampoco Cora estaba igual; su expresión había cambiado; una semisonrisa dibujábase en sus labios; una sonrisa como la que él había visto en los de una mujerzuela en un lugar repugnante.

....

Juan temblaba. Sentía que toda su sangre ascendía y refluía a su corazón; oía en su cabeza un zumbido como el ruido del mar. Sus ojos se entorpecían...

Sentía vergüenza de estar allí y, sin embargo, quería quedarse, y escuchar.

Y oyó pronunciar su nombre. Se acercó, recostado en la pared, y sorprendió palabras más claras.

–Está usted en un error, Cora – decía el joven, con voz muy tranquila, con sonrisa repugnante –. En primer lugar, es muy guapo ese mozo y, luego, la ama.

–Cierto; pero yo quiero dos. Yo lo he elegido a usted, porque se llama Juan, como él; de no ser así, podía haberme equivocado de nombre al hablarle; yo soy muy descuidada...

....

Y luego se aproximó al nuevo Juan.

Aun era el mismo gesto y tono; con todas las mimoserías bajas, ceceosas, del acento criollo, le decía bajito palabras de niño y le ofreció sus labios, aun cálidos por los besos del spahi.

....

Pero él había visto la cara pálida de Juan …eyral que los observaba por la puerta entreabierta, y por toda respuesta se lo mostró con la mano a Cora...

El spahi estaba allí, quieto, petrificado, clavando en ellos sus grandes ojos lejanos...

Y cuando se vió observado a su vez, retrocedió buscando la sombra... Bruscamente, Cora se había adelantado hacia él – con una expresión horrible de animal al que han molestado en sus amores –. Aquella mujer le daba miedo... Estaba por tocarlo... Ella cerró la puerta con un gesto de rabia, crujió un cerrojo. Y no hubo más.

La mulata, nieta de esclava, surgió allí con su cinismo atroz, bajo la mujer elegante de finos modales. No había tenido ni remordimientos, ni repugnancia, ni piedad...

La mujer negra y su amante oyeron como el ruido de un cuerpo que cae pesadamente en tierra; un gran ruido trágico en el silencio de la noche; y luego, hacia la madrugada, un gemido tras aquella puerta, y como el contacto de unas manos que buscan en la oscuridad...

El spahi se había repuesto y se iba a tientas, en la noche...

....

XIII

Andando sin rumbo, a tropezones, como borracho, hundiendo todo el pie en la arena de las calles desiertas, Juan llegó hasta Guet-n'dar, la ciudad hecha de cientos de chozas puntiagudas. Apartaba con el pie, en la sombra, hombres y mujeres dormidos por tierra, envueltos en telas blancas que le hacían el efecto de fantasmas... Y seguían caminando, sintiendo que se le iba la cabeza.

Pronto se halló a la orilla del mar sombrío. Las rompientes hacían gran ruido. Con un estremecimiento de horror vió el bullir de los cangrejos que huían en masas compactas a sus pasos. Recordaba haber visto un cadáver arro-

jado a la playa, desgarrado y vaciado por ellos.

Sin embargo, las rompientes lo atraían; sentíase fascinado por las enormes volutas brillantes, plateadas ya por la claridad incierta de la mañana, que se desarrollaban hasta perdese de vista, a lo lejos, en las playas inmensas. Parecíale que su frescura sería beneficiosa para su cabeza, que ardía, y que la muerte sería menos cruel en aquella humedad bienhechora...

....

Luego, se acordó de su madre, y de Juana, la amiguita y novia de su niñez. No quería ya morir.

Se tiró sobre la arena y se durmió con un sueño extraño y pesado.

....

XIV

Era día claro y Juan continuaba durmiendo.

Soñaba con su infancia y con las selvas de las Cévennes. Estaban sombrías, sombrías con la misteriosa oscuridad de los sueños; las imágenes eran confusas como los recuerdos... El estaba allí, con su madre, a la sombra de las encinas milenarias, sobre el suelo cubierto de líquenes y de delgadas gramíneas, juntando campanillas azules y helechos irisados.

....

Y cuando se despertó miró a su alrededor, desorientado. Las arenas brillaban bajo el sol tórrido.

XV

Vió entonces que su cabeza estaba protegida por un toldillo de tela azul, sostenido por una serie de palitos puestos en la arena, y que proyectaba sobre él con suaves contornos una sombra limpia y cenicienta...

Creyó que los dibujos de aquella tela azul le eran ya conocidos. Giró la cabeza y vió tras él a Fatu-gaye, sentada, moviendo sus pupilas ágiles.

Era ella, que lo había seguido y que lo resguardó con su tela de lujo.

Sin aquella protección, probablemente habría tomado una insolación mortal, por dormir descubierto en la arena.

Era ella, que desde horas atrás estaba allí, quieta, en éxtasis, besando suavemente los párpados de Juan cuando quedaba sola, temiendo despertarlo, que se fuera, y no volver a verlo más, para ella sola, temiendo por instantes, al pensar que Juan estuviese muerto, y feliz, acaso, si lo hubiese estado, pues entonces ella lo habría llevado lejos, muy lejos, y se hubiera quedado allí por siempre, hasta morir junto a él, sujetándolo bien, para que no se le separase más...

—Soy yo, mi blanco — dijo ella —, que levanté esto porque conozco que el sol de San Luis no es bueno para los *tubabs* de Francia. Yo sabía muy bien — continuó la pequeña con seriedad trágica, en una jerga graciosísima — que había otro *tubab* que llegaba a verla... Esta noche no me había acostado para oír. Estaba escondida de la escalera, entre las calabazas. Te vi cuando caíste en la puerta. Te he acompañado todo el tiempo y, cuando te has levantado, te he seguido largo rato.

Juan alzó hacia ella sus ojos admirados, llenos de dulzura y de agradecimiento. Estaba conmovido hasta lo profundo de su corazón.

—No lo digas, pequeña... Vuélvete ahora de prisa, y no digas que he venido a tirarme a la playa. Vuélvete a casa de tu ama en seguida, pobrecita Fatu; yo también me iré a la casa de los spahis...

Y la acarició, le dió suaves palmadas igual que para rascar la nuca del gordo gatazo mimoso que en el cuartel iba cada noche a apelotarnarse sobre su cama de soldado...

Ella, temblando bajo la caricia inocente, reseca la garganta, con la cabeza baja, los ojos entrecerrados, recogió su tela de lujo, la dobló con cuidado y se fué radiante de alegría.

XVI

¡Pobre Juan! El sufrimiento era para él una cosa nueva. Rebelábase contra esta potencia desconocida que venía a apretar su corazón con aplastantes anillos de hierro.

Rabia concentrada, furia contra aquel joven a quien habría querido deshacer entre sus manos, furia contra aquella mujer a quien quisiera matar a latigazos, a espolazos. Sentía todo esto, y también no sé qué necesidad muy material de movimiento, de correr, hasta romperse la cabeza.

Además, todo los spahis lo irritaban y lo aburrían también; sentía sobre él sus miradas interrogadoras, curiosas ya y que, acaso, serían burlonas mañana.

Al atardecer pidió y obtuvo partir con Nyaor-fall, para ir a adiestrar caballos en el norte de la punta de Berbería.

Efectuóse esto con un tiempo sombrío; una carrera vertiginosa por la arena del desierto. Un cielo de invierno, que también los hay allá más raros que los nuestros, extraños y siniestros en aquel país desolado: nubes tan bajas, compactas, y tan negras, que bajo ellas el desierto parecía una estepa de nieve sin fin, una planicie blanca.

Y, cuando los dos spahis, con sus albornoces, cruzaban el aire por la carrera de sus caballos disparados, los enormes buitres que en bandadas recorrían la tierra alzaban el vuelo asustados y se ponían a dibujar en el aire, sobre ellos, curvas exóticas.

....

De noche, Juan y Nyaor regresaron al cuartel cubiertos de sudor, con sus caballos extenuados.

XVII

Pero, después de esta sobreexcitación de un día, se presentó la fiebre a la mañana siguiente.

Lo acostaron inerte en unas parihuelas, sobre la raída colchoneta gris, para llevarlo al hospital.

....

XVIII

¡Mediodía!... El hospital está quieto como una gran mansión de la muerte.

¡Mediodía!... Las langostas gritan. La mujer nubia canta con su afinada voz la canción somnolienta y confusa. En toda la extensión de las desiertas llanuras del Senegal, el sol centellea a plomo su luz quemante; los grandes horizontes espejean y se estremecen.

¡Mediodía!... El hospital está callado como una gran casa de muerte, los largos corredores, y las largas galerías blancas están vacíos. En medio de la alta pared desnuda, encalada de blanco, cegadora, el reloj marca el mediodía con sus despaciosas agujas de hierro; alrededor de la esfera, palidece al sol la triste inscripción grisácea: *Vitae fugaces exhibet horas*. Suenan pausadamente las doce campanadas, con ese timbre quedo, conocido por los moribundos; con ese sonido que todos los que han ido allá a morir escuchan en sus horas febriles como un doble toque de agonía que se lanzase en un aire en exceso cálido para conducir los sonidos.

¡Mediodía!... La hora triste en que mueren los enfermos. Se respira en las salas olores de fiebres, como vagos efluvios de muerte.

....

Arriba, en una sala amplia, voces que hablan por lo bajo, ruidos leves apenas perceptibles, pasos discretos de hermanita caminando con precaución sobre esteras. La hermana Pacomia va y viene con aire preocupado, pálida y descolorida bajo sus grandes tocas. Están, también, un médico y un sacerdote, junto a un lecho cubierto por un mosquitero blanco.

Afuera, a través de las ventanas abiertas, ... y arena; arena y sol; centelleos de luz y ... nas líneas azules.

¿Vivirá el spahi?... ¿Es éste el momento ... que el alma de Juan va a subir en el aire ... del mediodía?... Tan lejos de su hogar, ¿d... irá a pararse en las llanuras desiertas?... ¿D... de irá a esfumarse?

....

Mas no; el médico, que ha permanecido ... largo tiempo, esperando la última partida, ... de retirarse calladamente.

Llegó la hora más fresca de la tarde, ... viento marino lleva a los moribundos su ... tud. Será mañana, acaso. Pero Juan está ... sereno y su cabeza menos ardiente.

Abajo, en la calle, ante la puerta, ... una negrita, de rodillas en la arena, que ... a las piedras con guijarros blancos, para ... algún pretexto cuando pasaba alguien. ... allí desde la mañana temprano, tratando ... llamar la atención, por miedo a ser alej... atinaba a preguntar nada a nadie; pero ... bien que, si el spahi moría, saldría por ... puerta para ir al cementerio de Sorr.

XIX

Siguió aún la fiebre durante una sem... delirio diario a la hora exacta. Aun se ... un progreso del acceso. Pero, al parecer, ... ligro había pasado; el mal estaba vencido.

¡Oh, las horas tórridas del centro ... las horas más lentas para los enfermos! ... han tenido la fiebre en las orillas de los ... Africa conocen estas horas mortales de ... rramiento y de sueño. Un poco antes ... diodía Juan se durmió. Era una espe... estado de no ser, frecuentado por visio... fusas, con una persistente impresión ... miento. Y luego, de vez en vez, exper... la sensación de morir y de perder por ... tante la conciencia de sí mismo. Estos ... momentos de calma.

Hacia las cuatro se despertaba y que... Las visiones se esfumaban, retrocedían ... ángulos más lejanos de la sala, se de... detrás de las cortinas blancas. Ya no ... más que el dolor de la cabeza, como ... biesen echado en ella plomo derreti... el ataque había pasado.

Entre las figuras dulces o grotescas, ... de ensueño que flotaban en torno a él, ... tres veces había creído ver al amante ... quien, parado junto al lecho, lo mir... calma y desaparecía en cuanto Juan ... ojos, fijándolos en los suyos. Era un ... no dudar, como lo eran los aldeanos ... blo que había creído ver, con rostros ... aires confusos y deformes. Pero, cosa ... desde que creyó verlo así ya no sentía ... guno contra él.

Y una tarde... No, no soñaba ... de... Lo veía claramente allí, junto a él, ... mismo uniforme que tenía en casa de ... dos galones de oficial relucían en ... azul. Lo miró con sus grandes ojos, ... poco la cabeza, y extendió su débil bra... para palpar si en verdad había allí alg...

Entonces, el oficial, viendo que era ... cido, antes de desaparecer como todos ... tomó la mano de Juan y la estrechó ... sencillamente:

—¡Perdón!

A los ojos del spahi subieron unas ... las primeras, y le produjeron mucho ...

XX

La convalecencia no duró mucho. ... pasada la fiebre, la juventud y la vita... braron prontamente lo perdido. Pero ... Juan no podía olvidar, y sufría mucho.

Invadíanlo, a ratos, desesperaciones ... deseos de venganza casi salvajes; y, ...

[illegible] cería rápido y se decía que era capaz de [illegible] por todas las humillaciones que ella [illegible]re, con tal de volver a verla y tenerla [illegible] antes.

El oficial de marina, su nuevo amigo, iba de [illegible] en cuando a charlar junto a su cama. Le [illegible]ba en cierto modo, como se conversa a un [illegible] enfermo, aunque era casi de su edad.

—Juan — le dijo una tarde, muy dulcemen[te] — Juan: si puede servirle de consuelo que [illegible] diga, sepa usted que..., a esa mujer, pa[illegible] de honor, que no la he visto desde aque[lla] noche que usted recordará. Hay muchas [illegible] que no conoce usted aun, querido Juan; [illegible] tarde comprenderá, asimismo, que no [illegible] uno sentir tanta pena por tan poco. Y, [illegible]is, por lo que a esa mujer se refiere, le [illegible] a usted que no la veré jamás.

Entre ellos, ésta fué la sola alusión a Cora; aquella promesa, en efecto, tranquilizó a [illegible].

[illegible] el joven spahi comprendía ya que debía [h]aber *muchas cosas que él no conocía aún;* [illegible] debía de haber allí — costumbres, sin duda, [illegible]entes de un mundo más adelantado que el [illegible] — perversidades frías y refinadas que [illegible]ían su imaginación. Sin embargo, poco a [illegible] iba dándose a aquel amigo a quien no [illegible] entender — que era cariñoso luego de [illegible] sido cínico —, que veía todas las cosas [illegible] una calma y una serenidad inexplicables y [illegible] a ofrecerle su protección de oficial en [illegible] de las angustias que le había ocasionado. [illegible] nada le atraían ni protección ni ascen[illegible]. Su corazón, muy joven aun, estaba pleno [illegible] amargura de aquel primer desencanto...

. . . .

XXI

[illegible] encontramos en casa de la señora Virgi[nia]-Escolástica (las misioneras tienen a veces [illegible] sus neófitos nombres de éstos, que son rea[les] hallazgos). Era la una de la noche, El ta[illegible]cho era grande y sombrío, y estaba, como [illegible]mente están los lugares vedados, cerrado [illegible] gruesas puertas reforzadas de hierro.

[Un] farolito maloliente alumbraba un confuso [illegible]ijo de cosas que se morían penosamente [illegible] atmósfera espesa. Negras desnudeces y cha[illegible]s rojas, enlaces extraños. Sobre las mesas [illegible] tierra, gorros encarnados, vasos rotos y [illegible] de negro, arrastrando con sables de [illegible] entre restos de cerveza y de alcohol. En [illegible]gurio reinaba un calor de estufa, un calor [illegible] volverse loco, olores a ajenjo, a almizcle, [illegible]pecias y a sudor de negro, con humaredas [illegible] o lechosas.

La fiesta debió de ser alegre y, sobre todo, es[illegible]losa. Actualmente estaba terminada — aca[illegible] los cánticos y el estrépito —; era el perío[do] de decaimiento, de embrutecimiento después [de] beber. Allí había spahis, turbia la mirada; [illegible] con sonrisa estúpida, con la frente caída [illegible] la mesa. Otros, dignos aun, se resistían [illegible] la ebriedad, levantando la cabeza a pe[sar] de todo. Bellos rostros de trazos enérgicos [illegible] mirada quedaba grave con un no sé qué [de] tristeza y desaliento.

Entre ellos, esparcidos al azar, estaba toda [la] secuela de Virginia-Escolástica: negritas de [illegible]ce años, ¡y niñitos también!

Y fuera, prestando atención, habría podido [illegible]irse el lejano grito del chacal rodeando [el] cementerio de Sorr, donde muchos de los que [illegible]ban allí tenían su sitio marcado ya bajo la [illegible].

La señora Virginia, mulata y morruda, con [illegible] rizados cabellos ceñidos por una cinta roja [illegible]orracha, también — secaba la sangre de una [ca]beza rubia. Un gran spahi, de cara joven y [illegible]ada, de pelo dorado como el trigo maduro, [illegible]ba tendido allí sin conocimiento, con un [illegible] en la cabeza; y la señora Virginia, ayudada [por] una criada negra, más ebria que ella, lo [illegible]gaba con agua clara y compresas de vina-gre. No lo hacía por delicadeza, no; sino por miedo a la policía. Virginia-Escolástica estaba verdaderamente asustada. La sangre seguía corriendo; había llenado ya un plato y no cesaba. A la vieja la desemborrachaba el miedo.

Juan estaba en un rincón, el más ebrio de todos; pero duro en su banco, con la mirada fija y vidriosa. Era él quien había ocasionado aquella herida, con un picaporte de hierro de una puerta, y aun lo conservaba entre sus manos, ajeno al golpe que había dado.

. . . .

Desde hacía un mes que estaba sano, veíasele todas las noches recorrer los tugurios, en primera fila entre los viciosos y los ebrios, dándose grandes aires cínicos y desordenados. Aun había mucho de infantilidad en este caso; había recorrido un camino espantoso, desde aquel mes de sufrimiento. Había leído novelas en las que todo era nuevo para su imaginación y se había asimilado sus ridiculeces malsanas. Y luego había recorrido el círculo de los amores fáciles de San Luis; mulatas o blancas, cuyo afecto, sin resistencia, lo había asegurado su belleza.

¡Y, luego, más que nada, se había dado a la bebida!

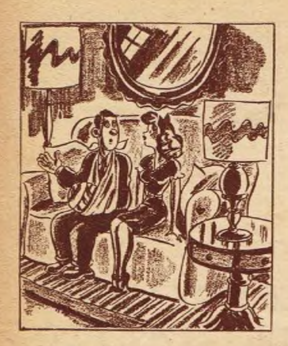
¡Oh, vosotros, los que vivís la vida tranquila de la familia, sentados junto al hogar todos los días, no juzguéis nunca a los marinos, a los spahis, a aquellos a quienes su destino ha arrojado, con naturalezas ardientes, en condiciones de resistencia atenuada, sobre el ancho mar o a los distantes países del sol, en medio de privaciones sin fin, de codicias, de influencia que vosotros no conocéis! ¡No juzguéis a esos hombres sin patria, o a esos errantes cuyas penas, cuyas impresiones tormentosas, cuya alegría desconocéis!

Juan, pues, se había dado a la embriaguez y bebía más que los otros; bebía horriblemente.

—¿Cómo puede hacer esto — se preguntaban en torno a él — no estando habituado?

Justamente, *porque no estaba habituado* era

Intención



—¿Tendría inconveniente en sentarse de este lado?

por lo que su cabeza seguía más fuerte, y por lo que, por ahora, podía beber más. Y esto lo engrandecía a los ojos de sus compañeros.

Desde luego, el pobre Juan había quedado casi casto a pesar de sus aires cínicos de muchachote salvaje. No había podido habituarse a la innoble prostitución negra, y cuando las empleadas de la señora Virginia estiraban sus manos hacia él, las alejaba con la punta de su látigo como a animales inmundos. Y las desgraciadas criaturas lo creían como una especie de hombre fetiche, al que no se aproximaban ya.

Pero cuando había bebido con exceso era malo; era terrible cuando perdía la cabeza, con su enorme fuerza física desencadenada. Un minuto antes, había golpeado, por una frase irónica lanzada al azar sobre sus amores, y después, no se acordaba ya, y quedaba allí, inmóvil, atónita la mirada, guardando aún en la mano el ensangrentado picaporte.

....

De pronto, sus ojos despidieron un destello: era a la *vieja* a quien quería agredir, sin motivo conocido, presa de una furia insensata de hombre ebrio, y se levantó furioso y amenazador. Ella lanzó un grito ronco y tuvo un minuto de terror horrible.

—¡Sujetadlo! —gritaba, dirigiéndose a los seres inmóviles que dormían ya sobre las mesas.

Algunas cabezas se alzaron; manos laxas, sin fuerzas, trataron de sujetar a Juan asiéndolo por la ropa. El auxilio no era eficaz...

—¡Dame de beber, vieja bruja! —gritaba él—. ¡De beber, viejo demonio de la sombra! ¡De beber, horror de vieja!...

—¡Si, sí! —respondía ella con voz apagada por el miedo—. ¡Sam! ¡Pronto! ¡Ajenjo; ajenjo mezclado con aguardiente, para *acabarlo!*

En tales casos, la señora Virginia no reparaba en el gasto. Juan tragó de un sorbo. Lanzó su vaso contra la pared y quedó como fulminado.

"*Triunfó; se acabó*", como decía la *vieja*. Ya no era peligroso.

La vieja Escolástica era fuerte, maciza, y luego, pasada en realidad la borrachera, con ayuda de su criada negra y de sus muchachitas, alzó a Juan como una masa inerte, y después, tras haber realizado una rápida visita a sus bolsillos para quitarle las últimas monedas que pudiera contener, abrió la puerta y lo empujó fuera. Juan cayó como un cadáver, con los brazos a lo largo y la cara contra la arena, y la vieja, lanzando un torrente de injurias monstruosas, de asquerosidades salvajes, giró su puerta, que se cerró pausadamente, con gran ruido de hierro.

Volvió la calma. Salía el viento del cementerio y, en el hondo silencio de la medianoche, oíase la nota aguda de los chacales, el concierto trágico de los desenterradores de muertos.

XXII

Francisca Peyral a su hijo

"Mi querido hijo:

"No tuvimos contestación a nuestra carta y Peyral dice que empieza a ser ya tiempo más que sobrado para que nos llegue algo. Veo que sufre cada vez que Toinou pasa con su caja y le avisa que no hay nada para nosotros. También yo estoy temerosa; pero sigo creyendo que Dios protege a mi querido mozo, como tanto se lo ruego, y que no puede pasarle nada malo ni por castigo ni por mala conducta. Si esto ocurriese, yo sería muy infeliz.

"Tu padre me manda avisarte que pasan por su cabeza recuerdos de lo que también él ha sido antaño en el ejército. Y, como de guarnición dice que vió cosas muy malas para los jóvenes que no eran sensatos, con camaradas que los llevaban a la bebida y a malas mujeres que hay allí, sólo para hacerles caer en el mal. Te aviso esto para complacerlo; pero yo bien sé que mi querido niño es prudente y que tiene en su corazón ideas que lo alejarán de todas esas cosas feas.

"El próximo mes aun te mandaremos algún dinero. Creo que ahí será preciso que pagues algunas cositas. Ya sé que tú no gastas sin razón cuando piensas en el trabajo que le cuesta a tu padre. Por mí, el de las mujeres no es gran cosa, y hablo de él, el bueno y querido hombre. Se te recuerda siempre en la velada y en las *nueces;* no hay reunión en la que no se charle de nuestro Juan. Todos los vecinos te mandan saludos.

"Mi hijo querido: tu padre y yo te besamos de corazón. ¡Que te guarde el buen Dios!

"Tu madre,

"Francisca Peyral."

En el calabozo del cuartel, donde estaba preso *por embriaguez y por haberse hecho conducir por la guardia*, fué donde Juan leyó la carta. Felizmente, la herida del spahi de cabellos rubios no fué tan grave, y ni el herido ni sus compañeros quisieron denunciar a Peyral. Juan, con la ropas sucias y llenas de sangre y la camisa en jirones, tenía aún en su cabeza humaredas de alcohol; pasábanle nieblas ante los ojos y apenas podía leer... Y, a más, tenía entonces un espeso velo sobre los afectos de la niñez y de la familia. Este velo era Cora, su maldad y sus pasiones. (Esto ocurre en ciertos períodos de aturdimiento y de locura, y luego, el velo se aleja y se vuelve lentamente a todo lo que se había amado.)

La pobre carta, a pesar de esto, no tuvo trabajo para encontrar el camino de su corazón. La besó cariñosamente y rompió a llorar.

Luego, juró no volver a beber; y como el hábito no era viejo, pudo estrictamente realizar la promesa. Jamás volvió a embriagarse.

XXIII

Tiempo después de esto, una circunstancia inesperada llevó a la vida de Juan una diversión alegre y necesaria. Dieron a los spahis la orden de ir, hombres y animales, dirigiéndose, para cambiar de aires, al campamento de Dialamban, varias millas al sur de San Luis, en la desembocadura del río.

El día de salida, Fatu-gaye fué al cuartel con su linda tela de lujo, a hacer una visita de adiós a su amigo, quien la besó por primera vez, en sus dos pequeñas mejillas negras. Y, a la caída de la tarde, los spahis emprendieron la mar[cha].

Respecto a Cora, pasados los primeros [mo]mentos de enojo y de despecho, echó de [menos] a sus amantes —cierto es que ella los [amaba] a los dos, los dos hablaban igualmente a [sus] sentidos, los dos Juan—. Tratada como [una] divinidad por el spahi, transformaba su [...] al tratarla el otro, tal cual era, como a [mo]zuela. Nadie le había enseñado aún un [des]precio tan sereno, tan completo. Esta inn[ova]ción le agradaba.

Pero ya no se le vió pasear más por San L[uis] sus largas colas por la arena. Un día [partió] en silencio, enviada por su marido, a un[o de] los establecimientos más lejanos del sur, [por] consejos de la autoridad. Fatu-gaye hab[ía ha]blado, a no dudar, y todo San Luis se [había] admirado ante el último escándalo de [esa] mujer.

XXIV

Noche serena de fines de febrero; ver[dadera] noche de invierno, tranquila y fría, [...] día abrasador.

La columna de los spahis, camino de D[ialam]ban, cruza al paso las llanuras de Legb[...] permitida la desbandada a gusto y capr[icho de] cada cual, y Juan, que se ha retrasado [a la] extrema retaguardia, camina tranquilam[ente en] compañía de su amigo Nyaor...

El Sahara y el Sudán tienen noches [...] que gozan del claro esplendor de nue[stras no]ches de invierno, con más transparenc[ia y más] luz.

A lo lejos, hasta perderse de vista, [...] cubiertas por la triste vegetación de [...]gles: así es todo este país de Africa, [...] orilla izquierda del río hasta los confi[nes ...]cesibles de Guinea.

Matorrales acá y allá, follajes oscu[ros ...] des manchas sombrías sobre el fondo [...]so y rosado de las arenas, y luego, [...] inmensas de aguas corrompidas, con [...] que se ciernen sobre ellas como [...] blancas: miasmas de fiebre, más del[...] más sutiles que los del día. Experimé[ntase una] penetrante sensación de frío, extra[ña tras] el calor de la jornada; y el aire hú[medo está] impregnado del olor de los grandes pa[...].

Acá y allá, a lo largo del camino, [...] esqueletos retorcidos por el dolor; cad[áveres de] camellos bañados en un surco negro [...]. Están allí, en plena luz, riendo a la [luna, mos]trando con impudencia su flanco [...] por los buitres; su destripamiento rep[...]

....

De vez en vez, un grito de ave de [...]nos, en medio de la calma inmensa.

....

A lo lejos, muy espaciados, los b[...] tienden en el aire inmóvil sus ramas [...] como grandes madréporas muertas, [...] piedra; y la luna acusa con sorprend[ente ...] de contornos su estructura rígida de [...]donte, dando a la imaginación la imp[resión de] algo inerte, petrificado, frío.

En medio de sus ramas pulidas, est[án ...]das masas más negras. ¡Siempre los bu[itres! ...]fiadas familias de buitres, tranquila[mente dor]midas. Dejan aproximarse a Juan con s[...] de aves fetiches. Y la luna lanza, [...] grandes alas plegadas, reflejos azules, [...] de metal.

Y Juan se admira al ver por vez [...]dos los detalles íntimos de este país [...] noche.

....

A las dos, un concierto de gritos, [...] de los perros que *aúllan a la luna;* [...] más ferino, más chirriante, más extra[ño ...] siniestro. En las noches de San Luis, [...] el viento soplaba de la parte de los ce[menterios,] Juan había creído oír, muy lejos, [...]mejantes. Pero aquélla noche era allí, [...]ximo, en los matorrales, donde se [...]

...to trágico: aullidos lastimeros de chacales mezclados con maullidos estridentes y agu... de hienas. Una batalla entre dos ban... errantes, de merodeo por los camellos...

—¿Qué es eso? —dijo Juan al spahi negro. ...sentimiento, quizá; una especie de horror ...oderó de él. Era allí, muy próximo, en... maleza, y el timbre de aquellas voces le ... pasar escalofríos por la carne y erizársele ...bellos.

Con una mímica expresiva, respondió Nyaor...

—Buscan para comérselos a los que están ...; a los animales que están muertos por...

Y al decir *comérselos,* hacía el simulacro de ... su brazo negro con sus dientes finos ...cos.

...guóse el ruido; se perdió en la lejanía. ... se eleva más velado, en otro punto del ho..., después se extingue y todo vuelve a ... en el silencio.

...vapores blancos sobre las aguas dormi... se dispersan al aproximarse la mañana. ... se siente transido y penetrado por la hu... helada de los pantanos. Sensación extra... este país hace frío. Cae el rocío. La luna ... poco a poco por occidente; el velo se ... La soledad oprime el corazón.

...luego, por fin, allá, en el horizonte, apa... puntas de chozas: la aldea de Dialamban, ... que al amanecer deben acampar los spahis.

XXV

... cercanías del campamento de Dialam... el país estaba desierto. Enormes lamedales ... aguas muertas que no se terminaban nunca, ... planicies de árida arena, en la que cre...mosas raquíticas.

... efectuaba por ellas largos paseos soli..., cazando o soñando, con el fusil a la ..., siempre con sus vagos sueños de ...es.

...bién gustábale recorrer en piragua las ... del río de aguas amarillas, o hundirse en ...lo sin fin de los canales senegaleses.

... perderse de vista, marismas en las que ... las aguas cálidas y tranquilas; riberas ... suelo traidor era inaccesible para la plan...ana.

...s blancas cruzaban gravemente en me... verdor regular de los húmedos mangles; ... por el limo grandes lagartos sopla... gigantescos nenúfares, todos rosados o ..., se abrían al sol tropical para mayor ... de los caimanes y de las águilas pes...

. . . .

... Peyral casi empezaba a amar aquel país.

XXVI

. . . .

... estábamos en pleno mes de mayo.

...s spahis arreglaban alegremente su impe...a. Recogían con entusiasmo sus tiendas y ... sus enseres. Iban a volver a San Luis, a ... nueva posesión de su gran cuartel blanco, ...do y pintado con cal viva, y a encontrar ...evo todos sus placeres: las mulatas y el...

...mes de mayo! ¡En la tierra de Francia, ... del verdor y de las flores! Pero en los ...s tristes de Dialamban, nada había rever.... Arboles y hierbas, todo lo que no ...ba su pie en el agua amarilla de los char... continuaba mustio, reseco y sin vida. Ni ... gota de lluvia había caído del cielo du... seis meses, y la tierra tenía sed espantosa. ...s, la temperatura se elevaba; las grandes ... de la tarde habían cesado y la estación de ...o iba a empezar; la estación de los pe... calores y de las lluvias torrenciales; la ...ón que los europeos del Senegal ven llegar con terror, pues ella les lleva la anemia, la fiebre y, a menudo, la muerte.

Sin embargo, es necesario haber vivido en el *país de la sed* para comprender los encantos de la primera lluvia: la alegría que se experimenta al dejarse mojar por las gruesas gotas del primer chaparrón tormentoso.

¡Oh, el primer tornado!... En un cielo quieto, plúmbeo, una especie de cúpula negra, un raro *signo del cielo* sube por el horizonte.

Y sube, sube siempre, tomando formas nuevas, espantosas. Al pronto parece la erupción de un volcán gigantesco; la decadencia de todo un mundo. Grandes arcos se dibujan en el cielo, se superponen con limpios contornos, suben siempre; masas opacas y pesadas. Parecen bóvedas de piedra prontas a derrumbarse sobre el mundo; y todo ello se aclara por debajo con resplandores metálicos, verdosos, violáceos y cobrizos. Y continúa ascendiendo.

Los artistas que han representado el *diluvio,* los cataclismos del mundo primitivo, no han creado jamás aspectos tan fantásticos, cielos tan fantasmagóricos.

Y jamás un soplo en el aire, ni un agitarse de la abrumada naturaleza.

. . . .

De pronto, una gran ráfaga terrible, un formidable latigazo, tumba los árboles, los pájaros, las hierbas, hace volar en torbellino a los buitres trastornados y lo enloquece todo a su paso. Es el tornado que llega; todo tiembla y oscila; la naturaleza se estremece bajo la potencia espantosa del meteoro que pasa.

Durante veinte minutos más o menos, todos los diluvios del cielo caen sobre la tierra. Una lluvia refresca el suelo tórrido de Africa, y el viento sopla con furia, sembrando la tierra de restos, de hojas, de ramas...

. . . .

Y luego, bruscamente, todo se calma. Se terminó. Las postreras ráfagas aventan las últimas nubes de tintas de cobre; barren los últimos jirones deshechos del cataclismo; el meteoro ha

Sería difícil



EMPLEADO. — *Señor; yo... he falsificado su firma en un cheque.*

PATRÓN. — *¡Malo, malo! Si se lo pagan, vamos mitad y mitad.*

---

pasado y el cielo se vuelve puro, inmóvil y azul.

El primer tornado tomó a los spahis en marcha, y aquello fué una desbandada bullanguera y alegre.

Estaba allí, en el camino, la aldea de Turukambé, y a ella se corrió en desorden.

Las mujeres que amontonaban el mijo, los niños que corrían entre la maleza, los perros que dormían al sol, las gallinas que picoteaban, todos se recogen precipitadamente, apretados bajo los débiles techos puntiagudos.

Y las cabañas, ya muy estrechas, invadidas por los spahis, que vuelcan el alcuzcuz, que pisotean las calabazas... Unos besan a las jóvenes; otros, como niños grandes, sacan la nariz por el placer de hacerse mojar, de sentir el agua del cielo correr sobre su cabeza caliente y sin seso. Los caballos, atados de prisa, relinchan, piafando y coceando de espanto. Los perros gruñen, los carneros, las cabras, y todos los ganados de la aldea se aprietan junto a las puertas, alcanzando la cabeza, balando, saltando, empujando con los cuernos para entrar ellos también, pidiendo su parte de protección y de abrigo.

Raro estrépito de ruidos, de carcajadas de las negras, de gritos, silbos del viento de la tempestad, y el trueno reinando con su artillería formidable. Una gran locura bajo un cielo negro; la noche en pleno día interrumpida por rápidos y fulgurantes destellos verdes. Y la lluvia a torrentes, el diluvio cayendo a placer, penetrando por todas las grietas del bálago reseco, dejando caer por acá y por allá grandes duchas sobre los lomos de una gallina asustada, de un gato encaramado o sobre la cabeza de un spahi.

....

Cuando pasó el tornado y volvió el orden, los spahis reanudaron su camino por senderos encharcados. Por el claro cielo azul corrían aún las postreras nubecillas graciosas, que semejaban cosas compactas, jirones desgarrados, endebles, envueltos en gasas oscuras. Potentes hedores desconocidos surgían de la tierra cambiada al contacto de las primeras gotas de agua. La naturaleza iba a empezar sus alumbramientos.

XXVII

A las puertas de San Luis, Fatu-gaye estaba apostada desde la mañana, para no perder la llegada de la columna.

Cuando vió desfilar a Juan, lo saludó con un "keú" discreto, seguido de una pequeña reverencia muy correcta. No quería distraerlo más en las filas, y tuvo el tacto de esperar dos largas horas para ir a llevarle sus respetos al cuartel.

Fatu había cambiado mucho. En tres meses estaba más alta y se había desarrollado de golpe, como las plantas de su país.

Ya no quería dinero. Hasta había adquirido una gracia de timidez que denunciaba a la joven.

Un *bubú* de muselina blanca realzaba su pecho redondeado, como es de rigor entre las muchachitas núbiles. Olía ya a almizcle y a esencias.

No llevaba ya los rígidos rulitos en la cabeza; dejaba largos sus cabellos, que dentro de poco iban a verse puestos en las hábiles manos de las peinadoras para realizar el catafalco complicado que debe coronar la cabeza de una africana joven.

Por ahora, muy cortos aun, se abrían en bandas alborotadas y crespas; y esto cambiaba por completo su fisonomía, que, de gentil y cómica, se había vuelto graciosa y original, casi hechicera.

Mezcla de niña, de jovencita y de diablejo negro, era una personita muy graciosa.

—¿Sabes, Peyral? — decían bromeando los spahis—. ¡Es muy bonita la pequeña!

Juan se había dado cuenta de que lo era; pero, por el momento, casi le era lo mismo.

Intentó rehacer, tranquilamente, su vida de antes, sus paseos por la playa y sus grandes caminatas por el campo.

Los meses de calma y de paz que acababa de pasar en el campamento le habían hecho gran bien. Casi había rehecho su equilibrio moral. La imagen de su joven novia, de los viejos padres, que, confiados, lo aguardaban en la aldea, había vuelto a tomar sobre él todo su honesto encanto, todo su poder. Habían terminado sus chiquilinadas y sus bravatas, y ahora no comprendía cómo la señora Virginia había podido tenerlo entre sus clientes. No solamente se había propuesto no volver a beber ajenjo sino también ser leal a su prometida, hasta el día feliz de su matrimonio.

XXVIII

El aire estaba impregnado de efluvios densos y ardientes, de olores llenos de vida, de perfumes de plantas tiernas. La naturaleza se apresuraba a efectuar sus alumbramientos prodigiosos.

Juan, en los primeros momentos de su llegada, había lanzado igual mirada de disgusto sobre la población negra. A sus ojos todos se asemejaban; era siempre para él la misma máscara burlesca, y bajo aquel pulido ébano brillante no había podido distinguir uno de otro individuo.

Poco a poco, sin embargo, se había acostumbrado a aquellas caras; ya las diferenciaba. Viendo pasar las negras muchachas con brazaletes de plata, las comparaba, y está le parecía bónita y fea aquélla; ésta delicada, aquélla, brutal. Las negras tenían para él un rostro, lo mismo que las blancas, y le repugnaban menos.

XXIX

¡Junio! Era realmente la primavera; pero una primavera rápida, afiebrada, con olores ardientes y pesadeces de tormenta.

Era el regreso de la vida, de las mariposas, de los pájaros. Los colibríes se habían despojado de su plumaje gris para adquirir sus colores brillantes de verano. Todo resurgía como por encantamiento.

XXX

Todas las tardes, sin dejar una, Juan encontraba a su paso a la pequeña Fatu, con su rizada cabeza de carnero negro. El pelo le crecía de prisa — como las plantas —, y pronto las hábiles peinadoras podrían sacar pr- vecho de ello.

XXXI

Abundaban las bodas en primavera. Fr- cuentemente, durante l ... oches enerva- de junio, Juan hallaba c... ejos de bodas qu- iban cruzando por la arena en largas proce- nes extrañas. Toda aquella gente gritaba, y e- concierto de todas sus voces de falsete sim- iba unido a contratiempo por palmadas y g- pes de tam-tam. Aquella alegría negr- aquellos cantos, tenían algo de pesadam- voluptuoso y de bestialmente sensual.

Juan visitaba a menudo en Guet-n'dar a s- amigo Nyaor, y las escenas de vida pri- yolofa, de vida en común, lo contur- también... ¡Cuán aislado de sus seme- cuán solo se sentía en aquella tierra mal- Pensaba en la que amaba con amor cas- infancia, en Juana Méry... ¡Ay! ¡Seis m- nada más que estaba en Africa!... ¡Esp- aún más de cuatro años antes de volver a ve- la!... Empezaba a notar que acaso le f- valor para proseguir viviendo solo; que f- samente a breve plazo necesitaría algui- le ayudase a pasar su tiempo de exilio... ¿P- ro quién?...

¿Fatu-gaye, quizá?... ¡Sea!... ¡Qu- fanación de él mismo!... Y luego, se- a los clientes de la señora Virginia, s- radas!... ¡Abusar como ellos, de joven- gras! Poseía una especie de dignidad, de - instintivo, que lo había preservado siem- ser arrastrado por tales impulsos de p- sensualidad. Jamás podría descender ta-

XXXII

Paseábase todas las noches; los aguacer- pestuosos continuaban. Las marismas fét- aguas estancadas, saturadas de miasmas y f- ganaban terreno cada día. Una alta veg- de hierbas cubría ya el país de arena... P- tarde, el sol aparecía como esfumado p- exceso debilitante de calor y de efluvi- téreos... A la hora que se ponía el sol, c- Juan se hallaba solo, todo era nuevo y e- para su imaginación, y una tristeza inexp- se apoderaba de él... Dirigía sus mira- torno al plano horizonte sobre el que p- vapores inmobles. No percibía con clar- que había en aquella fisonomía de las - algo anormal le oprimía el corazón.

Sobre las húmedas gramíneas revol- nubes de libélulas con sus alas salpica- negro, al mismo tiempo que pájaros de - desconocido se llamaban quejumbrosam- jo hierbas... Y la eterna melancolía de la - de Cam se cernía sobre todo aquello.

En las horas crepusculares los pant- Africa durante la primavera tenían una - que no se podría expresar con palabras de - guna lengua humana...

XXXIII

—*Anamalis fobil!* — vociferaban los g- golpeando su tam-tam, los ojos enrojeci- sos los músculos, chorreando sudor el - torso...

Y todos repetían palmoteando frené- te: *Anamalis fobil!*, *Anamalis fobil!*... L- ducción mancharía estas páginas. *An- bil!*... Las primeras palabras del estr- un canto endiablado, ebrio de ardor y de - ría, ¡el canto de los aquelarres de la p- vera!...

Anamalis fobil!, aullido de deseo inc- de savia negra recalentada al sol y de - tórrida... ¡Aleluya de amor negro, - de seducción cantado también por la - raleza, por el aire y la tierra, por las - y los perfumes!...

En las francachelas primaverales, los - se mezclaban con las mozas que vest- gran pompa su traje núbil; y con -

...rico, en notas rabiosas, cantaban todos ...ndo sobre la ardiente arena; *Anamalis* ...!...

....

XXXIV

...malis fobil!... Los gruesos brotes lecho... de los baobabs se abrían en hojas tiernas... Juan sentía que se le abrasaba la sangre, ... corría como un veneno devorante por sus ... La renovación de toda aquella vida lo ...vada, porque no era la suya. En los hom... la sangre que bullía era negra; en las ..., la savia que ascendía estaba envenenada; ... flores tenían perfumes nauseabundos y los ...les estaban henchidos de veneno... En él ...bién subía la savia de sus veintidós años, ... de un modo febril que fatigaba su brote, ... el tiempo, se sentiría morir de aquel re... terrible.

...malis fobil!... ¡Cuán velozmente cami... aquella primavera!... Iba a acabar junio, ... bajo los efectos de un calor mortífero, ... atmósfera que no era ya viable, las hojas ...ban amarillas, las plantas moribundas, y las ...íneas, excesivamente maduras, se tum... en el suelo...

XXXV

...malis fobil!... Son frutos acres, de los ... cálidos – los *gurús,* de Senegal, por ...plo –, repugnantes en nuestras latitudes ...; pero que allá son apropiadas a deter...dos estados de sed o de sufrimiento, que ...en desearse con ardor, y que parecen ex...mente agradables... Así era aquella cria..., con su cabecita erizada de carnero negro, ...modelado marmóreo de su carne, y sus ... esmaltados que sabían ya lo que pedían a ..., y que, no obstante, se entornaban en su ...encia con un juego infantil de timidez y ...o. Fruto sabroso del Sudán, madurado ...mente por la primavera tropical, lleno de ... tóxicos, de voluptuosidades malsanas, ...conocidas...

XXXVI

...malis fobil!

...an, corriendo, y de prisa, en cierto modo ... un loco, había vestido su traje de noche. ...bía pedido a Fatu, por la mañana, que fue... aguardarlo al caer la noche al pie de cier... baobab solitario, en las marismas de Sorr.

....

Y luego, antes de ir, muy turbado el pen...miento, se apoyó en una de las amplias ven... del cuartel, para reflexionar un momen..., reflexionar si era posible, aspirando un ... de aire menos pesado. Temblaba pen... en lo que iba a realizar.

... había resistido algunos días, fué a con...encia de sentimientos muy complicados ... bullían en él: una especie de horror ins...o se aunaba al embrujo terrible de sus ...dos. Y, además, había en todo, también, ... de superstición de niño montañés, con... terror a brujerías y amuletos, temor ... tenebrosos, a no sé qué encantamientos. ...reciale que iba a atravesar el umbral fa..., a efectuar con aquella raza negra una es... de pacto funesto, que velos más densos ... a interponerse entre él, su madre y su ... y todo cuanto había dejado allá de año... y de amado.

...n cálido crepúsculo bajaba sobre el río. ... antigua ciudad blanca se tornaba roja en ... luz y azul en la sombra; interminables filas ... camellos cruzaban por la llanura, tomando ... norte el camino del desierto.

... escuchaba el tam-tam de los *griots* y el ... de los deseos desenfrenados que em...ba en la lejanía: *Anamalis fobil! Farama...bil!...*

La hora indicada a Fatu-gaye casi había ...ado y Juan partió corriendo para encon...rla en las marismas de Sorr.

....

Cesante...



—¿M... M... Me permite ver la sección de avisos clasificados, señora? Su hijo acaba de decirme que no quiere saber nada más conmigo...

Anamalis fobil!... Faramata hi!...

Sobre su himeneo extraño un solitario baobad proyectaba su sombra; el cielo amarillo extendía su bóveda triste, irrespirable, inmóvil, cargada de electricidad, de substancias vitales, de emanaciones terrestres.

Para describir estas nupcias, sería menester tomar colores tan variados, que ninguna paleta podría proporcionarlos semejantes: mezclar palabras africanas; tomar ruidos, sonidos y, sobre todo, silencio; pintar todos los olores del Senegal; unir tempestad y negro fuego; transparencia y obscuridad.

Y, a pesar de todo, allí no había más que un baobab solitario en medio de una extensa llanura de hierbas.

Juan, en su delirio de locura, experimentaba aún una especie de profundo horror, viendo sobre el fondo obscuro de la tarde destacar el negro más intenso de la desposada, viendo allí, junto a sus ojos, brillar el esmalte móvil de los ojos de Fatu.

Enormes murciélagos pasaron sobre ellos sin ruido; su vuelo suave parecía un mariposeo rápido de tela negra. Se acercaron hasta rozarlos; su curiosidad de murciélagos estaba muy agudizada; porque Fatu tenía un paño blanco, que resaltaba sobre la rojiza hierba...

....

Anamalis fobil!... Faramata hi!...

....

SEGUNDA PARTE

I

¡Qué cuadro! ¡Cómo cambian tres años a un hombre! Por tres veces las caravanas peregrinas cruzaron el desierto. Otras tantas pareció resurgir y suavizarse el Africa, pero siempre siguió la "estación de la sed".

Un blanco está tendido en un *tará;* a sus pies una negra acostada en tierra, y a su lado la *laobé* amarilla, inmóvil, con los ojos abiertos y la expresión hierática de los chacales de los templos egipcios.

Ese blanco es Juan.

Mediodía, la hora quieta de la siesta. Hacía calor, extraño calor... Recordad los días pesados de julio e imaginad mucho más calor y mayor luz aun. Era un día de diciembre. El viento del desierto soplaba levemente con su regularidad inevitable de siempre. Y todo estaba muerto y reseco. Sobre la arena, el viento dibujaba hasta lo infinito miles y miles de pequeñas estrías onduladas, que eran como olas pequeñas del gran "mar sin agua"...

....

Fatu-gaye estaba echada, vientre en tierra, descansando en los codos; tenía el torso desnudo — traje de casa —, y su suave espalda se alzaba en curva graciosa desde los arqueados hombros hasta el extraordinario monumento de ámbar y de coral que constituía su peinado.

En torno a la casa de Sambá-Hamet, sólo quietud; imperceptibles rumores de lagartos o de moscardones; irisaciones de arena...

Y, con la barbilla apoyada en sus dos manos, Fatu, medio dormida, entonaba a media voz. Cantaba aires que nunca había oído en parte alguna, y que no componía ella, no obstante. Eran su sueño enervado, su adormecimiento voluptuoso, que se traducían por sí mismos en sonidos musicales, confusos y raros; efecto producido sobre su cerebro de chiquilla negra por aquella soledad de las cosas, que se traducía en forma de canto.

¡Oh! En la sonoridad del mediodía, en el descanso febril de la siesta, ¡cómo vibra y llora un canto irreal, inconsciente, resultado *de las cosas*, paráfrasis del calor y del silencio, de la soledad y del destierro!...

....

...Entre Juan y Fatu se han hecho las paces. Juan ha perdonado; siempre es así. La historia de los *khâliss* y de los pendientes de oro de Galam está absolutamente terminada.

Se ha hallado el dinero y ha partido para Francia. Es Nyaor quien lo ha dado, en gruesas monedas de plata de muy antiguas figuras que, con muchas otras, tenía guardadas en un cofre de cobre. Se le devolverán más adelante; es una preocupación para Juan, verdad es; pero, al menos, sus queridos y viejos padres, que contaban con él, lo tendrán y estarán tranquilos.

El resto no tiene importancia.

Adormecido sobre su *tará*, con su esclava acostada a sus pies, hay no sé qué abandono soberbio, qué aire falso de príncipe árabe. Ya nada existe en él del montañés de las Cévennes. Ha tomado algo de la majestad pobre de los *hijos de la tienda.*

Los tres años de Senegal que han mermado acá y allá las filas de los spahis lo han respetado a él. Se ha puesto únicamente muy moreno; se ha desarrollado; sus facciones se han depurado, se han marcado aún en todo cuanto tenían de fino y de hermoso.

Una clase de atonía moral, períodos de indiferencia y de olvido, una especie de quietud del corazón con bruscos despertares de sufrimiento, es todo lo que estos tres años han podido cambiarlo.

El clima del Senegal no ha hecho otra huella en su naturaleza pujante.

Escalón tras escalón se ha hecho un soldado modelo, vigilante, puntual y bravo. Y, no obstante, no hay aún en su brazo más que modestos galones de lana. Los dorados galones de sargento de caballería, que frecuentemente ha visto brillar ante sus ojos, le han sido negados hasta ahora. En primer lugar, ningún protector, y luego, más que nada, ¡oh, escándalo!..., ¡vivir con una mujer negra!...

Armar estrépito, emborracharse, hacerse conducir con la cabeza partida, repartir por la noche, estando ebrio, sablazos a los caminantes, arrastrarse en todos los tugurios, abusar de todos los vicios..., todo esto es pasable. Pero tener para sí solo, dejada del sendero de la virtud, una esclavita de casa buena, provista del sacramento del bautismo, esto jamás podrá ser tolerado...

Sobre este punto había recibido Juan antes amonestaciones muy fuertes de sus jefes, con amenazas terribles e injurias. Ante la tem[illegible] tad había levantado su orgullosa cabeza [illegible] luego había oído con el estoicismo orde[illegible] por la disciplina, disimulando, tras cierto [illegible] de contrición, el loco deseo que lo acom[illegible] de servirse de su látigo. Pero, luego, no h[illegible] hecho ni más ni menos...

Acaso, un poco más de disimulo, durante [illegible] gunos días, pero se había quedado con F[illegible]

Lo que pasaba en su corazón respecto a [illegible] lla pequeña era tan difícil, que otros [illegible] hábiles que él habrían perdido las horas [illegible] de de conocerlo. Entregábase, sin compre[illegible] cómo, a la atracción pérfida de un [illegible] Carente de fuerzas para alejarse de ella, [illegible] a poco se hacían densos los velos so[illegible] pasado y sus recuerdos. Dejábase condu[illegible] sin resistencia allá donde lo llevaba su [illegible] corazón, desviado, indeciso, por la separa[illegible] el destierro...

...¡Y todos los días, todas las horas [illegible] sol!... Ver levantarse todas las mañanas [illegible] una regularidad inexorable, a la hora justa [illegible] sol ancho, sin nubes y sin frescor, [illegible] rojo, que los planos horizontales deja[illegible] aparecer debajo de todo, como en el [illegible] que, apenas nacido, desviaba la cabe[illegible] sienes, la impresión penosa y pesada de [illegible] telleo ígneo.

....

Hacía ya dos años que Juan y Fat[illegible] juntos en casa de Sambá-Hamet. En el [illegible] de los spahis, se había acabado, hartos [illegible] admitir lo que no había podido [illegible] Después de todo, Juan Peyral era [illegible] ejemplar; sólo que quedaría a perpetu[illegible] tinado a sus modestos galones de lana, [illegible] pasaría de ellos.

En casa de Cora, Fatu era cautiva y [illegible] va, distinción esencial hecha por los reg[illegible] de la colonia y que en el primer mom[illegible] había aceptado. Cautiva, poseía el [illegible] marcharse, sin que se tuviese el de[illegible] pero, una vez fuera por su propia [illegible] era libre, y ella había hecho uso de [illegible] recho.

Estaba bautizada, y esto era una libe[illegible] En su cabecita, cerrada como la de [illegible] todo esto había penetrado bien y [illegible] bien compredido. Para una mujer [illegible] renegado de la religión del Moghreb, [illegible] a un hombre blanco es una acción [illegible] tigada por todas las rechiflas públi[illegible] para Fatu este prejuicio horrible no [illegible]

Verdad es que sus compatriotas la [illegible] algunas veces *keffir*, y esto le era dol[illegible] singular pequeña. Cuando veía arri[illegible] terior las bandas de *khassonkés*, que [illegible] cía de lejos por su peinado alto, corr[illegible] vida e intimidada a dar vueltas al[illegible] aquellos hombretones de melenas, [illegible] modo de iniciar conversación en la [illegible] da del país. (Los negros aman más [illegible] pueblo, la tribu del rincón de la tier[illegible] han nacido). Y, entonces, por una [illegible] una mala compañera, los negros [illegible] país khassonké volvían la cabeza [illegible] zándole con una sonrisa y un gesto [illegible] intraducible la palabra *keffir* (infiel[illegible] *rumí* de los argelinos y el *guiaur* [illegible] Oriente. Entonces la pequeña F[illegible] avergonzada y con el corazón opr[illegible]

Pero igual le daba. Prefería ser *keff*[illegible] a Juan...

....

...—¡Pobre Juan! ¡Descansa largo [illegible] tu *tará* ligera; que ese descanso del [illegible] sueño pesado y sin ensueños se [illegible] pues el momento del despertar es [illegible]

¡Oh, abrir los ojos después del [illegible] miento del sueño del mediodía! [illegible] procedía aquella lucidez extraña [illegible] formaba ese instante en un espant[illegible]

Las ideas se aparecían tristes, [illegible] cordantes, al principio; imágenes [illegible] llenas de misterio, como rastros de [illegible]

...r a la de este mundo... Luego, de ...viso, concepciones más claras, de una ... dolorosa; recuerdos radiantes de otras ..., impresiones de infancia resurgiendo, ... iluminándose, desde el abismo de un pa... irrevocable; recuerdos de las cabañas, de ...ches de verano en Cévennes, mezclándose ...dos de langostas de Africa; angustias de ...ento, de felicidad perdida; síntesis ve... punzante, de toda la existencia. La vida ... por debajo, con sus aspectos de ultra...; el reverso del mundo...

...specialmente, en aquellos momentos pa... apercibirse de la marcha rápida e inexo... de las horas, que la atonía de su espí... le impedía habitualmente comprender... ...ertábase escuchando sobre la *tará* sonora ...bil latido de las arterias de su frente y ... oír las pulsaciones del tiempo, el gol... de un gran reloj misterioso de la eter...; y sentía correr el tiempo, huir, huir, ... rapidez de un objeto que cae en el vacío, ...lizarse su vida con él, sin que le fuese ... detenerla...

...Y se despertaba bruscamente, con un ... loco de partir, una furia de impotencia ...perada en presencia de los años que le se...n aún del retorno.

....

...u-gaye comprendía que aquél desper... era peligroso, un instante crítico en el cual ... hombre blanco se le escapaba. Por esto ace... aquel despertar y cuando veía a Juan ... sus ojos tristes y erguirse después, de ..., con la mirada recelosa, rápidamente se ...aba para servirlo, o le pasaba alrededor ... cuello sus brazos amorosamente.

—¿Qué tienes, blanco mío? — decía, con voz ... y lánguida, con el son de la guitarra ... *griot*.

Pero estas impresiones de Juan eran fu.... Cuando estaba bien despierto, su atonía ...al retomaba su curso, y volvía a ver las ... con sus formas acostumbradas...

II

Era una tarea muy importante y muy deli... la de peinar a Fatu. Esto ocurría una ... cada semana, y le ocupaba todo el día. ... temprano poníase en camino hacia ...-n'dar — la ciudad negra —, donde vivía ... una barraca puntiaguda construída con ... y cañas secas, la peinadora de más fa... entre las damas nubianas.

Allí permanecía varias horas, sentada en la ..., entregada a las manos de la artista pa... y minuciosa.

La peinadora, previamente, deshacía el pei..., quitando una por una las perlas, des...dando los mechones espesos; luego re...ruía el edificio admirable, en el que en... el coral, monedas de oro, lentejuelas de ..., esferas de jade verde y bolas de ámbar ...des como manzanas, herencia materna; ...osas joyas de familia, traídas subrepticia... a la tierra de esclavitud.

Y más difícil de peinar era aún la parte pos... de la cabeza; allí había que dividir las ...tijadas masas en centenares de ricitos en...dos y erectos, cuidadosamente alineados, ...ando filas de franjas negras.

Cada uno de estos rizos arrollábase separa...ente alrededor de un tallo de paja; se los ...ría de una capa de goma. Para que esta ... tuviese tiempo de secarse, las pajas de... mantenerse así hasta el día siguiente. Fatu ...ía a su casa con todas aquellas ramitas ...adas en su cabellera. Esa noche parecía ... adornada con la piel de un puerco espín.

Pero, a la mañana siguiente, una vez qui... las pajas, ¡qué hermoso efecto!...

Sobre todo ello se colocaba, al estilo *khas-...é*, una especie de gasa, muy transparente, ... lo cubría como una tela de araña azul; y ... tocado, sólidamente asegurado, duraba ... una semana.

Fatu-gaye se calzaba elegantes sandalias de cuero, sostenidas por cintas pasadas por entre el dedo pulgar y el segundo, al estilo de coturnos antiguos.

Vestía la tela estrecha y ceñida que los egipcios de la época de lo faraones legaron a Nubia. Encima poníase un *bubú*: gran cuadro de muselina con un agujero por donde pasar la cabeza y cayendo como una túnica hasta más abajo de las rodillas.

Sus adornos se componían de pesadas ajorcas de plata, colocadas en las muñecas y los tobillos, y luego perfumados collares de *sumaré*. La fortuna de Juan no le permitía usar collares de oro ni de ámbar.

Los *sumarés* son hechos con varias vueltas de granitos negros enhebrados; estos granos, que maduran en las orillas del Gambia, tienen un olor penetrante y apimentado, un perfume *sui generis*, uno de los más característicos del Senegal.

Fatu-gaye aparecía muy linda con aquel alto peinado salvaje que le daba un aspecto de divinidad india, preparada para una fiesta religiosa. Nada de rostros pasmados y morrudos de ciertos pueblos del Africa, que en Francia se tiene la costumbre de considerar como el ejemplar genérico de la raza negra. Poseía un tipo khassonké muy puro: nariz pequeñita recta y fina, de aletas delgadas, rasgadas, y muy movibles; boca graciosa, con dientes admirables; y sobre todo, grandes ojos de esmalte azulado, saturados en ciertos momentos de grave asombro o de misteriosa malicia.

III

Fatu jamás trabajaba; era una verdadera odalisca que Juan se había regalado.

Sabía arreglarse para lavar y reparar sus *bubús* y sus telas. Estaba siempre pulcra como una gatita negra vestida de blanco, por instinto de limpieza, primero; y, luego, porque comprendía que Juan no la toleraría de otro

La marathon



—Imagínate que me siguió a pie durante una hora y después me invitó a caminar con él...

modo. Pero aparte de los cuidados de su persona no era capaz de ningún trabajo.

Cuando los pobres viejos Peyral no pudieron enviar ya a su hijo los pequeños ahorros que céntimo a céntimo apartaban para él, por que "nada les salía bien", como decía la anciana Francisca, y hasta se habían visto obligados a recurrir a la menguada bolsa del spahi, el presupuesto de Fatu se hacía muy difícil de equilibrar.

Felizmente, Fatu era sobria, y su vida material no costaba cara.

En todos los países del Sudán, la mujer se halla, con respecto al hombre, colocada en condiciones de gran inferioridad. Varias veces, en el transcurso de su existencia, es comprada y vendida como cabeza de ganado, a un precio que disminuye en razón contraria a su fealdad, a sus defectos y a su edad.

Juan preguntó una tarde a su amigo Nyaor:

—¿Qué has hecho de Nokhudunkhulé, tu mujer, la que era tan buena moza?

Y Nyaor contestó con sonrisa tranquila:

—Nokhundunkhulé era muy charlatana y la he vendido. Con lo que me han pagado por ella he comprado treinta ovejas que no hacen más que balar.

A la mujer le toca el más rudo trabajo de los indígenas: moler mijo para el alcuzcuz.

Desde la mañana hasta la noche, en toda la Nubia, desde Tombuctú hasta la zona de Guinea, bajo el sol devorante, en todas las aldeas de brezo, los pilones de madera de las negras caen con fuerza en los morteros de caílcedra. Miles de brazos, adornados de brazaletes, se fatigan en este trabajo; y las obreras, charlatanas y discutidoras, mezclan a este ruido monótono el concierto de sus voces agrias que parecen brotar de gargantas de micos. De ello resulta una batahola muy típica, que anuncia de lejos, en el desierto, entre las malezas, la cercanía de las aldeas de Africa.

El producto de esta molienda eterna, que agota generaciones de mujeres, es una burda harina de mijo con la que se prepara un cocido sin gusto: el alcuzcuz.

El alcuzcuz es la base de la alimentación de todos los pueblos negros.

Fatu-gaye se eximía de este trabajo de siglos de las mujeres de su raza. Todas las tardes iba a casa de Curá-n'diaye, la mujer *griota*, la vieja poetisa del rey El-Hadj. Allí, por medio de una débil retribución mensual, tenía derecho a sentarse entre las esclavitas de la vieja favorita alrededor de las grandes calabazas en que humeaba el alcuzcuz caliente, y a ingerir de acuerdo con su apetito de dieciséis años.

Desde lo alto de su *tará*, estirada sobre finas esteras de difícil tejido, la vieja destronada presidía con una dignidad impenetrable.

Y, no obstante, sucedían en aquellas comidas escenas graciosísimas y bulliciosas. Las desnudas criaturitas, acuclilladas en el suelo, en torno a calabazas inmensas, metían sus dedos, todas a la vez, buscando en el cocido esparciata. Eran gritos, muecas, gestos, travesuras negras que dejaban pequeños a los titís; y llegadas intempestivas de cornudos carneros y patas de gatos alargadas quedito e introducidas luego solapadamente en el condumio; intrusiones de perros barcinos, alargando en el plato su hocico puntiagudo; y después, estallidos de risa de una gracia imposible, mostrando filas magníficas de blancos dientes en encías de un rojo de peonia.

Fatu estaba siempre bien puesta y con las manos limpias cuando Juan, que debía ir al cuartel a las cuatro, volvía después del toque de retreta. Ella había vuelto a arreglarse bajo su peinado alto de ídolo, una expresión casi melancólica, seria. No era la misma criatura.

Por la noche, era triste aquel barrio muerto, separado al extremo de una vieja ciudad muerta.

Juan quedaba con frecuencia apoyado de codos en la gran ventana de su cuarto amplio y desnudo. La brisa del mar hacía juguetear en el techo los pergaminos religiosos que Fatu tenía colgados allí de largos piolines para velar sus sueños.

Ante él se abrían los grandes horizontes del Senegal —la punta de Berbería—, una llanura plana, por cuyas lejanías cruzaban oscuros vapores de crepúsculo: la entrada inmensa del desierto.

O bien se sentaba a la puerta de la habitación de Sambá-Hamet, ante el pedazo de terreno inculto que bordeaban antiguas construcciones de ladrillos en ruinas, semejante a una plaza en cuyo centro crecía la débil palmera amarilla, de la especie espinosa que era el único árbol del lugar.

Sentábase allí y consumía cigarrillos que había enseñado a hacer a Fatu.

¡Ay! Hasta esta distracción tuvo que suprimirla muy pronto por falta de dinero para adquirir tabaco.

Seguía con sus negros ojos, estáticos ya, el ir y venir de dos o tres negritas que se perseguían correteando locamente en el viento de la tarde, en la media luz crepuscular, como cervatillos.

En diciembre, la entrada del sol llevaba a San Luis a menudo brisas frescas y grandes cortinas de nubes que, de repente, ensombrecían el cielo; pero que no se deshacían jamás. Pasaban lejos y se iban.

Nunca una gota de agua; jamás una impresión de humedad; era la *estación seca*, y en toda la naturaleza no habría encontrado un átomo de vapor de agua. A pesar de ello, se respiraba en aquellas tardes de diciembre; era un descanso aquella frescura serena que causaba una sensación de consuelo material; pero, al mismo tiempo, no sé qué impresión más honda de melancolía.

Y cuando Juan estaba sentado al caer la noche, ante su puerta aislada, su pensamiento volaba lejos.

....

¿Qué harían sus viejos padres a la hora en que él los recordaba? Sentados en un rincón del hogar, sin duda, junto a la gran chimenea en la que chisporroteaban alegremente las [illegible]
mas recogidas en el bosque...

Allí veía él aquellos objetos familiares [illegible]
infancia, la pequeña lámpara de las vela[illegible]
de invierno, los viejos muebles, el gato [illegible]
mitando sobre un banco. Y, en medio de [illegible]
das las cosas amigas, trataba de ir ubica[illegible]
a su gusto a los bien amados moradores [illegible]
choza.

¡Aproximadamente las siete! Termina[illegible]
cena, se hallaban sentados en un rincó[illegible]
fuego, envejecidos, sin duda; su padre, [illegible]
actitud habitual, reclinando en su man[illegible]
cabeza gris —una cabeza de viejo co[illegible]
vuelto a ser montañés—, y su madre, ha[illegible]
calcetas, probablemente, moviendo rápi[illegible]
grandes agujas entre sus manos diestras y [illegible]
riosas, o bien teniendo inmóvil su rue[illegible]
cáñamo, e hilando.

Y Juana ¡quizá estuviera con ellos! Su [illegible]
le había escrito que iba frecuentemente [illegible]
cerles compañía en las noches de [illegible]
¿Cómo estaría en la actualidad? *Cam*[illegible]
aun embellecida, le habían dicho. ¿Cómo [illegible]
su rostro de mujer hecha, que él no [illegible]
visto?

....

Junto al hermoso spahi, que vestía [illegible]
chaquetilla, se encontraba sentada Fa[illegible]
con su alto peinado de ámbar y mo[illegible]
oro.

Había llegado la noche y, en la [illegible]
sierta, las negritas continuaban persig[illegible]
pasando y volviendo a pasar en la [illegible]
una de ellas, totalmente desnuda; las [illegible]
con largos *bubús* flotantes, que les daba[illegible]
de dos murciélagos blancos. El viento [illegible]
impulsaba a correr; eran como esos ga[illegible]
queños que, en nuestras casas, siente[illegible]
cesidad de correr locamente cuando [illegible]
viento seco del este, que trae las hela[illegible]

IV

DIGRESION PEDANTESCA ACERCA [illegible] LA MUSICA Y SOBRE UNA CATEG[illegible] DE GENTES LLAMADAS *GRIO*[illegible]

El arte de la música se confía en [illegible]
a una casta de hombres determinada. [illegible]
griots, que son, de generación en g[illegible]
músicos ambulantes y compositores [illegible]
heroicos.

Los *griots* están encargados de [illegible]
tam-tam durante las zambras y de [illegible]
las fiestas las alabanzas de las perso[illegible]
lidad.

Cuando un jefe experimenta el [illegible]
oír exaltar su propia gloria, ordena a [illegible]
sentarse ante él sobre la mesa, y ésto[illegible]
nen en el acto, en su honor, una [illegible]
tonadas oficiales acompañando su [illegible]
con el rasgueo de una guitarrita muy [illegible]
cuyas cuerdas están tensas sobre piel[illegible]
piente.

Los *griots* son las personas más [illegible]
más perezosas de la tierra; llevan [illegible]
y no se preocupan jamás del mañana. [illegible]
blo en pueblo van acompañando el [illegible]
los grandes jefes de ejército, recibie[illegible]
nas y tratados por doquier como [illegible]
los gitanos, colmados muchas veces [illegible]
de favores; excluídos durante su [illegible]
ceremonias religiosas, y, al cabo de [illegible]
te, de los lugares de sepultura.

V

BAMBULA

En las comarcas del Senegal, los [illegible]
tos de luna llena son especialmente [illegible]
dos a la *bambulá;* noches de gran [illegible]
y pareciera que la luna se elevara [illegible]
bre aquel gran país de arena, en la [illegible]
sus horizontes cálidos, más roja y [illegible]
que nunca.

RECETARIO INDUSTRIAL y DOMESTICO

por el Dr. JOSE BERSCH

libro que puede descubrirle el secreto de su porvenir

aquí una obra útil, formada por una colección de desprovistas de todo aparato científico, pero que pendian en fórmulas concisas la gran diversidad de aciones de la química a las artes e industrias.

RECETARIO INDUSTRIAL Y DOMESTICO, tan de consultar gracias a su disposición en forma de ario, ofrece la solución en cualquier caso.

sabido que para emplear con éxito ciertas fórmu- basta conocer las substancias de que se componen cantidades de cada una de ellas. A veces los fra- se deben a la falta de claridad en las recetas, y punto ha sido muy cuidado en el RECETARIO STRIAL Y DOMESTICO, a fin de evitar toda dad de error.

ndependientemente de las explicaciones que se dan fórmula, esta obra tiene al final una segunda —Parte Técnica—, donde se describe con claridad manera de efectuar ciertas operaciones, acompa- la descripción con numerosos grabados para más comprensible cualquier manipulación hasta menos versados.

todos aquellos casos en que hace falta emplear atos, el libro lo indica y los describe con toda de detalles. Lo mismo en lo que se refiere a trabajos de laboratorio que a los de fábrica o se ha tenido muy en cuenta que esta obra no hecha exclusivamente para el químico y el rial. Esta obra está especialmente destinada a público mucho más amplio, al que hay que ex- en la forma más sencilla las operaciones ne- para que, siendo éstas realizadas con éxito ridad, le permitan, si lo desea, establecer una eña industria, que podrá ser para muchos la ión de su problema económico.

ambién esta parte técnica está dispuesta en de diccionario para facilitar su manejo.

recio del ejemplar, $ 27.— (Flete, 50 ctvs.). puede adquirirse en cómodas mensualidades. *detalles y condiciones remitiendo el cupón a*

TORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.

34 - 4067 · **ESMERALDA 116** · BUENOS AIRES

GRATIS

Editorial Sopena Argentina, S. R. L.

eralda 116 **Buenos Aires**

compromiso de mi parte, sírvase remitirme lleto descriptivo del Recetario Industrial y éstico, por José Bersch, y las condiciones de pra con facilidades de pago.

bre...

cción...

ación.. L. 168



Más de 1.000 páginas de texto. — Contiene 17.000 fórmulas. — Tamaño del volumen: 28 × 16 cm. — Lujosa encuadernación en tela inglesa. — Numerosos grabador

El tiempo lo diría



—Nos casaremos en cuanto él se divorcie de su esposa y yo de mi marido..., siempre que para entonces estemos todavía enamorados uno del otro.

Al atardecer se forman los grupos. Las mujeres visten telas de colores llamativos; se adornan con alhajas de oro de Galam, orlan sus brazos con pesados brazaletes de plata y su cuello con una asombrosa profusión de objetos de vidrio, de ámbar y de coral.

Y cuando el disco rojo surge, siempre agrandado y deforme por el espejismo, esparciendo sobre el horizonte cruentos resplandores, una gritería furiosa se eleva de toda la muchedumbre: la fiesta se inicia.

En ciertas épocas del año, frente a la casa de Sambá-Hamet, la plaza solitaria se transformaba en escenario de *bambulás* fantásticas.

En estas ocasiones, Curá-n'diaye facilitaba a Fatu algunas de sus alhajas finas para ir a la fiesta.

A veces concurría allí como en sus antiguos días.

Y, entonces, se elevaba un murmullo de admiración, cuando la vieja *griota* se acercaba cubierta de oro, erguida la cabeza, con una llama extraña vuelta a encender en sus gastados ojos. Tenía el torso desvergonzadamente desnudo; sobre sus pechos arrugados de momia negra, que colgaban como grandes odres vacíos y muertos, mostraba los regalos maravillosos de El-Hadj el conquistador: collares de jade pálido de un suave verde de agua; y, luego, hileras y más hileras de grandes esferas de oro fino de un trabajo sutil e inimitable. Tenía llenos de oro los brazos y los tobillos; sortijas de oro en cada uno de los dedos de los pies y, en la cabeza, un antiguo artificio de oro.

La vieja, ídolo adornado, se ponía a cantar; poco a poco se animaba batiendo sus brazos esqueléticos, que tenían trabajo para levantar el peso de sus brazaletes. Su voz cavernosa resonaba al principio como en el fondo de una valva vacía; luego se tornaba vibrante hasta hacer estremecer. Se hallaba en ella un eco póstumo de la poetisa de El-Hadj y, por sus ojos dilatados, iluminados interiormente, parecían verse desfilar reflejos de grandes guerras misteriosas; de grandes días de otros tiempos: los ejércitos de El-Hadj atravesando el desierto; las grandes degollinas, abandonando aldeas enteras a los buitres; el asalto de Segú-Koró; todos los pueblos del Masina en centenares de leguas de extensión ardiendo al sol, desde Medina a Tombuctú, como un gran incendio de hierbas en la llanura.

. . . .

Curá-n'diaye estaba muy cansada cuando había terminado sus canciones. Retornaba a su casa, temblorosa, y se acostaba sobre su *tará*. Cuando sus esclavitas le habían quitado sus joyas, y la habían frotado suavemente para hacerla dormir, la dejaban como una muerta, y permanecía así tendida durante dos días.

VI

Guet-n'dar, la ciudad negra, construída con paja gris sobre la arena amarilla. Miles de chocitas redondas, semiocultas tras empalizadas de cañas secas y cubiertas todas ellas con un gran capuchón de brezo. Y los miles de puntas de esos miles de techos presentando las formas más puntiagudas y extravagantes; unos, rectos, amenazando el cielo; otros, transversales, amenazando a los vecinos; otros, en fin, encogidos, ventrudos, con aire fatigado de haberse secado tanto tiempo al sol, pareciendo querer arrollarse como trompas de elefante. Y todo ello, hasta perderse de vista, dibujando graciosas perspectivas de casas cornudas sobre el uniforme cielo azul.

En medio de Guet-n'dar, dividiendo la ciudad en dos, de norte a sur, una gran calle de arena, muy regular y muy recta, abriéndose en la lejanía sobre el desierto. El desierto por campiña y por horizonte.

A cada uno de los lados de vasto corte, un enjambre de callejuelas tortuosas, contorneadas, como los caminos de un laberinto.

A aquellos barrios es donde Fatu lleva a Juan; y, para hacerlo al estilo negro, le tiene aprisionado un dedo con su firma manecita, adornada con sortijas de cobre.

Corre enero. Las siete de la mañana y el sol asoma apenas. La hora es agradable y fresca, aun en el Senegal.

Juan anda con paso altivo y firme, sonriendo interiormente de la extraña expedición que Fatu-gaye le obliga a realizar y del personaje a quien va a visitar.

Se deja conducir de buen grado; este paseo le interesa y le divierte.

Hace buen tiempo; el aire puro matutino, el bienestar físico provocado por aquel raro frescor, todo influye agradablemente en él. Y luego, en aquel instante, Fatu-gaye le parece muy linda y casi la ama.

Es uno de esos momentos pasajeros y singulares en los que permanece muerto en él el recuerdo, en los que toda Africa parece sonreírle, en los que el spahi se abandona sin reservas lúgubres a aquella existencia que durante tres años lo ha mecido y lo ha dormido en un letargo peligroso, frecuentado por pesadillas saniestras.

Tras las empalizadas grises de cañas que circundan las callejuelas de Guet-n'dar, comienzan a escucharse los primeros golpes sonoros en los morteros del alcuzcuz entremezclados con los estallidos de voces negras, con ruidos de cuentecillas de vidrio que se remueven; en los rincones del camino, cráneos de animales cornudos (para aquellos que están al corriente de las costumbres de los negros: los degollados de la *tabaski*) clavados en la punta de largos palos y mirando pasar a la gente con aires de estirar su cuello de madera para ver mejor. Y en todas partes, enormes lagartos fetiches, con el cuerpo azul de cielo, moviéndose perpetuamente de derecha a izquierda, a causa de un singular tic de lagarto que poseen, y con la cabeza de un hermoso amarillo que parece hecho con piel de naranja.

Olores de negros, fetiches de cuero, de alcuzcuz y de sumaré.

Negrillos que comienzan a surgir por las puertas con su grueso vientre aderezado ... una fila de perlas azules, con su ombligo ... pendido, su sonrisa ancha hasta las orejas ... cabeza en forma de pera, afeitada, con ... colitas. Todos se estiran, mirando a Juan ... rostros asombrados con sus grandes ojos ... maltados, y diciendo alguna vez los más ... vidos: *"Tubah, tubah!... Tubah!* (... días!)".

. . . .

Todo esto pinta claramente el país de ... tierro, el alejamiento de la patria. Las ... cosas, los más pequeños detalles son ... Pero hay un encanto tal en estas ... sol de los trópicos, tal pureza en el ... esta mañana, tal bienestar en esta fresc... sitada, que Juan contesta a los buenos ... los niños, sonríe a las observaciones de ... y se abandona, y se olvida...

El personaje a cuya casa se enc... Juan y Fatu era un anciano de mira... ciosa y astuta llamado Sambá-Latir.

Cuando entrambos se hallaron senta... piso sobre esteras, en la casa de su ... Fatu, tomando la palabra, explicó su ... como va a verse, era grave y crític...

Durante varios días ella encontr... misma hora a cierta vieja, muy fe... miraba de un modo particular, ¡con ... del ojo, sin dar vuelta la cabeza! ... la noche, finalmente, penetró a su ca... cha en lágrimas, diciendo a Juan que ... embrujada.

Y, por la noche, se había visto ... sumergir la cabeza en agua para mitigar ... meros efectos del maleficio.

En la colección de amuletos que ... había contra toda especie de males ... tes: contra los malos sueños y los ... las plantas, contra los golpes peligr... veneno de los animales, contra las ... des de Juan y los estragos de ... blancas, contra el dolor de vientre ... el caimán. Pero ninguno contra el ... y los hechizos que las gentes echan ...

Esta era una virtud atribuída al ... ciano, y he aquí por qué Fatu-gaye ... rrido a él.

Precisamente, Sambá-Latir lo ten... do. Extrajo de un viejo cofre ... saquito rojo liado con un cordón ... lo colocó al cuello de Fatu-gaye ... las frases sacramentales, y el espír... se halló conjurado.

La operación no costaba más que ... de plata. Y Juan, que no sabía ... quiera un amuleto, pagó sin protest... sintió que la sangre se le subía a la ... ver esfumarse las dos monedas, ... al dinero — nunca había podido ... apreciar su valor —; pero, no ... *khâliss* eran mucho en aquellos mo... su exhausta bolsa de spahi. Y, sob... ciase con remordimiento que sus ... se privaban, seguramente, de mucha... valían menos de dos *khâliss*, y que ... eran más necesarias que los amulet...

VII

CARTA DE JUANA MERY A SU JUAN

"Mi querido Juan:

"Pronto habrán transcurrido tres ... tu partida y aguardo siempre que ... de tu vuelta. Yo tengo confianza ... que no piensas engañarme; pero ... de que la separación me parezca ... ces, durante la noche, me embarga ... y me acometen toda clase de pens... más de esto, mis padres me dicen que ... bieses deseado, podrías haber co... licencia para pasar unos días con ... Sospecho también que hay aquí ... blo, quien les calienta los cascos; ...

... muy cierto que nuestro primo Pedro ... dos veces durante el tiempo que ...do.

... quien hace correr la noticia de que ... con el gran Suirot. ¡Ya ves qué ... casarme con este tonto que hace el ... Yo dejo decir, porque sé que no hay ... el mundo para mí como mi amado ... Puedes estar tranquilo; no hay temor ... me obliguen a ir al baile; no me im... digan que hago tonterías; para bai... Suirot o con el bobo de Toinou; u ...mo éstos, no; muy contenta me siento ...tarde en el banco que hay frente a la ... Rosa, y allí pienso y repienso en mi ... Juan, que vale más que ellos; y estoy ...gura de no aburrirme cuando pienso

... doy las gracias por tu retrato; estás ...en; a mí me parece que es tu misma ... que, realmente, no miras del mismo ... Lo he colocado sobre la gran chime... rodeándolo, mi ramo de Pascuas, lo que ..., al entrar en la habitación, sea lo ... que contemplo.

... querido Juan; hasta ahora no me he ... a usar el hermoso brazalete que me ...do, por temor a Oliveta y a Rosa; ... ya hago la *señorita*, y con esto, sería ... Cuando tú regreses y estemos casados ...nto; me pondré también al cuello el ... collar de la tía Tounelle y su pul...eslabones. Sólo ansío que vengas, pues, ... enfermo por no verte; a veces me río ... otras; pero pronto la pena me invade ...te, tan fuerte, que me oculto para

... querido Juan; te abrazo de todo co...

JUANA MÉRY."

VIII

... manos de Fatu, que eran de un negro ... por fuera, tenían el interior rosado. ... había causado miedo al spahi, durante ...mpo. No le agradaba ver las palmas ... manos de Fatu, que le provocaban, al ... una desagradable impresión fría de ... mono.

... embargo, estas manos eran pequeñitas ...as, unidas al brazo por una muñeca ... Pero aquella pigmentación interior, aque...os teñidos a medias, tenían algo de ...no y espantoso.

... y ciertas modulaciones de un falsete ... que se le escapaban a veces cuando ... muy excitada; esto, y ciertas actitudes, ... gestos inquietantes, evocaban misterio...anzas que turbaban la imaginación...

... obstante, con el tiempo, Juan se había ...do, y ya no le preocupaban. En los ... que Fatu le parecía graciosa y en ... la amaba aún, la llamaba, riendo, con ...culo nombre yolof que significa *hijita*

... apelativo cariñoso mortificaba mucho a ..., entonces, adoptaba posturas y gestos ... que divertían al spahi.

... día de excepcionalmente buen tiempo; ...mpo casi dulce, con un cielo diáfano, ... Muller, que iba de visita a casa de Juan, ... silenciosamente y se detuvo en el um...

... se entretuvo asistiendo desde la puerta ... escena siguiente:

... sonreía con franca sonrisa de niño, y ... examinar a Fatu con gran atención, es...le los brazos, volviéndola, analizándola, ...ir nada en todas sus fases, y luego, de ...iso, con aire convencido, resumía así ...clusiones:

—Realmente, eres algo como un mono!...

... Fatu, en extremo ofendida:

—¡Ah, Tjuan! ¡Tú no debes decir esto, ... mío! En primer lugar, el mono no ...hablar, ¡y yo lo sé bien!

...nces Fritz Muller lanzó una sonora carcajada, y luego Juan también, sobre todo por el aire digno y correcto que Fatu-gaye se esforzaba por aprender, a fin de evitar con su compostura aquellas conclusiones groseras.

—¡Muy lindo monito en todo caso! — dijo Muller, que admiraba la belleza de Fatu.

Fritz había vivido largo tiempo en el país negro y era perito en bellas mozas del Sudán.

¡Muy lindo monito! ¡Sí todos los de las selvas de Galam fuesen parecidos, aun podría uno aclimatarse en aquel país maldito, que indudablemente no ha recibido jamás la visita del buen Dios!

IX

Una sala blanca, abierta totalmente al viento de la noche; dos lámparas suspendidas contra las que van a estrellar sus alas grandes efímeras cegadas por la llama; una mesa bulliciosa de hombres vestidos de rojo, y maritornes muy negras que en torno se mueven: una gran cena de spahis.

Durante el día ha habido fiesta en San Luis: fiesta militar, parada en el cuartel, carreras de camellos en el desierto, carreras de bueyes montados y regatas de piraguas. Todo el programa habitual en los festejos de una pequeña ciudad de provincia, con la nota exótica, además, prestada por la Nubia.

Por las calles se han visto pasar de uniforme a los hombres útiles de la guarnición, marinos, spahis y tiradores. Mulatos y mulatas con trajes de los grandes acontecimientos; las ancianas *signardes del Senegal* (mestizas de distinción), erguidas y dignas, con su alto tocado de tela de Madrás y sus dos aladares rizados, a la moda de 1820, y las jóvenes *signardes* vestidas a la época, graciosas y marchitas, denunciando la costa africana. Además, dos o tres mujeres blancas con trajes vaporosos, y tras ellas, en contraste, la multitud negra cubierta de amuletos y de adornos salvajes: Guet-n'dar en traje de fiesta.

Todo lo que San Luis puede desplegar de animación y de vida; todo cuanto la vieja colonia puede echar a sus calles, todo esto, afuera por un día y dispuesto a retornar al día siguiente al amodorramiento de las casas silenciosas cubiertas por un sudario uniforme de cal blanca.

Los spahis que han recibido la orden de formar toda la jornada en la plaza del Gobierno están muy despiertos y excitados por este movimiento insólito. Este día celebran nombramientos y medallas que han recibido por el último correo de Francia. Y Juan, que generalmente forma un poco rancho aparte, participa con ellos de esta ceremonia que es una *comida de cuerpo*.

Las negras maritornes han tenido bastante que hacer para atender a los spahis; no porque ellos hayan comido con exceso; sino porque han bebido terriblemente, y están todos borrachos.

Se ha pronunciado gran número de brindis — muchos intencionadamente llamativos de ingenuidad o de cinismo —; se ha gastado mucho ingenio, un ingenio de spahis, crudo, a la vez escéptico y animado. Muchas canciones raras espantosamente atrevidas, llegadas Dios sabe de qué lugares, de Argelia, de la India o de otros sitios, han sido cantadas; unas, en solo, graciosamente discretas; otras, en coros terribles, seguidas de choques de vasos y de puñetazos hasta destruir las mesas. Se han contado viejas bufonadas ingenuas y gastadas que han excitado risas jóvenes y alegres; también se han dicho palabras capaces de ruborizar al diablo en persona.

Y, de pronto, un spahi en medio de tanto desbordamiento de locuras estrepitosas, levanta un vaso de champaña y eleva este brindis inesperado:

—¡Por los que murieron en Mecké y en Bobdiarah!

No ha inventado el autor de esta historia estas frases llenas de bizarría, este brindis absolutamente imprevisto... ¿Homenaje sincero o payasada sacrílega hecha a los que murieron?... El spahi que había elevado este brindis fúnebre estaba ebrio y su vaga mirada era sombría.

....

¡Ay! Dentro de unos años ¿quién recordará a los que *cayeron en la derrota de Bobdiarah y de Mecké*, y cuyos huesos han blanqueado bajo el sol del desierto?...

Las gentes de San Luis que los vieron partir quizá recuerden sus nombres... Pero dentro de algunos años, ¿quién los conservará y quién podrá pronunciarlos todavía?...

....

Y las copas fueron vaciadas en memoria de los que *cayeron en Mecké y en Bobdiarah*. Pero este brindis extravagante había ocasionado un gran silencio de asombro y puesto como un negro crespón sobre la comida de los spahis presentes.

Juan, más que nadie, cuyos ojos se habían animado al contacto de la alegría de los otros, y que, aquella noche, por excepción se reía con gana, se tornó soñador y grave sin poder a punto fijo explicarse por qué... *¡Caídos allá, en el desierto!* No podía evitarlo; mas esta imagen lo había dejado frío como el sonido de una voz de chacal, y había hecho circular por sus carnes un escalofrío...

Era nuevo aun el pobre Juan; no estaba bastante aguerrido; no era lo suficiente soldado. No obstante, era muy valiente: no temía batirse, en modo alguno. Cuando se hablaba de Budakar-Segú, que rondaba todavía con su ejército casi a las puertas mismas de San Luis, en el Cayor, sentía brincar su corazón; a veces, pensaba en ello; le parecía que le haría bien y lo despertaría ir a ver el fuego, hasta el fuego contra un negro rey; a ratos se moría de deseo...

Era, precisamente, para batirse para lo que se había hecho spahi, y no para languidecer en una casita blanca, átono, bajo los encantos de una muchacha khassonké...

....

¡Pobres mozos que brindáis a la memoria de los muertos; cantad, reíd, estad alegres y sed locos, aprovechad el instante alegre que no vuelve!... Pero los cantos y el ruido suenan

a falso en la tierra del Senegal, y aun deben de quedar allá, en el desierto, sitios marcados para alguno de vosotros.

X

—"¡En Galam!"... ¿Quién apreciará los ecos misteriosos que estas palabras pueden elevar en el fondo de un alma negra desterrada?

La única vez que Juan había preguntado a Fatu, mucho tiempo hacía, fué en casa de su ama:

—¿Pequeña, de dónde eres tú?

Fatu contestó con voz conmovida:

—¡De la tierra de Galam!...

¡Pobres negras del Sudán, expatriadas, alejadas del país natal por las grandes guerras o las grandes hambres, por todas las devastaciones de estas comarcas vírgenes. Llevadas a la esclavitud, vendidas, han recorrido a pie bajo el látigo del amo regiones de países mayores que Europa entera, pero, en el fondo de su negro corazón, la imagen de la patria ha quedado grabada indeleblemente...

Es, a veces, el lejano Tombuctú, o Segú-Koró, mirando en el Níger sus enormes palacios de tierra blanca, o un pobre ranchería de paja, perdido en el desierto, o muy oculto en algún rincón ignorado de las montañas del sur, y vuelto en un montón de cenizas y en una carnicería para los buitres, al paso del usurpador.

—¡En Galam! —palabras repetidas con devoción y misterio.

—*¡A Galam!* — murmuraba Fatu —. *¡Tjüan, un día te llevaré conmigo a Galam!*

Tierra sagrada de Galam, que Fatu veía cerrandos los ojos; ¡tierra de Galam! ¡País del marfil y del oro; país en donde duermen los caimanes grises a la sombra de los altos mangles, en el agua tibia; en que el elefante que corre por las selvas cerradas golpea pesadamente la tierra con su pie rápido!...

Juan había soñado en otro tiempo con el país de Galam. Fatu le había hablado de relaciones extraordinarias que habían intrigado su imaginación fácil al prestigio de lo nuevo y de lo desconocido. Ahora había pasado; su curiosidad por todo el Africa se había enmohecido y cansado; prefería seguir en San Luis su vida monótona y estar allí pronto para el momento feliz en que regresase a sus Cévennes.

XI

Fatu no podía ver un *n'gabú* (un hipopótamo) sin correr el riesgo de caer exánime. Era un maleficio hecho antaño sobre su familia por un hechicero de Galam. Se había probado todos los medios para evitarlo. En sus antepasados había muchos ejemplos de personas caídas así, muertas ante el aspecto de estos grandes animales; y el maleficio los perseguía sin tregua desde varias generaciones.

Este es un género de hechizo bastante común en el Sudán; hay familias que no pueden ver el león; otras, el manatí; otras, y son las más desgraciadas, el caimán. Es un mal tanto mayor cuanto los amuletos mismos no valen nada.

Pueden suponerse las precauciones a que estaban sometidos los antepasados de Fatu en Galam: evitar andar por el campo a las horas que los hipopótamos los frecuentan, y no aproximarse jamás a los grandes pantanos de hierbas en los que acostumbran a retozar.

En cuanto a Fatu, conociendo que en cierta casa de San Luis había un joven hipopótamo domesticado, efectuaba siempre un rodeo enorme para no pasar por aquel barrio, por temor a sucumbir a una terrible curiosidad que sentía por ir a ver a aquel animal del que se hacía hacer diariamente descripciones minuciosas, por sus amigas; curiosidad, como se adivina sin trabajo, que tenía algo de maleficio.

XII

Los días pasaban lentamente en su terrible monotonía; parecíanse todos. El mismo servicio en el cuartel de los spahis; el mismo sol en sus paredes blancas; el mismo silencio en todo. Rumores de guerra contra Bubakar-Segú, hijo de El-Hadj, eran el motivo de las conversaciones de los hombres de chaquetilla roja; pero no se confirmaban jamás. Ningún acontecimiento en la quieta ciudad; y los ecos de Europa, como apagados por el calor, llegando de lejos.

Juan pasaba por diferentes períodos morales; tenía altas y bajas; lo más regular no era más que un vago hastío, un cansancio de todas las cosas; y, de tiempo en tiempo, la nostalgia, que parecía calmada en su corazón, volvía a apoderarse de él para hacerlo sufrir.

Acercábase el invierno; las rompientes de la costa estaban tranquilas; había ya días en que el aire escaseaba en los pechos, en que el mar, más que templado, se mostraba blando y pulido como de aceite, reflejando en su espejo grandioso la potente luz tórrida...

. . . .

¿Es que amaba Juan a Fatu-gaye?

Ni él mismo lo conocía a punto cierto; pobre spahi.

Por otra parte, la consideraba como un ser inferior, casi como su *laobé* amarilla. No se molestaba mucho por desentrañar lo que podría haber en el fondo de aquella almita negra, negra como su cuerpo de khassonké.

La pequeña Fatu era ladina y mentirosa, con una dosis inmensa de malicia y de perversidad. Juan sabía esto desde tiempo atrás. Pero se daba cuenta, también, de la adhesión absoluta que ella sentía por él, apego de perro hacia su amo, adoración de negro por su ídolo; y, sin saber positivamente a qué grado de heroísmo era capaz de llegar este sentimiento, se sentía ablandado y conmovido por él.

Alguna vez su gran potencia se despertaba; su dignidad de hombre blanco. La fe jurada a su novia, y traicionada por una joven negra, se levantaba también ante su conciencia honrada; sentía vergüenza de su debilidad.

Pero Fatu-gaye estaba muy linda. Cuando caminaba ligera y esbelta, con el balanceo de caderas que las africanas parecen haber tomado de los enormes felinos de su país; cuando cruzaba con una tela de fina muselina cual un peplo sobre su pecho y hombros redondos, era de una perfección antigua; cuando dormía de brazos cruzados bajo la nuca, tenía una gracia de estatua. Bajo aquel peinado alto de ámbar, su rostro fino y regular adquiría por instantes la belleza misteriosa de un ídolo de ébano lustrado. Sus grandes ojos de esmalte azul que se cerraban apenas, su sonrisa negra descubriendo algo sus dientes blancos, todo esto tenía una gracia negra, un encanto sensual, una potencia de seducción material, algo confuso, que parecía participar a la vez de la joven virgen, del mono y de la tigresa; y hacía correr por las venas del spahi embriagueces desconocidas.

Juan sentía una especie de terror supersticioso hacia todos los amuletos. Había momentos en que toda aquella profusión de saquillos le molestaba, le chocaba al fin. No creía en ellos, seguramente; pero viendo por doquier los amuletos negros y al saber que casi todos poseían por virtud retenerlo y enlazarlo; al hallarlos en su techo, en sus paredes; al encontrarlos escondidos bajo su *tará*, en sus esteras, por doquier agazapados, con aires malhechores y formas curiosas de cositas viejas y embrujadas; al despertarse por la mañana y verlos solapadamente deslizados sobre su pecho..., imaginaba que al fin, todo aquello tramaba en torno de él, en el aire, ligaduras invisibles y tenebrosas.

Y, además, faltaba el dinero.

Muy seriamente decíase que iba a despedir a Fatu. Ocuparía los dos últimos años en ganar, al fin, sus galones dorados; mandaría todos los meses a sus viejos padres una pequeña suma para hacerles la vida más dulce; y podría aún hacer economías para comprar los regalos de novia a Juana Méry y subvenir [illegible]
tura a los gastos de la fiesta de su ma[illegible]

Pero, ¿era la atracción de amuletos, o [illegible]
za de la costumbre, o la inercia de su [illegible]
dormida por las pesadumbres del aire? [illegible]
guía teniéndolo bajo su manecita, y [illegible]
despedía.

Su novia...; a menudo pensaba [illegible]
Si necesario fuese perderle, parecería[illegible]
vida se había roto. Había como u[illegible]
dor alrededor de su memoria. El [illegible]
una aureola a la *gran muchacha* de [illegible]
hablaba su madre, que *se hermosea*[illegible]
en día. Trataba de imaginar su rostro [illegible]
jer desarrollando, los rasgos de niña [illegible]
años que él había dejado... El relac[illegible]
ella todos sus proyectos de ventura [illegible]
venir. Pero aquello era una cosa p[illegible]
él atesoraba allá, muy lejos, muy en [illegible]
esperándolo en el hogar. Su imagen [illegible]
poco debilitada ya en el recuerdo, [illegible]
lejana aun en lo futuro y, a veces, [illegible]
de vista por instantes.

¡Cómo quería, también, a sus [illegible]
dres!... Por su padre sentía un [illegible]
muy hondo, una veneración que [illegible]
culto.

Pero sin duda la parte más tierna [illegible]
zón era para su madre.

Ved los marineros, los spahis, [illegible]
abandonados, tantos jóvenes que [illegible]
lejos, sobre el ancho mar o en [illegible]
destierro, en medio de condicion[illegible]
tencia más rudos y más difíciles; [illegible]
malas cabezas, escoged los más [illegible]
más despreocupados, los más [illegible]
buscad en su corazón, en el rinc[illegible]
grado y más hondo: frecuenteme[illegible]
santuario hallaréis colocada una [illegible]
na, una vieja campesina de c[illegible]
una valiente buena mujer breton[illegible]
blanca o una vasca con capucha de [illegible]

. . . .

XIII

Por cuarta vez el invierno ha [illegible]
Días aplastantes sin una brisa [illegible]
fera. El cielo, brumoso y plúmb[illegible]
en un mar como de aceite, en el [illegible]
numerables familias de tiburones[illegible]
de la costa africana, la línea m[illegible]
arenas bajo los rayos del sol adq[illegible]
telleante tinte blanco.

Son los días en que parece que [illegible]
órganos europeos este aire dens[illegible]
pirable, que la vida se nos esca[illegible]
vimiento se nos hace imposible[illegible]
dormís sobre algún barco, a la [illegible]
tienda mojada, frecuentemente, [illegible]
vuestro pesado sueño de medio[illegible]
pertado por los silbidos y la g[illegible]
meros, por un estrepitoso ruido [illegible]
huye, golpeada furiosamente co[illegible]
Es una bandada de piraguas que [illegible]
rrera furiosa bajo un sol de plomo[illegible]

Y la población negra está allí, [illegible]
pada en la playa. Los espectad[illegible]
a los concurrentes con gran [illegible]
lo lejos, como entre nosotros, [illegible]
son recibidos con aplausos, y los [illegible]
rechiflas.

XIV

Juan no aparecía por el cuartel [illegible]
más que el tiempo estrictamente [illegible]
la ejecución de su servicio; y [illegible]
oportunidades lo reemplazaban [illegible]
Los jefes cerraban los ojos ante [illegible]
que le permitían pasar en su cas[illegible]
días.

Todo el mundo lo apreciaba [illegible]
inteligencia y la honradez que [illegible]
simpatía de su persona, de su [illegible]
había ejercido paulatinamente [illegible]
influencia inconsciente. Juan [illegible]
por granjearse la confianza y [illegible]

una especie de situación aparte, que le ... casi la independencia y la libertad. ...llado la manera de ser un soldado ... correcto, aun siendo casi un hombre

XV

...noche acudió al llamado de retreta. ...o cuartel no presentaba su aspecto de ... habitual. Grupos de spahis conver... ...dosamente en el patio; algunos subían ... las escaleras a grandes trancos, ba... ...encia de una alegría loca. Algo nuevo ... en el ambiente.

...novedad para ti, Peyral! —le gritó el alsaciano—. Te marchas mañana pa... ¡Qué suerte tienes!

...spahis nuevos habían arribado de Fran... ...barco de Dakar; y los doce más an... ...ban a partir (Juan estaba entre ellos) ...por favor, a concluir en Argelia su ser...

...al día siguiente por la noche. ...ar embarcarían en el paquete de Fran... ...rumbo a Burdeos; desde allí se al... ...a Marsella por las rutas del Mediodía, ...nciones en el trayecto, permitiendo ...hacer una aparición en *el país* (los que ...un país y un hogar); luego, en Marse... ...rían el barco de Argel, ciudad de Jau... ...os spahis, ¡y los últimos años en las filas ... como un sueño!...

XVI

...regresaba a su hogar a lo largo de las ...márgenes del río. La noche estrella... ...sobre el Senegal, cálida, aplastante, ... de calma y de luminosa transparen... ...s ruidos de corrientes en las aguas del ... perdido a la distancia, el tambor, el ... *fobil* de primavera, que él oía en ...mo sitio por cuarta vez, y que estu... ...zclado a las primeras enervantes vo... ...dades del país negro y que ahora salu... ... partida.

...lgado cuarto de luna nueva; las estre... ...elleantes de vapores luminosos; muy ...róximas al horizonte plano, las brillan... ...s en la otra orilla, en la ciudad de Sorr... ...ello trazando sobre el agua tibia vagas ... de resplandores. Calor estático en el ...lor incubando bajo las aguas; fosfores... ...por doquier: la naturaleza con el aire ...do de calor y de fósforo; una calma ... de misterio en las orillas del Sene... ... melancolía tranquila de las cosas... ... cierta la gran noticia inesperada! El ...do a informarse; su nombre figuraba ...sta de los que iban a partir; mañana al ...ecer, iba él a descender por aquel río ... regresar jamás...

... podía hacer aquella noche para la mar... ...en el cuartel las oficinas estaban cerra... ...do el mundo había salido; los preparati... ... viaje, para el día siguiente. Nada que ...ino soñar, reunir sus ideas, dejarse lle... ...r toda clase de ensueños, decir adiós a ...en la tierra de destierro.

...en su cabeza un maremágnum de pen... ...tos, de sensaciones incoherentes. ...so dentro de un mes, hacer una breve ...ón en su pueblo; besar a sus bien ama... ...dres, ver a Juana convertida en una ...cha seria, todo esto corriendo, ¡como en ...!... Esta era la idea dominante, que re... ... de minuto en minuto, dándole cada vez ...azón una sacudida que le hacía latir más ...sa...

...obstante, él no se hallaba preparado para ... entrevista; había una serie de penosas ...iones que iban a unirse a aquella gran ale... ...nesperada.

...é figura haría él apareciendo al cabo de ...años, sin haber ganado siquiera los humil... ...alones de sargento, sin llevar nada para ... de su largo viaje; como un pobre dia... ...in un céntimo, sin tener siquiera dinero para proveerse de un traje nuevo y apropiado para hacer su entrada en el pueblo!...

No; realmente era demasiado precipitada aquella partida. Esto lo mareaba, lo emborrachaba, pero, no obstante, bien podían haberle concedido algunos días de tiempo.

Y luego aquella Argelia que él desconocía no le interesaba. ¡Y otra vez a aclimatarse a otro lado! Ya que necesariamente había que terminar alejado del hogar aquellos años podados a su vida, tanto daba acabarlos aquí mismo, a la orilla de este gran río triste, cuya melancolía le era ya familiar.

¡Ay! El infeliz amaba a su Senegal; entonces se daba cuenta de ello; se encontraba atado a él por una infinidad de lazos íntimos y misteriosos. Ante la idea de aquel regreso, se sentía loco de alegría, pero amaba el país de arena, la casa de Samba-Hamet, hasta aquella tristeza agobiadora, hasta aquel exceso de calor y de luz.

No estaba preparado para marchar tan pronto.

....

En su sangre se han ido infiltrando paulatinamente efluvios de todo lo que le rodea. Se siente retenido, ligado por toda clase de hilos invisibles, de trabas misteriosas, de amuletos negros.

Las ideas se confundían al fin en su cabeza perturbada; la libertad inopinada le causaba miedo. En el letargo de la noche cálida, llena de emanaciones tormentosas, influencias extrañas y tenebrosas están en lucha alrededor de él; como si las potencias del sueño y de la muerte luchasen contra las de la vigilia y de la vida...

....

XVII

La partida de los soldados es brusca. Al día siguiente por la tarde, ya está todo su equipaje empaquetado de prisa y todos sus documentos en regla. Juan está inclinado sobre el empalletado de un barco que navega río abajo. Fumando su cigarro, contempla cómo San Luis se aleja.

Fatu-gaye está acurrucada a su lado en el puente. Con todos sus paños, adornos, empaquetados en cuatro grandes calabazas. Ha estado puntual a la hora convenida. Juan ha tenido que pagar su viaje hasta Dakar, con los últimos *khâliss* de su sueldo. Lo ha hecho de buen grado, feliz al poder satisfacerle este último deseo y poder conservarla un poco más junto a él. Las lágrimas que ella ha vertido, los *lamentos de viuda* que ha proferido, según costumbre de su país, todo ha sido sincero y conmovedor. Juan se ha sentido tocado hasta el fondo de su ser por aquella desesperación; ha olvidado que ella era mala, mentirosa y negra.

En tanto que su corazón se abre a la alegría del regreso, va sintiendo por Fatu un poco más de piedad, hasta un poco de ternura. La lleva a Dakar, pues así gana tiempo para reflexionar sobre lo que podrá hacer de ella.

XVIII

Dakar es una especie de villa colonial elevada sobre arena y rocas rojas. Un punto de parada improvisado para los buques en este extremo occidental de Africa llamado Cabo Verde. Grandes baobabs esparcidos por las dunas desiertas. Nubes de águilas pescadores y de buitres se ciernen sobre la región.

Fatu-gaye está instalada provisionalmente en una choza de mestizos. Ha manifestado que no desea regresar a San Luis; a esto se limitan sus proyectos; ignora lo que va a suceder, y Juan también. Por más que ha pensado, Juan no ha hallado nada, no ha decidido nada para ella. ¡Y ya no tiene dinero!...

Es de mañana. El paquete que se llevará a los spahis debe salir dentro de algunas horas. Fatu-gaye está agazapada allí, junto a sus pobres cuatro calabazas que guardan toda su fortuna, sin responder siquiera, sin decir nada, con los ojos fijos, inmovilizados por una desesperación taciturna y embrutecida; pero tan real y tan profunda que conmueve el corazón.

Y Juan está parado junto a ella, retorciendo su bigote y sin saber qué decidir.

De pronto la puerta se abre ruidosamente y un spahi corpulento entra como el viento, conmovido, con los ojos animados y el aspecto preocupado y ansioso.

Es Pedro Boyer, que ha sido durante dos años el camarada de Juan en San Luis, su vecino de cuarto. Apenas conversan, muy reservados entrambos; pero se quieren, y cuando Boyer partió para ir a Gorea, se estrecharon las manos fraternalmente.

Alzando su gorro, Pedro Boyer murmura una excusa confusa, por haber entrado así, como un loco, y luego, con efusión, estrecha las manos de Juan:

—¡Oh, Peyral! —murmura—. Te busco desde el amanecer... Oyeme un momento; hablemos. Tengo que pedirte un favor inmenso.

"Escucha todo cuando voy a decirte primero, y no te apresures a contestarme.

"¡Te vas a Argelia! Mañana, ¡ay!, yo parto hacia el puesto de Gadiangué en el Ouankará, con algunos otros de Gorea. Hay guerra allá. Hay que pasar tres meses, aproximadamente, y ascenso que ganar o la medalla, seguro.

"Nosotros dos tenemos que hacer igual tiempo, tenemos la misma edad. Esto no influirá nada en tu vuelta... Dime: ¿quieres permutar conmigo?..."

Ya en los primeros momentos, Juan lo había adivinado y comprendido todo. Sus ojos observaron vagamente, como dilatados por la tormenta interior. Un terrible torrente de pensamientos, de contradicciones, de indecisiones subía a su mente; con los brazos cruzados y la frente inclinada a tierra, pensaba, y Fatu, que comprendía también, se enderezó anhelante, aguardando la sentencia que iba a brotar de la boca de Juan.

Luego, el otro spahi siguió hablando con volubilidad, como para no dejar a Juan pronunciar un *no*, que no quería oír:

—Escucha, Peyral; te aseguro que será un buen negocio.

—¿Y los otros, Boyer?... ¿Se lo has pedido a los demás?...

—Sí, y se han negado; pero ya lo sabía; tienen sus razones. Para ti es un buen negocio,

Imposible



—¡Tírese al suelo, buen hombre! ¡Achátese completamente *contra el piso!*

Peyral. El gobernador de Gorea se interesa por mí, y te prometo su ayuda si aceptas. Primero habíamos pensado en ti (mirando a Fatu), porque es sabido que amas a este país... Al regreso de Gadiangué, te llevarán a terminar tu tiempo a San Luis, está fijado con el gobernador; y esto se hará; te lo juro.

—...No vamos a tener tiempo —cortó Juan, que se sentía perdido y trataba de aferrarse a una imposibilidad.

—¡Sí! —dijo Boyer, con un rayo de alegría—. Tendremos tiempo, Peyral; la tarde toda es nuestra. Tú no tendrás que pensar en nada. Todo está preparado con el gobernador y los papeles están firmados. Sólo falta tu consentimiento, y tu firma al pie, y yo voy a partir para Gorea, vuelvo dentro de dos horas y ya está todo hecho. Escucha, Peyral; aquí tienes mis economías; trescientos francos; son tuyos. Podrán ayudarte también a tu vuelta a San Luis, para instalarte, para servirte de algo, lo que quieras.

—¡Oh, gracias!... —contestó Juan—. A mí no tienes que pagarme...

Tornó la cabeza con desdén, y Boyer, que comprendió que había errado el camino, le tomó la mano, diciéndole:

—¡No te enojes, Peyral! —Y retuvo la mano de Juan entre la suya y los dos continuaron así, uno ante otro, ansiosos y sin hablar.

Fatu había adivinado que podía perderlo todo pronunciando una sola palabra; se puso de rodillas recitando en voz baja una negra plegaria, enlazando con sus brazos las piernas del spahi, dejándose arrastrar por él.

Y Juan, que se sentía molesto haciendo esta escena a los ojos de aquel otro hombre, le dijo con rudeza:

—¡Vamos, Fatu-gaye, te lo ruego, déjame! ¿Es que te has vuelto loca?

Pero Pedro Boyer no los hallaba ridículos; por el contrario, estaba conmovido.

Y un rayo de sol matinal, deslizándose por la arena amarilla, entraba por la puerta, iluminando de rojo las ropas de los dos spahis, destacando sus bellas cabezas enérgicas, alucinadas por la indecisión y la duda, haciendo brillar las pulseras de plata en los ágiles brazos de Fatu, que se retorcían como culebras en las rodillas de Juan, mostrando la desnudez triste de aquella choza africana de brezo y de madera, en la que aquellos tres seres jóvenes y abandonados iban a decidir sus destinos...

—Peyral — continuó en voz muy baja y dulce el otro soldado —, Peyral, es que yo, ¿sabes?, soy argelino. Tú sabes lo que es esto, tengo allá, en Blidah, mis pobres viejos padres que me aguardan; no me tienen más que a mí. Tú debes comprender muy bien lo que es regresar al país...

....

—¡Pues bien, sí! —dijo Juan, empujando hacia atrás su gorro rojo y golpeando el suelo con el pie—. ¡Vamos, sí!... Permuto, acepto y me quedo!...

....

El spahi Boyer lo estrechó entre sus fuertes brazos y lo besó. Y Fatu, arrastrándose aún por tierra, elevó un grito de triunfo; luego sepultó la cara entre las rodillas de Juan, con una especie de estertor de fiera, acabando en un estallido de risa nerviosa, seguido de sollozos.

....

XIX

Era necesario apresurarse; Pedro Boyer salió como había llegado, como un loco, llevando a Gorea el precioso papel en el cual el pobre Juan había puesto su firma gruesa de soldado, muy clara y muy legible.

A última hora todo estaba confrontado, regularizado y firmado; operada la substitución; trasbordados los equipajes; todo cerrado tan de prisa, que apenas habían tenido tiempo de pensarlo los spahis.

A las tres en punto el buque se puso en marcha llevándose a Podre Boyer.

Y Juan se quedó en el Africa.

XX

Pero cuando todo quedó terminado, irrevocablemente, y él se vió en la playa de arena, mirando al navío que se alejaba, el corazón se le llenó de una desesperación loca, una angustia espantosa, en la que había algo de terror por lo que acababa de hacer, de horror por la presencia de aquella muchacha negra, de rabia contra Fatu-gaye, y como una necesidad de arrojarla lejos de sí; y un enorme y profundo amor despertado por su hogar querido, por los seres adorados que lo esperaban allá y a quienes no iría ya a ver.

Parecíale que acababa de firmar un pacto de muerte con aquel país sombrío y que él mismo se había aniquilado. Partió, corriendo por las dunas, sin rumbo, sin saber adónde iba, para estar solo, para respirar el aire, sobre todo, para seguir con las miradas el mayor tiempo posible aquel barco que huía...

¡Atado aún por dos años más a aquel país, cuando pudo estar allá, sobre el mar, camino de su aldea querida!... ¿Qué sortilegios, qué influencias tenebrosas, qué amuletos lo habían retenido allí, Señor?

¡Dos años! ¿Se terminarían alguna vez, tendría realmente un fin, una liberación aquel destierro?...

Y corría hacia el norte, siguiendo al barco, para no perderlo de vista, hiriéndose con las plantas espinosas, golpeándole en el pecho como una granizada grandes langostas locas, a las que agitaba al pasar por entre las altas hierbas del invierno...

XXI

La suerte estaba ya tirada y era preciso continuar su destino.

Dos días más tarde, Juan se embarcó en vez de su amigo, en un barquito de la marina de guerra, para ir al lejano puesto de Gadiangué, en el Ouankará. Iban algunos hombres y municiones para reforzar el puesto extraviado. En el país cercano los asuntos se enturbiaban; las caravanas no cruzaban ya; había esas luchas de intereses negros, entre reyes ladrones, entre pueblos rapaces. Y se creía que todo terminaría con el invierno; y, dentro de tres o [illegible] meses, al volver, según la promesa [illegible] spahi Boyer por el gobernador de Gorea [illegible] sería de nuevo destinado a San Luis y [illegible] ría fin a su tiempo de servicio.

Había mucha gente apretada en el [illegible] En primer lugar estaba Fatu, que había [illegible] guido hacerse admitir a fuerza de [illegible] y de astucia, pasando como mujer de [illegible] *dor negro*. Allí estaba; ella continuaba [illegible] cuatro calabazas y todo su equipaje.

Había doce spahis de la guarnición [illegible] rea mandados a acampar por una [illegible] en aquel desierto; y, luego, veinte tira[illegible] dígenas, que arrastraban con ellos to[illegible] milia.

Estos llevaban un séquito extraño; [illegible] jeres para cada uno y varios hijos; [illegible] labazas, como provisiones de boca; [illegible] ropas y los utensilios, también en [illegible] y, además, amuletos por miles y una [illegible] de animales domésticos.

XXII

Al partir reinaba a bordo una gran [illegible] y un gran amontonamiento. A prim[illegible] parecía que jamás podría desembar[illegible] tanta gente y objetos.

Error. Luego de una hora de cam[illegible] estaba maravillosamente colocado y [illegible] negras pasajeras dormían en tierra, [illegible] en sus telas, en el puente, tan apret[illegible] tranquilas como los peces en una la[illegible] servas, y el barco avanzaba suavem[illegible] el sur, entrando poco a poco en re[illegible] y más cálidas y azules.

XXIII

Se está en camino desde hace tres [illegible] Al salir el sol todo está inundado [illegible] plendente matiz de oro.

Y, al elevarse el sol del cuarto [illegible] en el este una larga línea verde, [illegible] un verde dorado, luego de un ver[illegible] verosímil y tan verde, que parece [illegible] una pintura china, con un fino y [illegible] lor de abanico.

Y esta línea es la costa de Guinea.

Hemos llegado a la desembocadura [illegible] hallemé, y el barco de los spahis se [illegible] cia la entrada ancha del río.

El país es allí tan plano como [illegible] gal, pero la naturaleza es distinta; [illegible] en que no caen las hojas.

Por todas partes una vegetación [illegible] te, ya ecuatorial, de una juventud [illegible] un verde esmeralda, de uno de esos [illegible] los árboles nuestros no alcanzan [illegible] en el esplendor de los meses de ju[illegible]

Hasta perderse de vista, es una [illegible] va sin fin, una llanura uniforme, [illegible] el agua quieta y cálida, una selva [illegible] la que hormiguean los reptiles de [illegible] medo.

XXIV

Aquel país era triste y silencioso [illegible] sin embargo reposaba en él la vista [illegible] todas las arenas del desierto.

En la aldea de Pupubal, del Di[illegible] barco se detuvo, no pudiendo seguir [illegible]

Los pasajeros fueron desembar[illegible] aguardar los botes o las piraguas [illegible] conducirlos hasta su destino.

XXV

Una noche de julio, Juan tomó [illegible] Fatu y con los spahis de Gorea, [illegible] en un bote tripulado por diez [illegible] ros, al mando de Sambá-Bubú, [illegible] piloto experto de los ríos de Gu[illegible] montar hasta el puesto de Gadiang[illegible] una distancia de muchas leguas [illegible]

noche no había luna, pero era sin ...da y estrellada; una verdadera noche ... Marchaban por el río tranquilo con ...nte rapidez, llevados hacia el interior ... corriente veloz y por el incansable ... de sus remeros.

...os orillas pasaban misteriosamente en ...dad; los árboles, confusos en la noche, ...o grandes sombras, y las selvas huían ... selvas.

...-Bubú dirigía el cantar de los reme-...os. Su voz era triste y delgada, con ... alta, de timbre salvaje, y luego arras-... en lamento hasta los bajos extremos; ...ces, el coro la repetía con voz lenta ... Y así en largas horas, oíase la misma ...aña seguida de igual contestación de ...eros... Entonaban largo rato alaban-... spahis, a sus perros, a sus caballos, se-... loores a los guerreros de la familia ... y hasta a Sabutané, una mujer legen-... las riberas del Gambia.

...do la fatiga o el sueño disminuían el ...nto regular de los remeros, Sambá-Bu-... entre dientes, y este silbido de rep-...do por todos reavivaba su ardor co-... magia.

... se encajona finalmente entre dos filas ...tas colinas. Agítanse luces en lo alto, ... gran peñasco que se levanta ante ellos; ... parecen descender hacia las orillas, Sambá-Bubú enciende una antorcha y ... un grito de reunión; son gentes de ...gué que llegan a su encuentro. Han ...

...gué está encaramada en la cúspide de ...sco vertical. Se llega allá por senderos ... y los negros alumbran con antorchas. ...e sobre esteras, arriba, en una gran ... que han preparado, aguardando el día, ... tardará en aparecer.

XXVI

... despertado primero, tras una hora de ...vió al abrir los ojos las claridades del ... empezaban a filtrarse en una choza de ...minando jóvenes medio desnudos que ...ban en tierra con la cabeza sobre sus ...as rojas: alsacianos, picardos, bretones, ... de rubias cabezas del Norte, y Juan ... despertar en aquel momento una ... concepción iluminada, de visión de ... triste y misteriosa, de los destinos de ... expatriados, locamente derrochados, ...dos por la muerte.

...go, muy cercana a él, una forma gra-... mujer; dos negros brazos con aros de ... se extendían como para enlazarlo. ...ces, lentamente, recordó que había lle-... la noche a una aldea de Guinea, per-... inmensas regiones salvajes; que él esta-... más lejos que nunca de la patria, en un ... que ni siquiera llegaban las cartas.

...uido, para no despertar a Fatu y a los ... que dormían aún, se acercó a la venta-...na y observó el país desconocido.

... allí veía un precipicio de cien metros ...fundidad. La choza en que él estaba pa-... suspendida en el aire, arriba. A sus pies, ... aurora matutina, un paisaje del interior, ... apenas de pálidos resplandores.

...as abruptas, en las que había amontona-...getaciones que no había visto nunca. ...o, en lo más profundo, el río que lo ha-...ido sobre el fango como una larga cinta ..., velado a medias por una blanca nube ...pores matinales; posados en las orillas, los ...s parecían pequeños lagartos vistos des-... alto. Un olor desconocido en el aire. ...nuados, los remeros dormían allá abajo, ... mismo sitio en que se habían tendido al ... acostados en su bote, sobre sus remos.

XXVII

... límpido arroyo serpenteaba sobre un ... de piedras oscuras entre paredes de rocas ...as y pulidas. Los árboles daban forma en lo alto a una bóveda. Todo tan fresco, que uno se hubiese creído en cualquier parte menos en un rincón ignorado del Africa.

Las mujeres, desnudas, del mismo matiz que las rocas, moreno rojizo, y con la cabeza cargada de ámbar, lavaban allí sus trapos, refiriéndose con animación los combates y sucesos de la noche. Pasaban cruzando el arroyo guerreros armados de pies a cabeza, marchando a la guerra.

....

Juan daba su primer paseo por aquella aldea a la que su nuevo destino lo había llevado, durante un tiempo cuya extensión desconocía. Los negocios se embrollaban y el puesto de Gadiangué veía ya el momento en que cerraría sus puertas dando tiempo a la política negra para apaciguarse, como quien cierra sus ventanas ante un chaparrón de verano.

Pero todo aquello era movible, vivo, original en exceso. Había verdor, flores, selvas, montañas y aguas corrientes; un gran esplendor terrible en toda la naturaleza...

Nada era triste, y todo ello era desconocido.

....

No; realmente no es triste todo esto. Este aire tan cálido tiene una pesadez malsana; pero, no obstante, no es el silencioso aplastamiento de las costas del Senegal; y la fuerte savia ecuatorial circula por doquier.

Juan mira y se siente vivir. Ya no lamenta haber venido; su imaginación no había sospechado nada parecido.

Más tarde, *en el país*, cuando esté de vuelta, se considerará dichoso por haber pisado esta región lejana y por acordarse de ello.

El imagina esta estancia en el Ouankará como un período de libertad pasado en un país maravilloso, de verdor y de selvas, país de caza; y lo acepta como una tregua a la horrible monotonía del tiempo, a la regularidad mortal del destierro.

XXVIII

Juan poseía un viejo reloj de plata, al que quería tanto como Fatu sus amuletos; el reloj de su padre, que éste le había entregado en el momento de la partida. Esto, y una medalla que llevaba al pecho, pendiente de una cadena, era lo que más estimaba en el mundo.

La medalla era de la Virgen. Se la había puesto allí su madre, cuando estuvo enfermo, siendo muy pequeñito. No obstante, recordaba el día en que aquella medalla le había sido puesta allí y nunca se la había quitado. Estaba él en su primera camita de niño, con no sé qué enfermedad de la infancia, la única que había pescado en su vida. Al despertarse cierto día, vió a su madre cerca de él, llorando. Era una tarde invernal y había nieve que se veía por la ventana, como una blanca capa sobre el bosque.

Su madre, alzándole suavemente la cabecita, le había colgado al cuello aquella medalla; después lo había besado y él se quedó dormido.

De esto hacía más de quince años; luego el cuello había engordado y el pecho se había ensanchado mucho; pero la medalla estaba siempre en su sitio. Jamás había sufrido tanto como cuando, la primera noche que pasó en un mal lugar, las manos de no sé qué muchacha habían hallado la medalla sagrada, y la tal se echó a reír al verla...

En cuanto al reloj, hacía sus buenos cuarenta años que fué comprado, en remate, por su padre, en épocas en que él hacía el servicio, con sus primeras economías de soldado. Antes, había sido un reloj muy notable; pero ahora era ya un poco anticuado, grande y abultado, con timbres, demostrando una edad muy venerable.

Su padre lo consideraba todavía como un objeto de raro mérito. (Los relojes no eran muy conocidos entre los montañeses de su pueblo.)

El relojero de una aldea vecina, que lo había compuesto en el momento de la partida de Juan para el servicio, había dicho que tenía una marcha notable; y su padre anciano le había

confiado esta compañía de su juventud, con toda clase de recomendaciones.

Juan, al principio, lo había usado; pero en el regimiento oía estallidos de risa cuando miraba la hora. Se habían llegado a hacer bromas tan locas sobre *aquella cebolla*, que el pobre Juan se puso rojo de cólera y de tristeza por dos o tres veces. Oír faltar al respeto a aquel reloj... Hubiera preferido escuchar toda clase de injurias contra él mismo, que él pudiera devolver, y cachetes en pleno rostro. Esto le causaba tanta mayor pena cuanto que, en su interior, se había visto forzado a reconocer que era un poco ridículo aquel reloj viejo. Y lo quiso aún más; le causaba una pena inexplicable verlo así despreciado, y, más que nada, encontrarlo chocante, él mismo.

Entonces dejó de usarlo para evitarle nuevas afrentas. Ni le daba cuerda, para no fatigarlo; además que, después de las sacudidas del viaje y bajo la influencia de aquel clima tan tórrido al que no estaba acostumbrado, el pobre reloj dió en marcar las horas más inverosímiles; verdaderamente, a desatinar.

Lo guardó con amor en una caja en la que conservaba sus objetos más preciosos, sus recuerdos de la tierra, sus cartas. Aquella caja era la de los fetiches, una de las cajas absolutamente sagradas, como poseen siempre los marineros, y, rara vez, los soldados.

A Fatu le había prohibido formalmente tocarla.

Sin embargo, aquel reloj la atraía. Ella había encontrado el modo de abrir el cofrecillo precioso; habría aprendido a darle cuerda sola, cuando Juan no estaba en casa, y a dar las horas, y a hacer girar las agujas. Y acercándolo a su oído, escuchaba con gestos curiosos de tití los ruiditos débiles que hubiese hecho una caja de música.

XXIX

En Gadiangué no se sentía jamás una sensación de frescura ni de bienestar, ni siquiera frescas noches de invierno, como en el Senegal.

De mañana ya, bajo las verduras admirables, igual temperatura densa y mortal; por la mañan ya, en las selvas habitadas por monos vocingleros, loros verdes y colibríes raros, antes de salir el sol, en los senderos llenos de sombra, en las hierbas altas mojadas por las que se deslizaban las serpientes, siempre, siempre, por todas partes y a toda hora, el mismo calor de estufa, aplastante, húmedo, emponzoñado... Las pesadeces cálidas del Ecuador, concentradas todas las noches bajo el ramaje de los grandes árboles; y la fiebre en el ambiente, por doquier.

Al cabo de tres meses, como ya se previera, el país estaba en calma. Había acabado la guerra, las degollinas negras. Las caravanas comenzaban a cruzar de nuevo, llevando a Gadiangué, desde el fondo del Africa, marfil, plumas, oro, todos los productos del Sudán y de la Guinea.

Y habiéndose dado orden de volver a los refuerzos, fué un barco en busca de los spahis a la desembocadura del río para transportarlos al Senegal.

¡Ay! ¡Ya no estaban allí todos los pobres spahis! De doce que llegaron, dos faltaron al toque de llamada; dos quedaron tendidos en la tierra maldita de Gadiangué, arrebatados por la fiebre.

Economía



—Avísame cuando pasemos una estación de servicio. Diez kilómetros antes se me ha acabado la nafta.

Pero la hora de Juan no había llegado, y, un día, rehizo en sentido inverso el camino que recorriera tres meses antes en el bote de Sambá-Bubú.

XXX

Esta vez era pleno mediodía, en una piragua mandinga, al abrigo de un toldo mojado.

Bordeábanse las verduras espesas de la orilla, se cruzaba bajo ramas y bajo raíces pendientes de los árboles, para aprovechar algo de sombra cálida y peligrosa que caía sobre el agua.

El agua era densa como el aceite, parecía estacada e inmóvil, con leves vapores de fiebre que se alzaban acá y allá sobre la superficie bruñida.

El sol estaba en el cenit; a plomo, lucía recto, en medio de un cielo de un gris violáceo, de estaño, que estaba empañado por los miasmas de los pantanos.

Era algo tan espantoso el calor que hacía, que los remeros negros estaban obligados a descansar, a pesar de todo su valor. El agua cálida no calmaba su sed; estaban como derretidos en sudor y extenuados.

Y cuando se detenían, la piragua, llevada dulcemente por una corriente casi insensible, seguía su camino a la deriva. Y los spahis podían ver este mundo aparte muy de cerca: el mundo de los mangles que pueblan las marismas de Africa ecuatorial.

Este mundo dormía a la sombra, en los follajes obscuros de las grandes raíces.

Allí, a dos pasos de ellos, que se deslizaban sin ruido, que pasaban lentamente sin despertar ni aun a los pájaros, tocándolos, estaban los amarillos caimanes tendidos muellemente sobre el fango, abriendo las viscosas fauces, idiota y sonriente el aspecto. Había ágiles garzas blancas que dormían, hechas una bola y posadas en una de sus largas patas, para no ensuciarse, sobre el dorso mismo de los caimanes inmóviles. Había somormujos de los verdes y azules que dormían la siesta en las ramas, a ras del agua, en compañía de lagartos perezosos. Y grandes mariposas sorprendentes nacidas en temperaturas de caldera.

. . . .

La pesadez de mediodía había pasado, y volaban algunos pájaros. Mas, el país permanecía siempre silencioso; hasta perderse de vista, los mismos árboles, la misma calma, la misma uniformidad. Sólo una orla monótona de mangles, figurando en las lejanías las formas conocidas de los álamos de nuestros ríos de Francia.

A derecha e izquierda abríanse, de distancia en distancia, otros cursos de agua que iban a perderse a lo lejos, también silenciosos, franjeados por las mismas cortinas de igual verdor. Era precisa la experiencia suma de Sambá-Bubú, para no extraviarse en el dédalo de aquellos riachuelos.

Ni un movimiento, ni un ruido, excepto, la zambullida enorme de un hipopótamo, de rato en rato, a quien molestaba el ruido rítmico de los remeros, y que se alejaba, dejando sobre el espejo de las aguas turbias y cálidas enormes remolinos concéntricos.

Por eso cerraba tanto los ojos Fatu, acostada en el fondo de la piragua para más seguridad, con un doble protector de hojas y de telas mojadas sobre la cabeza. Es que ella se había enterado por adelantado, y sabía qué clase de huéspedes pueden verse en aquellas orillas.

Cuando llegó a Pupubal, había efectuado el viaje entero sin atreverse a mirar nada durante todo el recorrido. Juan, para decidirla a que se moviese, tuvo que afirmarle que positivamente habían llegado; que, además, era noche negra y que el peligro no existía, por consiguiente.

Ella estaba apelotonada en el fondo de la piragua y contestó con dolorida voz de niño mimoso. Querría que Juan la alzase en sus brazos y que él mismo la dejase en el barco de Gorea. Y así se hizo. Este modo de solicitar las cosas tenía siempre éxito con el pobre spahi, que a ratos consentía en mirar a Fatu, por necesidad de ternura, por necesidad de querer a alguien y a falta de algo mejor.

XXXI

El gobernador de Gorea recordó la promesa hecha al spahi Boyer: a su regreso, Juan fué enviado nuevamente a San Luis para terminar allí su tiempo de servicio.

Juan, al ver de nuevo el país de arena y la ciudad blanca, sintió honda emoción; estaba unido a ella, como se está siempre a los lugares en los que se ha sufrido mucho y se ha vivido largo tiempo. Y hasta sintió cierta alegría en los primeros momentos, al volver a ver casi *una ciudad*, civilización casi, con los hábitos y los amigos antiguos, todas las cosas de que fué necesario verse privado durante cierto tiempo, para no hacer de ellas, al regresar, el menor caso.

Los alquileres están bajos en San Luis. La casa de Sambá-Hamet no tenía nuevos inquilinos: Curá-n'diaye vió volver a Juan y a Fatu y les abrió las puertas de su viejo alojamiento.

Los días retomaron para el spahi su monótono curso de antes.

XXXII

Nada ha variado en San Luis. La misma tranquilidad en el cuartel. Los marabúes domesticados que habitan su lecho crotoraban pasmándose al sol, con el mismo grito de madera seca, de ruedas de molino de viento.

Las negras molían aún su eterno alcuzcuz. Por todas partes iguales ruidos familiares, la misma calma de la naturaleza abrumada, el mismo silencio monótono.

Pero Juan estaba cansado ya de todas estas cosas.

De día en día, también, iba alejándose de Fatu; estaba del todo disgustado con su negra amante. Ella se había hecho más exigente y mala, sobre todo, desde que notó el imperio que ejercía sobre Juan, desde que él se quedó por su causa.

Frecuentemente había peleas entre ellos; a veces, ella lo exasperaba a fuerza de perversidad y malicia. Entonces él había com[illegible] a golpearla a latigazos, al principio [illegible] fuerte, pero más duramente después. [illegible] la espalda desnuda de Fatu los golpes [illegible] a veces, negro sobre negro, marcas [illegible] rayas. Después, él lo sentía y se aver[illegible]

Un día, al volver él a su casa, vió [illegible] un *khassonké*, una especie de gorila [illegible] negro, descolgarse ligero por la ventana. [illegible] dijo; después de todo, lo que ella hicie[illegible] le importaba...

Se habían secado en él los sentimi[illegible] piedad, o quizá de ternura que pudo [illegible] nido hacia ella en algún momento. Ya [illegible] cansado, descorazonado, harto. Un[illegible] por inercia la conservaba aún.

El último año había comenzado; [illegible] barruntaba ya la partida, el fin. ¡C[illegible] a contar por meses!

El sueño le huía, como ocurre [illegible] en los países enervantes. Quedaba [illegible] ras de la noche apoyado de codos [illegible] tana, aspirando con voluptuosidad [illegible] de su último invierno, y, sobre tod[illegible] do con el regreso.

La luna, terminando su tranquilo [illegible] el desierto, lo encontraba, a menu[illegible] ventana. Le agradaban las hermos[illegible] de los países tropicales, sus rosada[illegible] des en la arena, el argentado rielar [illegible] sas aguas del río; todas las noches [illegible] traía de las planicies de Sorr el la[illegible] no de los chacales, y hasta aquel [illegible] bre se le había hecho ya un grito f[illegible]

Y cuando pensaba que pronto iba [illegible] donar todo aquello definitivamente, [illegible] taba como una vaga tristeza sobre [illegible] de volver.

XXXIII

Hacía ya varios días que Juan [illegible] abierto su cofre de cosas precios[illegible] su viejo reloj.

Estaba en el cuartel, atareado co[illegible] vicio, cuando, de improviso, pensó [illegible] un sentimiento de inquietud.

Regresó a su casa andando más [illegible] de costumbre, y, al llegar, abrió [illegible]

Sintió un golpe en el corazón; ¡[illegible] Apartó febrilmente los objetos... ¡N[illegible] taba!...

Fatu canturreaba con aire indife[illegible] servándolo de soslayo. Estaba enhebr[illegible] tecillas, combinando tonos para [illegible] grandes preparativos para las fiestas [illegible] ximo día, la *bambulás* de la Taba[illegible] que había de presentarse adornada [illegible]

—¿Lo has puesto tú en otra parte? [illegible] to, Fatu!... ¡Yo te tenía prohib[illegible] lo!... ¿Dónde lo has colocado?...

—*¡Ram!* (¡No sé!) — contestó F[illegible] diferencia.

Una especie de sudor frío empez[illegible] de la frente de Juan, loco de an[illegible] cólera. Agarró a Fatu y la sacudió b[illegible] por el brazo.

—¿Dónde lo has puesto?... ¡Vam[illegible] en seguida!

—*¡Ram!*

De pronto, lo vió todo claro. A[illegible] ver un paño nuevo de rayas azules [illegible] cuidadosamente escondido en un [illegible] parado para la fiesta.

Comprendió; tomó el paño, lo es[illegible] al suelo.

—¡Has vendido el reloj! — excl[illegible] — [illegible] mos, pronto, di la verdad!

La arrojó de rodillas en tierra [illegible] su látigo.

Bien sabía Fatu que había sustr[illegible] un objeto precioso y que aquello [illegible] pero poseía la audacia de la impunid[illegible] hecho ya tantas y siempre había J[illegible] nado!...

Sin embargo, nunca lo había [illegible]

...o; sintió miedo, lanzó un grito, y se ...rle los pies:
...., *Tjuan*, perdón!...

....

... conocía su fuerza en los momentos ...

...s violencias un poco salvajes de los ... han crecido en los bosques. Feroz... ...elaba el torso desnudo de Fatu, ... en él rayas de las que brotaba la ... su rabia crecía golpeando...
...vergonzado de lo que había hecho ... su fusta a tierra, se dejó caer sobre ...

XXXIV

...os después, Juan se fué corriendo al ... de Guet-n'dar.
...bía confesado finalmente la verdad ... nombre del mercader a quien lo ha...do. Juan esperaba que estuviese aún ... podría rescatar su viejo reloj. Acaba... ...rar su sueldo y creía tener bastante ...

... muy de prisa; corría ansioso por lle... ... si precisamente durante el trayecto ... allí algún comprador negro, dispues... ...irirlo.

....

...t-n'dar, sobre la arena, bullicio, con... ... todas las razas, babel de todas las ... del Sudán. Allí se encuentra perpetua... ... gran mercado, repleto de gentes de ... países, en el que se vende de todo: ...preciosos y ridículos; mercancías útiles ...extravagantes; cosas inverosímiles; oro ..., carne y cautivos; carneros vivos y ...os; ungüentos y comida; fetiches y ...

... lado, cerrando el cuadro, un brazo del ... San Luis detrás: líneas rectas y terrazas ...s; blancuras azuladas de cal, salpi... ...rojizos ladrillos; y acá y allá, el pena...rillento de las palmeras, elevándose en ...azul.
... el otro lado, Guet-n'dar, el hormigue... ..., de techos puntiagudos.
... caravanas detenidas, camellos arrodi... ... la arena, moros descargando sus sacos ...etes, y de fetiches de cuero labrado. ... de mercaderes acuclillados en la are... ...do o riñendo, empujados, pisoteados ... sus productos por los clientes.
...! ... *Diendé m'pat!* (Vendedores de le... ..., envasada en pieles de bode cosidas ... vueltas, con el pelo por dentro).
...! *Diendé nebam!*... (Vendedores de ..., de raza peuhl, con enormes mo... ...ornes con adornos de cobre, toman... ...odres peludos la mercancía con las ma... ...rollándola con los sucios dedos en ... a cinco centavos la pieza, y limpián... ... pies después, con sus cabellos.)
...! *Diendé kheul!... Diendé korompolé!* ...dores de chucherías, de paquetitos de ... hechizadas, colas de lagartos y raíces ...piedades mágicas.)
...! *Diendé tchiakhkhá!... Diendé djiarab!* ...dores de granos de oro y jade, de perlas ...r, de chapas de plata, todo disemina... ... tierra sobre telas sórdidas y pisoteado ... compradores.)
...!... *Diendé guerté!... Diendé khan-* ... *Diendé iap-nior!* (Vendedores de al... ..., de patos vivos, de comestibles insen... ... de carnes secas al sol y pastas con azúcar ...as por las moscas.)
...dedores de pescado salado, vendedores ...as alhajas, de viejas telas grasosas e in..., oliendo a cadáver; de manteca de Ga... ...ra el mantenimiento del cabello crespo, ...colitas cortadas o arrancadas a cabezas de ... muertas, trenzadas y engomadas, prepa... ...por completo.
...dedores de baratijas, de viejos fusiles, de ...entos de gacela, de antiguos coranes con ...iones de los píos marabutos del desierto; de almizcle, de flautas, de filosos puñales con cabo de plata, de viejos cuchillos de hierro que han rasgado vientres, de tam-tames, de cuernos de jirafas y de viejas guitarras.

Y la truhanería, la piojería negra, sentada en torno, bajo los esbeltos cocoteros amarillos; mujeres leprosas extendiendo sus manos cubiertas de úlceras blancas, pidiendo limosna, y viejos consumidos, medio muertos, con las piernas hinchadas por la elefantiasis, con grandes moscas y gusanos chupando sus llagas en carne viva.

Y estiércol de camello por tierra, restos de todas clases y montones de residuos. Y arriba, cayendo a plomo, uno de esos soles abrasadores que se sienten allí tan próximos a uno, con rayos que queman como los de un brasero demasiado cercano.

Y siempre, invariablemente, por horizonte, el desierto; la superficie infinita del desierto...

....

Allí, ante la tienda de un tal Bob-Bakary-Diam, se detuvo Juan observando con mirada ansiosa y rápida, con recios latidos en el corazón, el montón de objetos heterogéneos esparcidos ante él.

—¡Ah, sí, mi blanco! — dijo Bob-Bakary-Diam, en yolof, con suave sonrisa —. ¿El reloj que toca?... Hace cuatro días que la joven estuvo a vendérmelo por tres *khâliss* de plata. Lo siento, mi blanco, pero como marchaba, lo vendí el mismo día a un jefe de trarzás, que pasaba en caravana para Tombuctú.

....

¡Se acabó! No había ya que pensar más en el querido reloj viejo.

El pobre Juan sintió una gran tristeza, un desgarramiento del alma, como si por su culpa hubiese perdido un ser querido.

Si al menos pudiese ir a abrazar a su anciano padre, y pedirle perdón, esto lo habría consolado algo. Si al menos se le hubiese caído en el mar, o en el río, o en cualquier lugar del desierto, ¡pero, así, vendido, profanado por Fatu!... ¡Era demasiado!... Casi habría llorado si no hubiese sentido contra aquella criatura tanta furia en su corazón.

¡Era Fatu la que desde hacía cuatro años le robaba su dinero, su dignidad, su vida! ¡Por ella había perdido su ascenso, todo su porvenir de soldado; por conservarla se había quedado en Africa, por aquella mujer mala, negra de rostro y de alma, rodeada de amuletos y de sortilegios! Y se ofuscaba, caminando bajo el sol. Contra sus maleficios se había apoderado de él una especie de terror supersticioso; contra su perversidad y su impudencia y la osadía que acababa de demostrar, estaba poseído por un furor insensato. Y regresaba a su casa de prisa, hirviéndole la sangre, exasperado de angustia y de cólera, ardiéndole la cabeza.

XXXV

Ella aguardaba este regreso con gran ansiedad.

Al verlo entrar comprendió que no había encontrado el viejo reloj que sonaba.

Tenía él un aspecto tan extraño, que ella pensó que, probablemente, la mataría.

Y comprendía que si a ella le hubiesen robado un cierto amuleto reseco, el más preciado que tenía y que cuando ella era muy niña le había regalado su madre en Galam, ¡oh!, se habría abalanzado sobre el ladrón y, si hubiese podido, lo habría matado.

Comprendía que ella había hecho algo muy grave, impulsada por los malos espíritus, por su defecto de gustarle adornarse. Se sabía mala. Estaba disgustada por haber provocado tanta pena a Juan; le era indiferente que la matase, pero hubiera deseado besarlo.

Cuando él la azotaba, casi experimentaba un placer, porque apenas había otros instantes que éstos, en los que él la tocaba y ella podía tocarlo apretándose contra él para pedir perdón. Esta vez, cuando él fuese a agarrarla, como no tenía nada que perder, pondría todas sus fuerzas para enlazarlo, para tratar de llegar hasta sus labios, y luego se aferraría a él besándolo hasta quedar muerta. Y esto le sería indiferente.

....

Si el pobre Juan hubiese podido imaginar lo que pasaba en aquel corazoncito torvo, indudablemente, para su desgracia, habría perdonado una vez más. No era difícil conmoverlo.

Pero Fatu no hablaba, porque sabía que todo aquello no podía explicarse; y la idea de aquella lucha suprema en cuyo transcurso iba a abrazarlo, a besarlo y a morir por él, con lo que terminaría todo, esta idea la encantaba, y esperaba, clavando en él sus grandes ojos de esmalte, con una expresión de pasión y de horror.

Pero Juan había entrado y nada le había dicho; ni la había mirado siquiera. Y esto no lo comprendía ella.

Al entrar, había arrojado su látigo, porque estaba avergonzado de haber sido rudo con una mujer y no quería volver a serlo.

Unicamente empezó a quitar todos los amuletos que colgaban de las paredes y a arrojarlos por las ventanas.

Luego tomó los paños, los collares, los *bubús*, las calabazas, y, siempre sin decir una palabra, los lanzó afuera, a la calle.

Fatu comenzaba a adivinar lo que le esperaba; comprendía que todo había terminado, y quedó aterrada.

Cuando todo lo suyo estuvo fuera ya, desparramado por la plaza, Juan le enseñó la puerta, diciéndole simplemente, entre sus dientes blancos apretados, con voz sorda, que no admitía réplica:

—¡Vete!...

Y Fatu, inclinando la cabeza, se fué sin decir nada.

No; ella no se había figurado nada tan espantoso como ser expulsada así. Sentía volverse loca, y se fué sin atreverse a alzar la cabeza, sin poder lanzar una queja, sin decir una palabra, sin verter una lágrima.

XXXVI

Entonces Juan se puso a arreglar con calma todo lo que era de él, a doblar sus ropas cuidadosamente, como para hacer su maleta de soldado; lo empaquetaba todo con prolijidad, por hábito de orden adquirido, a su pesar, en el regimiento, y aun se apresuraba, por temor a ser dominado por el sentimiento, y ser débil.

Sentíase algo consolado por aquella decisión terrible, por aquella satisfacción dada a la memoria del viejo reloj; dichoso por haber tenido coraje para hacerlo definitivamente, pensando que pronto vería a su padre y le contaría todo para conseguir su perdón.

Después, cuando hubo acabado, bajó a casa de Curá-n'diaye, la griota. Vió a Fatu, que allí se había refugiado, inmóvil, acurrucada en un rincón. Las esclavitas habían ordenado todas sus cosas y las habían puesto en las calabazas, a su lado.

Juan no quiso ni mirarla. Acercándose a Curá-n'diaye, le pagó su mensualidad avisando que no regresaría más, se puso al hombro su ligero equipaje y salió.

....

¡Pobre viejo reloj! Su padre habíale dicho: "Un poco antiguo es, Juan, pero muy bueno y acaso no se fabriquen hoy tan buenos como él. Cuando seas rico, más adelante, te comprarás; si quieres, uno moderno; pero me devolverás éste. Cuarenta años hace que me acompaña; ya lo tenía en el regimiento, y cuando muera, si tú no lo quieres, lo pondréis en mi ataúd; me hará compañía por allá"...

. . . .

Cura-n'diaye había recibido el dinero del spahi sin hacer reflexiones sobre aquella insólita resolución, con su indiferencia de vieja cortesana al tanto de todo.

Cuando Juan hubo salido, llamó a su perro laobé, que lo siguió con las orejas caídas como dándose cuenta de la situación, y disgustado por marcharse. Después caminó sin volver la cabeza, descendiendo las largas calles de la ciudad muerta, en dirección al cuartel.

TERCERA PARTE

I

Cuando Juan hubo expulsado así, para siempre, a Fatu-gaye, experimentó gran consuelo por haberlo hecho. Cuando hubo dispuesto en su armario de soldado todo su menguado equipaje, ordenadamente traído de la casa de Sambá-Hamet, se encontró más libre y más dichoso. Aquello le parecía un paso más hacia la venturosa *licencia absoluta* de la cual sólo le separaban ya muy pocos meses.

No obstante, él había tenido piedad de Fatu. Había querido una vez más facilitarle el dinero de su paga, para proporcionarle una instalación nueva o medios de marcharse.

Pero como prefería no verla, había encargado al spahi Muller esa comisión.

Muller había ido a la casa de la griota. Pero Fatu se había marchado.

—Ha sentido mucha pena – dijeron en yolof las esclavitas, formando rueda y hablando todas a la vez.

—Por la tarde no ha querido comer el alcuzcuz que le habíamos preparado.

—Por la noche – dijo la pequeña Sam-Lelé – la he oído hablar en voz alta, soñando, y hasta los laobés han gañido, lo que es de muy mal agüero. Pero no he podido comprender lo que decía.

Había partido, llevándose sus calabazas en la cabeza, un poco antes de la madrugada.

Una macaca conocida por Bafufalé-Diop, jefa de las esclavas de la griota, mujer muy curiosa por naturaleza, la había seguido a la distancia y la había visto cruzar el puente de madera, por el brazo pequeño del río, encaminándose hacia N'dar-tut, *con aires de saber adónde iba.*

Se creyó en el cuartel que habría ido a pedir asilo a cierto anciano marabuto muy rico de N'dar-tut, que la admiraba mucho. Lo cierto es que, aunque *keffir*, era ella muy hermosa para no sentirse atraída por su persona.

Durante algún tiempo, Juan evitó pasar por los alrededores de Curá-n'diaye.

Y luego, muy pronto, no pensó más en ella.

Parecíale que había recobrado su dignidad de *hombre blanco*, manchada por el contacto de aquella carne negra. Sus embriagueces de otrora, la fiebre de los sentidos sobreexcitados por el sol de Africa, no le inspiraban ya, cuando miraba hacia el pasado, más que un profundo malestar.

Se forjaba una existencia nueva, de continencia y honestidad.

En el futuro, viviría en el *cuartel*, como un hombre sensato. Ahorraría para llevar a Juana Méry una cantidad de recuerdos del Senegal: hermosas esteras que serían más tarde adorno de su hogar soñado; tejidos bordados, cuyos bellos colores serían la admiración de la gente de su país y que en su casa utilizarían como tapetes de mesa magníficos, y, sobre todo, aros y una cruz de oro fino de Galam que especialmente mandaría hacer para ella a los más hábiles artífices negros. Ella se los pondría para engalanarse, el domingo al ir a la iglesia con los Peyral, y sin duda en el pueblo ninguna otra joven poseería alhajas tan preciosas.

. . . .

El pobre niño grande de aire taciturno formaba así en su joven cabeza inculta un sin fin de proyectos casi infantiles, ingenuos sueños de ventura, de vida familiar y de apacible honradez.

Juan tenía entonces veinteséis años; se le habrían dado algunos más, como sucede con frecuencia con las personas que han llevado la vida ruda de la campaña, del mar o del ejército. Los cinco años del Senegal lo habían transformado mucho; sus facciones habíanse acentuado; estaba más curtido y delgado; había tomado un aire más militar y más árabe; su pecho, sus hombros, se habían ensanchado mucho, aunque su cintura continuaba flexible y delgada. Usaba el fez y se retorcía el largo bigote obscuro con una coquetería de soldado que le quedaba a las mil maravillas. Su fuerza y su hermosura inspiraban cierto respeto involuntario a los que lo rodeaban. Se le hablaba de modo muy distinto que a los demás.

Un pintor lo hubiera elegido como prototipo de perfección viril y de noble encanto.

II

Un día, en un mismo sobre con el timbre de su aldea, recibió Juan dos cartas: una de Juana y otra de su viejecita madre querida.

Carta de Francisca Peyral a Juan

"Mi hijo querido:

"Muchas novedades hay desde mi última carta, y vas a quedarte asombrado. Pero no te preocupes por adelantado; es necesario hacer como nosotros, hijo querido, y rogar al buen Dios y tener siempre fe.

"Empezaré por decirte que ha venido al país un nuevo alguacil, M. Próspero Suirot, al que no apreciamos mucho, porque es duro con los pobres y tiene un alma torcida; pero es persona de buena posición; no se puede opinar lo contrario. Pues el señor Suirot ha pedido la mano de Juana a tu tío Méry, quien lo ha recibido como yerno. Luego vino Méry a provocar una escena, una tarde aquí; había mandado tomar informes respecto a tu conducta, sin decírnoslo, cerca de tus coroneles, y, según parece, se los han dado malos. Dicen que vives ahí con una mujer negra; que la has tenido a pesar de todas las observaciones de tus jefes en contra, y que esto es lo que no te deja ascender a sargento; que corren malas voces a tu respecto; muchas cosas, hijo querido, que jamás habría creído; pero está escrito en un papel impreso que nos ha mostrado y en el cual aparecían los sellos del regimiento. Juana vino a refugiarse a nuestra casa, diciendo que jamás se casará con Suirot, deshecha en llanto, que no será jamás sino tu mujer, y que prefiere irse a un convento, querido Juan. Ella te ha escrito una carta que te remito, en la que te indica lo que debes hacer; tiene mucho talento, ya es mayor; haz todo cuanto te diga y escribe a vuelta de correo a tu tío, como te pide. Dentro de diez meses vas a volver con nosotros, mi hijo querido; con tu conducta hasta licenciarte y pidiendo mucho a Dios, esto se podrá arreglar aún; pero estamos muy acongojados, como imaginarás; tememos también que Méry prohiba a Juana venir a nuestra casa, y entonces la desgracia sería grande.

"Peyral se une a mí, mi hijo querido, para besarte y para rogarte que nos contestes pronto.

"Tu vieja madre que te quiere hasta la muerte,

"FRANCISCA PEYRAL."

Juana Méry a su primo y novio Juan

"Mi querido Juan:
"Estoy tan afligida que quisiera mo
Es para mí una desgracia que no hayas
minado y que no hables de volver pronto
sulta que mis padres, de acuerdo con mi
no, quieren casarme con ese Suirot de
ya te he hablado; me vuelven loca cont
que es rico y que debo aceptar el ho
que me haya pedido en matrimonio. Ya
prenderás que digo que no y me arru
ojos llorando.
"Mi Juan querido, soy muy desgracia
todo el mundo en contra de mí. Oliveta
se ríen al verme siempre con los ojos r
creo que ellas se casarían de buen gra
el gran Suirot, con sólo que él se lo
A mí de sólo pensarlo me dan escalofr
ramente no me casaré con él jamás,
braré de todos, si me obligan, yénd
convento de San Bruno.
"Si pudiese ir alguna vez a tu casa a
con tu madre, esto me alentaría, pu
por ella tanto respeto y tanto cariño
fuese su hija; pero ya me ponen
porque voy con mucha frecuencia,
sabe si pronto no me lo prohibirán
"Mi Juan querido; es preciso que h
cuanto voy a pedirte. Me he enterado
corren malas voces a tu respecto;
que las hacen correr con el único
influir en mi ánimo, y no creo una
todos los cuentos; aquí no hay nad
conozca como yo; eso no es posible
de todo, me alegraría que dijeses
esto, y que me hablases de tu cariño
que esto agrada, aún sabiendo que es
escribe en seguida a mi padre, para
en matrimonio; hazle la promesa, sobr
que en el país te conducirás siempre
hombre sensato y formal, de quien n
nada que decir siendo mi marido. D
esto yo te adoraré de rodillas.
"¡Que el buen Dios tenga pieda
otros, mi amado Juan!
"Tu novia hasta después de muer

"JUANA

En la aldea apenas se saben expres
mientos del alma. Las muchachas
los campos sienten más hondamen
pero les faltan palabras para dar
emociones y pensamientos; el refin
lario de la pasión no existe para
ellas experimentan no saben traduci
con ayuda de frases sencillas, tranq
es toda la diferencia.
Fué preciso que Juana hubiese
vivamente para que escribiera es
Juan, que hablaba también este
guaje, comprendió todo lo que a
resolución y de amor. Ante la ardie
de su novia, tuvo esperanza y confi
contestación puso todo cuanto supo
y de reconocimiento. Dirigió a su
una petición formal, acompañada
juramentos de sensatez y de buen
miento. Y luego esperó sin ningun
la vuelta del correo de Francia.
Próspero Suirot era un joven al
cho y encorvado, librepensador f
beaba inepcias ateas sobre todas l
nas de otros tiempos, garrapatead
de vista baja, cuyos pequeños ojo
ocultaban tras unos lentes ahuma
te rival le inspiraba piedad a Jua
rimentaba una repugnancia instin
seres feos y deformes.
Seducidos por la dote y las grac
el aguacilillo creyó con su hinch
conceder un gran honor a la jov
ofreciéndole su desagradable pers
ma posición social. Hasta había
después de su casamiento, para



El director: — *¡Dios mío! ¿Cómo hago yo para decirle a toda esta gente que no tengo con qué pagarle?*

...ana, convertida en *señora*, usaría som-...

III

...eses habían transcurrido y los correos ...a nada habían traído al pobre Juan. ...lo, es cierto; pero nada bueno, tam-...

...Méry permaneció inflexible. Mas Jua-... lo fué, y en las cartas de la vieja ...dejaba deslizar siempre algunas pala... ...fidelidad y de amor.

...eno de esperanza, no dudaba que a ...al país todo podría arreglarse satis-...ente.

...e nunca se forjaba proyectos delicio-... ...espués de cinco años de exilio, la ...pueblo se le presentaba bajo aspectos ...s. Todos sus sueños de pobre aban-... ...o conducían a aquel instante sublime; ...su gran capa de spahi, a la diligencia ...dea, ver de nuevo las Cévennes, las ...olvidables de sus montañas, el camino ...luego el campanario amado, después ...paterno; y estrechar entre sus brazos ...alegría a sus ancianos padres queridos... ...s, los tres juntos iban a casa de los ...La buenas gentes del pueblo, las mo-... ...asomaban a las puertas para verlo ...es parecía guapo con su traje exótico ...empaque de Africa... El enseñaba ...los galones de sargento, que al fin ...n de concederle, y cuyo efecto sería ...e... Después de todo no era malo el ...; años atrás había reñido mucho a ...dad es; pero también lo había querido ...uan se acordaba; estaba muy seguro ... A la distancia, en el destierro, siem-... ...con los colores más suaves a los que ...ado en el hogar; se los recuerda ama-... ...buenos; se olvidan sus defectos, sus du-... ...su mal genio. Era imposible, pues, ...o Méry no se dejase conmover cuando ...sus dos hijos suplicándole juntos. Sin ...o los hombres de su tierra, sobre todo ...o de Juana sobre la suya... ¡Y, enton-... ...dicha, qué dulce y hermosa vida, qué ...a tierra!...

....

...desde luego, no se veía muy bien, ves-... ...o los hombres de su tierra, sobre todo, ...con el humilde sombrero campesino. ...bio era una de las cosas sobre las cua-... ...gustaba detener su pensamiento. Le pa-... ...e ya no sería él mismo, el arrogante ...su apariencia de antes. El había cono-... ...vida bajo su chaquetilla roja; bajo el ...Africa se había hecho hombre, y más ...e él suponía. El amaba todo aquello: ...rabe, sus ropas, su caballo, su gran país ...su desierto.

...abía Juan qué decepciones aguardan ...veces a los jóvenes marinos, soldados, ...uando regresan al pueblo, tan soñado, ...donan, niños aun, y que de lejos veían ...de prismas encantados.

A menudo, ¡que tristeza y qué tedio ...*en el país* el regreso de los expatriados! ...es como él, aclimatados, enervados en ...a, han llorado muchas veces por las are-... ...oladas del Senegal. Las largas jornadas a ...y la vida más libre y la gran luz, y los ...es inmensos, todo esto falta cuando se ...stumbrado a ello y no se tiene ya. En la ...el hogar se experimenta algo así como la ...d del sol devorante y del eterno calor, ...nza del desierto, la nostalgia de la arena.

IV

...anto, Bubakar-Segú, el gran rey negro, ...de las suyas en el Diambur y el país de ...ar. Había rumores de una expedición ...erra; de ello hablábase en San Luis, en ...ulos oficiales; se discutía, se comentaba ...maneras entre los soldados, spahis, tira-dores e infantes de marina. Era el rumor del día y cada cual esperaba ganar en esa oportunidad su ascenso, medalla o grado.

Juan, que iba a finalizar su servicio, se prometía rehabilitar allí todo cuanto pudo habérsele enrostrado respecto a su conducta pasada. Soñaba con poder ostentar en el ojal la cintita amarilla de los bravos; la medalla militar. Quería dar su adiós eterno al país negro con alguna hermosa acción de coraje que dejase su nombre indeleble en el cuartel, en aquel rincón de tierra en el que tanto había vivido y sufrido.

Un nutrido cambio de correspondencia se efectuaba diariamente entre los cuarteles, la comandancia de marina y el gobierno. Iban y venían grandes pliegos sellados que hacían soñar a los spahis; se preveía un expedición larga y seria y se aproximaba el momento. Y ellos afilaban su gran sable de combate, bruñían su armamento con derroche de palabras y bravura, copas de ajenjo y alegres ilusiones.

V

Eran los primeros días de octubre. Juan, que desde temprano había recibido orden de llevar de un sitio a otro papeles de servicio, fué finalmente al palacio del Gobierno, llevando un gran sobre oficial.

Por la larga calle recta, vacía y muerta como una calle de Tebas o Menfis, vió acercarse a él otro hombre rojo, en pleno sol, que le enseñaba una carta. Tuvo un cruel presentimiento, un vago temor, y apuró el paso.

Era el sargento Muller, que repartía a los spahis el correo de Francia, llegado hacía una hora, por caravana, de Dakar.

—Toma, para ti, Peyral — dijo entregándole el sobre con el matasellos de su querido pueblo.

VI

Esta carta que Juan esperaba hacía más de un mes le quemaba las manos, no sabiendo si leerla o romperla. Por último, resolvió esperar al término de su misión para abrirla.

Llegó a la verja del Gobierno. La puerta estaba abierta, y entró.

En el jardín, una gran leona domesticada se estiraba al sol con actitudes de gata amorosa. Dormitaban por tierra varios avestruces, junto a algunos áloes rígidos y azulados. Mediodía. Un silencio de sepulcro y grandes terrazas blancas sobre las cuales las palmeras jóvenes dibujaban sombras inmóviles.

Juan, buscando a quien dirigirse, llegó hasta una oficina en la que se hallaba el gobernador, rodeado de diferentes autoridades del servicio colonial.

Allí, hecho extraordinario, se trabajaba animadamente; parecía discutirse cosas graves a aquella hora tradicional de la siesta.

A cambio del sobre que llevaba Juan se le confió otro dirigido al comandante de los spahis.

Era la orden definitiva de ponerse en campaña, que al atardecer fué comunicada oficialmente a todas las tropas de San Luis.

VII

Una vez en la calle solitaria, Juan no pudo contenerse, y, tembloroso, abrió su carta.

Esta vez vió en ella únicamente la escritura de la anciana Francisca, escritura más temblona que nunca, manchada de lágrimas.

Devoró las líneas, y el pobre spahi sufrió un desvanecimiento, se tomó con las manos la cabeza y se apoyó contra la pared.

....

Era muy urgente, habíale dicho el gobernador, el documento que llevaba. Besó piadosamente el nombre de su anciana madre, y avanzó como un hombre ebrio.

....

¿Era posible aquello?... ¡Todo acabado, acabado para siempre!... ¡Le habían quitado su novia al pobre desterrado, su novia de la infancia, la que sus viejos padres le habían elegido!...

....

"Se han publicado las amonestaciones; la boda se realizará dentro de un mes. Yo me lo temía, mi querido hijo, desde el mes pasado. Juana no venía últimamente a vernos; pero no me atrevía a decírtelo aún, por no afligirte, ya que nosotros nada podíamos hacer.

"Estamos desesperados. Y ahora, querido hijo, se le ha ocurrido a Peyral una idea que nos da miedo: que tú no querrás ya volver a tu patria y que te quedarás en Africa.

"Nosotros somos ya muy viejecitos los dos, mi buen Juan, hijo mío; tu madre te ruega de rodillas que esto no te impida ser sensato ni venir a vernos como esperábamos. De otro modo preferiría morir al instante, y Peyral también."

....

Pensamientos inconexos, tumultuosos, se agolparon en la mente de Juan.

Efectuó un rápido cálculo de fechas. No; no

estaba todo terminado; no era un hecho consumado. ¡El telégrafo! Pero no; ¿en qué pensaba? No había telégrafo entre Francia y el Senegal. Y aunque lo hubiese, ¿qué hubiera podido decirles?... ¡Si pudiera partir en cualquier barco de rápida marcha y llegar aún a tiempo, arrojándose a sus pies, suplicando con lágrimas, acaso consiguiese aún enternecerlos!... ¡Pero tan lejos!... ¡Cuántas dificultades!... ¡Qué impotencia!... Todo estaría consumado antes de que pudiese enviarles solamente un grito de dolor.

Y le parecía que le oprimían la cabeza con manos de hierro, que apretaban su pecho con tornillos terribles.

Detúvose para volver a leer, y luego, recordando que llevaba una orden urgente del gobernador, guardó su carta y siguió andando.

....

A su alrededor todo estaba sepultado en la gran calma del mediodía. Las viejas casas de estilo morisco se alineaban correctamente con su blancura lechosa, bajo el intenso azul del cielo. A veces, al pasar, se oía tras las paredes de ladrillo una quejumbrosa y somnolienta canción negra, o bien, al paso de las puertas, se tropezaba con un negrito muy negro que dormía panza al sol, desnudo, con un collar de coral, y que parecía una mancha oscura en medio de toda aquella uniformidad luminosa. Por la sólida arena de las calles se perseguían los lagartos con graciosos balanceos de cabeza, y al arrastrarse describían con su cola algo así como arabescos. Un ruido lejano de pilones de alcuzcuz, monótono y regular como una especie de silencio, llegaba de Guet-n'dar, amortiguado por las cálidas y espesas capas atmosféricas del mediodía...

Esta tranquilidad de la naturaleza aletargada parecía hacer burla de la excitación del pobre Juan y acariciar su dolor, oprimiéndolo como un malestar físico, asfixiándolo como un sudario de plomo.

Aquel país le ofrecía de pronto el aspecto de una inmensa tumba.

Y despertaba el spahi como de un pesado sueño de varios años. Una inmensa protesta se alzaba en su interior; ¡protesta contra todo y contra todos!... ¿Por qué lo habían arrancado de su patria, de su madre, para sepultarlo en la flor de su vida, en aquella tierra miserable?... ¿Con qué derecho habían hecho de él ese ser llamado spahi, arrastrador de sable medio africano, infeliz excluído, olvidado de todos, y, finalmente, traicionado por su novia?...

Sentía una furia loca en su corazón y no podía llorar; sentía la necesidad de enfrentarse con alguien o con algo, de torturar, de aniquilar, de estrangular a alguno de sus semejantes entre sus potentes brazos...

Y nada, nada en torno suyo, nada más que el silencio, el calor y la arena.

....

¡Ay, ni un solo amigo en toda aquella tierra, ni siquiera un camarada de corazón a quien contar su pena!... ¡Estaba, pues, absolutamente abandonado, Dios mío!... ¡Y completamente solo en el mundo!...

VIII

Juan corrió al cuartel y entregó al primero que encontró el sobre que le habían confiado; después se retiró, y comenzó al azar una carrera rápida y sin objeto. Era una manera peculiar de ahogar su dolor.

Cruzó el puente de Guet-n'dar y torció al sur hacia el extremo de Berbería, como la noche cuando, cuatro años antes, había abandonado, desesperado, la casa de Cora...

Pero esta vez su desesperación era desesperación de hombre, honda y suprema. Y su vida estaba trunca...

Anduvo largo tiempo hacia el sur perdiendo de vista a San Luis y a la población negra, y se sentó extenuado, al pie de un montículo arenoso que dominaba el mar...

Sus ideas carecían de concierto... El sol de todo el día lo había enloquecido...

Dióse cuenta de que no había estado allí nunca, y comenzó a dirigir a su alrededor miradas distraídas...

El montículo estaba cubierto de grandes jalones extraños, que ostentaban inscripciones en la lengua de los sacerdotes del Moghreb. Blancas osamentas yacían mezcladas, desenterradas por los chacales. Había también ramas verdes como perdidas en medio de la absoluta aridez: eran guirnaldas de campanillas de deliciosa frescura, que corrían por entre viejos brazos, viejos cráneos, viejas piernas, abriendo acá y allá sus cálices rosados...

De trecho en trecho, montículos funerarios se alzaban en la homogénea planicie, con aspecto lúgubre.

En las playas se paseaban grandes grupos de pelícanos de un blanco rosado a los que el espejismo crepuscular les daba a la distancia formas regulares y dimensiones inverosímiles...

Atardecía ya; el sol se había ocultado tras el océano y un viento muy fresco soplaba del mar...

Juan tomó la carta de su madre y una vez más comenzó a leerla...

....

"Ahora, querido hijo, se le ha ocurrido a Peyral una idea que nos da miedo: que tú no querrás volver ya a tu patria y que te quedarás en Africa.

"Nosotros somos ya muy viejecitos los dos, mi buen Juan; hijo mío, tu madre te ruega de rodillas que esto no te impida ser sensato ni venir a vernos como esperábamos... De otro modo, preferiría morir al instante, y Peyral también..."

....

Entonces el pobre Juan sintió que se le quebraba el corazón; profundos sollozos agitaron su pecho y toda su rabia se deshizo en lágrimas...

IX

Dos días después todas las barcas de la marina, utilizadas para la expedición, estaban fondeadas al norte de San Luis, en el recodo del río, cerca de Pop-n'kior.

El embarque de las tropas se realizaba en medio de gran concurrencia de gentes y bullicio. Todos los *smalahs* de los tiradores negros, mujeres e hijos, llenaban las orillas, gritando al sol como condenados. Caravanas de moros llegados del fondo del Sudán se detenían para mirar, con sus camellos, sus sacos de cuero, sus mercancías heterogéneas y sus hermosas mujeres jóvenes.

Cerca de las tres, la flotilla, que habría de remontar el río hasta Dialdé de Galam, se balanceaba con su cargamento de soldados y se puso en camino con un calor horrible.

X

San Luis se perdía a lo lejos... Sus líneas regulares se hundían, se esfumaban en fajas azuladas en las doradas arenas...

A ambos lados del río se extendía hasta el infinito grandes llanuras insalubres, inhospitalarias, eternamente cálidas, eternamente tristes...

Y aquello no era más que la entrada al país olvidado de Dios; el vestíbulo de las inmensas soledades africanas...

Juan y los spahis habían embarcado en la *Falémé*, que navegaba a la cabeza, y que pronto llevaría una ventaja de dos días.

En el momeno de partir, respondió de prisa a la anciana Francisca. Después de reflexionar resolvió no escribir a su novia; pero en la carta a su madre había puesto toda su alma para confortarla y devolverle la esperanza y la tranquilidad.

"... Por otra parte, decía, *ella* era demasiado rica para nosotros... Ya habremos de encontrar allí otra joven que me quiera; nos arreglaremos para vivir en nuestra vieja casa, [illegible] estaremos más próximos aun de ustedes... [illegible] queridos padres: no tengo más pensamiento [illegible] dos los días que el de la dicha de vol[illegible] verlos; dentro de tres meses estaré de re[illegible] y les juro que nunca, jamás, me separa[illegible] de ustedes..."

....

Esta, ciertamente, era su intención, y [illegible] mente pensaba en sus ancianos padres... [illegible] compartir su existencia con otra que no [illegible] Juana Méry lo deslucía todo; era un [illegible] miento espantoso que lanzaba sobre la [illegible] retorno un espeso velo luctuoso...

A pesar de hacerlo para infundirse [illegible] recíale que ya no tenía objetivos su vida [illegible] el porvenir estaba cerrado ante él para [illegible]

Junto a él en la cubierta de la *Falémé* [illegible] sentado el gigantesco Nyaor-fall, el spahi [illegible] a quien había confiado su dolor como a [illegible] fiel amigo.

Nyaor apenas comprendía estos sent[illegible] pues nunca había amado, él que poseía [illegible] techo de brezo tres jóvenes compradas [illegible] pensaba venderlas cuando ya no le [illegible]

Sin embargo, comprendía que su [illegible] era desgraciado. Sonreíale con cariño [illegible] distraerlo, le relataba cuentos de negros [illegible] de hacer dormir de pie...

XI

La flotilla remontaba el río a la ma[illegible] cida posible, deteniéndose al ponerse [illegible] volviendo a ponerse en marcha al [illegible]

En Richard-Toll, el primer d[illegible] francés, aun se embarcaron más solda[illegible] y material.

En Dagana hubo una espera de [illegible] la *Falémé* recibió la orden de reanu[illegible] camino hacia Podor, el último pues[illegible] de Galam, en el que estaban ya [illegible] algunas compañías de tiradores.

XII

La *Faléme* marchaba siempre en [illegible] inmenso, penetrando rápidamente en [illegible] siguiendo el angosto río de agu[illegible] que separa el Sahara moro del con[illegible] terioso habitado por los hombres [illegible]

Y Juan contemplaba melancóli[illegible] soledades que pasaban tras soled[illegible] con la vista el horizonte que huía, [illegible] nuosa del Senegal que tras él se per[illegible] tananza. Aquellas llanuras malditas se [illegible] sin fin ante su vista, causándole una [illegible] penosa, una indefinible opresión, [illegible] todo aquel país se fuese cerrando [illegible] mismo tiempo, para no volver a [illegible]

Por las márgenes torvas, acá y [illegible] gravemente grandes buitres negros [illegible] calvos que parecían siluetas hu[illegible] ces, un curioso mico apartando [illegible] los mangles se asomaba para ver [illegible] vío; o bien, de una espesura de ca[illegible] esbelta garza blanca, un martín [illegible] zado de esmeralda y de lapislázuli [illegible] despertaba a un perezoso caimán, [illegible] el fango.

Por la orilla sur, la de los [illegible] surgía de largo en largo espacio [illegible] perdida en aquella gran desolación [illegible]

La presencia de aquellas casas [illegible] era anunciada desde muy lejos por [illegible] gigantescas palmeras de abanico, [illegible] ches, grandes árboles, que guar[illegible] blado.

En medio de la extensa pla[illegible] aquellas palmeras tenían el aire [illegible] puestos alerta en el desierto. [illegible] rectos, pulidos, de un gris rosa, [illegible] como columnas bizantinas y te[illegible] finos ramilletes de hojas tan ríg[illegible] letas de hierro.

Y pronto, acercándose más, se [illegible] negro hormiguero, chozas punti[illegible]

masas compactas por su pie; todo un en gris sobre las arenas siempre ama-

pueblos africanos eran, a veces, muy todos estaban rodeados de *tatás* espe-, de paredes de tierra y de madera defendían contra los enemigos y las un jirón de blanca tela flotando sobre más alto que los otros indicaba la de su rey.

puertas de sus murallones aparecían sombríos; viejos sacerdotes cubiertos de viejos jefes con grandes brazos ne- se destacaban sobre la blancura de vestidos. Veían pasar la *Falémé*, cu- y artillería estaban listos, al menor hostil, para romper el fuego sobre

de averiguar de qué vivían aquellos en medio de la aridez del país; cuá- ser su vida y sus ocupaciones tras grises paredes. Aquellos seres que no nada fuera de eso, nada más que las y el sol implacable.

orilla norte, la de Sahara, más de- con más arena aun, era otra fisonomía desolación.

lejos, muy a lo lejos, enormes hogueras encendidas por los moros; guías de irguiéndose rectas a alturas sorprendentes inmóvil. En el horizonte, cadenas absolutamente rojas como carbones, con todas sus humaredas, simulando sin límites.

donde no había más que sed y are-, un espejismo continuo hacía apa- grandes lagos en los que todo aquel se miraba cabeza abajo.

y temblorosos vapores, como los que de las fraguas, lanzaban sobre todo sus redes movibles; aquellos paisajes espejeaban y temblaban bajo el ble; después se los veía deformarse como visiones. La vista estaba des- y cansada.

en vez surgían sobre esta orilla hombres de raza blanca pura, leo- bronceados, es cierto, pero regular- hermosos, con grandes cabellos ondeados daban aires de profetas bíblicos. An- la cabeza descubierta bajo aquel dos con grandes ropas de color azul Moros de la tribu de los braknás o trarzás, bandidos todos, salteadores nas, ladrones, la peor de todas las canas.

XIII

del este, que es la respiración po- Sahara, se había elevado poco a poco aba de intensidad a medida que se del mar.

nto cálido, resecador como el soplo fragua, cruzaba el desierto, sembran- doquier un fino polvo de arena y la del *Bled-el-Ateuch*.

ntemente se vertía agua sobre las que cobijaban a los spahis; un negro con el chorro de una bomba arabescos que desaparecían al punto, evaporados ntáneamente en la atmósfera alterada.

as, iban acercándose a Podor, una grandes ciudades del río; y la ori- Sahara se animaba.

la puerta del país de los duaich, enriquecidos por sus robos de ganado en el país negro.

moros cruzaban el Senegal a nado en caravanas, empujando ante ellos, a nado en la corriente, los animales robados.

campamentos empezaron a apare- llanura sin término. Las tiendas de camello, sostenidas sobre tirantes de parecían grandes alas de murciélagos sobre el desierto, formando curiosos de gran intensidad de negro, en medio país amarillo, siempre uniformemente

Un poco más de animación por todos lados, un poco más de movimiento y de vida.

Grupos más numerosos cada vez acudían a las márgenes para mirar. Mujeres moras, bellezas cobrizas apenas vestidas, trotando montadas a horcajadas en vaquitas gibosas, llevando en la frente adornos de coral, y, a menudo, tras ellas, niños sobre terneritos indómitos; desnudos niños, con la cabeza afeitada y grandes trapos en las melenas, y el cuerpo leonado y musculoso como jóvenes sátiros.

....

XIV

Podor, un puesto francés de importancia en la orilla sur del Senegal, y uno de los puntos de más calor de la tierra.

Una gran fortaleza agrietada por el sol.

Una calle casi grata, a lo largo del río, con algunas casas ya viejas de sombrío aspecto. *Tratantes* franceses, amarillentos por la fiebre y la anemia; mercaderes, árabes o negros acuclillados en la arena; todos los trajes, todos los amuletos de Africa, fardos de plumas de avestruz, sacos de cacahuetes, marfil y polvo de oro.

Tras esta calle casi europea, una gran ciudad negra de brezo, cortada como un panal de abejas por calles largas y estrechas; cada uno de sus barrios, bordeados de fuentes *tatás* de madera, fortificado como una ciudadela.

Juan se paseaba por allá de tarde, en compañía de Nyaor, su amigo. Los tristes cantos que partían de detrás de aquellos muros, las voces exóticas, los aspectos inusitados; aquel cálido viento que soplaba durante la noche le causaban una especie de angustia inexplicable, de terror vago formado por nostalgia, por soledad y también por desesperanza.

Jamás, ni aun en los lugares lejanos de Diakhalené, se había sentido tan sólo y tan perdido.

Alrededor de Podor, campos de mijo, algunos matorrales, algunos árboles raquíticos y un poco de hierba.

En frente, en la costa mora, se estaba en pleno desierto. Y, sin embargo, a la entrada de un camino apenas comenzado, que casi se perdía al norte de las arenas, un rótulo tenía esta inscripción profética: *Camino de Argel.*

XV

Eran las cinco de la mañana; empañado y rojo, el sol iba a elevarse sobre el país de los duaich; Juan volvía a la *Falémé* y se disponía a partir de nuevo.

Las pasajeras negras estaban ya tendidas en el puente, envueltas en sus abigarradas telas, y tan juntas unas con otras, que no se veía por tierra más que una confusa masa de trapos dorados por la luz matinal, sobre los que se agitaban algunos negros brazos cargados de pesados brazaletes.

Juan, que pasaba por entre ellas, se sintió, de pronto, retenido por dos brazos ligeros que se envolvían a su pierna como dos serpientes.

La mujer se cubría la cabeza y le besaba los pies.

—*¡Tjuan!*... *¡Tjuan!*... —decía una extraña voz de él muy conocida—. *¡Tjuan!*... ¡Te seguí por miedo que *ganes el paraíso*, que quedes en la guerra! *¡Tjuan!*... ¿No quieres ver a tu hijo?...

Los dos brazos negros alzaban un bronceado niño que mostraban al spahi.

—¿Mi hijo?... ¿Mi hijo? —musitó Juan con su brusquedad de soldado, pero con voz, a su pesar, temblorosa—. ¿Mi hijo?... ¿Qué leyenda es ésta... Fatu-gaye?...

....

—¡Y, sin embargo, es verdad! —agregó con emoción extraña, agachándose para mirarlo—. ¡Es casi blanco!... ¡Es verdad!...

....

El niño no había deseado sangre de su madre; era sólo de la de Juan; era bronceado; tenía grandes ojos profundos, pero blanco como el spahi; era hermoso como él. El pequeño tendía sus manos, frunciendo sus cejitas, con expresión grave ya, como tratando de comprender qué era lo que debía hacer en la vida, y por qué su sangre de las Cévennes se hallaba mezclada con aquella impura raza negra.

Juan se sentía vencido por una fuerza interior, lleno de turbación y misterio. Se inclinó hacia su hijo y lo besó dulcemente, con ternura silenciosa. Sentimientos hasta entonces desconocidos le llegaban hasta el fondo del alma.

La voz de Fatu-gaye había avivado también en su corazón una multitud de adormecidos ecos; la fiebre de los sentidos, hábito de la posesión, había tendido entre ellos potentes lazos de gran resistencia, que apenas pudo destruir la separación.

Y luego, ella le era fiel, por lo menos a su modo; y él..., él ¡estaba tan solo!...

Permitió que le colgase al cuello un amuleto de Africa, y dividió con ella su ración del día.

....

XVI

El barco seguía su ruta. El río corría más al sur y el país se transformaba.

Algunos arbustos surgían ya en las márgenes; delgados gomeros, tamarindos de hojas ligeras, mimosas, y hierbas y verdes céspedes. Nada ya de la flora tropical; mas parecía la vegetación delicada de los climas del norte. Fuera de aquel calor excesivo y de aquel silencio, nada recordaría ya que se viviese en el corazón de Africa; hubiérase creído estar en cualquier tranquila ribera de Europa.

No obstante, acababan de realizarse algunos idilios negros. Bajo la enramada, en la que todas las escenas pastoriles de Watteau hubiesen tenido sitio, tropezábase con alguna amorosa pareja africana llena de amuletos y de cuentas de vidrio, pastoreando cebúes delgados o rebaños de cabras.

Y más allá otros rebaños que nadie cuidaba: caimanes grises durmiendo al sol, por centenares, por miles, con el vientre medio hundido en el agua caliente.

Y Fatu-gaye sonreía. Sus ojos se iluminaban con una luz singular. ¡Reconocía la cercanía de su tierra de Galam!

Una cosa la inquietaba, a su pesar: cuando veía grandes marismas herbáceas, estanques tris-

Era distinto



—*No quiero demandarlo porque no se casó conmigo. Lo demando precisamente porque se casó.*

tes adornados de mangles, cerraba los ojos por miedo a ver surgir de las estancadas aguas algún negro morro de *nyabú* (de hipopótamo), cuya aparición significaba para ella y para los suyos signo de muerte.

No podría decirse cuánta sagacidad, insinuación, persistencia, había ella desplegado para ser aceptada a bordo de aquel barco en el que supo que había embarcado Juan.

¿Dónde se había recogido al dejar la casa de la griota? ¿En qué asilo se había refugiado para traer al mundo al hijo del spahi?

Era feliz; volvía a Galam, y volvía con él. Su sueño se había cumplido.

....

XVII

Dialdé está ubicada en la confluencia del Senegal y de un riachuelo desconocido que llega del sur.

Había allí una aldea negra sin importancia, defendida por una casamata pequeña de construcción francesa que se asemejaba a los fuertes avanzados de la Argelia interior.

Era el punto más cercano del país de Bubakar-Segú; y allí era donde debían reunirse las fuerzas francesas y acampar con el ejército de los bambarás, sus aliados, en medio de pueblos aun amigos.

En las cercanías de la aldea, el país llano tenía la monotonía y la aridez típicas de las orillas del Senegal interior.

No obstante, veíanse algunos grupos de árboles, hasta selvas, que anunciaban ya que se había entrado en el país de Galam, en las regiones boscosas del interior.

XVIII

Primer reconocimiento, al este del campamento de Dialdé, rumbo a Djidiam (Juan, el sargento Muller y el gran Nyaor).

Según las numerosas viejas de la tribu aliada, se habían visto sobre la arena las recientes huellas de un ejército numeroso de hombres y de caballos, que no podía ser sino el ejército del gran rey negro.

Durante dos horas los spahis recorrieron en todas direcciones la llanura con sus caballos, sin hallar huella humana alguna por tierra, ni el mínimo rastro del paso de un ejército.

El suelo, en cambio, estaba acribillado de huellas de todos los animales africanos, desde el gran agujero redondo que hace el hipopótamo con su pata pesada, hasta el delicado triangulito que la gacela, en su carrera ligera, hace con la punta de su casco. La arena estaba afirmada por las últimas lluvias del invierno, y conservaba con perfecta fidelidad todos los dibujos que los habitantes del desierto le dejaban. Distinguíanse manos de micos, rastros de lagartos y de serpientes, grandes zancadas oscilantes de jirabas, garras de tigres y de leones. Podrían haberse seguido las cautelosas idas y venidas de los chacales, los saltos prodigiosos de ciervas perseguidas; adivinábase toda la animación terrible traída por la obscuridad a los desiertos que quedan silenciosos mientras el sol cruza el cielo con su gran ojo centelleante; todos los aquelarres nocturnos de la vida salvaje reconstituíanse.

Los tres spahis alzaban ante sus caballos la caza oculta en la maleza. Habríanse realizado en este país milagrosas cazas. Las perdices rojas volaban en el extremo de los cañones y los grajos azules y los grajos rosas y las gallinas-faraones y los mirlos metálicos y las pesadas avutardas. Ellos las dejaban irse, buscando siempre huellas de hombres, sin encontrar ninguna.

Se acercaba la noche, y vapores espesos se cernían en el horizonte. El cielo tenía uno de esos aspectos inmóviles, densos, que la imaginación presta a las puestas de sol prehistóricas, épocas en que la atmósfera, más cálida y cargada de substancias vitales, incubaba en la primitiva tierra los gérmenes monstruosos de los mamuts y de los plesiosaurios.

El sol se ocultó dulcemente en los velos extraños; quedó lívido, sin destellos, empañado; se deformó, se ensanchó desmesuradamente, y después, se extinguió.

Nyaor, que hasta allí había acompañado a Muller y a Juan con su despreocupación acostumbrada, avisó que el reconocimiento se hacía ya imprudente y que sus amigos, los dos tubabes, serían inútilmente temerarios si lo prolongaban.

Todas las sorpresas eran dables, y en torno a ellos todo era de temer. Además, las huellas de los leones eran recientes y numerosas por todas partes. Los caballos comenzaban a detenerse, avistando aquellas cinco uñas tan limpias sobre la arena compacta, y temblando de terror...

Juan y el sargento Muller, en consejo, decidieron volver grupas, y pronto los caballos volaban como el viento rumbo al fuerte, dejando flotar tras ellos los albornoces blancos de sus jinetes. En la lejanía empezaba a dejarse oír la formidable voz cavernosa que los árabes comparan con el trueno: la voz del león cazando.

Eran valientes aquellos tres hombres que galopaban, y sufrían esa especie de vértigo que produce la velocidad, ese miedo contagioso que hacía saltar a sus caballos enloquecidos. Los juncos doblegados a su paso, las ramas que golpeaban sus piernas, parecíanles cientos de leones del desierto que se lanzaban ya a su alcance...

Pronto vieron el río que los separaba del mundo habitado, de las tiendas francesas, y el puerto árabe de la aldea de Dialdé, iluminado aún por las postreras tintas rojas.

Hicieron vadear a sus caballos el río a nado y entraron en el campo.

XIX

Era la hora de la melancolía intensa de la tarde. La puesta del sol daba a aquella aldea una animación original. Los pastores negros hacían volver sus rebaños; los hombres de la tribu se alistaban al combate, afilando sus cuchillos de guerra, limpiando sus preshistóricos fusiles; las mujeres preparaban reservas de alcuzcuz para el ejército; ordeñaban sus ovejas y las hembras de cebúes. Oíase un murmullo confuso de voces negras al que mezclaban las cabras sus notas trémulas y los perros laobés sus quejumbrosos aullidos.

Fatu-gaye estaba allí, sentada a la puerta de la ciudadela con su hijo, con la actitud humilde y suplicante que desde su llegada había guardado.

Y Juan, con el corazón apretado por la soledad, fué a sentarse junto a ella y alzó a su hijo en las rodillas, enternecido ante su negra familia, feliz aun y conmovido al hallar en Dialdé de Galam alguien que lo quisiese.

A su lado los griots repetían cantos de guerra; cantaban con tristes voces de falsete, dulcemente, y se acompañaban con guitarras primitivas de dos cuerdas tendidas sobre pieles de serpientes que hacían un leve ruido de langostas; otro; tendida en tierra ante ellos, acostada camo nizan bien con la desolación del país, que tienen su encanto incoercible y su monotonía...

El hijo de Juan era un delicioso muñeco; pero era muy serio, y raramente se le veía alegre. Vestía un *bubú* azul y un collar, como un niño yolof; pero su cabeza no era rapada con rabitos, como es costumbre entre los niños de la religión. Como era un *blanquito*, su madre le había dejado crecer los cabellos rizados, uno de cuyos rizos le caía sobre la frente, como al spahi.

Juan quedó allí largo rato, jugando con su hijo, sentado a la puerta del fuerte.

Y las últimas luces del día alumbraron aquel cuadro de un carácter notable: el niño con su carita angelical, el spahi con su hermosa cabeza de guerrero, jugando los dos al lado de aquellos siniestros músicos negros.

Fatu-gaye estaba en cuclillas a sus pies; los contemplaba con adoración a uno y luego otro; tendida en tierra ante ellos acostada como un perro a los pies de sus amos. Estaba como en éxtasis ante la belleza de Juan, que comenzado a sonreírle.

El pobre Juan era siempre un niño, como cede a los jóvenes que han llevado una vida da, y a quienes un prematuro desarrollo da muy pronto el aspecto maduro y serio. hacía saltar a su pequeño sobre sus rodillas rudeza de soldado, y reía a cada con risa fresca y joven. Pero al hijo del no le gustaba reír; pasaba sus redondos en torno al cuello de su padre, se apretaba tra su pecho y lo miraba con un aire grave...

Al caer la noche Juan instaló a los dos tro del fuerte, en seguridad; después dió a tu-gaye todo el dinero que le quedaba ¡tres *kbâliss*: quince francos!...

—Toma —le dijo—: mañana de mañana prarás alcuzcuz para ti y leche para el

....

XX

Después emprendió el camino del campamento para irse a dormir él también.

Había que cruzar por el campo aliado bambarás para llegar hasta las tiendas La noche era transparente y luminosa dos de insectos por doquier. Se notaba bía millones y millones de grillos y cigarras todas las hierbas, en todas los rincones arena. A veces el conjunto de este hacía estridente, se hinchaba, ensordecía mo si toda la extensión del país hubiese cubierta de un número inmenso de tas y de carracas, y luego, por recía aquietarse, como si todos los vieran de acuerdo para cantar más canto semejaba extinguirse.

Juan caminaba soñando; estaba muy aquella noche. Y sin dejar de soñar, delante, se halló rodeado de pronto gran corro que danzaba cadencioso dedor (la ronda y la danza preferida bambarás).

Eran hombres de gran estatura los ban, y tenían largas ropas blancas bantes, también blancos, con negros.

Y, en la noche quieta, el corro ruido, pero ligero como una ronda como roces de plumas de pájaros Y los bailadores tomaban todos turas diversas: se inclinaban hacia delante, sobre la punta de un pie, dos sus brazos largos, que desplegaban alas transparentes, los mil pliegues de muselina.

El tam-tam golpeaba suave, como dina; las flautas tristes y las trompetas fil tenían sonidos velados y lejanos. monótona, que podía ser un encantamiento gico, dirigía la rueda de los bambarás

Y, al pasar ante el spahi, agachaban cabeza, en señal de reconocimiento, sonriendo:

—¡*Tjuan:* entra en el corro!...

Juan también los reconocía a sus vestidos de gala: tiradores, que había vuelto a ponerse el largo co y se habían vestido con la la fiestas.

Al pasar sonriendo, les decía: " Niodagal! ¡Buenas noches, gran nas noches, Imobé-Fafandú!" estaba allí; uno de los más grandes mosos...

Pero, a pesar de todo, Juan salir de las largas ruedas de que se anudaban y desanudaban presionábale aquello, el baile, la

...a que parecía no ser cosa del mundo

....

...mpre diciendo: "*¡Tjuan:* entra en el ...seguían pasando a su alrededor como ... entreteniéndose en rodear al spahi, ...o expresamente su cadena circular, pa...irle salir de ella...

XXI

...o el spahi se encontró acostado en su ...comenzó a forjar en su mente nuevos

...ero, naturalmente, iría a ver a sus padres ... nada sería capaz de hacerle poster...gida. Pero, después, necesitaría volver ... ahora que tenía un hijo... Sabía que ... con todo su corazón al niñito y que ...del mundo podría abandonarlo...

....

... en el campo de los bambarás, se oía ...os la voz de los griots que entonaban, ...notas lamentables, el consagrado *grito* ... Lanzaban este canto de buho sobre ...s adormecidas y acunaban el primer ...los negros guerreros, recomendándoles ... valientes y que pusiesen en sus ca...uchas balas a la vez, cuando llegase el ...combate... Notábase ya que el día se ...a y que Bubakar-Segú no estaba lejos.

...aría en San Luis el día que volviese a ...u hijo, cuando su licencia terminase?... ...ancharía, o buscaría el modo de vivir ... recurso aventurado? ...iante del río, tal vez?... Pero, no; ... un alejamiento invencible por todo ...o que no fuera el de los campos o el ...as.

....

...los ruidos se habían apagado ya en ... el campamento estaba también calla... a los lejos el rugido del león y, a ...grito más lúgubre que existe en el ... del chacal. ¡Era como un acompa... fúnebre y terrible a los sueños del ...hi!...

... lo oía. La presencia de aquel niñito ...todos sus proyectos, y complicaba ... dificultades del porvenir...

....

...: entra en la rueda!... ...edio dormido, fatigado por las largas ...del día, y pensando aún en su futu...irar lentamente en torno a él la ron... bambarás aun en sueños, que pasaban ... vez, con blandos gestos y actitudes ... al son de una indecisa música que no ... la Tierra. ...: entra en la rueda!... ...ezas, que se agachaban para saludar ...recían inclinarse al peso de sus altos ... fiesta... Ahora eran rostros ges... caras muertas que se inclinaban, y le ...on aires de conocimiento, muy bajo, ...s de fantasmas: "*¡Tjuan:* entra en ..."...

....

...ués, la fatiga fué poco a poco nublando ... de Juan, y durmió profundamente, ...aber decidido nada, sin sueños...

XXII

...del combate; llegó el gran día. ...tres de la madrugada todo se mueve ...pamento de Dialdé: tiradores, spahis y ... aliados se disponían a ponerse en ...on sus armas y sus municiones de

...arabutos habían rezado largas plega...n sido distribuídos muchos amuletos. ...rabinas de los negros guerreros se ha..., por orden de los jefes, pólvora hasta ... de los cañones y plomo hasta la boca, tanto y tan bien, que la mayoría de ellos reventaron a la primera descarga, como sucede con frecuencia en las guerras del país.

Debían ir hacia el poblado de Djidiam, donde según los espías indígenas Bubakar-Segú estaba encerrado con todas sus tropas, tras pesadas murallas de madera y de barro. Djidiam era la gran fortaleza del personaje casi legendario, especie de mito, el espanto del país, cuya fuerza era huir, esconderse siempre en el interior de su país mortífero y permanecer inhallable.

Debía acamparse a la tarde en los grandes bosques cercanos al cuartel general del enemigo y, por fin, caer durante la noche sobre Djidiam, prender fuego a la aldea, que se quemaría a la luz de la luna como un auto de fe de paja; y después, regresar victoriosamente a San Luis, antes que la fiebre acabase de diezmar a la colonia.

El día antes Juan había enviado a sus viejos padres una cariñosa carta, pobre carta con lápiz que el mismo día bajó por el río en la *Falémé*, y debió de ser dulce en el corazón de su vieja madre.

Antes de salir el sol, besó a su hijo, dormido en el regazo de Fatu-gaye, y montó a caballo.

XXIII

También Fatu-gaye se puso en marcha con su hijo, muy temprano. Iba a Nialumbaé, un pueblo de la tribu aliada en el que vivía un gran marabuto, famoso sacerdote en el arte de las predicciones y de los hechizos.

Hízose conducir a la choza del viejo centenario, a quien encontró tendido sobre su estera y murmurando como un moribundo oraciones a su Dios.

Tuvieron una gran conversación, a consecuencia de la cual el sacerdote dió a la muchacha un saquito de cuero que parecía guardar una cosa de gran precio y que ella escondió cuidadosamente en su faja.

Luego, el marabuto hizo tomar al hijo de Juan un brebaje para dormirlo; y Fatu-gaye ofreció en pago tres grandes monedas de plata, los últimos *khâliss* del spahi, que el viejo guardó en su bolsito. Luego, Fatu-gaye envolvió con cariño en una tela bordada a su hijo que ya dormía un mágico sueño, ató a su espalda el precioso fardo, y se hizo indicar la dirección de los bosques en que, a la tarde, debían acampar los franceses.

XXIV

Un extraviado lugar del país de Diambur. Las siete de la mañana. Un pantano lleno de hierbas que esconden un poco de agua. Una colina baja limitaba el horizonte por la parte del norte; por la opuesta de la llanura, los grandes campos de Dialakar, hasta perderse de vista.

El sol asciende tranquilamente por el cielo puro. Todo está silencioso y desierto.

Algunos jinetes surgen en este paisaje africano que pudiera muy bien tener sitio en alguna solitaria comarca de la antigua Galia. Arrogantemente montados en su cabalgaduras, son todos hermosos con sus chaquetillas rojas, sus grandes sombreros blancos, sus pantalones azules, inclinados sobre sus caballos.

Son doce, doce spahis mandados en descubierta, bajo la guía de un ayudante. Y Juan está entre ellos.

Ningún presagio de muerte; nada triste en el aire; sólo la calma y la pureza del cielo. En el pantano las hierbas altas, húmedas aun por el rocío de la noche, brillan al sol; las libélulas, con sus grandes alas tachonadas de negro, revolotean; los nenúfares abren sobre el agua sus flores blancas anchas.

El calor es pesado ya; los caballos alargan el cuello para beber, olfateando el agua dormida, dilatando sus narices. Los spahis se detienen un instante para consultarse; echan pie a

¡Como para no desmayarse!



EL MÉDICO. — *No, ha tenido solamente uno..., un varón. La enfermera le contestó seis, porque creyó que le preguntaba la hora.*

tierra para mojar sus sombreros y sus frentes.

....

De súbito, en la lejanía se oyen golpes sordos como el ruido de tambores enormes resonando todos a la vez.

—¡Los *grandes tam-tames!* — grita el sargento Muller, que había visto varias veces la guerra en el negro país.

E, instintivamente, todos los que habían desmontado corrieron hacia sus caballos.

Pero una negra cabeza acababa de surgir cerca de ellos entre las hierbas; un viejo marabuto había ejecutado con su enjuto brazo un signo extraño, como un mágico mandato dirigido a las cañas del pantano, y una granizada de plomo cayó sobre los soldados.

....

Los tiros, certeramente apuntados, pacientemente, en la seguridad de aquella emboscada, hicieron todos blanco. Cinco o seis animales fueron derribados; los otros se encabritaron, sorprendidos y alocados, tendiendo a sus pies a sus jinetes heridos, y Juan también cayó a tierra con una bala en los riñones.

Al mismo tiempo surgieron de las hierbas treinta siniestras cabezas, treinta demonios negros cubiertos de fango, crujiendo sus blancos dientes, saltando como monos enfurecidos.

¡Oh heroico combate que hubiese cantado Homero y que permanecerá ignorado, oscuro como tantos de los lejanos combates de Africa! Los pobres spahis hicieron prodigios de valor y de fuerza en una suprema defensa. La lucha los alentaba, como a todos los que son valientes por naturaleza y bravos. ¡Caras vendieron sus vidas esos hombres todos jóvenes, vigorosos y aguerridos! Y que dentro de algunos años, aun en San Luis, serán olvidados. ¿Quién recordará los nombres de los que cayeron en el país de Diambur, en los campos de Dialakar?

....

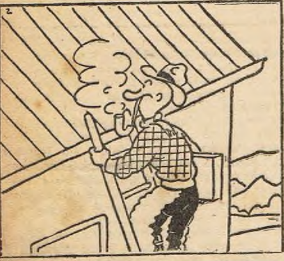
Mientras tanto, el ruido de los *tam-tames* seguía acercándose.

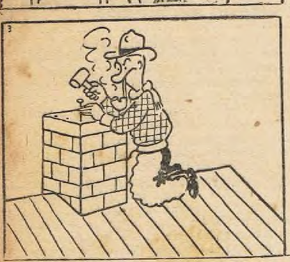
Y, de pronto, los spahis, como entre sueños, durante la lucha, vieron pasar por la colina un gran ejército negro; guerreros semidesnudos, corriendo en dirección de Dialdé en masas desenfrenadas, cubiertos de amuletos; *tam-tames* de guerra inmensos, que cuatro hombres juntos apenas podían arrastrar en su carrera; caballos delgados del desierto que parecían henchidos de fuego y de furor, enjaezados con raros oropeles, salpicados de lentejuelas de cobre, largas crines, con largas colas, teñidas de rojo cruento; todo

LOS DOS HERMANITOS

VENGANZA — *Por TIM*









un desfile demoníaco, fantástico; una pesadilla africana, más rápida que el viento.

¡Era que pasaba Bubakar-Segú!

Iba a caer sobre la tropa francesa. Pasaron, sin fijarse siquiera en los spahis, dejándolos a la tropa emboscada, que acabaría por exterminarlos.

Empujábanlos siempre, empujábanlos lejos de las hierbas y del agua, empujábanlos hacia las áridas arenas, allá donde un calor más aplastante, una reverberación más terrible, los matara más pronto.

No había habido tiempo para cargar las armas; se luchaba a cuchilladas, a arañazos, a mordiscos, a sablazos —; por todas partes había heridas abiertas y entrañas ensangrentadas.

Dos negros hombres se habían encarnizado con Juan; él era más fuerte que ellos, los tumbaba con rabia, los hacía rodar; pero volvían siempre.

Al fin sus manos no hallaron ya presa en el aceitoso negro de su piel desnuda; sus manos resbalaban en la sangre, y se debilitaba por todas sus heridas.

Confusamente sintió las últimas imágenes; sus camaradas caídos a su lado, muertos; y el grueso del ejército negro que seguía corriendo, hasta desaparecer; y el hermoso Muller que agonizaba junto a él vertiendo sangre por la boca; y allá, muy lejos, el gran Nyaor que se abría camino rumbo a Saldé, segando a grandes sablazos a un grupo negro.

. . . .

Luego, entre tres, lo tendieron en tierra y lo tumbaron de costado, sujetándole los brazos; y uno de ellos apoyó en su pecho un gran cuchillo de hierro.

Un minuto de angustia espantosa, durante el cual Juan sintió la presión del cuchillo en su cuerpo. ¡Y ningún humano socorro; nada; nadie; todos caídos!...

El paño rojo de su chaquetilla, la tela gruesa de su camisa de soldado y su carne eran un colchón y resistían: ¡el cuchillo estaba mal afilado!

El negro lo empuñó más fuerte. Juan lanzó un horrible grito ronco y, de pronto, se abrió su costado. Con un leve rechinamiento horrible, la hoja se hundió en su pecho profundo; se la removió en el agujero, fué arrancada luego con las dos manos, y el cuerpo rechazado con el pie.

. . . .

El fué el último. Los negros demonios emprendieron su carrera lanzando su grito victorioso; en un minuto habían huído como el viento en pos de su ejército.

Los spahis quedaron solos, y la calma de la muerte cayó sobre ellos.

. . . .

XXV

El choque de los dos ejércitos fué más lejos; mortífero, aunque hizo poco ruido en Francia. Estos combates librados en tan lejanos países y en los que toman parte pocos hombres pasan inadvertidos por la multitud; sólo los recuerdan quienes en ellos han perdido un hijo o un hermano.

El pequeño ejército francés se debilitaba cuando Bubakar-Segú recibió, casi a boca de jarro, un cartucho de postas junto a la sien derecha. El cerebro del rey negro saltó hirviente y blando; al son del *tabalá* y de los címbalos de metal, cayó en medio de sus sacerdotes, aprisionado en sus largos collares de amuletos, y ésta fué para sus tribus señal de retirada.

El ejército negro emprendió su carrera hacia las comarcas impenetrables del interior, y lo dejaron huir. Los franceses no podían perseguirlo.

Se llevó a San Luis el turbante rojo del gran rebelde. Estaba acribillado de agujeros de tralla y abrasado.

Una gran tira de amuletos pendía de él, saquitos bordados diversamente, con misteriosos polvos, dibujos cabalísticos y nes en la lengua del Moghreb.

Esta muerte produjo un efecto moral considerable sobre los pueblos indígenas.

Al combate siguió la sumisión de surrectos, y pudo considerárselo una

La columna regresó rápido a San otorgaron varios grados y condecora todos los que la habían integrado, filas de los pobres spahis tenían claros!...

XXVI

. . . .

Juan, arrastrándose entre los tama débil follaje, buscó un lugar en el que quedase a la sombra, y se ubicó en él

Tenía sed; sed ardiente, y peque mientos convulsivos empezaban a garganta.

El había visto morir a menudo a radas de Africa y conocía el signo fin, que el pueblo llama el hipo de la

Manaba la sangre de su costado, árida bebía aquella sangre como un

Sin embargo, sufría menos; aparte sed, que seguía quemándolo, casi no

El pobre spahi tenía extrañas cordillera de las Cévennes, su cabaña taña, los parajes familiares de otros

Eran paisajes umbrosos los que céspedes, frescura de aguas corrie sombra, y su anciana madre que recibía dulcemente para llevarlo de como en su niñez.

¡Oh, una caricia de madre! ¡Su acariciando su frente con sus manos temblorosas y poniéndole agua frente que abrasaba!

¡Cómo!... ¿Nunca más tendría de su madre? ¿Jamás volvería a voz?... ¿Era aquello el fin de lo!... ¡Morir solo; al sol, morir desierto!... Y se incorporaba, morir.

. . . .

—¡*Tjuan:* entra en la rueda!

Ante él, como un ráfaga de lo viento furioso de tempestad, dan de fantasmas.

El roce del torbellino contra ardientes hacía surgir chispas.

Y los bailadores diáfanos sub espirales como una humareda viento, perdiéndose arriba, en el azul, en lo más alto.

Juan tuvo la sensación de se ción de ser alzado por alas terribles dió que aquél era el minuto muerte.

Pero no fué más que una cr músculos; un espasmo horrible

Un hilo de roja sangre brotó una voz dijo aún silbando en su

—¡*Tjuan:* entra en la rueda!

Y más tranquilo, menos sufr de nuevo sobre su lecho de are

. . . .

Recuerdos de su niñez revivi en su cabeza con una claridad vieja canción de su país con dormía su madre en la cuna, niño. Y luego, de pronto, la pueblo tocando ruidosamente desierto, el *Angelus* de la tarde.

Entonces resbalaron las lágri jillas bronceadas; acudieron a oraciones de antes, y él, el puso a rezar con fervor infan manos una medalla de la Virg

por su madre, y tuvo fuerza para acer- los labios y besarla con amor inmenso. con toda su alma a aquella Virgen de los a la que todas las noches rezaba por él madre ingenua, y se sintió iluminado ilusiones radiantes de los que van a y alto, en el aplastante silencio de soledad, su voz que se extinguía decía palabras de la muerte: "¡Adiós; hasta rnos en el cielo!"...

....

ya mediodía. Juan sufría cada vez menos. rto, bajo la fuerte luz tropical, se le pre- como un gran brasero de fuego cuyo lo quemaba ya. Mas su pecho se dila- mo para aspirar más aire, su boca se como para pedir agua, en loca sed.

....

spués, la mandíbula inferior cayó; la se abrió, cuan grande era, por vez última, murió dulcemente, en un deslumbra- de sol.

....

XXVII

do Fatu-gaye volvió de la aldea del gran to, llevándose un misterioso objeto en ito de cuero, las mujeres de la tribu le avisaron que el combate había termi-

óse al campo, extenuada, ansiosa, anhe- con paso febril por la caliente arena, lle- a la espalda a su hijo, envuelto en una de tela azul, adormecido.

ien primero encontró fué al musulmán -fall, el negro spahi, que gravemente la acercarse, mientras pasaba su rosario ghreb.

a lengua del país ella preguntó secamente labras: "¿Dónde está?"...

aor, con severo gesto, extendió su brazo el sur del país de Diamburg, rumbo a los de Dialakar:

—llá! — dijo —. ¡Ha llegado al paraíso!...

XXVIII

nó febrilmente durante todo el día Fatu- por entre la maleza, por las arenas, lle- a su hijo dormido a la espalda... Iba corría a ratos, en andares locos de pan- hubiese perdido sus cachorros; bajo nte sol, buscaba sin cesar, sondeando los les, mirando entre los espinosos zarzales.

....

de las tres, divisó un caballo muerto, en nura árida; luego una chaquetilla roja; dos, tres... Era el campo de la derrota; a donde habían muerto los spahis!

y allá, malezas de mimosas raquíticas y rindos dibujaban en el amarillo suelo s tenues que parecían desmenuzadas por ... Lejos, al extremo de aquella planicie tes, aparecía en el alto horizonte azul la de una aldea de puntiagudas chozas.

-gaye se había parado temblorosa, ate- da... Había reconocido a Juan, a lo le- bado, con los brazos rígidos y la boca al sol, y ella repetía no sé que plegaria tocando los saquitos que colgaban de su negro...

o rato permaneció hablando quedo, con s huraños, cuya córnea se había llenado nchas rojas...

llegar de lejos viejas de la tribu ene- que se dirigían hacia los muertos, y ti- a sobre algo espantoso...

viejas negras, repugnantes y lucientes ba- sol tórrido, despidiendo un olor acre a su- se acercaron a los jóvenes con gran tem- bleteo de amuletos y de cuentas de vidrios; los empujaron con el pie, entre risas, palabras bur- lescas, tocamientos obscenos que parecían de monos..., violaban a aquellos muertos con una macabra burla...

Luego los despojaron de sus dorados botones, que colocaron en sus cabellos crespos; sus es- puelas de acero, sus chaquetillas rojas, sus cin- turones, todo les quitaron.

Fatu-gaye estaba agazapada tras un matorral, como una gata en acecho, encogida; cuando le tocó el turno a Juan, dió un salto mostrando las uñas y lanzando gritos de fiera, injuriando a las negras viejas en una lengua desconocida... Y el niño, despertado, se agarraba a la espalda de su furiosa madre que gritaba terrible...

Las mujeres negras tuvieron terror y retroce- dieron; pensaron que podrían volver al siguien- te día... Dijéronse algunas palabras que Fatu- gaye no podía entender, y se alejaron, vol- viendo aún la cabeza, para dirigirle muecas de chimpancés, risas feroces.

....

Cuando Fatu-gaye se halló sola, acurrucada junto a Juan, llamólo por su nombre; por tres veces lo hizo: "*¡Tjuan! ¡Tjuan! ¡Tjuan!*"..., con delgada voz què resonaba en aquella sole- dad como la de la antigua sacerdotisa invocando a los muertos... Quedó allí, encogida bajo el terrible sol de Africa, con los ojos fijos, miran- do sin ver, a lo lejos, el gran horizonte abrasa- dor y triste; tenía miedo de ver el rostro de Juan.

Los buitres abatían descaradamente su vuelo junto a ella, azotando el aire pesado con sus grandes abanicos negros... Rondaban a los cadáveres, no se atrevían aún..., los hallaban demasiado frescos todavía.

....

Fatu-gaye vió la medalla de la Virgen en la mano del spahi y comprendió que en su muerte había rezado... También ella tenía medallas de la Virgen y un escapulario con los amuletos que colgaban de su cuello. En San Luis la ha- bían bautizado unos curas católicos; pero nunca era en ellos en quien tenía la fe.

Tomó un amuleto de cuero, que antes, en el país de Galam, le había dado una vieja negra: su madre... Era el fetiche que ella quería y que besó con amor.

Luego se agachó sobre el cuerpo de Juan y le levantó la cabeza.

De la abierta boca, por entre los dientes blan- cos, salían azules moscas, y un líquido ya fé- tido brotaba de las heridas del tórax.

....

XXIX

Entonces agarró a su hijo para estrangu- larlo.

Como no quería sentir sus gritos le llenó la boca de arena tibia.

Tampoco quería ver su carita agitada por la asfixia, cavó con furia un agujero en el sue- lo, le hundió en él la cabeza, y aun la tapó de arena.

Y luego le apretó el cuello, con sus dòs ma- nos; apretó fuerte, hasta que los bracitos vigo- rosos que se crispaban bajo el dolor cayeron exhaustos.

Y cuando vió al niño muerto, lo acostó sobre el pecho de su padre.

Así terminó el hijo de Juan Peyral... ¡Mis- terio!... ¿Qué Dios había traído a la vida al hijo del soldado?... ¿Qué había venido a bus- car a este suelo, y adónde se volvía?...

....

Fatu-gaye lloró lágrimas de sangre, y sus gemidos repercutieron desgarradores en los campos de Dialakar... Luego, agarró el saco de cuero del marabuto, tragó una amarga pasta que contenía, y su agonía comenzó; larga y cruel... Largo rato duró su estertor con hipos horribles, al sol, desgarrándose la garganta con las uñas, arrancándose los cabellos mezclados con ámbar uno a uno.

Los buitres volaban alrededor de ella, mirán- dola acabar.

....

XXX

Cuando el amarillo sol se hundió tras las llanuras del Diambur, el estertor había termi- nado; la muchacha ya no sufría.

Yacía tendida sobre el cuerpo de Juan, abra- zando entre sus rígidos miembros a su hijo muerto.

Y la primera noche cayó sobre aquellos ca- dáveres, tibia y estrellada, con el aquelarre de la salvaje vida, comenzando misteriosamente su sordina, en todos los puntos de la oscura tierra de Africa.

....

La misma tarde pasaba allá, al pie de las Cé- vennes, el cortejo de boda de Juana, ante la cabaña de los viejos Peyral.

....

XXXI

APOTEOSIS

Al principio, es un gemido lejano que sale del extremo horizonte desierto; luego, el lúgu- bre concierto se acerca en la oscuridad trans- parente: tristes aullidos de chacales, agudos maullidos de hienas y de gatos del monte.

....

¡Pobre vieja, pobre madre!... Esa forma humana que se ve confusamente en la sombra, que está extendida en aquella soledad con la boca abierta bajo el cielo tachonado de estre- llas, que duerme allí cuando despiertan las fieras, y que no se moverá más; ¡pobre vieja, pobre madre!... Ese cadáver solitario, ¡es tu hijo!...

....

—¡Juan..., entra en la rueda!

La banda hambrienta llega tácitamente en la noche, arrastrándose bajo las altas hierbas, hollando las malezas, a la claridad de las es- trellas, desgarra los cuerpos jóvenes, y comien- za la comida exigida por la naturaleza ciega; todo lo que vive se alimenta, en alguna forma, de lo que está muerto.

....

El hombre conserva aún su medalla, en su mano dormida; la mujer, su bolsita de cuero... ¡Oh, amuletos preciosos: velad por ellos!

....

Mañana, enormes buitres calvos continuarán la obra horrible, y sus huesos se arrastrarán por la arena pisoteados por todos los animales del desierto, y sus cráneos blanquearán al sol, pulidos por el viento y por las langostas.

....

Ancianos padres al amor de la lumbre, en la cabaña: padre vencido por los años, que sueñas con tu hijo, con el hermoso joven de roja chaquetilla; vieja madre que de noche desgranas rosarios por el ausente. Ancianos padres. ¡No aguardéis a vuestro hijo! ¡No aguardéis al spahi!

....

★ ☆ FIN DE "NOVELA DE UN SPAHI" ☆ ★



Problemas de ingenio, de lógica, charadas, comprimidos, metagramas, acertijos y todo cuanto puede proporcionar agradable distracción.

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS



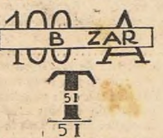
HORIZONTALES

1. Iniciales del nombre y apellido de un novelista suizo, autor de "Novelas ginebrinas", de "Viajes en zigzag", etc.
3. Trasladarse de un lugar a otro.
5. Signo aritmético.
6. Nombre de una consonante (plural).
8. Sujeta, amarra, une.
11. Preposición inseparable que significa separación.
12. Corriente de fuera adentro entre dos líquidos de densidad distinta, separados por una membrana.
15. Señor.
16. Trasladarse de un lugar a otro.
17. Cabos que se ponen a las velas en las relingas para hacer firmes las bolinas.
18. Afirmación.
19. Iniciales del nombre y apellido de un historiador, autor de una "Historia del descubrimiento y conquista del Perú".
20. Alejaos rápidamente.
21. ¡Quiá!
23. Preposición inseparable.
24. Miembros de una secta protestante fundada en el siglo XVIII por John Wesley y que se distingue por la rigidez de su moral.
28. Cárcel, presidio.
31. Establezco hora y lugar para encontrarme con otra persona.
32. Ciudad de Alemania.
33. Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona en dativo y acusativo de ambos géneros y números.
34. Sociedad Anónima.

VERTICALES

1. Desafié a duelo.
2. Dícese de los cuerpos que se dejan atravesar por la luz.
4. Hagáis don.
5. Igual que 21 horizontal.
7. Iniciales del nombre y apellido de uno de los principales autores de la revolución de los Estados Unidos, llamado el Catón de América.
9. Artículo.
10. Preposición que indica la causa de una cosa.
13. (Gustavo): novelista francés (1832-1895).
14. Nota de la escala diatónica.
21. Planta crucífera hortense de la que hay muchas variedades.
22. Iniciales del nombre y apellido de un filólogo francés nacido en Castres (1651-1722).
24. Ayuntamiento del partido judicial de Cambados (Pontevedra).
25. Insignia en forma de T, usada por los comendadores de la orden de San Antonio y los familiares de la de San Juan.
26. Voz empleada para detener o poner en marcha a las bestias.
27. Pieza principal de la casa.
28. Partido Centralista.
30. Abreviatura de un tratamiento de cortesía, aplicado a ciertas personas.

JEROGLIFICO COMPRIMIDO



(La solución en el próximo número)

PARA NO UTILIZAR SACACORCHOS



Puesta la botella llena de líquido en posición horizontal, se dan fuertes y repetidos golpes con su fondo sobre una pared, interponiendo, para evitar roturas, una servilleta doblada. Pronto salta con fuerza el tapón, y tras él una porción de líquido. Es que al detenerse la botella, por efecto del choque, la masa líquida rebota e impulsa hacia fuera el tapón.

LOS PUNTOS

Aquí tenemos nueve puntos, dispuestos en la forma que indica el grabado. Con un lápiz es posible tocarlos todos con cuatro líneas rectas solamente, trazadas sin levantar el lápiz del papel.

¿Cómo se puede conseguir lo indicado?

(La solución en el próximo número)

OTRO PROBLEMA DE PUNTOS

Existen en este cuadrado siete puntos, y el problema consiste en trazar a través del cuadrado tres líneas rectas, de manera que dentro de cada una de las secciones que formen haya un solo punto, y no haya ningún punto que no quede encerrado en su sección correspondiente.

(La solución en el próximo número)

LA INERCIA DEL AIRE

El aire, como todos los cuerpos, opone resistencia a ser movido. Disponiendo sobre la mesa un diario, según ilustra la fotografía, y debajo de él una regla delgada de madera, uno de cuyos extremos sobresalga de la mesa, y dando un fuerte puñetazo sobre la porción saliente de la regla, antes se romperá ésta que conseguir levantar el papel.

Lo contrario sucedería suavizando el impulso dado a la regla.

LOS CIRCULOS



El presente pro[...] consiste en tra[...] de este círculo, [...] círculos, en for[...] dejen secciones [...] cada una de las [...] ya un solo pun[...] además, no que[...] punto sin estar [...] su sección corre[...]

(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DEL PROBLEMA: "LOS CARRETES DE HILO"

El cabo a corresponde al carrete 2; el b, al 4; el c, al 3, y el d, al 1.

DEL PROBLEMA: "LA CUESTION DE LAS BUJIAS"

Las bujías estaban primitivamente colocadas en este orden: 8, 6, 2, 1, 3, 4, 7, 9, 5, 0.

DEL PROBLEMA: "LAS ESTRELLAS MATEMATICAS"

El grabado indica el modo de montar las dos estrellas para que cumplan las condiciones del enunciado. Los números que quedan visibles en cada una de las puntas suman 23.



DE LOS "JEROGLIFICOS COMPRIM[...]"

DOCUMENTOS

ATENDIDA

OPORTUNO